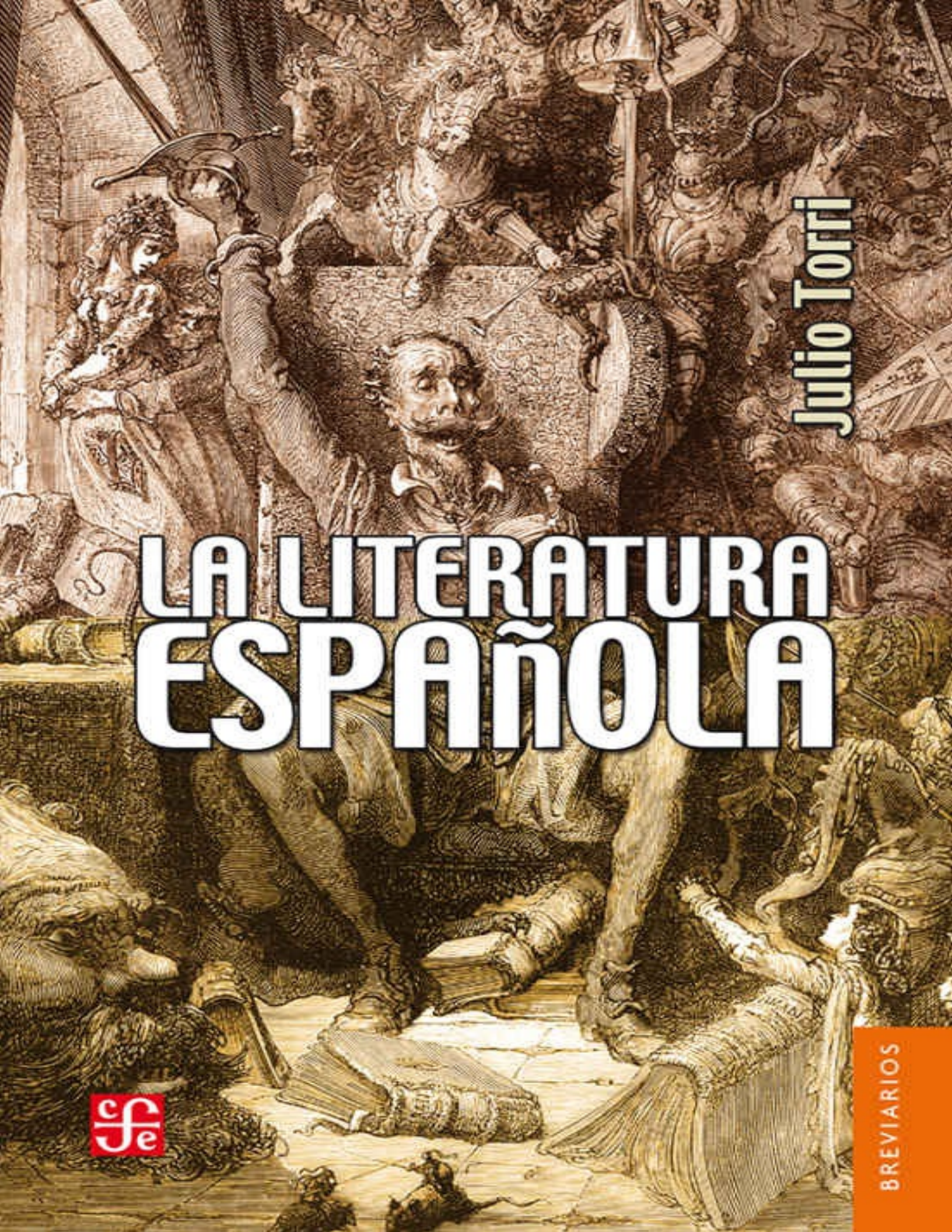




Julio Torri

LA LITERATURA ESPAÑOLA



BREVIARIOS

BREVIARIOS
del
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

56
LA LITERATURA ESPAÑOLA

La literatura española

por JULIO TORRI



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 1952
Segunda edición, revisada, 1955
Décima reimpresión, 2014
Primera edición electrónica, 2015

Diseño de portada: Paola Álvarez Baldit

D. R. © 1952, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672



www.fondodeculturaeconomica.com

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-3003-2 (mobi)

Hecho en México - *Made in Mexico*

ADVERTENCIAS PREVIAS

- 1. El objeto del presente Breviario es iniciar al lector en el conocimiento de los autores españoles y servirle de guía en sus lecturas. Hasta donde lo permiten sus reducidos términos, incluye poesías, cuentos y citas de los escritores estudiados. Transcribe también, en ocasiones, apreciaciones críticas y juicios importantes.*
- 2. La bibliografía no va ordenada en capítulo aparte, sino que se citan de pasada, donde se ha creído oportuno, algunas obras de crítica fundamentales o las ediciones más autorizadas.*
- 3. Se ha juzgado de todo punto innecesario ponderar las patentes excelencias de la literatura española, que tan preponderante sitio ocupa entre las de Occidente. Américo Castro ha intentado en estos días explicar su acentuada originalidad por las persistentes influencias semíticas que en ella operan hasta tiempos bien recientes.*
- 4. Apuntemos tan sólo algunos de sus rasgos característicos. No abunda en ella, que digamos, la negrura del pesimismo a la Byron y a la Leopardi. Hasta el espectáculo de la vida en las condiciones menos propicias y más hostiles es motivo para los españoles —signo de fuerza— de regocijadas escenas y de pinturas alentadoras. Así comúnmente en la novela picaresca.*
- 5. Otro rasgo notable es la persistencia de varios temas tradicionales que aparecen en la epopeya y reaparecen en los romances, en las comedias de Lope y su escuela y aun en alguna pieza teatral o en algún poema modernos. Cosa análoga sucede en la literatura griega, en la que un mito homérico vuelve a mostrarse en una oda pindárica y en la tragedia ateniense.*
- 6. En los mejores momentos de las letras hispanas ha brillado, frente a la arrolladora acción del popularismo, el arte recatado y altivo de un Garcilaso, de un Herrera, de un Góngora y de un Calderón de la Barca.*
- 7. En todas las épocas pueden vislumbrarse en España las corrientes realista e idealista, que se funden maravillosamente en las obras supremas como La Celestina y el Quijote.*
- 8. Historiar, aun superficialmente, ocho siglos de producción literaria incesante es tarea difícil y laboriosa. Este manual, como muchos de sus congéneres, supone una indispensable selección. Nadie extrañe, pues, la ausencia en él de tal o cual escrito raro o cuyo conocimiento corresponda más bien a personas eruditas.*

9. *La misma brevedad nos ha obligado muy a nuestro pesar a hacer en algunos casos sólo una rápida mención de buenos escritores a quienes admiramos.*

10. *En nuestras citas hemos buscado amenidad y novedad.*

11. *Solemos mencionar, cuando viene a cuento, algunos escritores hispanoamericanos. Ojalá que en lo futuro se trate siempre de las obras escritas en ambos lados del Atlántico como pertenecientes a una misma y magna literatura. Aplaudimos el criterio de hispanismo que informa libros como la antología poética de Federico de Onís.*

J. T.

ABREVIATURAS

BAAEE.—Biblioteca de Autores Españoles (Rivadeneyra).

BAE.—*Boletín de la Real Academia Española*, Madrid.

Clás. Cast.—Clásicos Castellanos (de “La Lectura” y de Espasa-Calpe).

Clav.—*Clavileño*, Madrid.

EDMP.—*Estudios dedicados a Menéndez Pidal*.

NRFH.—*Nueva Revista de Filología Hispánica*, México.

RFE.—*Revista de Filología Española*, Madrid.

INTRODUCCIÓN

EL ESPAÑOL. La dominación romana, que va del siglo II antes de Cristo al V de nuestra era, es el hecho de más trascendencia en la historia de España, como lo demuestra la lengua. En efecto, el español no es sino el latín vulgar introducido por los romanos, naturalmente modificado en el transcurso de dos mil años. Las lenguas en que se ha transformado el latín vulgar en cada uno de los antiguos dominios de Roma se llaman romances o neolatinas, y son: el rumano, el dalmático, que no se habla ya; el rético, el italiano, el sardo, el francés, el provenzal, el catalán, el castellano o español, y el gallego-portugués.

De ellas, el español es la que se habla por mayor número de hombres, cosa de ciento treinta millones pertenecientes a veinte naciones.

Lo que más une a los pueblos no es tanto la raza cuanto la lengua. Parece que el hablar el mismo lenguaje establece cierta conformidad de pensamiento. Así pues, conviene robustecer este vínculo poderoso que une a nuestros países, procurando mantener en su unidad y pureza nuestra hermosa habla. La mayor ilustración del pueblo y la acción rectificadora de las escuelas eliminan paulatinamente lo extranjero y los barbarismos y solecismos. El cultivo literario y la cultura mantienen en su integridad una lengua. Así la nuestra es sustancialmente la misma en que escribió Fernando de Rojas a fines del siglo XV o Cervantes cien años después.

De cuando en cuando personas mal informadas aspiran a que cada país hispanoamericano tenga su lengua propia. Esto no es de desearse por dos razones importantes: 1ª una lengua sólo se transforma en otra u otras en periodos de gran barbarie y oscuridad espiritual, y 2ª se perdería un estrecho lazo de unión que hoy felizmente liga a España y a sus antiguas colonias, unión que en el concierto de naciones constituye un fuerte bloque, dentro del grupo de pueblos que hablan lenguas procedentes del latín, la Latinidad o Romania.

Otros idiomas han aportado vocablos al nuestro, principalmente el griego, las lenguas ibéricas, el latín literario, el árabe (en gran número), las lenguas indígenas de América, el italiano y el francés. Hay también palabras de procedencia germánica.

LITERATURA HISPANO-LATINA. En la península habían florecido antes que las castellanas las letras latinas, las árabigas y las hebreas.

España se llegó a romanizar de modo tan absoluto (especialmente la Bética o Andalucía) que en el periodo que va desde la muerte de Augusto hasta la de Marco Aurelio (14 a 180 d.C.) alcanzan preponderancia algunos escritores españoles: Séneca el retor, que compuso *Suasorias y controversias*; Séneca el filósofo y dramaturgo, hijo del anterior, preceptor de Nerón, por cuya orden se dio muerte —lo mismo que su sobrino Lucano— a raíz de la conspiración de Pisón. Siguió el estoicismo y escribió varios tratados morales (*Diálogos*, *Cartas a Lucilio*, *Cuestiones naturales*, etc.) y varias

tragedias, por más de un concepto interesantes; Lucano (39 a 65 d.C.), cordobés como los Sénecas, autor de un célebre poema, *Pharsalia* o *Bellum civile*, en cuyos últimos libros se elogia a Pompeyo en perjuicio de César; Marcial, oriundo de Bilibis (Calatayud), escribió epigramas llenos de ingenio y donaire, que pintan las costumbres y vida de la Roma bajo los Flavios; Quintiliano, preceptista y crítico literario.

Entre los escritores de la época cristiana sobresalen Juvencio (siglo IV) y, sobre todo, Aurelio Prudencio (siglos IV y V), considerado por Menéndez y Pelayo como el mejor poeta desde Horacio hasta Dante Alighieri. Las principales obras de Prudencio son *Cathemerinon* (cantos para todo el día) y *Peristephanon* (sobre las coronas). “Cantor del cristianismo heroico y militante, de los ecúleos y de los aparatos de tortura, ennoblecidos y consagrados por el martirio... Nadie se ha empapado como él en la bendita eficacia de la sangre esparcida y de los miembros destrozados.” (Menéndez y Pelayo.)

De la época visigótica sobresale san Isidro de Sevilla (muerto hacia 636), que en sus *Etimologías* compiló el saber antiguo, salvando de completa pérdida innumerables datos acerca de la civilización grecolatina. En los veinte libros en que está repartida la obra se trata de las siete artes liberales que comprenden el *Trivium* (gramática, retórica y dialéctica) y el *Quadrivium* (aritmética, geometría, música y astronomía); del derecho y la cronología; de la Biblia y la teología; de la anatomía, zoología, geografía, etc.; así como de las pesas y medidas, de las guerras y juegos, de los vestidos, usos y costumbres, y de otros mil asuntos. Las *Etimologías* isidorianas fueron un libro fundamental en la Edad Media.

LITERATURA HISPANO-JUDÍA. Filósofos y poetas israelitas brillaron hacia el siglo XI. Los más célebres fueron: Salomón ben Jehudá ben Gabirol, llamado por los escolásticos Avicebrón; Moisés ben Ezra, autor del *Collar de perlas*; el poeta máximo hispano-judío Jehudá Haleví, toledano, que murió hacia 1143; y, por último, Maimónides (Moisés ben Maimón), filósofo, médico y teólogo, cordobés, llamado el santo Tomás del judaísmo; su principal obra filosófica se intitula *Moreh Nebukin*, o sea, “Guía de descarriados”, cuya influencia alcanza a Alberto el Magno y a santo Tomás mismo.

LITERATURA HISPANO-ARÁBIGA. Abarca a historiadores, filósofos y poetas. El siglo de más esplendor de la cultura musulmana en España fue el X (la época del califato de Córdoba).

De los historiadores árabes conviene citar al moro Rasis (Ahmed Arrazí), que por diversas vías influye en la *Crónica sarracina* de Pedro del Corral, primera novela histórica europea; a Benalcutía, cuya *Historia de la conquista de España* ha sido traducida por don Julián Ribera y publicada por la Academia de la Historia (1926); al anónimo autor de *Ajbar Machmúa* (Colección de Tradiciones), traducido por don Emilio Lafuente y Alcántara (1867); a Aljoxaní, a Abenhayán, modelo de historiadores por su imparcialidad; al elocuente Abenbassam; al granadino Abenaljatib, biógrafo de sus coterráneos ilustres; y a Abenjaldún, el más notable de todos los cronistas musulmanes.

De los filósofos, citemos: al comentador de Aristóteles, Avempace (fines del siglo XI y principios del siguiente); a Abentofail (siglo XII), autor del *Filósofo autodidacto*, que

por oscuros caminos ejerce influencia en *El criticón* de Gracián; a Averroes (1126-1198), discípulo del anterior; se llamó Abulgualid Mohámed ben Roxd “el nieto”, y fue celeberrimo en el Occidente durante la Edad Media; lo estudió minuciosamente santo Tomás, y arrastró injustamente entre el pueblo ignorante reputación de incrédulo. La mejor traducción latina de sus obras fue impresa en Venecia (1553). Renán le consagró uno de sus mejores libros, *Averroes et l’Averroisme*. Identifica a Dios con el intelecto activo, y sustituye a la creación *ex nihilo* el paso de la potencia al acto. Comentó a Aristóteles.

LA POESÍA ARÁBIGO-ANDALUZA. La poesía árabiga es notable por no tener influencias extranjeras, y sí un espíritu conservador muy marcado de los modelos poéticos preislámicos. La ignorancia de la poesía griega, por ejemplo, era tal que para Averroes, en sus paráfrasis de la *Poética* aristotélica, la tragedia es el arte de elogiar, y la comedia, el de censurar. Los Omeyas protegieron a varios poetas, y bajo el califato florece la lírica con Abenabderrábihi, con Abenházam de Córdoba y con otros muchos. De Abenházam (994-1063) es este poema, traducido por don Emilio García Gómez:

La visita de la amada

Viniste a mí un poco antes de que los cristianos tocasen las campanas, cuando la media luna surgía en el cielo,
como la ceja de un anciano cubierta casi del todo por las canas, o como la delicada curva de la planta del pie.
Y, aunque era de noche, con tu venida brilló en el horizonte el arco del Señor, vestido de todos los colores, como la cola de los pavos reales.

De este poeta ha traducido el mismo arabista don Emilio García Gómez *El collar de la paloma* (1952).

En el siglo XI, Sevilla se convierte en el principal centro literario de Andalucía. El rey Almotámid y su favorita Romaiquía, Abenzeidún y Abenámar son los más célebres líricos. En los siglos XII y XIII brillan Valencia y Murcia. Abenjafacha de Alcira (1058-1138) es autor del siguiente poema, también traducido por García Gómez:

El río

¡Oh Dios, qué bello se deslizaba el río en su lecho, más delicioso para abrevarse en él que los labios de la bella,
curvado como los brazaletes, rodeado por las flores como por una vía láctea!
Atardecía orillado por las ramas, que eran como pestañas en torno a una pupila zarca.
El viento retozaba con los ramos y cabrilleaba el oro del crepúsculo sobre la plata del agua.

“El gran Abenjafacha, llamado el Channán (‘el jardinero’) por el maravilloso arte con que supo describir los jardines...” (E. García Gómez.)

También sobresale en esta época Abensaíd el Magrebí (1214-1274), de quien es este poema (traducción de E. García Gómez):

La batalla

¡Oh Dios! Los estandartes de los caballeros se cernían como pájaros en torno a tus enemigos.
Las lanzas puntuaban lo que escribían las espadas; el polvo del combate era la arenilla que secaba el escrito, y la sangre lo perfumaba.

La poesía popular usó el *zéjel* y la *moaxaha* o *muwassaha*. Como inventor de ellos aparece Mocádem de Cabra, el Ciego (fines del siglo IX). El gran poeta del género es Abencuzmán (1078 o 1080-1160), cuyo *Cancionero*, estudiado por don Julián Ribera, ha sido publicado con traducción y notas por el arabista A. R. Nykl (1933). Ribera ha demostrado que el *zéjel* es el origen de combinaciones métricas empleadas en las *Cantigas* de Alfonso el Sabio, en el *Libro de buen amor* y en los *cancioneros*, y también por los trovadores provenzales como el conde de Poitiers, el primero de ellos.

Citemos algunos fragmentos de Abencuzmán, traducidos por el doctor Nykl:

Zéjel LXXXIX

Ya no voy a enamorarme más; me cansé de estas cosas.
¡Que Dios borre mis huellas si vuelvo a echarme una novia!
De las mujeres, como sabes, se gana huyendo de ellas.
No veo que ninguna, mientras las haya en el mundo, valga nada.
A mis ojos, todas son iguales: la joven y la vieja,
la lejana y la próxima, la gorda y la delgada...

Zéjel X

Ahora te amo a ti (Lalimah), estrellita.
Quien te ama y se muere por ti,
aunque le mataran, volvería a hacer lo mismo.
Si mi corazón pudiera dejarte,
no compondría esta cancioncilla.

...

Todos tus enamorados están ardiendo.
El hechizo de Babilonia está reunido en ti.
De ti se oye todo lo precioso,
en cuanto dices una palabrita.

Como manzanas son tus pechitos,
como harina blanca son tus mejillitas,
como puro cristal son tus dientecllos,
como azúcar es tu boquita.

Si prohibieras ayunar a los hombres
y dijeras: ¡Sed infieles, oh gentes!
no se quedaría hoy la aljama en pie,
excepto si estuviera atada por una soguilla...

Zéjel XI

La vida sin el vinillo es para mí lo más pesado.
Por el Profeta ruego a Dios que termine con ella.
El mundo es tal cual lo ves: esfuérzate y aprovecha tu tiempo.
Todo el día y toda la noche no abandones tu fiesta.
Regocíjate en él antes de que venga la muerte a buscarte.
¿No es para ti una desgracia que me muera y el mundo siga vivo?

Si el vino dura (sin beberlo) creo que no hay gracia ni sal.
¿Qué es un día sin desfachatez?, ¿qué es un día sin desenfreno?
No creo que el placer sea placer, ni la alegría, alegría,
hasta que el labio de la copa llena de vino entra entre mis labios.

Abul-Beka, de Ronda, cantó en una Elegía famosa la pérdida de Sevilla y Córdoba (reconquistadas por los cristianos de Fernando III); don Juan Valera, al traducir la versión alemana de Schack en el mismo metro de las *Coplas* de Jorge Manrique, contribuyó a establecer un antecedente de éstas que está lejos de ser demostrado.¹

¹ Consúltese *Historia general de las literaturas hispánicas*, publicada bajo la dirección de don Guillermo Díaz-Plaja, tomo I.

I. LA EDAD MEDIA

1. LÍRICA PRIMITIVA, JUGLARES

Y EPOPEYA

EN NUESTROS días se han exhumado unos villancicos en español conservados por poetas hebreos de los siglos XI y XII, al final de sus *moaxahas* o mejor *muwassahas*. Utilizados como *jaryas* (algo así como las *tornadas* y *finidas* de la poesía medieval), son sin duda muestras de la lírica popular de los mozárabes (cristianos que convivían con los musulmanes conservando su lengua). Estas veintiún *jaryas* (una procede de una *muwassaha* árabe), de las cuales apenas la mitad han sido satisfactoriamente leídas, son un antecedente remotísimo e indubitable de los viejos villancicos castellanos y de los cantares galaico-portugueses “de amigo”. El gran lírico hebraico español Judá Leví o Ha Leví nos ha legado, entre otras, estas dos *jaryas*:

Des cand meu Cidello¹ vénid
com' rayo de sol éxid
¡tan bona albixara!
en Wad-al-hayara.

Francisco Cantera traduce así: “Desde el momento en que mi Cidello viene, ¡oh, qué buenas albricias! sale en Guadalajara como un rayo de Sol”.

Váyse meu corachón de mib,
¿ya, Rab, si me tornarád?
¡Tan mal meu doler li-l-habib!
Enfermo yed, ¿cuándo sanará?

Que quiere decir, según el mismo Cantera: “Mi corazón se me va de mí. Oh Dios, ¿acaso se me tornará? ¡Tan fuerte mi dolor por el amado! Enfermo está, ¿cuándo sanará?”

Otra *jarya* en una poesía de Abraham ben 'Ezra:

Gar, ¿qué farayu?
¿cóm vivrayu?
Este al-habib espero,
por él morrayu.

(“Dime: ¿qué haré yo?, ¿cómo viviré yo? Espero a este amado; por él moriré yo.”)

He aquí una *jarya* conservada por el tardío y arcaizante Todros Abulafia, que alcanzó el reinado de Alfonso el Sabio:

¿Qué faré yo o qué serád de mibi?
Habibi,
non te tolgas de mibi.

“¡Qué diafanidad, qué neta sencillez! —exclama Dámaso Alonso² en su erudito estudio de estas preciosas antiguallas— ‘Amigo, ¡no te apartes de mí! ¿Qué haré, qué será de mí si tu me dejas?’ La exclamación es otra vez impresionantemente desnuda. El poeta la pone en boca de una ciudad, pero no nos engañemos (bien conocida es la bella costumbre árabe de femineizar las ciudades, etcétera).”

Otras *jaryas*:

Garid vos, ay yermanelas,
¿cóm’ contener é meu mali?
Sin el habib non vivreyu
ed volarei demandari.

(“Decid vosotras, oh hermanillas, ¿cómo refrenaré mi pesar? Sin el amado yo no viviré, y volaré a buscarlo.”)

Gar sos devina e devinas bi-I-haqq,
garne cánd me vernád meu habibi Ishaq.

(“Pues sois adivina y adivinas en verdad, dime cuándo me vendrá mi amado Isaac.”)

¿Qué fare, mamma?
Meu-l-habib est’ ad yana.

(“¿Qué haré, madre? Mi amigo está a la puerta.”)

Estos cantarcillos “de amigo” salpicados de palabras árabes no sólo son lo más antiguo que se conserva de la lírica mozárabe, sino también de cualquier lírica en lengua romance. Remitimos al curioso al excelente trabajo de Alonso, al de García Gómez en *Clav.*, mayo-junio de 1950, intitulado *El apasionante cancionerillo mozárabe*, y al de Menéndez Pidal, *Cantos románicos andalusíes*, en *BAE*, XL, mayo-agosto de 1951.

LOS JUGLARES. En la Edad Media vivían los pueblos de Europa bajo un régimen bilingüe: sólo una minoría —los “clérigos”— se servían del latín o lengua escrita. La casi totalidad de la masa social la ignoraba. Los juglares vienen a satisfacer ciertas necesidades generales de orden espiritual: principalmente la necesidad de un espectáculo, y la de tener alguna información de carácter histórico sobre el pasado reciente.

Logran esto último con sus cantares de gesta. Son los primeros en componer canciones en la lengua vulgar, y crean de este modo las literaturas modernas. O en otros términos, éstas en sus orígenes son juglarescas.

El juglar —sus actividades son variadas— iba lo más a menudo de lugar en lugar a entretener auditorios, bien con sus habilidades musicales, o con la lectura de poemas (de que en algunos casos sería autor), o bien con sus chistes y refranes o con su destreza como prestidigitador o cirquero.

La juglaría española parte de la decadencia del teatro latino, y comprende también a juglares gallego-portugueses (segreres), moriscos y judíos. Hubo asimismo trovadores provenzales u occitánicos que vivieron algún tiempo en España, como Marcabré, Giraut

de Bornelh y Peire Vidal. Existieron además juglaras o *soldaderas*, principalmente *danzaderas* y *cantaderas*, a quienes no veían con simpatía los moralistas contemporáneos. “Las *dançaderas* son contrarias a todas las tres leyes... las dançaderas quebrantan los días de las fiestas... las dançaderas engañan a sus próximos con sus cantares a manera de serenas...”³

Los principales instrumentos de música de que se servían los juglares eran la *cedra* y *cítola* que derivan de la cítara antigua; la vihuela de péñola o plectro, y la de arco, que era un antepasado del violín; la nórdica *rota*; y el salterio, atambores, panderetes, dulçema, axabeba, añafiles y albogues, de procedencia oriental.

Gran espacio ocupaba el juglar en la vida de la Edad Media; ejercitaba su arte no sólo en fiestas de toda clase, sino también durante la comida y los viajes de los nobles, en las ceremonias religiosas, a la cabecera de los enfermos, ante los concejos de las villas, etcétera.

Por razón de la índole de la poesía, dejaron en la suya los juglares líricos noticias de sí mismos. No así los juglares épicos.

Algunas características de la poesía juglaresca son la asonancia y la métrica irregular. Ésta consiste en elaborar los versos, guiándose principalmente por el oído, sin contar las sílabas con los dedos, y sin que esta cuenta sea llevada con mucho rigor.

La lectura o recitación ante públicos de toda suerte, con atención vacilante, imponía también la necesidad de repetir los pasajes de más interés, de alargar los nombres de héroes y lugares con frases peculiares: el Cid, el que en buena hora ciñó espada; Martín Antolínez, el burgalés de pro; Castilla la gentil, etc. Se empleaban también los llamados directos a los oyentes:

Llorando de los ojos, que non vidiestes atal...
Mala cueta⁴ es, señores, aver mingua⁵ de pan...
[*Poema del Cid*, v. 374 y 1178.]

En el repertorio de los más antiguos juglares, hacia los siglos XII y XIII, figuraban cantares de gesta, es decir, poemas narrativos sobre leyendas épicas castellanas y carolingias. Los héroes de estos cantares eran: el rey godo don Rodrigo, que perdió a España a principios del siglo VIII; los Infantes de Lara, unos jóvenes nobles que fueron cruelmente sacrificados por su rencoroso tío Ruy Velázquez; Bernardo del Carpio, personaje que representa ciertos sentimientos hostiles a los franceses; el conde Fernán González, campeón de la independencia castellana respecto del viejo reino leonés; Garcí Fernández, célebre por la belleza de sus manos y por sus desdichas conyugales muy ferozmente vengadas; el Cid, el mejor guerrero de la segunda mitad del siglo XI.

EL POEMA DEL CID. Un cantar de gesta, de mediados del siglo XII, ha llegado hasta nosotros en una copia hecha en 1307 por Per Abbat, cantar sobre el cual han arrojado intensa luz los estudios de don Ramón Menéndez Pidal. Es la más preciada joya de la epopeya castellana.

Con el *Poema del Cid* se inicia una época, en que se trata, a semejanza de la

epopeya francesa, un tema con toda amplitud en varios millares de versos, pues parece que los cantares primitivos eran mucho más cortos.

La materia del poema está admirablemente planeada en tres cantares. Unos calumniadores cortesanos acusan al Cid de haberse enriquecido en una excursión a Sevilla, adonde fue enviado por Alfonso VI a cobrar unas parias o tributo anual. Sin escucharlo, el rey le destierra. Parte acompañado de parientes y vasallos y pasa por Burgos, donde nadie le hospeda, y por el monasterio de San Pedro de Cardeña, en que se hallan su esposa doña Jimena y sus hijas. Momento de incertidumbre y dolor el de la separación.

Vienen después los comienzos de su encumbramiento, Castejón y Alcocer, donde lo asedian dos reyes de moros con hueste numerosa. Luego, provechosas correrías por la región de Teruel y las comarcas vecinas de Lérida y Castellón. El conde de Barcelona que sale a combatirle es derrotado y hecho prisionero. En su cautividad se niega a probar bocado, y el héroe lo trata con generosidad no exenta de ironía. En el segundo cantar se cuenta muy abreviadamente el sitio y conquista de Valencia, la gran proeza del Cid con la cual emula a los caballeros de la gesta de Garin de Monglane que por esfuerzo propio adquieren feudos y señoríos. Tras de vencer al rey moro de Sevilla, que trata de recuperar la ciudad perdida, envía nuevo presente al rey, que permite se le reúnan doña Jimena y sus hijas. Éstas, por las ganancias de su padre, se tornan en buenos partidos que tientan la codicia de unos jóvenes ricoshombres, los Infantes de Carrión. Yuçuf de Marruecos —el emperador de los almorávides— se presenta con gran ejército ante Valencia. El Cid le derrota y del botín envía doscientos caballos al rey. A tan repetidas larguezas el monarca acaba por consentir en avistarse con el desterrado, para perdonarle públicamente. Las vistas junto al río Tajo ilustran curiosamente sobre la significación de un rey medieval, mayor que la de un jefe de Estado moderno, ya que aquél encarnaba la idea de patria, idea que sólo más tarde fue tomando cuerpo. Alfonso VI, pensando honrar al conquistador de Valencia, le pide a sus hijas para los Infantes de Carrión. El Cid accede y el casamiento se lleva al cabo.

Triste figura hacen en la corte militar de Valencia los Infantes, que se comportan con pusilanimidad en la derrota del rey Búcar que ensaya a recobrar la ciudad. Tras la victoria, se llevan a sus esposas a Carrión. Intento frustrado de los carrionenses de matar y despojar al fiel Abengalbón. En el robredo de Corpes azotan a sus esposas, las dejan abandonadas y sin sentido, y les roban los mantos y las pieles armiñas. Con este abandono, según las costumbres jurídicas de la época, el matrimonio queda disuelto. El Cid acude al rey, que convoca sus cortes en Toledo. El héroe llega al último. Primero pide que los Infantes le devuelvan sus espadas Colada y Tizón; después, la dote de sus hijas; y, finalmente, exclama:

a menos de riebtos no los puedo dexar
[v. 3257.]

Sobrevienen entonces denuestos e inculpaciones de menos valer y los desafíos quedan concertados entre Pedro Vermúdez y Fernando, Martín Antolínez y Diego, Muño

Gústioz y Assur González, hermano este último de los Infantes. A la Corte llegan entonces Ojarra e Íñigo Jiménez o Ximénones, *rogadores* de los Infantes de Navarra y Aragón, que piden para éstos la mano de doña Elvira y doña Sol, la que les es otorgada por el Cid y por el rey. La lid se hace en las vegas de Carrión y la preside Alfonso VI. Los Infantes quedan vencidos, malheridos y deshonrados.

Grant es la biltança de ifantes de Carrión.
Qui buena dueña⁶ escarneçe e la dexe despuós,
atal le contesca o siquier peor
[v. 3705–3707.]

Como se ve, hay gran cohesión y unidad en la materia del *Poema*, pues el enriquecimiento del Campeador es necesario para que los orgullosos y arruinados Infantes codicien los casamientos. Logrado su propósito, se deshacen de sus mujeres con lujo de crueldad para vengar burlas que se atrajeron en Valencia con su cobardía.

En este mundo impera la cortesía: al que parte se le “escurre”, es decir, se le acompaña largo trecho para honrarle; se hierran las cabalgaduras del huésped; en las saluciones, se besan los pies, las manos, la boca, los ojos, los hombros a la usanza mora. Cuando Alfonso VI pide al de Vivar que corra a Babieca, y el héroe se excusa alegando que en la Corte hay muy altos hombres capaces de hacerlo, el monarca insiste: “Çid, págome yo de lo que vos dezides; mas quiero todavía que corrades ese caballo por mi amor”.

En el cantar son mirados con simpatía el rey y los infanzones, o sea, la nobleza rural a la que pertenece Ruy Díaz; y con antipatía la más alta casta palaciega, los *comdes* o *ricos hombres*, en la que están comprendidos García Ordóñez y los indignos Infantes.

Es notable la concisión lapidaria con que se expresan el Campeador y sus guerreros. Cuando obsequia a Pedro Vermúdez con la espada Tizón que acaba de recuperar de uno de sus antiguos yernos, le dice:

Prendetla, sobrino, ca mejora en señor.

Cuando se despide de los que han de batirse con los Infantes y hace sus últimas recomendaciones, Martín Antolínez replica:

Por qué lo dezides, señor!...
podedes odir de muertos, ca de vencidos no
[v. 3527 y 3529.]

El *Poema* refleja de modo hondamente emotivo y humano la vida cotidiana, costumbres e ideas del tiempo, acaso con menos brillo pero con más fidelidad que el *Canto de los Nibelungos* y la *Canción de Roldán*.

El Campeador es una figura trazada con fuerte relieve, llena de grandeza moral, a pesar de que en su siglo aún no se perfilaba un ideal religioso ni nacional.

El autor sólo conoce la región de Medinaceli, provincia de Soria, en Castilla la Vieja, lugar fronterizo, hacia mediados del siglo XII, entre cristianos y moros.

Están delineadas con vigor insuperable las grandes escenas de la obra como la del

robredo de Corpes, las cortes de Toledo y los combates de Carrión, todas del más vivo dramatismo. Las descripciones, como en la *Iliada* y en el *Rollans*, son breves pero de fuerza extraordinaria: dos o tres pinceladas y todo el grandioso escenario aparece ante los ojos.

Apuntaremos de paso que el *Cantar* nos conserva los más antiguos refranes de nuestra lengua: “non duerme sin sospecha qui aver trae monedado” (v. 126); “qui a buen señor sirve, siempre bive en deliço” (v. 850); “qui en un logar mora siempre, lo so puede menguar” (v. 948).

Como cosa curiosa señalaremos la perspicacia con que el ignorado autor descubre y pinta la codicia. Cuando el Cid reclama la dote de sus hijas, ocurre este verso magistral:

Aquí veriedes quexarse ifantes de Carrión!
[v. 3207.]

Lo mismo que las gentes que se le acogen en el sitio de Valencia:

al sabor de la ganancia, non lo quieren detardar
[v. 1198.]

OTROS CANTARES. Subsisten de la vieja epopeya castellana, además del *Myo Çid*: el *Roncesvalles*, fragmento de cien versos de un cantar de gesta, del primer tercio del siglo XIII, con materia igual al *Rollans*; otro fragmento de la segunda gesta de los Infantes de Lara, de comienzos del siglo XIV, descubierto y publicado como el anterior por Menéndez Pidal; y el *Rodrigo* o *Las mocedades del Cid*, de fines del XIV o principios del XV. En esta última obra —en que ha perdido toda historicidad la leyenda, llenándose de elementos adventicios— se encuentra el episodio de san Lázaro, que bajo la apariencia de leproso o *malato* alberga con el Cid “so una capa verde aguadera”; y la historia del fabuloso conde Lozano, que había de ser explotada en el teatro por don Guillén de Castro y por Corneille.

Además, nos quedan resúmenes o prosificaciones de otros cantares en las crónicas o libros de historia. El más importante es el *Cerco de Zamora* (prosificado en la *Primera crónica general de España*), de gran dramaticidad y juego de pasiones, y en el que con singular habilidad se dejan adivinar, sin afirmarlas resueltamente, graves cuestiones como la complicidad de doña Urraca, de Alfonso VI y de los zamoranos en el crimen de Vellido Adolfo.⁷

AUTO DE LOS REYES MAGOS. Mencionaremos de paso un curioso *Auto de los Reyes Magos*, también del siglo XII, y procedente de las representaciones latinas eclesiásticas. Es la más vetusta reliquia del teatro en nuestra lengua.

2. LA POESÍA EN EL SIGLO XIII

PRIMERAS VIDAS DE SANTOS. Los más antiguos poemas sobre vidas de santos que se conservan son el *Libro de los tres Reyes de Oriente* y la *Vida de Santa María*

Egipciaca, ambos del primer tercio del siglo XIII. El primero narra con candor adorable la leyenda del bueno y del mal ladrón. El segundo, mera traducción del francés, cuenta la historia de la Egipciaca, leyenda oriental que tantas semejanzas ofrece con la de santa Taís.

La relación de su pecaminosa mocedad, la descripción de su cuerpo y “vestimentes”, el viaje con los peregrinos y la regla a que estaban sujetos los monjes en la abadía abundan en notas pintorescas.

RAZÓN DE AMOR. De la misma época data la más antigua poesía lírica, la *Razón de amor*, que trata de la primera entrevista de un escolar con su amada, en un huerto prodigioso. Tal vez de origen provenzal, revela ya ciertos refinamientos en el sentir y en el trato:

Un escolar la rimó
que siempre duenas amó,
mas siempre ovo cryança
en Alemania y en França;
moró mucho en Lombardía
por aprender cortesía.
...
Yo non fiz aquí como vilano;
levem e pris la por la mano.

La pasión amorosa se expresa con mucha energía:

Elam dixo: “Bien seguro seyt de mi amor,
no vos camiaré por un emperador.”
...
Queque la vi fuera del uerto,
por poco non fuy muerto.

La segunda parte del poema es un debate del agua y el vino que se denuestran acaloradamente. El vino termina una de sus argumentaciones en estos versos:

E dexemos todo lo al:
la mesa sin mí nada non val.

No es éste, con todo, el más viejo debate que haya sobrevivido hasta nosotros. La *Disputa del alma y el cuerpo* es de las postrimerías del siglo XII, y, por lo tanto, el debate —o por mejor decir—, el fragmento de debate más antiguo. Está escrito en pareados, con predominio del verso alejandrino (de catorce sílabas). El alma increpa al cuerpo culpándolo de la pecaminosa vida pasada. El trozo conservado (unos treinta y siete versos) sólo contiene las reprensiones del alma. Es, según se ha demostrado, una mera versión del francés. El tema fue tratado en varias obras latinas de la Edad Media.

LACUADERNAVÍA. Entre 1230 y 1250 se intenta por primera vez regularizar la métrica. El sistema se llamó “cuaderna vía” y consiste en cuartetos monorrimos de versos alejandrinos. Este verso es de procedencia francesa. A esta escuela poética se suele llamar “mester de clerecía” para distinguirlo de la poesía más popular de los juglares

(oficio o “mester” de juglaría). Sin embargo, no debe insistirse mucho en esta oposición, ya que Berceo y sus secuaces continuaban algunas prácticas juglarescas y, puesto que el *Alexandre*, la obra más erudita del mester de clerecía, figuró en el repertorio de los juglares. No hay certidumbre respecto a qué se compuso primero, si las “prosas” de Berceo, o el *Libro de Apolonio*, o bien, el *Alexandre*.

GONZALO DE BERCEO. Nace en los últimos años del siglo XII. Fue criado en el monasterio y santuario de San Millán de Suso. Presbítero secular —no monje—, interviene como testigo, a veces, con su hermano Juan, también clérigo de Berceo, en varios documentos notariales entre los años de 1220 y 1246. Acaso sean justas o muy aproximadas las fechas de 1198 y 1268 que se han propuesto como términos de la vida del poeta riojano.

Su lengua es familiar y de gran lisura. Su propósito al escribir, el de vulgarizar obras piadosas en latín, que traduce con bastante libertad. Su fe, viva y candorosa. Su alejandrino —el único impecable de toda la escuela de la “cuaderna vía”— jamás nos cansa, pues de continuo nos encanta con expresiones y comparaciones de sorprendente realismo. Así, de una enferma que ponen sobre el sepulcro de Santo Domingo de Silos dice:

Yaçie ella ganiendo como gato sarnoso
[*Sto. Domingo*, ca. 586];

y de una abadesa encinta:

Fol creciendo el vientre en contra las terniellas
[*Milagros*, ca. 508.]

Menéndez y Pelayo le define como el primitivo cantor en nuestra lengua “de los afectos espirituales, de las pías visiones y de las regaladas ternezas del amor divino”; y le tiene por el creador “de la leyenda romántica española, la que ayer mismo encantaba los sueños de nuestra juventud en *A buen juez mejor testigo*, en *Margarita la Tornera*, o en *El capitán Montoya*”.

Los bellos versos, como “Fue saliendo afuera la luz del corazón” (*Sto. Domingo*, ca. 40), alternan con refranes:

El lino cabel fuego malo es de guardar
[*Ibid.*, 51.]
Oímos la lengua, mas el cuer⁸ non sabemos
[*Ibid.*, 95.]
Que mal día li amasco⁹ al qui a mal vezino
[*San Millán*, ca. 121.]

y con pasajes de fino sabor popular:

Ca yaçie grant tesoro so el su buen pelleio
por padre lo cataban esse sancto conçeio,
foras algun maliello, que valie poquilleio
[*Santo Domingo*, ca. 92.]

La “lámpada” que colgaba sobre el cuerpo de san Millán

Nunqua dias nin noches sin olio non estaba,
fuera cuando el ministro la mecha li cambiaba
[ca. 331.]

Una niña muerta a los tres años y resucitada por el mismo santo se describe así:

...ya era peonziella,
tenienla los parientes siempre bien vestidiella
[ca. 343.]

En *Santo Domingo de Silos*, una monjita a quien espanta el diablo,

El mortal enemigo pleno de travesura...
por espantar la duenna, que oviesse pavura,
façieli malos gestos, mucha mala figura
[ca. 327.]

De san Millán, mozo y escolar, se dice:

Quanto en la çiençia era mas embevido,
tanto en la creençia era mas encendido
[ca. 23.]

A veces se advierte una suave ironía: ofreciendo contar “una gran cortesía” de santo Domingo, exclama ante sus oyentes:

Si oir me quisiessedes bien vos la contaría:
non combredes¹⁰ por ello vuestra yantar más fría
[ca. 376.]

y después de narrar un milagro de Nuestra Señora, dice:

Dessó mugier fermosa, e mui grand posesion,
lo que farien bien pocos de los que oi son
[ca. 349.]

A una abadesa muy severa, sus monjas

Querrien veerla muerta las locas malfadadas,
cunte¹¹ a los prelados esto a las vegadas
[*Milagros*, ca. 510.]

La vida de Santo Domingo de Silos y *la Vida de San Millán* —ambos pastores en su niñez— son los poemas hagiográficos de mayor significación. El texto de Grimaldo y de san Braulio se enriquece con mil detalles que Berceo extrae de sus recuerdos y de su observación atenta de la vida que le rodea.

El duelo de la Virgen contiene una canción de vela, que los judíos entonan para no dormirse cuando vigilan el sepulcro de Cristo:

Velat aliama¹² de los iudios,
 eya velar.
 Que non vos furten el Fijo de Dios,
 eya velar.
 Ca furtárvoslo querran,
 eya velar.
 Andrés e Peidro et Iohan,
 eya velar...
 Todos son ladronçiellos,
 eya velar:
 que assechan por los pestiellos,
 eya velar...

Estas cantigas de vela o de veladores son un género de lírica popular que hubo en la Edad Media, y que atestigua ya un poema latino que se suele referir al sitio de Módena por los húngaros, allá por el año de 924, poema que comienza con estos versos:

O tu qui servas armisista moenia,
 nolite dormire, moneo, sed vigila;
 dum Hector vigil exstitit in Troja,
 non eam cepit fraudulenta Graecia...

Los *Milagros* son tal vez la obra de Berceo que mayor atractivo ofrece a un lector de hoy. Nos embelesa singularmente la Introducción, con su encantado y alegórico vergel, “Logar cobdiçiaduero pora omne cansado”, en que los árboles significan los milagros de la Gloriosa

Ca son mucho más dulzes que azucar sabrosa
 la que dan al enfermo en la cuita ravisosa,

y en que hay como una visión del mundo todo que resuena con las laudes de la clerecía a la Virgen.

Los milagros marianos estuvieron en gran predicamento en la época de Berceo. Basta citar la colección latina de Vicente de Beauvais o el Bellovacense, la francesa de Gautier de Coinci, y la galaico-portuguesa de Alfonso el Sabio. Son una forma popular del sentimiento religioso en la Edad Media, y en ellos se exalta la simplicidad humilde, se galardona al inocente y se perdona al pecador por enormes que sean sus crímenes. Con frecuencia se deslizan en estas piadosas colecciones historias nada edificantes, o bien, leyendas de procedencia no cristiana, como el milagro XV en Berceo, que no es sino el cuento pagano de Venus y el jugador de pelota que aprovecharon Heine y Prosper Mérimée.

Seguramente una de las más lindas obras del poeta de la Rioja es la *Vida de Santa Oria*, compuesta en su vejez, y que engalanan visiones “fermosas por fazaña”, para servirnos de una expresión del mismo autor.¹³

EL LIBRO DE APOLONIO. Tiene por tema una novela de aventuras, género que en último término halla en la *Odisea* su más alto modelo. No se conserva el original griego sino

únicamente textos latinos. Fue una novela bastante divulgada en los tiempos medios, y que Shakespeare aprovechó en *Pericles*.

Parece haber sido compuesto en Aragón y se guarda en el mismo códice del Escorial en que se custodian el *Libro de los tres Reyes de Oriente* y la *Egipciaca*.

El héroe, Apolonio rey de Tiro, lleno de prudencia y excelente músico y descifrador de enigmas y adivinanzas (las más antiguas en nuestra lengua de que se tiene memoria), representa un tipo ideal de perfección caballeresca, bien curioso por cierto.

Ocupan gran lugar no sólo la música y los enigmas (el del incesto de Antíoco, la elección que hace Luciana de marido y las adivinanzas juglarescas de Tarsiana), sino que hay sabrosas sentencias sobre la incertidumbre de la vida y sus alternativas:

El estado deste mundo siempre asi andido,
cada dia sse camia, nunca quedo estido;
en toller e en dar es todo su sentido,
vestir al despoiado, e despoiar al vestido
[ca. 134.]

Alegre Apolonio, alegre Luciana,
non sabien que del gozo cuyta es su ermana
[ca. 265, ed.]

Bien conocidas tiene el héroe las perfidias del mar:

Nunqua deuia omne en las mares fiar,
traen lealtat poca, saben mal solazar,
saben al reçebir buena cara mostrar,
dan con omne ayna¹⁴ dentro en mal logar
[ca. 120.]

Este bello poema preserva intacto el interés de su narración, no obstante los siglos transcurridos desde que fue compuesto.

ALEXANDRE. Por sus leonesismos (“mentieron” por “mintieron”, y otros), el *Alexandre* parece haber sido escrito hacia León. Su autor, según uno de los dos manuscritos que se conservan, fue Juan Lorenzo, “natural” de Astorga. La palabra “natural” se venía leyendo erróneamente por “Segura”.

En cierto modo hay como una anticipación del Renacimiento en versar este poema sobre un tema de la antigüedad clásica. También hay algo de renacentista hasta cierto punto en la curiosidad del héroe por explorarlo todo, hasta el cielo y el fondo del mar, lo que logra por medio de peregrinos artificios.

Las fuentes son muy diversas: desde luego, Homero y Ovidio

...Véyan que Omero non mentira en nada,
[ca. 300, c.]
...Esto iaz en el liuro que escreuió Nason
[ca. 344, c.]

pero también Gualterio de Chatillon y Lambert le Tors, entre otros.

Los consejos de don Aristótil al joven príncipe descubren el prejuicio monacal contra la mujer

Sobre todo te cura mucho de no amar mugieres;
ca desque se ombre buelue con ellas una vez,
siempre ua arriedro,¹⁵ e siempre pierde prez:
puede perder su alma que a Dios mucho grauez,¹⁶
et puede en grant ocasion caer muy de rafez¹⁷
[ca. 48, d y 49.]

Hay una larga digresión sobre la guerra de Troya, rica como todo el libro en anacronismos. Extrañamente suenan en nuestros oídos

...Ulixes sossacador denganos
[303, a.]

(y Néstor) que abie la caueça tan blanca cuemol queso
[532, d y también 404, b.]

Aligeran el pausado relato multitud de bellos pasajes como el juicio de las tres diosas, la descripción de Babilonia y la de los palacios de Poro, el calendario imitado por el Arcipreste de Hita (coplas 2391 a 2402) y el episodio de la reina de las Amazonas, Calestrix, que parece inspirarse en Salomón y la reina de Saba (coplas 1701 a 1726).

Hay un *mayo* o canción de mayo en las coplas 1788 a 1792, que citamos a continuación:

El mes era de mayo un tiempo glorioso
quando fazen las aues un solaz deleytoso,
son uestidos los prados de uestido fremoso,
da sospiros la duenna la que non ha esposo.
Tiempo dolçe e sabroso por bastir¹⁸ casamientos,
ca le tempran las flores e los sabrosos uientos,
cantan las donzelletas, son muchas ha conuientos¹⁹
fazen unas a otras buenos pronunçiamientos.
Caen en el serano las bonas roçiadas
entran en flor las miesses ca son ya espigadas,
enton casan algunos que pues messan las uaruas,
fazen las duennas triscas en camisas delgadas.
Andan moças e uieias cobiertas en amores,
van coger por la siesta a los prados las flores,
dizen unas a otras: bonos son los amores,
y aquellos plus tiernos tienense por meiores...

Los anacronismos son innumerables. Alejandro y sus capitanes, ante la tumba de Aquiles,

Echaron grant ofrenda, fezieron proçession,
ençensaron las fuesas, e dioron oblaçion
[310, a y b.]

Los griegos celebran la muerte de Héctor:

Los unos tenien armas, quebrantauan taulados,
los otros trebeiauau²⁰ axadrezes e dados
[670, a y b.]

Ante la parcialidad de los “dios” por los griegos,

Las madrones de Troya fezieron luego cyries,
vestien todos sacos e asperos çiliçios
ornaron los altares de rosas e de lilios:
por pagar²¹ los sanctos todos cantauan quirios
[504.]

Son frecuentes los aciertos de expresión. Así, verbigracia, cuando Héctor reprocha a Paris su belleza:

Non se faz la fazienda por cabellos pendados²²
nin por oios fremosos nin çapatos dorados;
mester ha punnos duros, carriellos denodados,
ca espada nin lança non saben defalagos²³
[444.]

Las consideraciones sentenciosas no son raras:

Quien amigos non ha, pobre es e mendigo.
[898, d.]
...Ca escusa muchas uezes quis²⁴ guarda, las plagas.
[878, d.]
...E prouó una cosa que non auie prouado,
que la salut non dura siempre en un estado
[834, c y d.]

Y las graciosas puerilidades, propias de escritores de esta edad, menudean: cuando Alejandro se baña en un río,

Dió salto en el río con ambos sus calcannos,
pareçe bien que yôgo pocas uezes en bannos
[839, c y d.]

A propósito del epitafio de Aquiles hallamos este delicioso elogio de la brevedad

Quieno²⁵ uersificó fue omne bien letrado,
ca puso grant razon en poco de ditado
[307, c y d.]

EL FERNÁN GONZÁLEZ. Fue escrito probablemente en el monasterio de Arlanza (cerca de Burgos) y hacia 1255, y prosificado en la *Primera crónica general de España*. Las hazañas del conde castellano Fernán González (912?–970) ya habían sido aprovechadas en la épica popular, como lo prueba una prosificación en cierta crónica latina, la

Najerense (por 1160). La versificación es sumamente irregular. Aunque la materia épica esté refundida con espíritu clerical muy marcado, todavía persiste el carácter estrenuo del héroe y su aliento profundamente heroico:

El omne pues que sabe que non puede escapar,
deve a la su carne onrrada muerte le dar.

...

Vn día que perdemos, nunca lo podremos cobrar,
iamas en aquel día non podemos tornar.

...

Serán los buenos fechos fasta la fyn contados
[c 211, c y d; 345, c y d, y 351, d, en BAAEE, t. LVII.]

Refiere el *Poema* las victorias de Lara y Hacinas sobre Almoçorre. En realidad Almanzor (976–1002) no fue contemporáneo del conde, sino de su hijo Garcí Fernández, el “que auie las mas fremosas manos que nunca fallamos que otro omne ouo”, como dice la *Crónica general*. Yendo Fernán González a casarse con doña Sancha, hija (y no hermana) del rey de Navarra, instigado éste por su tía la reina de León lo aprisiona. Doña Sancha visita al conde y le ofrece libertarlo si le promete tomarla por mujer:

Buen conde, dixo ella, esto faze buen amor,
que tuelle a las dueñas vergüença e pavor
e olvidan los paryentes por el entendedor.²⁶
Ca de lo que él se paga tiénenlo por mejor.

...

Si vos luego agora daquí salir queredes,
pleito e homenaje en mi mano faredes,
que por duenna en el mundo a mí non dexedes,
connmigo vendiçiones e misa prenderedes.
Sy esto non façedes, en la cárcel morredes,
comme omne syn conseio, nunca de aqui saldredes,
vos mesquino lo pensat, sy buen seso avedes,
sy vos por vuestra culpa atal duenna perdedes.
Quando esto oyó el conde, tobose por guarido,²⁷
dixo entre su coraçon, ¡sy fuese ya conplido!

[ca. 628 y ss.]

La infanta saca al prisionero y huyen, pero como el castellano va aherrojado y no puede andar

hóbol ella un poco a cuestas a llevar

[ca. 628 y ss.]

También se cuenta la historia de un caballo y un azor vendidos por Fernando al rey de León Sancho Ordóñez (Sancho I, el Gordo) al gallarín doblado, esto es, duplicándose cada día la cuenta si no se salda en el plazo. De este modo alcanza la libertad de Castilla, pues el de León no puede pagar la deuda.²⁸

HISTORIA TROYANA (en prosa y verso). Una traducción en prosa del *Roman de Troie*, de

Benoit de Sainte-Maure (segunda mitad del siglo XII), traducción a la que Menéndez Pidal asigna la fecha de 1270, incluye poesías originales del traductor, que son de gran mérito. En ellas reina gran variedad de metros, desde la cuarteta monorríma predilecta de los doctos y el pareado que en cierto modo la precedió, hasta la sextina octosílaba y la décima de versos de cuatro y ocho sílabas. He aquí una breve cita de la descripción de la sexta batalla, que tiene todo el colorido brillante de una miniatura:

Grande era el bolliçio, muy grande ela buelta;
andauan los caballos todos en gran rrebuelta,
reninchando e saltando corrien a rrienda suelta,

...

bien ferian los vasallos, bien ferian los señores;
matar eran sus viçios²⁹ e matar sus sabores,
los que menos matauan tenianse por peores.
Los escudos que eran fermosos e pintados
andaban sin blocales, rrotos e foradados.
Syn braços cayan unos e otros descabeçados.
De muertos e feridos llenos eran los prados.

...

Mays Hector e Anchiles cada que se fallauan,
abaxaban las lanças, grandes golpes se dauan,

...

los rayos de la sangre por los pechos corrien
pero con tod aquesto matar non se podien;
sangrientas an las barbas, sangrientos los cabellos
allegauanse muchos por sabor de veellos,
los vnos e los otros morien por acorrellos;
boluiense sus amigos, matauanse sobrellos.
Veyenlo de la villa las dueñas e donzellas
que estauan por las torres muy altas e muy bellas,
otrosy³⁰ las burguesas que estauan y³¹ con ellas,
oyen dar las feridas, mas non querian veellas.
Llorauan de los ojos grauemente por ello,
qual rronpia su cara, qual rronpie su cabello,
la que auia amigo quexauase por ello³²
anda los dios³³ rrogando por miedo de perdello;
grande es el sacrificio que por los tenplos arde.

...

el muy ardit³⁴ feriendo e feriendo el couarde.
Los escudos muy fuertes pasando las cochiellas,
quebrandose las astas, bolando las estiellas³⁵
saliendo los caualllos aparte con las siellas
tornadas son bermejas las yeruas amariellas.

ELENA Y MARÍA. En 1914, Ramón Menéndez Pidal publicó *Elena y María*, o sea, la disputa del clérigo y el caballero. El mismo erudito la conceptúa del último tercio del siglo XIII.

El debate sobre cuál es mejor marido, el clérigo o el caballero, se trata ya en un poema latino de la segunda mitad del siglo XII, *Phyllis et Flora*, y en sus varias imitaciones francesas, anglonormandas e italianas. El asunto fue perdiendo su ambiente

lleno de idealidad y delicadeza y revistiendo, en las obras más modernas, un espíritu francamente satírico y realista. Paralelamente también la palabra “clérigo” fue dejando de significar “letrado, hombre de libros”, para designar sólo al eclesiástico. En *Elena y María* las censuras que se hacen al sacerdote y al soldado son de la más viva acritud:

...que mas val vn beso de infançon
que çinco de abadon,
commo el tu baruj rrapado
que siempre anda en su capa en çerrado,
que la cabeça e la barua e el pescueço
non semeja senon escueso.
Mas el cuydado mayor
que ha aquel tu señor
de su salterio rrezar,
e sus molaziellos ensenar;
...
fijas de omnes bonos ennartar,³⁶
casadas e por casar
[versos 100 y ss.]

Hay pasajes notables, como cuando se opina que

Non val nenguna rren³⁷
quien non sabe de mal e de bien:
que el mio sabe dello e dello
e val mas por ello
[versos 116 a 119.]

o cuando describe Elena la llegada de su amado a palacio:

Dios, que bien semeja!
açores gritando,
cauallos rreninchando,
alegre vien e cantando,
palabras de cortes fabrando
[versos 90 y ss.]

Elena y María está escrito en pareados con tendencia octosilábica, a diferencia de *Santa María Egipcíaca* y otros poemas de comienzos del siglo, en que prevalece el eneasílabo.

LAS CANTIGAS DE SANTA MARÍA. Alfonso X el Sabio nació en Toledo, y en su juventud peleó con los moros, en las expediciones militares de su padre el rey Fernando III el Santo. Buena parte de su reinado la consumieron sus pretensiones al Imperio de Alemania, a que le daban derecho ser hijo de la reina doña Beatriz de Suabia y la elección que se hizo a la muerte de Guillermo de Holanda, en 1256, y en la que el español obtuvo cuatro de los siete votos. Otra buena parte de sus actividades como rey la emplea en sofocar rebeldías de la nobleza, que encontró auxiliares en los mismos hermanos del monarca, los Infantes don Enrique y don Felipe, y a lo último, en su propio

hijo don Sancho. En una de tantas conspiraciones su mujer, doña Violante de Aragón, en connivencia con su hermano el rey de Aragón Pedro III, huye a Cataluña; y el alma de esta intriga familiar, el Infante don Fadrique (el que hizo traducir el *Libro de los engaños*), fue mandado ejecutar.

Desde el tiempo de Alfonso el Sabio se acostumbró en España escribir la lírica en la lengua galaico-portuguesa.

Alfonso pagó tributo a esta moda en sus *Cantigas de Santa María*, que se conservan en espléndido códice. Las *Cantigas* son una vasta colección de milagros marianos. Cada diez milagros hay una cantiga de alabanza a la Virgen. Milagros y poesías líricas de otros asuntos montan cuatrocientos treinta.

Hay en ellas variedad de metros, predominando la forma llamada *zéjel*, de origen árabe-andaluz, que consiste en coplas de versos monorrimicos (a veces con rima interior) terminadas con un verso con la rima de un estribillo. Este sistema de versificar lo propagaron en Europa los trovadores provenzales u occitanicos.

No hay que buscar aquí poesía de muy altos vuelos, ya que es de carácter sencillo y popular, sin afeites retóricos, de tono narrativo. Al igual que las bellísimas miniaturas que exornan los códices escurialenses en que se custodian, descubren al lector aspectos de la Edad Media en toda su variedad y complejidad de vida.

POESÍA GALAICO-PORTUGUESA. La poesía lírica popular más vieja se guarda en los cancioneros de las bibliotecas *Vaticana* y *Ajuda* y en el *Colocci-Brancuti* (llamado así por sus poseedores de los siglos XVI y XIX).

Comprende: *cantigas de amor*, en que un caballero expresa sus quejas y descubre sus sentimientos amorosos; *cantigas de amigo*, puestas en boca de mujeres, que hacen confidencias generalmente a la madre; *amigo* vale tanto como “amante” y se le invoca en ellas repetidamente; y *cantigas de escarnio* o *maldecir*. Suélese llamar cantigas de *ledino* las de amigo en que se usa con frecuencia la palabra *leda*, *bella*. Las *villanescas* o *villanas* (que pueden ser de amor o de amigo), de carácter lírico muy acendrado, aprovechan algunos elementos de la *pastourelle* transpirenaica. Las *baladas*, como en italiano, francés y provenzal, son cantos para danzar. Las cantigas de escarnio y maldecir, que comprenden también a las de *joguete certeyro* y de *riselha*, corresponden al serventesio de los provenzales, según Menéndez y Pelayo, “con tono mucho más plebeyo, cínico y tabernario; más próximo, en suma, al de Guillem de Bergadam que al de Bertrán de Born, predominando siempre en ellas lo lúbrico sobre lo sanguinario, aunque estén llenas también de insultos ferocísimos, que salvo la total ausencia de arte, dejan atrás los mayores desafueros de la musa yámbica de Arquíloco y de los *épodos* de Horacio”.

He aquí una de las más bellas cantigas de amigo, del juglar Juan Zorro:

Baylemos agora, por Deus, ay velidas,
d'aquestas avelaneyras frolidas;
e quem for velida como vos, velidas,
se amigo amar,
so aquestas avelaneyras granadas

verra baylar.
Baylemos agora, por Deus, ay louvadas³⁸
so aquestas avelaneyras granadas,
e quem for loada como vos loadas,
se amigo amar,
so aquestas avelaneyras granadas
verra baylar.

En esta poesía galaico-portuguesa predomina la repetición paralelística, “pues es muy humano —dice Menéndez Pidal— que el lenguaje simple de los grandes afectos no se sacie de repetir su sencilla expresión emotiva”.

ORÍGENES DE LA LÍRICA POPULAR. Hubo en los primeros siglos de nuestra literatura ciertos géneros líricos populares de que quedan vagos restos. Así las cantigas de vela, de que ya hemos hablado a propósito del *Duelo de la Virgen*, de Berceo. También las *mayas*, que mencionamos al referirnos al *Alexandre*. Una cantiga de Alfonso el Sabio contra los guerreros

Quem da guerra levou cabaleiros
e a sa terra foi guardar dineiros,
non ven al mayo!

es tal vez una maya (a lo satírico), como parece también una maya, a lo divino, una de las últimas cantigas de *Santa María*, la que tiene por estribillo “Ben vennas, Mayo, et con alegría...” Parece que las mayas eran cantos para danzar en rondas, y que venían — como otras celebraciones rústicas— de fiestas paganas. Así los *marzos*, que expresaban la alegría del nuevo año. Además hubo las *endechas* o *plantos*, que en célebres pasajes de la *Iliada* tienen su más antigua representación indoeuropea. Se conservan unas *endechas* de mediados del siglo XV compuestas en las Canarias, a la muerte de Guillén Peraza:

Llorad las damas,
si Dios os vala.
Guillén Peraza
quedó en la Palma,
la flor marchita
de la su cara.
...
Guillén Peraza,
Guillén Peraza,
¿do está tu escudo?,
¿do está tu lanza?
Todo lo acaba
la mala andanza.

Esta lírica primitiva tal vez comprendía otros géneros, como cantos de segadores, de vela, etc., y cantarcillos o villancicos, que en algunos casos han de ser estribillos o restos conservados por tradición de poesías más extensas. Este viejo cantarcillo

En Cañatañazor

perdió Almanzor
ell atamor

se cantaría no lejos de la muerte del guerrero musulmán, que en tan duros aprietos puso a la cristiandad, y que llevó a Córdoba como trofeo las campanas del santuario de Compostela.

3. LA PROSA EN EL SIGLO XIII

De escaso valor literario aparecen varios libros en prosa, en el reinado de Fernando III el Santo: de historia, *Los anales toledanos*; de tema religioso, como los *Diez mandamientos*; de aforismos morales, *Flores de filosofía* y *Poridat de poridades*; de enseñanza ético-política, tales el *Bonium* o *Bocados de oro* y el *Libro de los doce sabios*; y finalmente, de derecho, la refundición en castellano del *Fuero Juzgo* (hacia 1241). Los de doctrina moral son de fuentes orientales.

En Toledo floreció por entonces una escuela de traductores que reviste gran importancia al poner en contacto la cultura latina medieval con la hebrea y la árabe.

Hacia mediados del siglo se trasladan de esta última lengua a la nuestra dos famosas colecciones de cuentos, *Calila e Dimna* y el *Libro de los engannos e asayamientos*³⁹ de *las mugeres*. Ambas colecciones fueron escritas originalmente en la India, y de ahí vertidas al pehlvi y a otras lenguas sucesivamente y, por último, al árabe. Llegan a España por camino más directo que a las demás literaturas occidentales.

CALILA E DIMNA. El libro consta de dieciocho capítulos, de los cuales sólo el III y el IV tratan de Calila y de Dimna, dos lobos cervales que intrigan en la corte del león explotando el miedo de éste por el buey Senceba. Los capítulos restantes son de diverso tema, que va proponiendo un rey a su consejero.

La moral de estas fábulas no es muy alta, pues las virtudes que se recomiendan —la calma para obrar, la desconfianza, la prudencia— son más bien para prosperar en el mundo. Parece que en esta colección se recogen varios apólogos utilizados cinco siglos antes de Cristo en la prédica y propagación del budismo.

Este libro fue muy conocido en toda Europa —su influencia alcanza a La Fontaine y a Samaniego— con el título de fábulas de Bilpay o Pilpay (de la forma siríaca Bidwag del nombre Berzebuey, médico del siglo VI, que reunió y tradujo al pehlvi la colección).

Aquí se halla la versión más antigua en español de la fábula de la lechera. Otras fábulas notables son la rata cambiada en niña; los dos ánades y el galápago; y sobre todo la alegoría de la situación del hombre en el mundo: suspendido sobre la boca abierta de un dragón que es la muerte, colgado de unas raíces que roen incesantemente dos ratones, el día y la noche; afirmados los pies en las cabezas de cuatro culebras que son los cuatro humores que nos sostienen; todo lo olvida por unas gotas de miel que representan los placeres de este mundo.

Por su brevedad, citamos *El piojo y la pulga*, sobre los peligros de hospedar a quien no lo merece.

Dicen que un piojo estaba muy vicioso⁴⁰ en un lecho de un rico homne, et habia de su sangre cada dia cuanta quería, et andaba sobre él muy suavemente, que lo non sentía él. Desí⁴¹ fue así hasta que le demandó una pulga una noche hospedadgo, e él hospedóla, et díjole: “Albergad conmigo esta noche en sabrosa sangre e mollido lecho.” Et la pulga fizolo así, e albergóse con él. Et en echándose el homne en su lecho mordióle la pulga muy mal, et él sentiolo e levantóse del lecho e mandó sacodir su sábana, e catar si había alguna cosa; e saltó la pulga, e estorcio⁴² a una parte, et fallaron al piojo mal andante, e tomáronlo e matáronlo.

LIBRO DE LOS ENGANNOS E ASAYAMIENTOS DE LAS MUGERES. También procede de un original sánscrito perdido. Por intermediarios griegos de Bizancio llega a otras lenguas occidentales bajo los nombres de *Historia de los siete sabios de Roma*, *Dolopathos*, *Erasto*, etc. De la versión árabe pasa en la rama oriental al griego *Syntipas* (siglo XI), a libros hebreos y persas y, finalmente, al *Çendubete* o *Sendebat* castellano y a las *Mil y una noches*. Esta última colección es de fines del siglo XV y principios del XVI, y sus mejores cuentos no son semitas sino indoeuropeos (del sánscrito) aunque revestidos de forma persa o árabe. El Infante don Fadrique hizo verter del arábigo el *Libro de los engaños* por 1253. Dos años antes se traduce el *Calila*.

Ponemos a continuación dos de los mejores cuentos del *Libro de los engaños*.

Oy desir que vn rrey que amaua mucho las mugeres e non auia otra mala manera sinon esta; e estava el rrey vn dia ençima de un soberado⁴³ muy alto, e miro ayuso⁴⁴ e vido una muger muy fermosa, e pagose mucho della, e enbio a demandar su amor; e ella dixo que non lo podría faser seyendo su marido en la villa, e quando el rrey oyo esto, enbio a su marido a vna hueste; e la muger era muy casta e muy buena, e muy entendida, e dixo: —“señor, tú eres mi señor e yo so tu sierua, e lo que tu quisieres, quiero lo yo, mas yrme he a los vaños a afeytar”; e quando torno, diole vn libro de su marido en que auia leyes e juysios de los rreyes, de como escarmetauan a las mugeres que fasian adulterio, e dixo: —“Señor, ley⁴⁵ por este libro fasta que me afeyte”; e el rrey abrio el libro e fallo en el primero capitulo como deuia el adulterio ser defendido,⁴⁶ e ouo gran verguença e pesole mucho de lo quel quisiera faser, e puso el libro en tierra e sallyose por la puerta de la camara, e dexo los arcorcoles⁴⁷ so el lecho en que estaua asentado; e en esto lleo su marido de la hueste, e quando se asento el en su casa, sospecho que y durmiera el rrey con su muger, e ouo miedo e non oso desir nada por miedo del rrey, e non oso entrar do ella estaua, e duro esto gran sason, e la muger dixolo a sus parientes que su marido que la auia dexado e non sabia por qual rrason, e ellos dixieronlo a su marido: —“¿por que non te llegas a tu muger?”; e el dixo: —“yo falle los arcorcoles del rrey en mi casa, e he miedo, e por eso non me oso llegar a ella” e ellos dixieron: —“vayamos al rrey, e agora demosle enxemplo de aqueste fecho de la muger, e non le declaremos el hecho de la muger, e si el entendido fuere, luego lo entenderá”; e entonçes entraron al rrey, e dixieronle: —“señor, nos auimos una tierra, e dimosla a este omne bueno a labrar, que la labrase e la desfrutase del fruto della, e el fisolo asi vn tiempo e dexola vna gran pieça⁴⁸ por labrar”; e el rrey dixo: —“¿qué dices tu a esto?” e el omne bueno rrespondio e dixo: —“verdat disen que me dieron vna tierra assi como ellos disen, e quando fuy vn dia por la tierra, falle rastro del leon, e oue miedo que me combrie; por ende dexe la tierra por labrar”; e dixo el rrey: —“verdat es que entro el leon en ella, mas non te fiso cosa que non te oviese de faser, nin te tomo mal dello; por ende toma tu tierra e labrala”; e el omne bueno torno a su muger, e preguntole por que fecho fuera aquello, e ella contogelo todo, e dixole la verdat como le conteçiera con el, e el creyola por las señales que le dixiera el rrey, e despues se fiaua en ella más que non dante.⁴⁹

Enxemplo del omne, e de la muger, e del papagayo e de su moça. Señor, oy desir que vn omne que era çeloso de su muger, e compro vn papagayo e metiolo en vna jaula, e pusolo en su casa, e mandole que le dixiese todo quanto viesse faser a su muger, e que non le encubriese ende nada, e despues fue su via a rrecabdar su mandado, e entro su amigo della en su casa do estaua, e el papagayo vio quanto

ellos fisieron, e quando el omne bueno vino de su mandado, entrore en su casa en guisa que non lo viese la muger, e mando traer el papagayo, e preguntole todo lo que viera, e el papagayo contogelo todo lo que viera faser a la muger con su amigo, e el omne bueno fue muy sañudo contra su muger, e non entro mas do ella estaua, e la muger cuydo verdaderamente que la moça la descubriera, e llamola entonçes e dixo: —“tu dexiste a mi marido todo quanto yo fise”; e la moça juro que non lo dixiera, “mas sabed que lo dixo el papagayo”; e, quando vino la noche, fue la muger al papagayo, e desçendiolo a tierra, e començole a echar agua de suso⁵⁰ como que era luvia, e tomo vn espejo en la mano e parogelo sobre la jaula, e en la otra mano vna candela, e parauagela de suso, e cuydo el papagayo que era rrelampago; e la muger començo a mouer vna muela, e el papagayo cuydo que eran truenos; e ella estuuu asi toda la noche fasiendo asi fasta que amanesçio, e despues que fue la mañana, vino el marido e pregunto al papagayo: —“¿viste esta noche alguna cosa?” e el papagayo dixo: —“non pude ver ningun cosa con la gran luuia e truenos e rrelampagos que esta noche fiso”; e el omne dixo: —“si en quanto me as dicho es verdat de mi muger asi como esto, non a cosa mas mintrosa que tu, e mandarte e matar”; e enbio por su muger, e perdonola, e fisieron pas; e yo, señor, non te di este enxemplo sinon porque sepas el engaño de las mugeres, que son muy fuertes sus artes,⁵¹ e son muchos que non an cabo nin fin.

LAS SIETE PARTIDAS. Dos obras escritas por orden de Alfonso X el Sabio (1221–1284) y bajo su revisión son del mayor interés por lo que hace a los orígenes de la prosa castellana: *Las siete partidas* y la *Primera crónica general de España*. Este monarca, que comenzó a reinar en 1252, llevó a término empresas intelectuales sin precedente por su universalidad y trascendencia.

Las obras que se compusieron bajo su dirección se distinguen por la vastedad de su plan y por el designio que revelan de agotar todas las fuentes de información conocidas.

Aunque se redactaron *Las siete partidas* por los años de 1256 a 1265, no entraron en vigor hasta el reinado de Alfonso XI. Son sin duda la recopilación de leyes y doctrinas más notable que se ha hecho en nuestra lengua. Han regido por siglos tanto en España como en la América española, y se siguen estudiando y consultando con provecho por jurisperitos doctos. Sus fuentes son el *Fuero Juzgo* y otros fueros leoneses y castellanos; las *Pandectas* y los comentaristas italianos de Justiniano, así como las *Decretales*.

Encierran noticias valiosas para los historiadores, y ofrecen hasta cierto punto —en lo que proscriben— un cuadro general de las costumbres del siglo XIII.

Al tratar de la educación del príncipe establecen preceptos de la higiene más moderna, como que se ha de comer moderadamente, y despacio “porque quien dotra guisa lo usa,⁵² non puede bien mascar lo que come, et por ende non se puede bien moler, et por fuerza se ha de dañar et tornarse en malos humores, de que vienen las enfermedades”. Ordena también que ha de lavarse las manos antes y después de comer, “porque las lleven limpias a la cara et a los ojos”; y que han de secarlas en las “tobaias”⁵³ y no en los vestidos “asi como facen algunas gentes que non saben de limpietat nin de apostura”.

En el título VI de la partida segunda se establecen los requisitos que se han de buscar en la esposa del rey: que sea de buen linaje, hermosa, “bien costumbrada” y rica. Poco más adelante se asienta “que cuando el rey hobiere muger que haya en sí todas estas cosas sobredichas, débelo mucho gradescer a Dios, et tenerse por de buena ventura. Et si tal non la podiere fallar, cate que sea de buen linage et de buenas costumbres, ca los

bienes que se siguen destas dos cosas fincan⁵⁴ para siempre en el linage que della deciende, mas la fermosura et la riqueza pasan más de ligero...” Son admirables los preceptos sobre universidades, llamadas en ese tiempo estudios generales:

De buen aire et de fermosas salidas debe ser la villa do quieren establecer el estudio, porque los maestros que muestran los saberes et los escolares que los aprenden vivan sanos, et en él puedan folgar et rescibir placer a la tarde cuando se levantaren cansados del estudio; et otrosí debe seer abundada de pan, et de vino et de buenas posadas en que puedan morar et pasar su tiempo sin grant costa...

Para seer el estudio general cumplido, cuantas son las ciencias tantos deben seer los maestros que las muestren, asi que cada una dellas haya y un maestro a lo menos...

Bien et lealmente deben los maestros mostrar sus saberes a los escolares leyéndoles los libros et faciendogelos entender lo mejor que ellos pudieren...

PRIMERA CRÓNICA GENERAL DE ESPAÑA. Menéndez Pidal ha publicado en el volumen 5 de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles el texto de la *Estoria de España* que mandó componer Alfonso el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1289. Apuntaremos algunas ideas de este sabio sobre dicha obra. Parece que sólo la primera parte se redactó bajo Alfonso X por 1270, desde el diluvio hasta la llegada de los árabes. Desde aquí hasta la muerte de Fernando III el Santo (padre del Rey Sabio) se ordenó bajo Sancho IV.

Alfonso rompió un prejuicio de los historiadores medievales a partir de san Isidoro, prejuicio que consistía en identificar la historia de España con la historia de los godos. Así que propiamente incorporó a la historia de su país los seis siglos de dominación romana, siglos decisivos para la formación del pueblo español, como lo revela la lengua.

Además de las varias fuentes que se enumeran en el prólogo (el Toledano, el obispo don Lucas de Túy, Paulo Osorio, etc.), se utilizaron otras como Suetonio, y aun poéticas como Ovidio. Los historiadores árabes se impusieron por su excelente cronología.

En la segunda parte de la *Crónica* están aprovechados varios cantares de gesta, como *Fernán González*, el *Cerco de Zamora* y el *Poema del Cid*, en varios millares de versos; otros de más reducidas dimensiones como *Los Infantes de Salas* y *Bernardo del Carpio* (de 1500 versos aproximadamente); y, por último, obras de tema más bien novelesco que épico, como los relatos del Conde Garcí Fernández y del Infante García, que en su forma original han de haber sido verdaderos romances juglarescos.

La *Primera crónica general* fue el punto de partida de una serie de crónicas, con variantes infinitas entre sí, como extrañaba Gonzalo Fernández de Oviedo. Menéndez Pidal ha clasificado estas innumerables crónicas en ciertos tipos a que quedan reducidas. Desde luego, la historia romana de la Primera Parte dejó pronto de copiarse, y los poemas épicos prosificados variaron en las nuevas redacciones. Así también la *Crónica general de 1344*, la cual produjo la *Crónica Abreviada* (perdida); y de ésta dimanaron la de *Veinte Reyes*, donde está aprovechada en gran parte la vieja versión del *Mio Cid* que copió Per Abbat; la *Tercera crónica general*, que publicó Florián de Ocampo en Zamora, en 1541; y la *Crónica de Castilla*, de la cual forma parte la llamada *Crónica particular*

del Cid (*Chronica del famoso cavallero Cid Ruydiaz Campeador*).

LA GENERAL E GRAND ESTORIA. Otra obra importante que se escribió en los últimos años del reinado de Alfonso X (hacia 1280), y que no es sólo una historia universal que abarca desde los relatos del Génesis hasta san Joaquín y santa Ana, sino también una enciclopedia medieval en que hay noticias sobre la invención de diversas artes y cosas y con relatos de la mitología clásica en que a los Olímpicos se les convierte en reyes terrenales y se presenta a Júpiter como muy docto en el trivio y en el cuadrivio. Esta obra ha quedado interrumpida en su publicación por la muerte del malogrado medievalista Antonio G. Solalinde.

Otras obras de Alfonso el Sabio son sus libros de astronomía (la *Octava esfera*, *Alcora*, o sea, la esfera celeste, *Libro de las armellas*, etc.); las *Tablas Alfonsíes*, que tratan de cronología y eclipses; el *Lapidario*, acerca de las virtudes de las piedras preciosas y del signo astronómico a que corresponden; y los *Libros del ajedrez, dados, tablas* y otros juegos.

CASTIGOS⁵⁵ E DOCUMENTOS DEL REY DON SANCHO. El hijo rebelde de Alfonso el Sabio, don Sancho IV, escribió o hizo escribir por algún fraile de su cámara el *Libro de los castigos e documentos*, en cuyos manuscritos tardíos se han interpolado pasajes de la versión castellana del *De regimine principum* de Guido de Colonna, versión hecha por García de Castrojeriz hacia 1345. Se recomienda la edición de Agapito Rey, Indiana University Publications, 1952. La atribución al monarca está comprobada por declaraciones de éste en el cuerpo del libro, de carácter clerical muy acentuado. Cito en seguida dos pasajes curiosos:

...el duc Godofre de Bullon, que non seyendo grand home de cuerpo, se le acaesció muchas vegadas que dio con su espada muy grandes golpes, e tan grandes que se face una grand estrañeza de creer. Et afincáronle⁵⁶ un día mucho que dijiese por qué le contescia aquello, et él respondióles que bien veían ellos que non era aquello por grandeza nin por fortaleza que en él hobiese; mas creía firmemente que Dios gelo facia por dos cosas: la primera, porque nunca con su mano derecha jurara cosa contra su conciencia que non debiese jurar; la segunda, porque nunca las sus manos posiera en lugar lijoso⁵⁷ nin faciera con ellas obras lijosas. É cata, tu debes saber, mio fijo,⁵⁸ que este duc Godofre fue virgen en toda su vida, e virgen entró so tierra cuando morió. Deste duc Godofre de Bullon se leen muchas buenas cosas, que como él sacase la tierra sancta de Jerusalem de poder de paganos, queriéndole los franceses facer su rey por las sanctas virtudes que en él conoscían, respondió él: “Amigo, Dios nunca quiera que donde al mi Señor Jesucristo fué puesta en su cabeza corona de espinas, yo resciba de vosotros corona de oro.”

...La mala mujer, el día que pierde la vergüenza, pregoná por todo el mundo la su maldat, e el su pecado non lo quiere facer en escondido, e va lo facer públicamente a las puertas de la cibdat, porque todos vengán a la su maldat e la sepan de cada día, e refresca más el su pecado que tiene, que todo el mundo non le abunda⁵⁹ a la de su maldat. Así como el sol resplandesce en las altezas del cielo, así la buena mujer en los componimientos de la su casa. La buena mujer e sabia edifica la su casa, e la non buena nin sabia con sus manos la destruye. La buena mujer corona es de su marido, e otrosí folgura de los sus huesos. Gracia sobre gracia es mujer casta e temiente a Dios. En la viña del home ocioso nascen las zarzas, et en la casa de la mujer negligente facen telas las arañas. La mujer sabia espejo es de su marido, e la maliciosa dolor de su corazón. Mejor es la mujer que anda en la simpleza de su corazón, que non la enseñada en malicia e guiñante el ojo.

En este libro se encuentran, entre otros, el cuento de la prueba de los amigos (el padre que en cien años sólo había ganado un medio amigo, mientras que el hijo en treinta creía haber logrado cien amigos verdaderos) y el milagro que ocurre al rey Aduarte de Inglaterra, a quien un gafo o leproso detiene en una de sus cacerías con estas palabras: “Rey, ruégote por el amor de Jesucristo, aquel tu Salvador, e de señor san Joan Baptista que tú amas de corazón, que me tomes en pos de ti en la bestia e me lieves deste logar, que non muera aquí; que, si yo aquí moriere, a ti lo demande Dios”. El rey lo sube en su caballo, y a poco caminar el gafo le pide le suene la nariz, lo cual, a pesar del asco, hace el rey, quedándole a éste en los dedos un rubí precioso, y desapareciendo su acompañante.

Por el carácter doctrinal de la obra abundan los refranes: cuando la cabeza duele, todos los miembros se sienten; quien non cata lo de adelante, atrás se cae; las manos en la rueca e los ojos en la puerta; toda criatura revierte a su natura, etcétera.

LA GRAN CONQUISTA DE ULTRAMAR es una recopilación de leyendas caballerescas procedentes del ciclo francés de la primera Cruzada, ciclo constituido por las *Canciones de Antioquía y de Jerusalén*, los *Cautivos*, *Helías* y la *Infancia de Godofredo de Bullon*. Es, en rigor, el primer libro de caballerías en España, y, según se admite, mera traducción de una compilación francesa no bien identificada, traducción que se llevó al cabo en el reinado de Sancho IV.

La flor de *La gran conquista* es la historia del caballero del Cisne, que se refiere en más de cien capítulos, a partir del XLVIII del libro primero. Esta narración es de gran belleza y contiene temas antiquísimos de cuentos populares, como el parto maravilloso de siete niños, la maldad de la madrastra (común con los romances tradicionales de Doña Arbola o Marbella), el marido que prohíbe a su esposa interrogarle sobre su nombre y patria (coincide con la historia del Amor y Psiquis), y algunos más. El caballero del Cisne no es otro que el Lohengrin de las versiones alemanas.

4. LA PROSA EN EL SIGLO XIV

EL INFANTE DON JUAN MANUEL —sobrino de Alfonso el Sabio— es el mejor prosista de la Edad Media y el primero que muestra un estilo personal bien acentuado. Nació en Escalona, en 1282. Murió, según conjetura don Pascual Gayangos, en los primeros meses de 1349. Su vida, tanto política como militar, fue muy activa. En toda ella resplandecen su pericia, su sangre fría, su habilidad para concertar alianzas y para aprovecharse de las situaciones momentáneas, su mundanería y espíritu de gran señor.

...tres veces casado, suegro de dos reyes, y a nadie fiel por largo tiempo; su política fue un perpetuo cambiar; no hubo disensión en las tristes minorías del Rey Emplazado y de Alfonso el oncenno en que no jugase papel preponderante; su lealtad a la prudente doña María de Molina, que tanto le encargara Sancho *el Bravo* en su lecho de muerte, flaqueó más de una vez; y ya se le ve al lado del revoltoso Infante don Pedro; ya al de don Juan el Tuerto;⁶⁰ ya al del Infante de la Cerda; ya, en fin, se “desnatura”⁶¹ hasta tres veces, y en una llega a hacer alianza con el rey moro de Granada contra su natural Señor. [F. J. Sánchez Cantón.]

De sus obras una sola ha alcanzado gran celebridad, *El conde Lucanor*. Las demás, con ser tan valiosas para entender cabalmente ciertos aspectos de la vida medieval, como el *Libro de los Estados*,⁶² son del dominio exclusivo de los especialistas. Tal cosa sucede verbigracia con *El libro de los castigos o consejos que fizo para su Fijo, et es llamado por otro nombre El libro infinido*, en que discurre certera y brevemente sobre la salvación del alma, crianza de príncipes, relaciones con el rey, los amigos y parientes (los de las casas de Vizcaya y de Lara), con la esposa, con los consejeros, mandaderos o embajadores, porteros, oficiales, etc. El hombre de mundo se descubre aun en rápidas advertencias. Aconseja a su hijo visitar a los amigos y dice: “et non moredes mucho en uno, ca de la gran morada en uno nasce o menosprecio o desavenencia”.

Su gracia se pone de manifiesto de muchos modos; en esta reticencia, por ejemplo: “et la diferencia que ha entre dar francamente et granadamente non la quise declarar en este libro, porque hayan algún poco que cuidar⁶³ en ello los que lo leyeren; mas si Dios quisiere, yo vos lo dire a vos [su hijo] de palabra en guisa que lo entendades”.

El libro del caballero et del escudero trata al principio de la caballería “conplidamente”; lo demás es una especie de enciclopedia universal filosófico-cristiana, con alguna influencia del *Libre del orde de cavayleria*, de Raimundo Lulio. “Este singular cuidado del estilo —dice Menéndez y Pelayo—, esta preocupación literaria, tan rara en la Edad Media, aleja notablemente el arte reflexivo de don Juan Manuel de la espontaneidad abandonada y genial de Ramón Lull. Don Juan Manuel era un escritor aristocrático y refinado; Lulio, un predicador popular, un asceta sublime, un iluminado. Entre dos naturalezas tan diversas pudo haber contacto fortuito, pero no verdadera compenetración. Lulio influyó en don Juan Manuel como tratadista enciclopédico y como autor de apólogos y *fabliellas*,⁶⁴ pero su misticismo y su doctrina de la ciencia le fueron extraños siempre; no así sus razones de teología popular, que acepta y da por buenas en varios pasajes de sus obras.”

En la breve nota preliminar del *Libro de los enxiemplos del Conde Lucanor et de Patronio*⁶⁵ establece una suerte de clasificación de los cuentos: a) cuentos que acerquen a la salvación de las almas; y b) los que sirvan a las honras, “faciendas” y estados. Y tras de manifestar una vez más su preocupación por que no se corrompa el texto de sus libros, y de enumerarlos, termina con esta valiosa declaración: que se atrevió a escribir “por entención que se aprovechasen de lo que él diría las gentes que non fuesen muy letrados, nin muy sabidores. Et por ende, fizo todos sus libros en romance, et esto es señal cierto que los fizo para los legos et de non muy grand saber como lo él es”.

Patronio es el consejero del Conde Lucanor, a quien éste somete un caso que le ocurre. Patronio da un consejo salvador, que ilustra con el cuento, al cual el Infante agrega una moraleja en verso.

Hay una gran variedad de cuentos, desde apólogos esópicos e historias de cruzados hasta anécdotas de personajes épicos y cuentos de procedencia oriental. Son los cuentos tradicionales que se referían en las cortes españolas en los comienzos del siglo XIV. Predominan los relatos de hechos heroicos, en los que se descubren las inclinaciones del

autor. La selección está inspirada en un concepto grave de la vida, que atemperan algunos cuentos graciosos o de fina ironía, como el del mancebo que casó con una mujer “muy fuerte et muy brava”, o el del Deán de Santiago que quería aprender nigromancia con don Illán de Toledo. Una de las mejores narraciones sin duda es la del enigma que propone como premio de sus favores una dama honesta a Saladino: “cual era la mejor cosa que homne podía haber en sí et que era madre et cabeza de todas las bondades”. Resulta ser la vergüenza.

Es útil comparar fábulas comunes entre el Infante y el Arcipreste de Hita, como la del raposo que se echó en la calle y se hizo el muerto. En el *Buen amor*, le cortan la cola y las orejas al pobre animal, y le sacan un ojo. Esta truculencia se explica por el designio artístico del lírico en apurar su materia y sacarle el mayor provecho. La impresión que nos queda es de horror. El Infante, por su parte, mantiene el relato en el dominio lejano de la fábula, y no estropea en sus manos delicadas la eficacia moral.

CRÓNICAS DE LOS REYES DE CASTILLA. Las crónicas de Alfonso X, Sancho IV y Fernando IV fueron probablemente compuestas por el notario Fernán Sánchez de Valladolid bajo el reinado de Alfonso XI. La crónica de este rey es obra anónima, que incluye amplios relatos sobre la historia de Granada, Tremecén y Marruecos. “Pocas crónicas —dice Gayangos— habrá más llenas de contradicciones y anacronismos que esta de Alfonso XI... Por de pronto se advierte en ella una laguna de diez años (desde el de 1312 hasta el de 1322).”

EL ARCIPRESTE DE HITA. Escasas noticias biográficas se tienen del Arcipreste de Hita, Juan Ruiz: que nació por 1283, en Alcalá de Henares, o bien, que moró en esta ciudad; que padeció una prisión por orden de don Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo. Ya en 1351 desempeñaba otro sacerdote, Pedro Fernández, el arciprestazgo de Hita. En el *Libro de buen amor* hace su propio retrato, en que ha de haber algo deliberadamente caricaturesco, pero que merece validez por contener datos comprobados: “Sabe los instrumentos e todas juglerías”. He aquí su autorretrato:

El cuerpo ha bien largo, miembros grandes e trefudo;⁶⁶
la cabeza non chica, velloso, pescozudo,
el cuello non muy luengo, cabos prieto, orejudo.
Las cejas apartadas, prietas como carbón,
el su andar enfiesto, bien como el pavón,⁶⁷
su paso sosegado e de buena razón,
la su nariz es luenga; esto le descompón.
Las encivas bermejas e la fabla tumbal,
la boca non pequeña, labros al comunal,⁶⁸
más gordos que delgados, bermejios como coral,
las espaldas bien grandes, las muñecas atal.
Los ojos ha pequeños, es un poquillo bazo,⁶⁹
los pechos delanteros, bien trisudo el brazo,
bien complidas las piernas, del pie chico pedazo;
señora, dél non vi más; por su amor vos abrazo.
Es ligero, valiente, bien mancebo de días,

sabe los instrumentos e todas juglerías,
doñeador⁷⁰ alegre para las zapatas mías,
tal home como éste non es en todas crías.

Es típicamente un escritor del siglo XIV, con una alegría de vivir digna de un contemporáneo de Boccaccio. En su tiempo las costumbres, sobre todo de la clerecía, alcanzaron gran licencia, que jamás le indigna, antes bien le divierte, atrayendo finos tiros de su ironía. La versión que nos da de su tiempo, no por cierto tan sombría como la del Canciller Ayala, es marcadamente risueña.

He aquí cómo describe a una gran señora:

Era dueña en todo e de dueñas señora,
non podía estar solo con ella una hora,
mucho de home se guardan allí do ella mora:
más mucho que non guardan los jodíos la Tora.⁷¹
Sabe toda nobleza de oro e de seda,
complida de muchos bienes anda mansa e leda,
es de buenas costumbres, sosegada e queda,
non se podría vencer por pintada moneda.

Es graciosa también esta pintura que hace de la doncella a quien sus padres quieren casar honradamente y que, corrompida por amores clandestinos, se revuelve contra la autoridad paterna:

Tiene home su fija de corazón amada,
lozana e fermosa, de muchos deseada,
encerrada e guardada, e con vicios criada;⁷²
do coida algo, en ella tiene nada.
Coidanse la casar como las otras gentes,
porque se honren della su padre e sus parientes,
como mula camursia aguza rostros⁷³ e dientes,
remece la cabeza, a mal seso tiene mientes.

El conocimiento ovidiano del alma femenina reviste los mejores pasajes:

Talente⁷⁴ de mujeres ¡quién lo podría entender,
sus malas maestrías⁷⁵ e su mucho mal saber!
Cuando son encendidas e mal quieren facer,
alma e cuerpo e fama, todo lo dejan perder.

Como se ve, el poeta es de vena satírica y le gusta alegrar a sus oyentes con pinturas jocosas de la vida diaria, curiosamente observada, y trazadas con toda picardía.

Otras veces muestra una rara elocuencia. Nos descubre bajo qué planeta nació:

Muchos nacen en Venus, que lo más de su vida
es amar las mujeres; nunca se les olvida...
...
En este signo atal creo que yo nací;

Y luego, añade:

El amor faz sutil al home que es rudo,
fácele fabrar fermoso al que antes es mudo,
al home que es cobarde fácelo muy atrevudo,
al perezoso face ser presto e agudo.
Al mancebo mantiene mucho en mancebez,
e al viejo faz perder mucho la vejez,
face blanco e fermoso del negro como pez,
lo que non vale una nuez, amor le da grand prez.

...
El babieca, el torpe, el necio, el poble,
a su amiga bueno parece, e ricohombre,
más noble que los otros; por ende todo hombre,
como un amor pierde, luego otro cobre.

Al Arcipreste, que dijo:

Ca en mujer lozana, fermosa e cortés
todo bien del mundo e todo placer es

debe en razón considerársele como uno de los líricos que mejor han ensalzado a la mujer y el amor y ponérsele junto a Ovidio y Anacreonte, a Dante, Petrarca y Ariosto, a Shakespeare y Lope de Vega, a Heine y a Verlaine. Para Américo Castro, la reprobación de la embriaguez y la benevolencia para la concupiscencia demuestran una sociedad penetrada de espíritu musulmán.

El *Libro de buen amor* ha sido interpretado de muy diversas maneras. Para Menéndez y Pelayo, son unas memorias en que el autor nos hace sabrosas confidencias de sus galantes correrías, que evoca con tanta gracia y buen humor.

Hoy priva otra interpretación del libro. Ovidio suscitó grande entusiasmo entre los clérigos o letrados del siglo XII, que le imitaron de varios modos. Entre otros, con un género de libros que tenían por inspirador y modelo el *Ars Amandi*, y donde, a vueltas con una somera acción novelesca o teatral, se exponía una doctrina amorosa, o mejor dicho, una técnica para enamorar. El *Libro de buen amor* es, pues, un arte de amar. Sus episodios centrales son los amores de doña Endrina con don Melón de la Huerta, y la batalla entre don Carnal (carnaval) y doña Cuaresma, seguida esta batalla por el triunfo de los emperadores Amor y Carnal.

Todo lo demás que se contiene en el libro es meramente incidental y guarda no muy estrecho enlace con lo principal. Hay que recordar, sin embargo, que toda la obra es también como el *cancionero* de Joan Roís, o sea, la recopilación de todos sus versos. También debe tenerse presente que el Arcipreste fue el proveedor de cantares que surtía a los juglares de la región. Los ciegos y los escolares que demandan por Dios —para quienes al final hay composiciones para pedir limosna— constituían una especie de juglares, por cierto de las ínfimas.

Las fuentes del *Buen amor* son latinas, principalmente Ovidio y la poesía goliardesca. El episodio central de doña Endrina no es sino traducción libre o paráfrasis de la comedia *Pamphilus* o *Liber Pamphili* de fines del siglo XII.

El Arcipreste siguió la tradición de Gonzalo de Berceo de verter algún texto latino, amplificándolo a menudo con singular colorido. Así el conocido pasaje en que don Melón

ve venir a la viudita de Calatayud, pasaje que ha sido comparado por Menéndez y Pelayo con el soneto del Alighieri “Tanto gentile e tanto onesta pare...”

¡Ay Dios, e cuán fermosa viene doña Endrina por la plaza!
¡Qué talle, qué donaire, qué alto cuello de garza!
¡Qué cabellos, qué boquilla, qué color, qué buen andanza!
Con saetas de amor fiere cuando los sus ojos alza.

En el texto latino es un solo verso:

Quam fermosa, Deus! Nudis venit illa capillis!

(En la Edad Media las doncellas casaderas usaban el cabello suelto y sin adornos.)

Muchos pasajes del *Libro de buen amor* —de las propiedades que el dinero ha, las horas canónicas del enamorado, la Cantiga de los clérigos de Talavera, etc.— dimanan de la poesía goliardesca. El último de los citados es mera paráfrasis de una obra goliardesca. Esta poesía en latín medieval, cuyos principales temas eran el amor y el vino, floreció en torno a los más famosos centros universitarios de Europa. Toledo tuvo este carácter a fines del siglo XIII y principios del XIV y se hizo célebre por el cultivo que tuvieron en sus aulas las lenguas orientales (hebrea y árabe). Helinando, de la abadía de Froidmont, cita a Toledo entre las principales universidades de su tiempo: “Ecce quaerunt clerici Parisius artes liberales, Aurelianis auctores, Bononiae codices, Salerni pyxides, Toleti daemones, et nusquam mores”.

Juan Ruiz, párroco de la diócesis de Toledo, es casi seguro que haya estudiado en la escuela episcopal de esta ciudad. Así se explica que el *Buen amor* sea brote esporádico en España de la poesía goliardesca, tan vinculada con el mundo universitario medieval.

Sobre el carácter general de la poesía del Arcipreste cabe mencionar que sus comparaciones en gran copia se refieren a cosas del campo. Éste forma el ambiente de todo el libro. En ello radica el secreto mérito y el verdadero encanto del poema, en traducir a términos rusticanos las galas un tanto desvaídas y artificiosas de la poesía latina medieval.

De los veinticinco apólogos del libro, veintiuno proceden de la tradición esópica que, como es sabido, arranca de Fedro y llega hasta La Fontaine y Samaniego. Son de origen oriental el *Ensiemplo de la raposa que come gallinas en la aldea*, y el del asno sin orejas y sin corazón. Al fondo común de cuentos de animales pertenece el *enjiemplo de cómo el león estaba doliente, e las otras animalias lo venían a ver* (copla 82 y ss.), así como la fábula en que los carneros, los cabritos y la puerca burlan al lobo (a partir de la copla 766).

El Arcipreste es antes que nada un fabulista sin par. Valbuena Prat hace notar que “Hita sabe crear un grupo, un ambiente, un retrato de una figura esencial, ya en los primeros versos de cada apólogo, que dan carácter a toda la narración”. Véase, por ejemplo, el apólogo del águila y el cazador:

El águila cabdal canta sobre la faya;
todas las otras aves de allí las atalaya,

non hay péndola della que en tierra caya,
si balletero la falla, préciala más que saya.
Saetas e cuadrillos, que trac amolados,
con péndolas⁷⁶ de águila los ha empendolados.
Fue como había usado⁷⁷ a ferir los venados,⁷⁸
al águila cabdal diole por los costados.
Cató⁷⁹ contra sus pechos el águila ferida,
e vido que sus péndolas la habían escarnida,
dijo contra sí mesma una razón temida:
“De mí salió quien me mató, e me tiró la vida.”

Como los apólogos se emplean como razones o argumentos, van seguidos generalmente de un comentario en que se apura su valor dialéctico.

Los cuentos del *Buen amor* pueden repartirse, según M. Félix Lecoy, de este modo: *a)* cuentos morales o *exempla*, como el ermitaño beodo, el ladrón que hizo carta al diablo de su ánima, y los dos perezosos que querían desposarse con una dueña; *b)* cuentos para hacer reír, como el garzón que quería casar con tres mujeres, y Don Pitas Payas, pintor de Bretaña; y *c)* cuentos eruditos: el horóscopo del hijo del rey Alcares, el mago Virgilio que amanece colgado en un cesto del balcón de una muchacha, y la disputación por señas entre griegos y romanos, cuando éstos pidieron las leyes a aquéllos.

Lecoy declara con toda probidad crítica que no hay en el *Libro de buen amor* influencia directa francesa, pues si el Arcipreste hubiera sabido esta lengua de seguro que habría aprovechado el *Roman de la Rose*.

Sobre el título del libro cabe decir que *Buen amor* debe entenderse en su connotación profana, esto es, amor que se conforma con las delicadas reglas de la cortesía. Está usado por antífrasis.

Las cantigas de serrana derivan, para Menéndez y Pelayo, de la “pastourelle” provenzal. Menéndez Pidal, que las ha examinado más atentamente, piensa que su origen hay que buscarlo en cantarcillos populares que tratan de viajes, como éstos:

Caminad, señora,
si queréis caminar;
pues los gallos cantan,
cerca está el lugar.

Di, serrana, por tu fe,
si naciste en esta tierra,
¿por dó pasará la sierra?

O el siguiente, que conserva Gil Vicente:

A serra he alta, fría e nevosa,
vi venir serrana, gentil, graciosa.
Cheguei-me per ella com gran cortezía,
disse-lhe: senhora, queréis companhia?
Disse-me: escudeiro, seguí vossa vía.

El tipo de la serrana porteadora o guía en los desfiladeros y pasos peligrosos, así como la serrana salteadora, están muy próximas de Gadea de Riofrío y de Aldara.

La pastorela provenzal —por cierto germinada en medios aristocráticos— ejerce influencia, pero tardíamente, en las serranillas de los poetas de la corte de Alfonso V de Aragón y del marqués de Santillana, tan versado en poesía transpirenaica.

OTRAS OBRAS POÉTICAS DEL SIGLO XIV. De 1348 es el *Poema de Alfonso XI*, que versifica temas de la *Gran crónica de Alfonso XI* (véase el estudio de Diego Catalán Menéndez-Pidal, *Poema de Alfonso XI. Fuentes, dialecto, estilo*, Bibl. Románica Hispánica, 1953). Se trata de un proceso contrario al de la prosificación de las gestas en las crónicas, el de poetizar los relatos de éstas. Tal sistema lo seguirán los autores de los romances cronísticos o de la escuela erudita (siglos XVI y XVII). Lo compuso Rodrigo Yáñez, casi seguramente oriundo de Galicia. Lo forman dos mil cuatrocientas cincuenta y cinco coplas octosilábicas consonantadas *abab*, y su mérito es escaso.

De la misma época datan los *Proverbios morales* del rabí don Sem Tob, de Carrión, dirigidos al rey don Pedro. Están escritos en coplas de heptasílabos (no muy regularmente medidos) con consonantes también en *abab*. Poseen un fuerte sabor oriental, y su filosofía procede de los libros sapienciales de la Biblia. Son de gran concisión, no raros los aciertos, verbigracia,

Poco vale el saber
al que de Dios non tiene
themor, nin presta⁸⁰ aver
que a pobres non mantiene.

...
Quién puede cojer rrosa
syn tocar sus espinas?
La miel es muy sabrosa,
mas tiene agras besinas.

...
Sy honbre dulce fuere
por agua le beuerán,
e si a agro sopiere
todos lo escupirán.

Sy quier por se guardar
de las gentes arteras,
deue honbre mudar
costunbres y maneras.

Obra posiblemente de un morisco aragonés es *Alhadits de Yusuf*,⁸¹ o sea, un poema aljamiado (escrito con signos arábigos) sobre la historia del patriarca José, más según el Corán que de acuerdo con el Génesis. Entre los añadidos hebreos al relato bíblico está el siguiente: a Zaliija, dueña de José o Yusuf, la censuran las damas del lugar “porque con su cativo quería voltariar”. Ella las convida a comer y les muestra a su esclavo.

Ellas, de que lo vieron, perdieron su cordura,
tanto era de apuesto e de buena fegura;
pensaban que era tan ángel, e tornaban en locura,
cortábanse las manos, e non de habían cura,
que por las toronjas la sangre iba andando...

El *Libro de miseria de omne*, también del siglo XIV, parece ser una paráfrasis en “cuaderna vía” del *De contemptu mundi* del papa Inocencio III. Abundan en él las notas de crudo realismo, y su alejandrino, al igual que el del *Yusuf*, muestra gran irregularidad.

El *Tractado de la doctrina* es el más antiguo catecismo. Está escrito en tercetos octosilábicos terminados por un verso de pie quebrado.

De parientes y sennor,
dime qual es el mejor?
Respondió el sabidor⁸²
pasar syn ellos.

En la última copla se declara el nombre del autor: Pedro de Berague. Al tratar del *Cancionero de Baena* mencionaremos todavía a algunos poetas del siglo XIV.

EL CANCELLER DON PERO LÓPEZ DE AYALA. El canciller López de Ayala es una de las primeras figuras de las letras españolas. Sintió como nadie las calamidades que afligían y desorganizaban a su patria, y las señaló con amor doloroso por su país al igual que Quevedo, Feijoo, Cadalso y Larra. Le tocó en suerte vivir una de las épocas más agitadas e interesantes, que historió con un apasionamiento contenido y con la perfección formal de un Tito Livio —a quien tradujo fragmentariamente— o de un Salustio. Como juzgó Prosper Mérimée, es uno de los primeros cronistas medievales de Europa; y el *Rimado de palacio* y la *Crónica del rey Don Pedro el Cruel* iluminan trágicamente el caótico mundo del siglo XIV.

Nació en 1332 en Vitoria y murió súbitamente en Calahorra, en 1407. Hombre de palacio, tuvo altos cargos: alguacil mayor de Toledo y capitán de la flota, con don Pedro, de quien había sido paje en los comienzos de su carrera política; como Alférez Mayor de la Orden de la Banda fue hecho prisionero de los ingleses en Nájera. Siendo embajador en Francia, se halló en la batalla de Rosebecq (noviembre de 1382) y asistió con su consejo al rey Carlos VI, quien le premió con una pensión de mil francos de oro. En Aljubarrota cayó prisionero de los portugueses, que le tuvieron encerrado en una jaula de hierro en Oviedes, de donde fue rescatado en treinta mil doblas de oro por su mujer doña Leonor de Guzmán, por los reyes de Castilla y de Francia y por el maestre de Calatrava, su pariente.

Como diplomático, logró concertar la paz con la casa de Lancaster, con la que había entroncado la familia de don Pedro I. Deshizo el proyecto de don Juan I de abdicación y reparto de los reinos, y más tarde ajustó la paz con Portugal. En sus últimos años fue canciller mayor de Castilla.

Fue este don Pero López de Ayala alto de cuerpo, e delgado, e de buena presona; onbre de grant discrìcion e abtoridad e de gran conseio, así de paz commo de guerra... Fue de muy dulce condiçion, e de buena conversaçion, e de grant conçeia, e que temia mucho a Dios. Amó mucho las çiençias, diose mucho a los libros e estorias, tanto que como quier que él fuese asaz cauallero e de grant discrìcion en la platica del mundo, pero naturalmente fue muy inclinado a las çiençias, e con esto grant parte del tiempo ocupaua en el leer e estudiar, non en obras de derecho sinon filosofia e estorias. Por causa dél son conoçidos algunos libros en Castilla que antes non lo eran, ansi como el Titu Libio, que es la más notable estoria romana, los Casos de los Príncipes,⁸³ los Morales de Sant Gregorio, Esidro

de Sumo Bono, el Boeçio, la Estoria de Troya. Él ordenó la estoria de Castilla desde el rey don Pedro fasta el rey don Enrique el terçero. Fiso un buen libro de la caça, que él fue muy caçador, e otro libro Rimado del Palaçio.

Amó mucho mugeres, más que a tan sabio cauallero como él conuenía.

(Fernán Pérez de Guzmán, *Generaciones y semblanzas*.)

Es notable en el *Rimado* la enérgica condenación que hace de los malos reyes:

El que bien a su pueblo gouierna e defiende,
este rrey verdadero; tire se el otro dende.⁸⁴

de los judíos arrendadores de las rentas públicas,

Allí vienen judíos, que están aparejados
para beuer la sangre de los pobres cuytados...
Después desto llegan don Abrahen e don Simuel,
con sus dulçes palabras, que vos paresçen miel.

de los caballeros, cuyas exacciones despueblan las villas,

Do morauan mill omnes, non moran ya trezientos,
mas vienen que granizo sobre ellos ponimientos;⁸⁵
fuyen chicos e grandes con tales escarmientos.

y de los consejeros del rey. Sus opiniones son claramente democráticas:

E sean con el rrey al consejo llegados
prelados, caualleros, doctores e letrados,
buenos omnes de villas, que ay muchos onrrados,
e pues a todos atañe, todos sean llamados.

Fustiga también a los guerreros, que

sobre los pobres syn culpa se acostunbran mantener.

y a los corrompidos administradores de la justicia. Pero acaso lo mejor del *Rimado* sean los pasajes en que se trata de los mercadores, de los letrados (abogados o leguleyos) y de los “fechos del palaçio”. Son cuadros de la vida contemporánea del más acerbo realismo y cuyos vivos tintes no han empalidecido. Su estilo alcanza la fluidez de la poesía popular, y sus comparaciones son de sorprendente vigor:

Anda el rrey en esto en derredor, callando;
paresçe que es vn toro que andan garrochando.

La *Crónica del rey Don Pedro* y la descripción de la batalla de Aljubarrota (en la *Crónica de Don Juan I*) constituyen lo más granado no sólo de su obra historial, sino de la historiografía medieval en España.

Se diría que don Pedro el Justiciero no sabe emplear otro recurso para desatar un conflicto más que la ejecución sumarisima de su enemigo, o *justicia*, de donde cobra el mote. Sus crímenes, su corte, sus amores, la oposición que se va organizando con el

apoyo de Francia, la batalla en Nájera, que parece decisiva y que no lo es, y el desmoronamiento y rápido fin del reinado cuando se habían aniquilado las fuerzas enemigas —un desenlace enteramente balzaciano, por lo súbito e imprevisto— hacen de la *Crónica* la más apasionante lectura, y la que mejor ilustra sobre las condiciones precarias de la vida española en las postrimerías de la Edad Media.

5. LAS LETRAS BAJO DON JUAN II

Pórtico del Renacimiento llamó Menéndez y Pelayo a la época de don Juan II y de Alfonso V de Aragón. En Castilla las turbulencias políticas no impiden que se vaya robusteciendo el poder del monarca, sostenido por el condestable don Álvaro de Luna. La poesía cortesana goza de la protección de los próceres, así como la corte aragonesa de Nápoles acoge con generosidad a los mejores humanistas. Comienzan a estudiarse autores de la antigüedad, menos conocida que candorosamente admirada. Homero y Virgilio, traducidos por Mena y Villena en la prosa contemporánea del gótico florido, apenas si dejan presentir su inmarcesible belleza. Los grandes señores como Santillana alientan estas empresas culturales. La poesía de cancioneros, en gran parte insípida y tediosa, se inicia en el reinado y persistirá hasta bien entrado el siglo siguiente.

Dante, Petrarca y el Boccaccio humanista comienzan a ser conocidos en España, los dos primeros por obra de Micer Francisco Imperial y del marqués de Santillana. A este insigne propulsor del saber y de las letras debemos las primeras páginas de crítica literaria en España, así como la más antigua colección de refranes.

La buena prosa la escriben el Arcipreste de Talavera, los cronistas de don Juan II, o Pérez de Guzmán, el Saint-Simon castellano, que tan sagazmente pintó a sus contemporáneos en su galería de retratos.

Santillana y Mena parecen desdeñar los romances, pero en la segunda mitad de la centuria se operará un cambio favorable en la opinión de las capas superiores de la sociedad.

Dos o tres poetas del *Cancionero de Baena* —Micer Francisco Imperial, Ferrant Sánchez Talavera o Calavera y Páez de Ribera— pueden figurar con honra entre los mejores de cualquiera edad.

EL CANCIONERO DE BAENA. El canciller Ayala es uno de los últimos representantes de la “cuaderna vía”, y el más antiguo en servirse de la estrofa de arte mayor (endecasílabo o dodecasílabo con cuatro acentos) que predominará en la primera mitad del siglo XV. López de Ayala es de los más viejos poetas que figuran en el *Cancionero* colegido por Juan Alfonso de Baena por 1445 y dedicado al rey don Juan II. Como muestra de la prosa del tiempo en que brilló el gótico florido en España, reproducimos parte de uno de los párrafos del *Prologus Baenensis*:

...la poetrya e gaya çiençia es una escriptura e conpusiçión muy sotil e byen graçiosa, e es dulce e muy agradable a todos los oponentes e rrespondientes della e conponedores e oyentes: la qual çiençia e avisaçión e dotrina que della depende e es avida e rreçebida e alcançada por graçia infusa del señor Dios que la da e la enbya e influye en aquel o aquellos que byen e sabya e sotyl e derechamente la

saben fazer e ordenar e conponer e limar e escandir e medir por sus pies e pausas, e por sus consonantes e syllabas e açentos, e por artes sotiles e de muy diversas e syngulares nonbranças, e aun asymismo es arte de tan elevado entendimiento e de tan sutil engeño que la non puede aprender nin aver, nin alcançar nin saber bien nin como deve, salvo todo omne que sea de muy altas e sotiles invençiones, e de muy elevada e pura discreción, e de muy sano e derecho juisio, e tal que aya visto e oydo e leydo muchos e diversos libros e escripturas, e sepa de todos lenguajes, e aun que aya cursado cortes de Rreyes e con grandes señores, e que aya visto e platicado muchos fechos del mundo: e finalmente que sea noble fydalgo e cortés e mesurado e gentil e graçioso e polido e donoso e que tenga miel e açucar, e sal e ayre e donayre en su rrasonar, e otrosy⁸⁶ que sea amador, e que siempre se preçie e se finja de ser enamorado; porque es opynión de muchos sabyos, que todo omne que sea enamorado, conviene a saber, que ame a quien deve e como deve e donde deve, afirman e disen quel tal de todas buenas dotrinas es dotado.

Abarca esta compilación a poetas de los últimos reinados del siglo XIV y minoría de Juan II; y conviven en ella los últimos trovadores de la lírica galaico-portuguesa, como Macías o *namorado*, Pero Ferrús, Garcí Ferrandes de Jerena y Villasandino, con los primeros poetas de la escuela alegórica o italianizante, nacida bajo el signo e influencia de Dante y Petrarca. Jerena es pintoresco tanto por sus andanzas como por sus extravíos religiosos y equivocaciones amorosas. El venal y mendicante Álvarez de Villasandino que alquila su musa para cantar amores ajenos, no siempre legítimos, o la emplea en el pleito que traían las monjas de Sevilla y Toledo sobre primacía en hermosura, a veces tiene aciertos de fino poeta. Micer Francisco Imperial, “natural de Jénova, estante e morador que fue en la muy noble cibdat de Sevilla”, pasa por ser el introductor del conocimiento de Dante. Su obra capital son un “desir” de loores a una dama sevillana que el poeta nombra Estrella Diana, y el *Desir a las syete virtudes*. El poeta filósofo del *Cancionero* es Ferrant Sánchez Talavera o Calavera, comendador de Villarrubia, que en su Decir por la muerte de Ruy Díaz de Mendoza ofrece un antecedente de las célebres *Coplas* de Jorge Manrique. Ruy Páez de Ribera conmueve con sus patéticos denuestos contra la pobreza. Reproducimos la composición 242 del *Cancionero*, que aparece sin nombre de autor, aunque próxima a las de Imperial, de quien pudiera ser, y que no deja de tener ciertos rasgos en común con un villancico de Santillana.

A un fermoso vergel,
vi quatro dueñas un día,
a sombra de un laurel,
cerca una fonte fría:
entre sy muy gran porfia
avían e gran debate
e muy fuerte conbate,
fablando con cortesya.

Cada una porfiava
que era más vertuosa,
e rraçones allegava
comme era más fermosa.
Yó por mirar esta cossa,
escondíme en un rrosal
muy espesso, desygal,
e de muy oliente rrosa.

De un alvo çendal
la una saya traya;
mas alva que christal
toda ella paresçia:
e ésta a las otras desía
muy symple e mesurada,
“Amigas, yo so llamada
castidat en mançebía.”

La otra de un paño gris
traya una opalanda,
enferrada en peña gris,⁸⁷
de juncos una guirlanda,
non traya espera vanda,
nin firmalle,⁸⁸ a guis de Francia:
“Amigas, yo he por graçia,
omildat en buen andança.”

De un fino xamete⁸⁹ prieto,
la terçera traya mantón,
e dixo: “Amigas, por çierto,
Job aquel santo varón
de muy puro coraçón,
perfetamente me amava,
e por nombre me nombraua
paçiençia en tribulaçión.”

Color de un fyno çafyr
oriental, muy preçiado,
a la quarta mantón vy
a caves⁹⁰ de oro labrado,
e fabló muy mesurado:
“Sepa la vestra nobleza
que Lealtat en proveza
es el mi nombre llamado.”

Desque assaz debatieron
por se quitar de porfia,
por su juez escogeron
la noble Filosofía.
Yo que en el rrosal seya
fuy a ellas muy ligero:
“Sea yo el mandadero,
díxeles, sy vos plazía.”

Fueron muy maravilladas
quando me vieron delante,
pero todas concordadas
e con feroso senblante,
dixeron me: “De talante
vos fasemos mandadero;
pero estudiant primero
el vestro mandado ante.”

Desque ove estudiado,
fuy buscar Filosofía,

e de discreto ordenado
les fise mandadería.
Ellas con grant alegría
respondieron con asseo.⁹¹
“Quando qualquier dellas veo,
judgo la mayor valía.”

EL TEATRO EN LA EDAD MEDIA. Hay propiamente dos teatros en la Europa medieval. El *religioso*, que deriva del drama litúrgico, y que se concentra en dos ciclos, el de la Natividad y el de la Pascua Florida. Ya hemos dado breve noticia del *Auto de los Reyes Magos* (fragmento de 147 versos); mencionemos también el *Misterio de Elche*, que probablemente es del siglo XIII y que todavía se representa. El teatro *profano* es juglaresco y lo constituyen las Disputas (*del agua y el vino, del alma y el cuerpo, Elena y María*, etc.), los juegos de escarnio, las farsas (alguna de las cuales se representaba el día de los Santos Inocentes). Respecto del teatro en la Edad Media, en España, no se han conservado las obras, pero las menciones abundan en crónicas y leyes.

LA DANZA DE LA MUERTE. Estas danzas originarias del norte de Europa eran piezas en que la Muerte invita a bailar en su coro al papa y al emperador, al cardenal y al rey, al patriarca y al duque y así sucesivamente todos los estados eclesiásticos y civiles.

...estas visiones macabras, estas fantásticas rondas de espectros, este humorismo de calaveras y cementerios, que en regiones más nebulosas, en Alemania y en el norte de Francia, informa un ciclo entero de composiciones artísticas, y no sólo se escribe, se representa, se danza, sino que se pinta, esculpe y graba, y reaparece dondequiera: en las letras de los misales y de los libros de horas como en las vidrieras de las catedrales; y llega a obtener, en aquella universal pesadilla del siglo XIV, cierto género de siniestra realización histórica con las danzas de epilépticos y convulsionarios de S. Guy, que interrumpían con lúgubre y tremenda algazara el silencio de la noche y la medrosa paz de los cementerios.

[Menéndez y Pelayo.]

La preocupación de la muerte impera, en efecto, en la poesía y arte europeos no sólo del siglo XIV, sino también del XV, lo mismo en Villon y Gerson en Francia que en las celebradas *Coplas* de Jorge Manrique. Cabe aquí recordar también el *desir* de Sánchez Calavera, de un crudo realismo:

...Todos aquestos que aquí son nombrados,
los unos son fechos çenisa e nada
los otros son huesos la carne quitada
e son derramados por los fonsados;⁹²
los otros están ya descoyuntados
cabeças syn cuerpos, syn pies e syn manos;
los otros comiençan comer los gusanos,
los otros acaban de ser enterrados...

Como rasgo notable de la *Danza española* —el autor se refiere a ella como “trasladación”— es de señalarse la intención satírica; así

...dise la Muerte:

rey fuerte, tirano, que syempre rrobastes
todo vuestro rreyno e fenchistes el arca,
de faser justia muy poco curastes,
segunt es notorio por vuestra comarca...

EL MARQUÉS DE SANTILLANA. Las tres figuras mayores de las letras bajo don Juan II son el Marqués de Santillana, Juan de Mena y Fernán Pérez de Guzmán. Don Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana (1398-1458) —sobrino del canciller Ayala—, intervino en las luchas de la nobleza contra el omnipotente privado don Álvaro de Luna, condestable de Castilla; peleó valientemente con Ruy Díaz de Mendoza (1429), tomó Huelma “a sacomano” como Capitán Mayor de la frontera de Jaén (1438), y combatió en Olmedo (1445) al lado de su primo el conde de Alba. Docto en las literaturas francesa, italiana, provenzal y catalana, escribió en su *Proemio e carta* al condestable de Portugal, don Pedro, las primeras páginas de crítica e historia literarias en nuestra lengua. Compuso sonetos “fechos al itálico modo”. Es suya la primera colección de refranes “que dicen las viejas tras el fuego, e van ordenados por la orden del A. B. C.” Sus decires, villancicos y serranillas no pierden frescura. Las obras morales, como *Bías contra fortuna*, los *Proverbios* (que lo hicieron famoso entre sus contemporáneos como el marqués de los Proverbios), y como el rencoroso *Doctrinal de privados* están hoy injustamente preteridas. Las serranillas son poemas rústicos de gran brevedad y delicadeza. Revelan que el marqués, en sus campañas por el reino de Jaén o en la frontera de Aragón, mantiene su alma abierta a los incentivos de la Belleza y el Amor. Una de ellas, *La vaquera de la Finojosa*, es popularísima en todo país de habla española.

JUAN DE MENA. Cordobés (1411-1456 en Torrelaguna); estudió en Salamanca y estuvo algún tiempo en Roma. Fue cronista y secretario de cartas latinas de Juan II, y veinticuatro de Córdoba. Su obra principal es el *Laberinto de fortuna*, llamado también *Las trezientas*, por el número de coplas de que consta. “De todos los poemas eruditos compuestos en Europa antes de *Os Lusíadas* —dice Menéndez y Pelayo—, quizá no hay ninguno más histórico ni más profundamente nacional que este de las *Trescientas*.” Ya Antonio de Nebrija había escrito: “por el poeta entendemos Virgilio e Juan de Mena”. Lo comentaron humanistas, como el Comendador Griego y el Brocense. Cervantes le llama “aquel gran poeta cordobés” y recuerda sus versos

¡Oh vida segura la mansa pobreza,
dádiva santa desagradecida...!

Lleva a la perfección la estrofa de arte mayor dispuesta en octavas. Hombre de gran saber humanístico, desdeñó al vulgo y enderezó sus obras a la parte más selecta del público lector. Ensayó el hipérbaton latino y enriqueció la lengua poética con innumerables latinismos. Sin ser hermético es un poeta difícil y uno de los artistas de más depurado gusto. Sus obras menores o de cancionero —generalmente en versos octosilábicos— son graciosas. El deleite musical de su verso es patente en toda su obra, lo mismo en la doctrinal que en la amorosa. En nuestros días se ha publicado una buena

edición del *Laberinto* (por José Manuel Blecua, vol. 119 de Clás. Cast., 1943) y un espléndido estudio: *Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español*, por María Rosa Lida de Malkiel, México, 1950.

FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN. Nació entre 1377 y 1379; murió por 1460. Dos veces embajador del Infante don Enrique de Aragón; combatió en la batalla de Higeruela; en 1432 fue puesto en prisión, con otros magnates, por sospechas de tratos con Aragón y Navarra, en deservicio del rey de Castilla. Pronto fue libertado, y se retiró a su castillo de Batres, donde se dio al estudio y cultivo de las letras. Fue humanista al modo de su sobrino Santillana, es decir, por el amor y clara intuición de la antigüedad. Sus principales obras poéticas: *Coplas de vicios e virtudes*, *Confession rimada*, *Loores de los claros varones de España* y los *Proverbios*. Como prosista e historiador logra su obra maestra, *Generaciones y semblanzas*, colección de retratos de las principales figuras de los reinados de Enrique III y Juan II. Sorprenden la concisión, el certero análisis psicológico, la pasión mal contenida, la observación generalmente amarga sobre la realidad circundante:

...segunt por las estorias se falla, siempre España fue mouible e poco estable en sus fechos e muy poco tiempo caresció de insultos e escándalos...

...tanto es cada uno onesto e bueno (cuanto) su buena condición lo inclina a ello, e tanto es el onbre defendido quanto él por su esfuerço e industria se defiende, mas non porque a lo uno nin a lo otro (provea) la justia nin el temor real nin el buen zelo e loado rigor de los príncipes e señores; ca, en conclusión, a Castilla posee oy e la enseñoa el interese, lançando della la virtud e humanidat.

Pérez de Guzmán pertenece a la misma familia espiritual que Tácito y Saint-Simon, y sobre todo, que su tío el canciller López de Ayala.

DON JUAN II Y EL CONDESTABLE ÁLVARO DE LUNA. El rey, muy dado a la poesía y a la música, es el autor de una *Canción* que comienza:

Amor, yo nunca penssé,
aunque poderoso eras,
que podrías tener maneras
para trastornar la fe,
fastagora que lo sé...

Del condestable don Álvaro de Luna —hábil político que trató de acrecentar la autoridad real a costa de la prepotente nobleza— es esta *Canción*, en que, como en la anterior y en muchas de la época, para exaltar el sentimiento amoroso se llega a la irreverencia:

Si Dios, nuestro Salvador,
oviera de tomar amiga,
fuera mi competidor.
Aun se m'antoxa, senyor,
si esta tema ⁹³ tomaras,
que justas e quebrar varas

ficieras por su amor.
Si fueras mantenedor
contigo me las pegara,
e non te alzara la vara,
por ser mi competidor.

En prosa escribió don Álvaro el *Libro de las virtuosas et claras mujeres*. De Boccaccio (*Il Corbaccio* o *Laberinto d'Amore* y *De Claris Mulieribus*) parte una larga disputa sobre las mujeres. El mejor defensor de ellas fue el condestable. Los peores detractores, que aprovecharon en parte cierta corriente monacal que hubo en la Edad Media contra la mujer, fueron Pedro Torrellas y el Arcipreste de Talavera, Alfonso Martínez, “el más genial, pintoresco y cáustico de los prosistas anteriores a la maravillosa *Celestina*” (Menéndez y Pelayo).

EL CANCIONERO DE LOPE DE STUÑIGA, llamado así no porque éste fuera el colector, sino por figurar en primer término; entrevera poetas de la corte de don Juan II (Santillana, Mena, Diego de Valera, etc.) con los que vivieron en la de Alfonso V el Magnánimo, en Nápoles: Stúñiga, Juan de Dueñas, Johan de Tapia y otros. El más notable de ellos y de todo el *Cancionero* es Carvajal o Carvajales, de quien no se conoce ni el nombre completo. De él son algunas lindas serranillas, como aquella en que una villana lo adoctrina:

La perfection de nosotras mujeres,
es de los trese fasta quinse annos,
con éstas se toman suaves plaseres
e todas las otras son llenas de engannos...

Es un poeta exquisito, que trata variados temas. La penúltima poesía son las *Coplas fechas por mosén Pedro Torrellas, de las calidades de las donas*, que comienzan:

Quien bien amando persigue
dona, a sy mesmo destruye,
que siguen a quien las fuye,
e fuyen de quien las sigue;
non quieren por ser queridas,
nin galardonan servicios,
mas todas desconocidas,
por sola tema regidas,
reparten sus beneficios.

En la *conclusión* de estas coplas, dicho sea en justicia, Torrellas elogia a su dama diciéndole:

Vos soys la que desfaseys
lo que contienen mis versos...

La última poesía de la colección es una *Respuesta* de Suero de Ribera en *defensión de las donas*, la primera, según entendemos, de las muchas que suscitaron las ingeniosas *Coplas* del poeta catalán, que fue, además, notable hombre de armas y pacificador de la

isla de Cerdeña.

JUAN RODRÍGUEZ DEL PADRÓN, trovador gallego amigo de Macías, autor de *Siervo libre de amor*, relato autobiográfico de amores desdichados; la *Estoria de los dos amadores Ardanlier y Liesa*, novela caballeresca sentimental; el *Triunfo de las donas* y la *Cadira del honor*, apología de la nobleza hereditaria.

EL ARCIPRESTE DE TALAVERA, ALFONSO MARTÍNEZ DE TOLEDO, nació sin duda en esta ciudad, por 1398. Bachiller en decretos, era capellán del rey don Juan II cuando, por 1438, escribió el *Corbacho*, o *Reprobación del loco amor*, o *del amor mundano*. Esta obra se halla dividida en cuatro partes, de las cuales la más original e interesante es la segunda, que trata “de los vicios, tachas e malas condiciones de las malas viciosas mugeres, las buenas en sus virtudes aprobando”. Al ejemplificar la codicia femenina pinta a una mujercilla que ha perdido un huevo, o una gallina, o un gallo, sobre lo que hace gran sentimiento con verba deliciosa por la naturalidad. Estas páginas y las que dedica a enumerar con una abundancia pantagruélica los adornos y afeites de las damas son de un realismo y un colorido insuperables, y reconocido antecedente de algún pasaje de la *Celestina*. La prosa es sustancialmente la misma del *Lazarillo*, es decir, el habla jugosa y rica de la vida cotidiana. Sobre la parlería de las mujeres citemos este breve pasaje:

Alleganse las benditas en vn tropel, muchas matronas, otras moças de menor e mayor hedad, e comiençan e non acaban, diziendo de fijas ajenas, de mugeres extrañas, en el ynvierno al fuego, en el verano a la frescura, dos o tres oras syn mas estar diziendo: tal, la muger de tal, la fija de tal, a osadas, quién se la vee, quién no la conosçe, ouejuela de Sant Blas, corderuela de Sant Anton, quién en ella se fiase, etc. Responde luego la otra: o byen sy lo sopiesedes cómo es de mala lengua, rauia, Señor, alla yra, por *Nuestro Señor Dios* embaçada estariades, comadre; quién se la vee symplezilla, etc., todo el día estarán detrás mal fablando. E sy quieres saber de mugeres nueuas, vete al forno, a las bodas, a la yglesia, que ally nunca verás synon hablar la vna a la oreja de la otra, y reyrse la vna de la otra, e tomar las vnas compañías con las malquerientes de las otras, e afeytarse⁹⁴ e arrear se a porfía, avnque sopiesen fazer malbarato de su cuerpo por aver joyas, e yr las vnas más arreadas⁹⁵ que las otras, diziendo: pues mal gozo vean en mí sy el otro domingo que viene tú me pasas el pie delante

[edición de Pérez Pastor, en *Bibliófilos Españoles*, p. 178.]

CRÓNICA DE DON PERO NIÑO O VICTORIAL. *El victorial. Crónica de don Pero Niño*, conde de Buelna, por su alférez, el gallego Gutierre Díez de Games, es libro de sumo interés no sólo histórico sino literario.

La época fue propicia a los aventureros como aquel don Rodrigo de Villandrando, que por su solo esfuerzo se abrió camino en Francia, en la guerra secular con los ingleses, y que auxilió en Olmedo al condestable. El mismo don Álvaro de Luna, bastardo, que de niño a la muerte de su padre quedó “en asaz baxo e pobre estado” (Pérez de Guzmán), se encumbró a la cúspide del poder y la riqueza. El más típico, sin embargo, fue el conde don Pero Niño, guerrero, navegante, cortesano y, sobre todo, dechado de las cualidades y virtudes del caballero. La historia de su bien aprovechada existencia, una de las de más sabrosa lectura, tiene gran valor arqueológico e histórico porque nos hace conocer la navegación española la víspera del descubrimiento de

América, y nos brinda datos inapreciables sobre las cortes de Enrique III, el Infante de Antequera y don Juan II, sobre la corte francesa y la pequeña, aunque refinada, de Sérifontaine. Los amores —no los amoríos— ocupan buena parte del *Victorial*, ya que don Pero Niño tuvo todas las condiciones para ser amado. Ningún otro libro nos acerca tanto a la vida cortesana y rica de Europa en las postrimerías del Medievo. Brilla en él con singular fulgor el ideal caballeresco y se percibe en su carácter sobrio y sentencioso la buena tradición didáctico-moral de don Juan Manuel, Ayala y Pérez de Guzmán. Así, en estos conceptos:

Hijo, servid al rey e guardadvos dél, que es como el león: jugando mata y burlando destruye. Guardadvos de entrar en la casa del rey, quando sus fechos andubieren turbados...

...ansi es el alma con el cuerpo como el juglar con su estrumete, que quando es desacordado non puede en él fazer son acordante...

Hijo, no enclinedes la vuestra noble persona al ayuntamiento de las malas mugeres, ca ellas non aman e quieren ser amadas; porque el vso dellas es abrebiamiento de la vida, corrupción de las virtudes, traspasamiento de la ley de Dios.

Sey abenido con los hombres en el mundo. No ay más noble cosa que es el corazón del hombre.

DON ENRIQUE DE VILLENA (1384-1434). Pintoresco personaje, célebre más por su leyenda que por su prosa latinizante y atrozmente ampulosa, a la manera de Juan de Mena y de Baena en el Prólogo de su cancionero. Su *Arte de trovar* es un eco de la poética trovadoresca del consistorio de Tolosa, donde hallamos una descripción de juegos florales en Barcelona, así como las primeras nociones de fonética castellana. Compuso un *Tractado del aojamiento* y una novela mitológica, *Los dose trabajos de Hércules*, en que ingeniosamente se les atribuye significado alegórico. Su *Tractado del arte de cortar del cuchillo* —conocido vulgarmente como *Arte cisoría*— es anterior en cosa de cincuenta años al *Libro de guisados*, de Ruperto de Nola, y, por lo tanto, el manual más antiguo no sólo de gastronomía, sino de buenas maneras en la mesa y ceremonial de las comidas de los grandes. Como tuvo fama de hechicero, sus libros fueron mandados entregar por Juan II a fray Lope de Barrientos, obispo de Segovia, quien quemó algunos y guardó los demás.

LA CRÓNICA DE DON JUAN II. Es una de las mejores y más minuciosas del siglo XV. Su redacción se debe a Alvar García de Santa María, cronista oficial de Castilla. Pero Carrillo de Huete, Halconero Mayor del rey don Juan II, escribió una *Crónica* que va desde 1420 hasta 1450, de gran valor histórico. Esta obra fue refundida por el obispo don Lope Barrientos. Ambas *Crónicas*, la del *Halconero* y su refundición, han sido publicadas con mucho esmero por don Juan de Mata Carriazo. Según este acucioso editor moderno, la obra de Carrillo de Huete llega sólo hasta 1441, en que empieza la continuación de Barrientos.

COLECCIONES DE CUENTOS. De principios del siglo XV o de fines del XIV es una colección intitulada *Libro de los gatos* o de los *Cuentos* (esta confusión se debe a una mala

lectura), que procede de las *Narrationes* del inglés Odo de Cheriton. Censura muy acremente a los eclesiásticos, como se ve, entre otros, por este cuento:

Un cazador andaba cazando perdices, e había malos ojos e llorábanle mucho. Dijo una perdiz a las otras: “Catad que santo hombre es éste.” Dijo la otra perdiz: “¿Por qué dices que este home es santo?” Respondió la otra: “¿Non ves como llora?” E la otra respondió: “¿Tú non ves como nos toma? bien es así.” Así nos contesce con muchos obispos e muchos prelados e con otros señores, que parece que son buenos e facen grandes oraciones con lágrimas, e matan a los sus sujetos, e tómanles lo que han a sinrazón. ¡Maldichas sean las lágrimas e las oraciones de los tales!

El arcediano de Valderas, Clemente Sánchez de Vercial, recopiló una vasta colección intitulada *Libro de los enxemplos* o *Suma de enxemplos por A, B, C*, que incluye los que contiene la *Disciplina Clericalis* del judío converso Pedro Alfonso (Rabbi Moseh Sefardí, de Huesca), bautizado en 1106 por Alfonso el Batallador. *Disciplina Clericalis* suministró cuentos a Boccaccio, a Chaucer y a otros. Los cuentos de Sánchez de Vercial, de una gran concisión rayana en sequedad, llevan por epígrafe una frase en latín que se traduce en seguida en un dístico. La obra es una buena muestra de los “exemplarios” de que se servían los predicadores de los siglos XIII al XV.

La *Visión delectable de la filosofía y artes liberales, metafísica y filosofía moral*, compuesta por Alfonso de la Torre, bachiller, es una exposición enciclopédica de las ciencias, y en cada una de ellas, la razón, el entendimiento y la naturaleza son los principales interlocutores. Obra escrita hacia 1440, en admirable prosa por su lisura y sobriedad, y en la que se pueden apreciar los progresos hechos en un siglo respecto de don Juan Manuel, que trató cuestiones análogas.

6. LA ÉPOCA DE ENRIQUE IV Y DE LOS REYES CATÓLICOS

En este último reinado se escriben obras como la *Cárcel de amor* y la *Celestina*, de capital importancia en las letras; Juan del Encina produce sus églogas; ocurre la floración de los romances líricos; y aparecen libros de historia de los tres reinados que cubren el siglo y, sobre todo, acerca de las empresas llevadas a cabo en el último: la guerra con Portugal y la conquista de Granada. Estos cronistas serán los modelos de los que narrarán el descubrimiento y conquista de las Indias.

En otros campos del saber se llevan a término trabajos como la Biblia poliglota complutense, de celebridad europea, que utilizó Erasmo de Rotterdam. “La *Poliglota* — dice Menéndez y Pelayo, a quien no podemos menos de seguir citando — se hizo incluyendo, además del texto hebreo, el griego de los Setenta, el *Targum* caldaico de Onkeles (sólo para el *Pentateuco*), uno y otro con traducciones latinas interlineales, y la *Vulgata*. Llena los cuatro tomos el Antiguo Testamento; el quinto (que fue el primero en el orden de la impresión) está dedicado al Testamento Nuevo (texto griego y latino de la *Vulgata*), y el sexto es de gramáticas y vocabularios (hebreo, caldeo y griego).”

Por entonces se establecen en España humanistas italianos, como Pedro Mártir de Anglería o de Anghiera, que en sus *Opus epistolarum* historió sucesos de España

posteriores a 1488 y anteriores a 1525, y en su *Decades de orbe novo* inicia la historiografía de los descubrimientos, utilizando relaciones de los mismos navegantes y conquistadores; y como Lucio Marineo Siculo, que compuso una enciclopedia histórico-geográfica intitulada *De rebus Hispaniae memorabilibus*. Los insignes humanistas españoles dan singular lustre a esta época. Alonso de Palencia publica *Opus sinonimorum* y el *Universal vocabulario en latín y romance* (1490). Elio Antonio de Nebrija (1441?-1522) nació en Lebrija, la antigua *Nebrissa Veneria*, de donde derivó su cognomento. Estudió cinco años en Salamanca y fue discípulo de Pedro de Osma en filosofía moral. A los diecinueve años pasó a Italia, y allí permaneció diez, en los cuales asimiló el espíritu renacentista. Regresa en 1473 y comienza a enseñar en Sevilla, al servicio del arzobispo don Alonso Fonseca. Introduce las nuevas ideas en materia de enseñanza del gran humanista Lorenzo Valla. “...Nunca dexé de pensar —dice Nebrija— alguna manera por donde pudiese desbaratar la barbarie por todas las partes de España tan ancha e luengamente derramada.” Enseña después en Salamanca, donde fue desairado en unas oposiciones por los estudiantes. “Por otra parte —asienta Menéndez y Pelayo—, el régimen excesivamente democrático de aquellas aulas solía alejar de ellas a profesores muy beneméritos.” En Alcalá siguió enseñando y después en Sevilla de nuevo, bajo la protección del arzobispo don Juan de Zúñiga, que le permitió poner “delante de los ojos [son palabras del Maestro] vna grande esperança de inmortalidad”. En 1481 publicó su *Gramática latina*, y en 1492, su *Arte de la lengua castellana*, la primera gramática de cualquier lengua romance, y el comienzo de los estudios filológicos en España. Nebrija llegó a significar gramática, y con su nombre se siguieron imprimiendo en los siglos XVII y XVIII epítomes y libros de enseñanza latina sin tener nada de la doctrina del Maestro. Sus *Diccionarios* latino, de nombres propios, y de romance en latín son de gran valor filológico. En el Renacimiento las actividades del gramático son múltiples, y las de Nebrija alcanzaron el campo de la teología, del derecho, de las antigüedades hispanorromanas, de la interpretación de textos bíblicos. Nadie influyó tanto en la cultura de su tiempo como este gran sabio que impuso el estudio de la latinidad aun a las monjas y a los personajes de la corte, como la misma reina católica, sus hijas y damas.

El helenista portugués Arias Barbosa, catedrático en Salamanca, y maestro de Hernán Núñez, el *Comendador griego*, fue amigo y panegirista de Nebrija. Otros humanistas distinguidos fueron los Vergaras, de los cuales uno, Juan, tradujo a Aristóteles. El cardenal Jiménez de Cisneros, impulsor de las grandes empresas culturales del reinado, fue amigo generoso de humanistas.

Se introdujo la imprenta en España el mismo año de 1474 (o tal vez antes), en que comenzaron a reinar doña Isabel y don Fernando, y al finalizar el siglo, la tuvieron todas las ciudades importantes de la península.

El *Libro de vita beata*, escrito hacia 1463, no es sino una traducción bastante libre del *Dialogus de felicitate vitae*, de Bartolomé Fazzio. Constituye un modelo de buena prosa. Juan de Lucena, su autor, fue familiar del célebre humanista Eneas Silvio Piccolomini (Pío II, cuando fue exaltado al solio pontificio).

La poesía

COPLAS SATÍRICAS. Ya en el tiempo de don Juan II se había compuesto una sátira política, las *Coplas de la panadera*, contra los enemigos del rey en la batalla de Olmedo, y contra sus partidarios que pelearon flojamente.

Enrique IV y su corte, con sus vicios y corrupción, dieron mejor coyuntura para el florecimiento de este género. Las *Coplas del Provincial* se distinguen por su ferocidad y atrevimiento de expresión. Censura más encubierta contra el monarca, su favorito don Beltrán de la Cueva y doña Guiomar de Castro se contiene en las *Coplas de Mingo Revulgo*, o sea, el pueblo, que conversa con Gil Arribato en el hablar rústico y un poco convencional de los pastores de la región de Zamora y Salamanca. No se sabe con certeza quiénes hayan sido los autores de estas sátiras; las *Coplas de la panadera* se han atribuido a Juan de Mena; las del *Provincial*, entre otros, a Montoro; y las de *Mingo Revulgo*, a su mejor glosador, Fernando del Pulgar.

ANTÓN DE MONTORO, que confiesa por 1474 tener setenta años, sastre o ropero de Córdoba, converso, poeta de vena jocosa, disputa con mucho gracejo y donaire con el comendador Román y con Juan de Valladolid. Quéjase a la reina doña Isabel de que a pesar de su vida devota nunca pierde el tufo de judío, y de las quemaduras que hace el populacho con sus hermanos de raza, y remata donosamente lamentaciones tan amargas:

Pues, Reina de gran estado,
hija de angélica madre,
aquel Dios crucificado,
muy abierto su costado,
con vituperios bordado
e inclinado,
dixo: Perdónalos, Padre.
Pues, Reina de autoridad,
esta muerte sin sosiego,
cese ya por tu piedad
y bondad...
hasta allá por Navidad,
cuando sabe bien el fuego.

Otra vez da ingeniosa respuesta a un caballero que le mandó que jugase en unas cañas.⁹⁶

—¿No jugáis, buen caballero?
—Días ha que no jugué;
si querés saber por qué,
porque so muy lastimero.
Todo lo tengo y no feo,
que non me falta pedazo,
salvo caballo y arreo,
piernas, corazón y brazo.

No sólo no oculta ser sastre y converso, sino que se jacta de ello:

Pues non cresce mi caudal
el trovar, nin da más puja,
adorámoste, dedal,
gracias fagamos, aguja.

Pide a Gómez Dávila para casar una hija:

Discreto varón polido
para el mundo y para Dios;
a mi fija do marido
con sola fusia⁹⁷ de vos.
Ella crece como penas
y le mengua el ajuar;
si vuestro buen remediar
no viene con manos llenas,
avrá de ir acompañar
a las que Dios faga buenas.⁹⁸

JUAN ÁLVAREZ GATO. Un poeta de más alta jerarquía es Juan Álvarez Gato, madrileño, a quien don Juan II, al armarle caballero, le ciñó su propia espada. Fue mayordomo de la reina Isabel. Empleó casi siempre metros cortos y su verso es de gran tersura. Su obra es amatoria en la juventud, y al final de su vida, religiosa. Glosa a lo divino cantarcillos populares con una gracia sin igual hasta Juan del Encina. Censuró a don Enrique IV por desagradecido con sus servidores y por despilfarrar los tesoros de la corona. Con una dama a quien sirve se excusa de casarse:

Decís: casemos los dos,
porque deste mal no muera.
Señora, no plega a Dios,
Siendo mi señora vos,
qu'os haga mi compañera.

HERNÁN MEXÍA. Tuvo gran amistad Álvarez Gato con Hernán Mexía, de Jaén, buen poeta y de inspiración muy semejante. Sobrepujó en una obra suya, “en que descubre los defectos de las condiciones de las mugeres”, las coplas famosas de Pero Torrellas:

...Ellas aman y aborresçen
en vn otra presto y matan;
ellas hieren y guarescen,
quando se niegan se ofrescen,
donde prenden se rescatan:
do se reuelan se dan,
quando se dan las perdemos,
quando vienen ya se van;
a quien más huyen, se están,
nunca están sin dos extremos.

Este Hernán Mexía tomó parte en una conspiración contra la vida del condestable Miguel Lucas de Iranzo, que había de perecer poco después en las gradas del altar mayor de la iglesia de Santa María en Jaén.

GÓMEZ MANRIQUE. Fue uno de los primeros poetas de su siglo, junto con su tío Santillana y con Juan de Mena. En lo político y en lo militar, figura prominente. Sirvió en el partido de los Infantes de Aragón; después, con don Alfonso, *el Inocente*, contra Enrique IV; y, por último, a los Reyes Católicos, contra los portugueses. Fue árbitro y pacificador en alguna ocasión, y por dos veces llevó a Alfonso V de Portugal el cartel de desafío de Fernando el Católico. Desempeñó el cargo de corregidor de Toledo en los difíciles tiempos en que el poderoso arzobispo Alonso Carrillo tramaba entregar esta ciudad a los portugueses, que sostenían las pretensiones de la *Beltraneja*. Hizo inscribir en las casas consistoriales de esta ciudad los celebrados versos:

Nobles, discretos varones
que gobernáis a Toledo,
en aquestos escalones
desechad las aficiones,
codicias, amor y miedo.
Por los comunes provechos
dexad los particulares:
pues voz fizo Dios pilares
de tan riquísimos techos,
estad firmes y derechos.

Sobresale en la poesía doctrinal con las *Coplas para el Comendador Diego Arias de Ávila*, con la *Exclamación y querella de la gobernación*, y con el *Regimiento de príncipes*.

Gómez Manrique escribió obras teatrales: una *Representación de Navidad*, para las monjas de Calabazanos; dos *momos*, uno de los cuales fue representado por la Infanta doña Isabel (la Católica) y sus damas; y las *Lamentaciones fechas para la Semana Santa*. De estas últimas no hay constancia de que se sacaran alguna vez al público.

LA POESÍA RELIGIOSA del tiempo de los Reyes Católicos está representada por fray Íñigo de Mendoza, autor de una *Vita Christi* que recuerda el arte candoroso de Juan del Encina; *Vita* que, por cierto, se interrumpe con la matanza de los santos Inocentes; y por fray Ambrosio Montesinos, imbuido por la lectura del beato Jacopone de Todí. Fray Ambrosio, en sus *Coplas de la Visitación de Nuestra Señora*, inserta esta reprensión de las doncellas, casadas y viudas:

E las negras devociones
de misas, ermitas, velas,
¿qué son más sino ocasiones
de torpes delectaciones,
que es fruto de sus cautelas?
Si hablasen los rincones,
bien darían señas expresas,
por do van las devociones;
y del fin de los perdones
y promesas...

Ambos poetas fueron franciscanos.

Juan de Padilla, llamado el Cartujano, escribió los *Doze triumphos de los doze Apóstoles*; imita a Dante y emula a Juan de Mena en algunos pasajes de singular mérito.

JORGE MANRIQUE acierta en sus famosas *Coplas por la muerte de su padre*, el maestre don Rodrigo Manrique, produciendo la mejor poesía de su siglo, y en su género la primera de nuestra lengua. Cifra y resumen de la poesía de los cancioneros, hay en ella una delicada exposición de la fugacidad de la vida, una evocación llena de añoranzas de las cortes brillantes de Juan II, Enrique IV, y del Infante don Alfonso, un justiprecio de la vida del conde de Paredes, toda plena de peligros y hazañas. El dolor virilmente represado, la generosidad para el infortunado condestable don Álvaro de Luna, enemigo tenaz de los Manriques, la perfección de la forma, las comparaciones sobrias, tomada alguna del arte militar que profesó el poeta,

Los plazer e dulçores
desta vida trabajada
que tenemos,
non son sino corredores,
e la muerte, la çelada
en que caemos,

todo, en fin, conquista y deleita nuestros ánimos. Esta poesía de fama imperecedera revela influjo grande de Gómez Manrique y también, en grado menor, de Ferrant Sánchez Calavera y otros, así como de la Biblia en algunos pasajes. Murió Jorge Manrique en 1478, a los treinta y ocho años de edad, ante las puertas del castillo de Garci-Muñoz, peleando contra el marqués de Villena que se negaba a someterse a los Reyes Católicos.

PERO GUILLÉN DE SEGOVIA, donde residió; sevillano, al servicio del arzobispo Alonso Carrillo, tradujo los *Siete salmos penitenciales trovados* y dejó el más antiguo diccionario de la rima (hasta hoy inédito), la *Gaya de Segovia* o *Silva copiosísima de consonantes para alivio de trovadores*. Fue fiel a la memoria de don Álvaro de Luna, que tal vez le protegió en su mocedad.

GARCÍ SÁNCHEZ DE BADAJOZ. El *Cancionero general*⁹⁹ de Hernando del Castillo (primera edición de 1511) recopila la poesía menor bajo los Reyes Católicos, en la que cabe clasificar a los poetas de que tratamos en seguida. Garcí Sánchez de Badajoz, natural de Écija, aunque según parece de familia extremeña, dejó memoria de hombre ingenioso; perdió la razón alguna vez, lo que se atribuyó a la viveza de sus sentimientos amorosos. En efecto, toda su obra glosa exaltadamente un amor desesperado. Siguiendo una vieja tradición que arranca de la poesía goliardesca, como otros contemporáneos suyos aplica a lo erótico oraciones y cantos de la iglesia, por ejemplo, en las *Liciones de Job apropiadas a sus passiones de amor*, en que mezcla con cierta gracia frases latinas entre sus dulces octosílabos:¹⁰⁰

Responde michi, señora,

quantas habeo iniquitates,
peccata, scelera mea,
o porque es merescedora
mi vida que assi la tractes,
pues que servirte dessea?
Cur faciem tuam abscondis?
Piensas que so tu enemigo?
Contra folium quod vento
rapitur, nichil respondis
a las palabras que digo,
que muestran el mal que siento.

CARTAGENA. Probablemente era Pedro de Cartagena de la familia de judíos conversos a que pertenecía el obispo de Burgos, don Alonso del mismo apellido. En una de sus composiciones “da un consejo a ssu padre que dexe los negocios del mundo y que repose con lo ganado”. En una disputa entre el corazón y los ojos de su dama, “echa el bastón Cartagena entre estos dos que se debatían”.

Terminan con estos versos unas coplas de Cartagena, sobre una separación de su dama:

Con sobra de poco tiento
me faltó conoscimiento,
pues dexé el bien que tenía;
que tomé por compañía
soledad y pensamiento
tan esquiivo,
que no dize lo que escriuo
la suma de lo que siento.

Guevara, otro poeta del *Cancionero*, escribió esta “Esparsa”, que para Menéndez y Pelayo tiene el encanto de un *lied* alemán:

Las aues andan bolando,
cantando canciones ledas,
las verdes hojas temblando,
las aguas dulces sonando,
los pauos hazen las ruedas:
yo, sin ventura amador,
contemplando mi tristura,
dessago por mi dolor
la gentil rueda de amor
que hize por mi ventura.

[R. Foulché-Delbosc, *Cancionero castellano del siglo XV*, 886.]

RODRIGO DE COTA de Maguaque, apodado *el Tío* o *el Viejo*, acaso para distinguirlo de algún pariente del mismo nombre, es autor del *Diálogo entre el Amor y un viejo*. Se trata de un debate o disputa en que un viejo denuesta al Amor, y éste se ufana de su omnipotencia:

Al rudo hago discreto,
al grossero muy polido,
desembuelto al encogido,

y al inuirtuoso neto;
al couarde, esforçado,
escasso al liberal,¹⁰¹
bien regido, al destemplado,
muy cortés y mesurado
al que no suele ser tal.

Estas palabras recuerdan un pasaje del *Libro de buen amor*, como la traza de la obra hace pensar en los *debates* del siglo XIII. El viejo sucumbe a las tentaciones, y el Amor lo escarnece.

Cota era judío, y su celebridad proviene —aparte de su lindo *Diálogo*— de habersele atribuido el primer acto de la *Celestina*.

POESÍA LÍRICA TRADICIONAL. Una lírica popular florece en la época, sin que sea posible, por su carácter, asignarle límites en el tiempo. Su transmisión es tradicional, y lo poco que de ella se salvó se conserva en algunos cancioneros, o glosada por poetas de los siglos XVI y XVII, o aprovechada por dramaturgos como Gil Vicente y Lope de Vega. A las más antiguas composiciones alcanza la irregularidad métrica juglaresca. Otras siguen una métrica acentual y no silábica. Reproducimos en seguida algunas procedentes del *Cancionero musical* de los siglos XV y XVI, publicado por Francisco Asenjo Barbieri:

Al alba venid, buen amigo,
al alba venid.
Amigo el que yo más quería,
venid al alba del día.
Amigo el que yo más amaba,
venid a la luz del alba.
Venid a la luz del día,
non trayáis compañía.
Venid a la luz del alba,
non traigáis gran compañía.

Tres morillas me enamoran
en Jaén,
Axa y Fátima y Marién.
Tres morillas tan garridas
iban a coger olivas,
y hallábanlas cogidas
en Jaén,
Axa y Fátima y Marién.
Y hallábanlas cogidas,
y tornaban desmaídas
y las colores perdidas
en Jaén,
Axa y Fátima y Marién.
Tres moricas tan lozanas,
tres moricas tan lozanas
iban a coger manzanas
a Jaén,
Axa y Fátima y Marién.

Entra mayo y sale abril,

tan garridico le vi venir.
Entra mayo con sus flores
sale abril con sus amores,
y los dulces amadores
comienzan a bien servir.¹⁰²

Remediad, señora mía,
pues podéis.
Señor, no me lo mandéis.

Unos ojos morenicos
que por mi desdicha vi
me hacen vevir sin mí.

Aquel gentilhombre, madre,
caro me cuesta el su amor.

Rodrigo Martínez
a las ánsares, ¡ahe!
Pensando qu'eran vacas
silbábalas. ¡He!
Rodrigo Martínez,
atán garrido,
los tus ansarinos
líevalos al río, ¡ahe!

Pensando qu'eran vacas
silbábalas. ¡He!
Rodrigo Martínez,
atán lozano,
los tus ansarinos
líevalos al vado, ¡ahe!
Pensando qu'eran vacas
silbábalas. ¡He!

Del Cancionero de Nicolás d'Herberay des Essarts (traductor al francés del *Amadís*):

Pues mi pena veys,
miratme sin sanya,
o no me miréis.

Soy garridilla e pierdo sazón
por mal maridada,
tengo marido en mi coraçón
que a mí agrada.

Ojos de la mi señora
y vos que avedes,
¿por qué vos abaxades
quando me veedes?

Refrán es entre las gentes,
que quien casa con amores,
esse vive con dolores.

El siguiente cantarcillo ha sido glosado por Cristóbal de Castillejo y por Sebastián de

Horozco:

Guárdame las vacas,
Carillejo, y besarte he;
si no, bésame tú a mí,
que yo te las guardaré.

Por Gil Vicente se conserva, entre otras, esta cantiga en alabanza de la Virgen:

Muy graciosa es la doncella:
¡cómo es bella y hermosa!

Digas tú, el marinero,
que en las naves vivías,
si la nave, o la vela, o la estrella,
es tan bella.

Digas tú, el caballero,
que las armas vestías,
si el caballo, o las armas, o la guerra,
es tan bella.

Digas tú, el pastorcico,
que el ganadico guardas,
si el ganado, o los valles, o la sierra,
es tan bella.

El siguiente cantarcillo fue glosado por Sebastián de Horozco:

Besábale y enamorábale
la doncella al villanchón;
besábale y enamorábale,
y él metido en un rincón.

Estos otros, conservados por Lope de Vega:

Arrojóme las naranjicas
con las ramas del blanco azahar;
arrojómelas y arrojeselas,
y volviómelas a arrojar.

Velador que el castillo velas,
véle bien, y mira por ti,
que velando en él me perdí.
—Mira las campañas llenas
de tanto enemigo armado.
—Yá estoy, amor, desvelado
de velar en las almenas;
ya que las campanas suenan
toma ejemplo y mira en mí,
que velando en él me perdí.

La historia

Alonso de Palencia (1423-1492), familiar de don Alonso de Cartagena, al servicio del

cardenal Besarión, discípulo del humanista Jorge Trapezuncio, secretario de Cartas latinas que sucedió a Mena, escribió en latín unas Décadas intituladas *Gesta hispaniensia ex annalibus suorum dierum*; a él se debe principalmente el descrédito de don Enrique IV y su reinado, y está considerado en la actualidad como el historiador de mayor autoridad para esta época. Esta obra ha sido traducida en su integridad y publicada por don Antonio Paz y Meliá.

Diego Enríquez del Castillo nace en 1433 y muere en los primeros años del siglo XVI. Autor de la *Crónica del rey Don Enrique IV de este nombre*, en que defiende y alaba a este monarca, del cual fue capellán. Habiéndose apoderado sus enemigos de sus papeles —entre ellos el manuscrito original de su *Crónica*— le fueron entregados al historiador del bando enemigo, Alonso de Palencia. Enríquez reconstruyó como pudo su obra en la forma en que llega a nuestros días.

Merecen mención especial dos crónicas: la del *condestable don Álvaro de Luna*, compuesta a mediados del siglo XV, para rehabilitar la memoria del célebre privado de Juan II; y la del *condestable Miguel Lucas de Iranzo*, uno de los favoritos de Enrique IV. Esta última es muy valiosa para conocer con mil sabrosos pormenores la vida de un magnate retirado en sus últimos años de la corte. Se atribuye a Juan de Olid, que estuvo al servicio de Miguel Lucas, y también a Pedro de Escavias. (Ambas crónicas publicadas por Mata Carriazo, t. II y III de su Colección de Crónicas Españolas.)

La de don Álvaro de Luna nos hace apreciar muy de cerca la figura y carácter de este gran político que tanto hizo por fortificar el poder del rey a costa de los próceres.

Mosén Diego de Valera nació en 1412, tal vez en Cuenca. No se tienen noticias suyas después de 1488. Hizo viajes por Europa, asistió a la guerra de los hussitas en Bohemia, y a la de Carlos VII de Francia con los ingleses. Fue embajador, político, poeta de cancionero, y en sus últimos años, historiador. “Asistió a los campos de batalla de la Higuera, Olmedo y Toro; intervino en la prisión de don Álvaro de Luna, y asesoró con mirada certera a don Fernando en la guerra de Granada... Tuvo trato directo con casi todas las primeras figuras de su tiempo, dentro y fuera de Castilla...” (Juan de Mata Carriazo). Su obra histórica comprende: la *Crónica abreviada de España*, resumen de la historia de Castilla que termina con un relato del reinado de don Juan II; el *Memorial de diversas hazañas*, que es una historia de Enrique IV; y la *Crónica de los Reyes Católicos*, que abarca sucesos de 1474 a 1488. Es un narrador extremadamente ameno; más hombre de experiencia mundana que investigador desapasionado.

Parece que el *Memorial* no es original de Valera, sino mera traducción, un poco libre, de las *Décadas* latinas de Alonso de Palencia, escritas por 1477.

Fuera de sus trabajos históricos, se tiene por el más importante el *Doctrinal de príncipes*, del que no hay edición moderna, dedicado a Fernando el Católico.

Fernando del Pulgar, en los *Claros varones de Castilla*, compuso a la manera de Fernán Pérez de Guzmán una serie de retratos de Enrique IV y veintitrés contemporáneos suyos. Estas semblanzas se han hecho con la preocupación de lograr el mayor parecido, apurándose todos los rasgos y características que sirvan para individualizar y distinguir a los personajes. Su obra más importante es, sin embargo, la

Crónica de los Reyes Católicos, que, puesta en latín por Nebrija, fue erróneamente atribuida a éste en la más antigua edición. Pulgar es un prosista elegante y un historiador veraz. Se aparta del plan y estilo de los cronistas medievales al insertar en su relato retratos y “razonamientos”, “embueltos en mucha filosofía e buena doctrina”. En ambas novedades no hace sino imitar al canciller López de Ayala. De Mata Carriazo ha publicado recientemente una versión inédita de la *Crónica*, de gran valor.

Su condición, más que probable, de converso, no fue óbice para que tuviera Pulgar altos cargos de confianza como secretario de Enrique IV y después de doña Isabel; embajador de los Reyes Católicos ante Luis XI de Francia; y cronista oficial de Castilla. No se tienen noticias de él posteriores a 1492. Fue gran admirador de Pérez de Guzmán, y del cardenal don Pedro González de Mendoza. Hombre de humor epigramático, de él se conservan algunas ingeniosas respuestas y anécdotas curiosas, como la siguiente:

Dezía Hernando del Pulgar, que para enriquezer vno en breue tiempo, que eran menester dos pocos, y dos muchos: poca vergüenza, y poca conciencia; mucha codicia, y mucha diligencia.

Diego Rodríguez de Almella, discípulo del obispo don Alonso de Cartagena, compuso el *Valerio de las historias y batallas campales*, “que fueron e son acaescidas desde el comienzo del mundo fasta en nuestros días”.

Andrés Bernáldez, cura de los Palacios, escribió una *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*, que llega hasta 1513, año en que murió el cronista. Menéndez y Pelayo lo tenía en alta estima. Parece que Colón mismo le suministró información respecto al descubrimiento de América.

La novela

PRIMEROS LIBROS DE CABALLERÍAS. EL AMADÍS. *El Caballero Cifar* es uno de los primeros libros de caballerías en España, pues fue compuesto en los albores del siglo XIV. Su fábula principal tiene estrecha relación con la leyenda oriental de san Eustaquio o Plácido, y lo avaloran multitud de cuentos y refranes que en dicho libro se contienen.

Los libros de caballerías, que proceden en último análisis de las leyendas épicas francesas (carolingias y, sobre todo, bretonas), son novelas de tipo idealista, en que todo es imaginario (geografía y época inclusive). El *Amadís de Gaula* es la más notable por ser ante todo “la epopeya de la fidelidad amorosa, el código del honor y de la cortesía, que disciplinó a muchas generaciones”, como dice Menéndez y Pelayo.

No poseemos la primera redacción, en tres partes, de esta novela, sino su refundición por Garcí Ordóñez de Montalvo, regidor de Medina, que le agregó una cuarta parte, probablemente de su propia minerva. Tampoco hay datos suficientes para determinar el país de origen de este gran libro, Francia, Portugal o Castilla.

Es evidente la influencia del *Tristán*. Juan de Valdés, siempre severo en sus juicios, no sin hacerle algunos reparos, dice del *Amadís*: “...pero al fin assi a los quatro libros de *Amadís*, como a los de *Palmerín* y *Primaleón* que por cierto respeto an ganado crédito conmigo, terné y juzgaré siempre por mejores que essotros... Y vosotros, señores,

pensad que, aunque he dicho esto de *Amadís*, también digo tiene muchas y muy buenas cosas y que es muy digno de ser leído de los que quieren aprender la lengua...” No obstante lo fantástico de los personajes y de que siempre basta el valor de Amadís para remediar las situaciones injustas, hay en éstas como un reflejo de los desmanes y usurpaciones frecuentes en los siglos medios. El arte supremo de la narración campea en toda la novela, que acaba por ganar al lector moderno más prevenido.

Parece extraño que libros tan pesados hayan sido favorecidos por el público indocto, lo que ocurrió en el primer tercio del siglo XVI. Uno de ellos solaza todavía a nuestros rústicos, lo mismo en España que en América Latina: *La historia del Emperador Carlomagno y de los doce pares*, por Nicolás de Piamonte. De los tres libros de que consta, el segundo es una versión del poema épico francés *Fierabrás*, y el tercero proviene del *Speculum historiale*, de Vicente de Beauvais. El *Tirant lo Blanch*, elogiado enigmáticamente por Cervantes y admirado por la docta marquesa de Mantua, Isabel de Este, es un libro de caballerías *realista* y, a trechos, humorístico. Lo comenzó su autor Mosén Johannot Martorell en 1460. Presenta más o menos desfigurada la historia de Roger de Flor, que con sus almogávares pasó a Oriente en los principios del siglo XIV y llevó a cabo hazañas y conquistas.

LA CÁRCEL DE AMOR. Boccaccio con su *Fiammetta* influye en un nuevo tipo de novela, la sentimental o erótico-sentimental, que además aprovecha algo de ciertas novelas francesas de aventuras que fueron muy populares, como *Flores y Blancaflor*, *Pierres y Magalona*, etc. Tiene mucho en común con los libros de caballerías, de los que apenas se diferencia en traer al primer plano la pasión amorosa, que diseca y analiza con fruición. La obra maestra del género es la *Cárcel de amor*, por Diego de San Pedro. Le precedieron el *Siervo libre de amor*, de Rodríguez del Padrón o de la Cámara (que ya hemos mencionado), y otra del mismo San Pedro, *El tratado de amores de Arnalte y Lucenda*, publicada en 1491, un año antes que la *Cárcel*. Ésta, que ha sido llamada con mucha exactitud el “*Werthers Leiden* de aquellos tiempos” (Usoz), está escrita en gran parte en epístolas, y su tono siempre apasionado y elocuente. Además es curiosa en ella la intervención que tiene el autor entre los personajes, lo que añade realidad a éstos y da a la obra una especie de nueva dimensión.

Leriano es llevado con gran rigor a la cárcel del amor, y Diego de San Pedro, conmovido por sus confidencias, se presta a intervenir ante Laureola, hija del rey Gaulo. Pronto se establece una correspondencia entre ésta y su enamorado, a cuya pasión parece mostrarse sensible la princesa. Interviene Persio, que delata al rey estos amores. Sobreviene un desafío entre Persio y Leriano, en que éste vence y corta a aquél una mano. Persio no cesa en sus maquinaciones y, por medio de testigos falsos, denuncia al rey que Leriano y Laureola se ven frecuentemente, en soledad. El monarca condena a muerte a su hija, y nada valen súplicas y argumentaciones de la reina y del cardenal de Macedonia. Leriano intenta un golpe decisivo, matando a Persio y sacando a Laureola de su prisión. El rey lo sitia en la fortaleza de Susa (la geografía es imaginada). Mientras tanto se averigua la maldad de Persio, y Leriano y Laureola se ven libres. Pero ésta,

abrumada por tantas desdichas, se vuelve contra Leriano, rompe con él y le quita toda esperanza de ser suya. Leriano se deja morir de hambre; lo último que come son las cartas de su amada, reducidas a pedazos. Como su amigo Tefeo hablara mal de las mujeres en su presencia, emplea las pocas fuerzas que le restan en defenderlas con muchos argumentos y razones, comunes algunos con los que se alegan en el *Triunfo de las donas*, de Rodríguez del Padrón.

La importancia de la novela proviene de su estilo, ciertamente retórico, pero sentencioso, elocuente y muy adecuado para exponer y analizar sentimientos dolorosos y apasionados. Influye en la *Celestina* y es éste su mejor elogio.

La *Cuestión de amor* es una novela histórica en gran parte, en que se pinta la sociedad hispano-italiana de Nápoles, la víspera de la batalla de Ravena. Es también una novela de clave, y Benedetto Croce, el gran filósofo y erudito investigador, ha logrado identificar a los personajes de este libro, que contiene varias poesías.

El teatro

JUAN DEL ENCINA es un escritor plenamente renacentista, en quien se funden armónicamente elementos paganos y cristianos, y en quien palpita la alegría y embriaguez de vivir. Y, sin embargo, sus obras están llenas de motivos medievales, como la oposición del campo a la ciudad (común con las *serranillas*), la batalla del carnaval y la cuaresma, y la irreverente parodia de lo sagrado en temas amorios. Brillan estos tópicos con gran fulgor por última vez en las églogas de este gran poeta.

Con él se inicia propiamente el teatro, ya que son escasos y aislados los autos y representaciones que se conservan de la Edad Media. En él se comienza un periodo preclásico en que se suceden sin interrupción ensayos y tentativas de varios dramaturgos que laboran dentro de diversos tipos dramáticos, periodo que dura un siglo y que abarca a Torres Naharro, Gil Vicente, Lope de Rueda, Juan de la Cueva y al propio Cervantes.

En lo lírico, con él alcanza la poesía de cancioneros, enriquecida por una corriente popular, una de sus más puras realizaciones, los villancicos.

Sexto hijo de un zapatero, su apellido paterno fue Fermoselle o Hermosilla, y el materno “del Encina”, que usa a veces también uno de sus hermanos que ejercía el oficio de bordador.

Estudia en Salamanca, tal vez con el mismo Nebrija. Entra al servicio del duque de Alba, don Fadrique Álvarez de Toledo, e interviene en las diversiones y espectáculos de la pequeña corte de Alba de Tormes, para la que escribe sus primeras églogas. Pasa luego a Roma donde es casi seguro que fue cantor en la capilla del papa. En 1513 se representó en casa del cardenal Arborea, asistiendo “piú puttane spagnuole che uomini italiani”, su *Égloga de Plácida y Vitoriano*, en la que a imitación de la *Cárcel de amor* hay un suicidio, y en la *Vigilia de la enamorada muerta*, un destello de la poesía un poco sacrílega de Garcí Sánchez de Badajoz. Se le nombró sucesivamente racionero de la catedral de Salamanca, y arcediano de la de Málaga. Por no haberse ordenado de sacerdote tuvo dificultades con el cabildo malacitano, que redujo a la mitad su prebenda.

Con todo, el mismo cabildo utilizó sus servicios en negocios delicados e importantes. Debió de tener poderosos protectores en Roma, porque León X en una bula ordenó que no se le molestase, ni perturbase, ni se le privase de lo que le correspondía por su cargo, por hallarse fuera de su iglesia, en corte de Roma. Permutó el arcedianazgo de Málaga por un beneficio de la iglesia de Morón, pero a poco fue nombrado prior mayor de la iglesia de León, cargo del que tomó posesión por medio de procurador. A los cincuenta años, en 1519, hace una peregrinación a Jerusalén, que narra en su poema en dodecasílabos, *Trivagia*. En la capilla del Monte Sión dijo su primera misa. No se tienen noticias posteriores a su viaje, y algún historiador le da por muerto en 1534.

Sus primeras ocho églogas, representadas ante los duques de Alba, son de una sencillísima acción y terminan en un villancico, a veces cortado por alegres gritos de pastores que repastan el ganado:

Ya rebulle la mañana;
aguijemos, qu'es de día;
preguntemos por María,
una hija de Sant Ana,
que Ella, Ella lo parió.
¡Huy ho!
Vamos, vamos, anda allá.
¡Huy ha!
Pues aquel que nos crió,
por salvarnos nació ya.
¡Huy ha! ¡Huy ho!
Que aquesta noche nació.

En la *Égloga de antruejo o carnestollendas* un pastor cuenta cómo vio a la Cuaresma andar a porradas con el Carnal:

Vieras, vieras asomar
por los cerros
tanta batalla de puerros,
que no la sé percontar...¹⁰³
Fue la sardina delante,
rutilante,
y al tocino arremetió;
y un batricajo le dio
tan cascante,
que no sé quién no se espante...
Vieras los ajos guerreros,
con morteros
huertemente encasquetados...

Todo esto recuerda al Arcipreste de Hita y anuncia el arte magnífico de Quevedo en la *Boda y acompañamiento del campo*. Y el villancico se refiere a los excesos que precedían a la cuaresma:

Hoy comamos y bebamos
y cantemos y holguemos,
que mañana ayunaremos.

La *Égloga representada en requesta de unos amores* es de las más graciosas y lindas que compuso el músico poeta. Un pastor (papel que ha de haber desempeñado el mismo del Encina) y un escudero, es decir, un hombre de la ciudad, solicitan a una pastora. El pastor le ofrece todos los dones del campo y pondera las delicias de la vida pastoril:

Con dos mil cosas que sé,
yo, mía fe, la serviré
con tañer, cantar, bailar,
con saltar, correr, luchar,
y mil donas le daré.
Daréle buenos anillos,
cercillos, sartas de prata,
buen zueco, buena zapata,
cintas, bolsas y tejillos...
...Y frutas de mil maneras
le daré desas montañas:
nueces, bellotas, castañas,
manzanas, priscos y peras,
dos mil yerbas comederas:
cornezuelos, botijinas,
pies de burro, zapatinas,
y gavanzas y acederas.
...Cantilenas, chanzonetas
le chaparé de mi hato...

La zagala, puesta en trance de escoger, escoge al escudero, con tal que se torne pastor. Y la égloga termina con uno de los más preciosos villancicos:

Repastemos el ganado.
Hurriallá!
Queda, queda, que se va.
Ya no es tiempo de majada
ni de estar en zancadillas;
salen las Siete Cabrillas,
la media noche es pasada,
viénese la madrugada.
Hurriallá!
Queda, queda, que se va.

Fuera de estas ocho églogas de Alba de Tormes, es curiosa la llamada *de las grandes lluvias* (del año de 1498), entre otras cosas, porque se queja de verse postergado del Encina, y de tener enemigos gratuitos,

Más querrán cualquier estraño,
que no a ti que sos d'allá...
...Muchos hay de mí sañudos.
Los unos no sé por qué,
e los otros no sé cómo...
...Que siempre el mejor gaitero
menos medrado lo vemos.

En la *Representación* ante el infortunado príncipe don Juan, este pasaje hace recordar el *Diálogo* de Rodrigo de Cota, pues se ensalzan los efectos del amor de este

modo:

Hago de mis serviciales
los groseros ser polidos,
los polidos más locidos
e especiales;
los escasos, liberales.
Hago de los aldeanos
cortesanos,
e a los simples ser discretos,
e los discretos perfectos,
e a los grandes muy humanos.

Las *Coplas o Aucho del Repelón*, que es una rara muestra del teatro escolar, y que para Menéndez y Pelayo se enlaza con los *juegos de escarnio* tan frecuentemente mencionados en la Edad Media, nos pinta las relaciones entre estudiantes y aldeanos, no por cierto pacíficas y amistosas. La *Égloga de Fileno, Zambardo y Cardonio*, en estrofas de arte mayor, y de una entonación lastimera tan sostenida, toca de paso las querellas contra las mujeres y la defensa de éstas, y toma de la *Cárcel de amor* el suicidio por pasión desesperada. Su asunto tiene cierta semejanza con la novelita del estudiante Grisóstomo y la pastora Marcela. También hay suicidio, y si no lo estorbara Venus, doble suicidio en la *Égloga de Plácida y Vitoriano*, elogiada por Juan de Valdés, acaso por la pasión desbordada de la celosa Plácida, más bien que por el enlace no muy felizmente logrado de las situaciones. El autor se desentiende —como en el *ballet*— de la verosimilitud del asunto, importándole sólo las pasiones exacerbadas que hacen fluir la musical corriente de sus versos.

Su obra suprema es la *Égloga de Cristino y Febea*. El pastor Cristino quiere hacerse ermitaño, pues está desengañado del mundo, por los siguientes motivos, y consulta a su amigo Justino:

También sabes los ventiscos,
los pedriscos,
las tormentas, los nublados
que por mí son ya passados,
los peligros, los arriscos.

Justino

En esso cierto no mientes:
mil crecientes,
arroyos, mares e ríos,
nieves, aguas, vientos fríos
has passado e mil corrientes.

Luego añade:

Si cuanto mal y cuidado
he passado
por amores e señores,¹⁰⁴
suffriera por Dios dolores,
ya fuera canonizado.

Su consejero Justino pone en duda que pueda prescindir de los deleites de la vida pastoril y aldeana:

¿Cómo podrás olvidar
y dejar
nada destas cosas todas,
de bailar, danzar en bodas,
correr, luchar y saltar?
Yo lo tengo por muy duro,
te lo juro,
dejar zurrón e cayado
y de silbar el ganado;
no podrás, yo te seguro.
¡Oh, que gasajo y placer
es de ver
topetarse los carneros
y retozar los corderos
y estar a verlos nacer!
Gran placer es sorber leche
que aproveche,
e ordeñar la cabra mocha
e comer la miga cocha
yo no sé quien lo deseche.
Pues si digo el gasajar
del cantar
y el tañer de caramillos
y el sonido de los grillos,
es para nunca acabar.

Cristino se retira a una ermita. Llega el Amor y al saber lo ocurrido se irrita y envía a la ninfa Febea a que tiente al ermitaño y le saque de su santo propósito, lo cual ella consigue desde luego. El pastor Cristino vuelve todo corrido, y su amigo Justino lo consuela:

Las vidas de los hermitas
son benditas,
mas nunca son hermitaños
sino viejos de cient años,
personas que son prescritas,
que non sienten poderío
ni amorío...

Tras de cerciorarse que no ha olvidado Cristino el danzar, termina la égloga con un enigmático villancico, ciertamente uno de los mejores:

—Torna ya, pastor, en ti;
dime, ¿quién te perturbó?
—No me lo preguntes, no...
...
—Essa tal, según que veo,
vayan al cielo a buscalla.
—Es tan alta, que el desseo
no se atreve a dessealla.
—Porque te ayude a alaballa,

dime, ¿quién te perturbó?
—No me lo preguntes, no.

Del Encina tradujo también las *Églogas* o *Bucólicas* virgilianas, con gran libertad; con tanta que en la *Égloga* II convierte al hermoso Alexis en el rey Católico. Con todo, la imitación de Virgilio es graciosa y linda.

LA CELESTINA. Compuesta por el bachiller Fernando de Rojas, divide en dos épocas la literatura de su tiempo. Su importancia viene principalmente del formidable realismo con que están trazados sus personajes. Menéndez y Pelayo opina que, si no hubiera existido Cervantes, ocuparía el primer lugar entre las obras de imaginación compuestas en España. Su filosofía es epicúrea y pesimista. “...que esto te llevarás deste mundo, pues no le tenemos más que por nuestra vida...”, dice Celestina en el séptimo acto, que termina con estas palabras en boca de Elicia:

También se muere el que mucho allega, como el que pobremente vive, y el doctor como el pastor, y el papa como el sacristán, y el señor como el siervo, y el de alto linaje como el bajo y tú con tu oficio, como yo sin ninguno; no habemos de vivir siempre; gocemos y holguemos, que la vejez pocos la ven, y de los que la ven ninguno murió de hambre. No quiero en este mundo sino día y vito, y parte en paraíso. Aunque los ricos tienen mejor aparejo para ganar la gloria, que quien poco tiene, no hay ninguno contento, no hay quien diga: harto tengo; no hay ninguno que no trocase mi placer por sus dineros. Dejemos cuidados ajenos, y acostémonos, que es hora, que más me engordará un buen sueño sin temor, que cuanto tesoro hay en Venecia.

No es un libro de frívolo entretenimiento; su composición severa responde a una grave representación de la vida: “...a los solaces y placeres, dolores y muertes los ocupan; a las risas y deleytes, llantos y lloros y pasiones mortales los siguen...”

Se contrastan dos mundos: el de Calisto y Melibea, jóvenes, bellos, ricos, nobles, despreocupados, y el del hampa con seres codiciosos, lisonjeros, malévolos y con un conocimiento de la vida y del corazón humano que en Celestina es verdaderamente notable y no puede ser mayor. La tesis aparente del libro es mostrar los peligros de que los mozos bien nacidos consulten sus asuntos íntimos con criados y gente de baja condición. Pero la verdadera filosofía del libro es más profunda, y se halla resumida en estas palabras de Pleberio:

¡Oh vida de congojas llena, de miserias acompañada!... yo pensaba en mi más tierna edad que eras y eran tus hechos regidos por alguna orden: ahora visto el pro y la contra de tus bienandanzas, me pareces un laberinto de errores, un desierto espantable, una morada de fieras, juego de hombres que andan en corro, laguna llena de cieno, región llena de espinas, monte alto, campo pedregoso, prado lleno de serpientes, fuente de cuidados, río de lágrimas, mar de miseria, trabajo sin provecho, dulce ponzoña, vana esperanza, falsa alegría, verdadero dolor.

Aparte del valor filosófico de la *Tragicomedia*, ésta nos ofrece una serie de cuadros de costumbres de la España renacentista, pintados con insuperable maestría y de una veracidad que no ha sido sobrepujada. La pasión amorosa no ha encontrado ni antes ni después de esta obra lenguaje y expresión adecuados; apenas si algunos pasajes de *El diablo mundo*, de Espronceda, hacen recordar estos momentos de intensidad afectiva en la obra de Rojas.

Fue éste un jurista que estudió en Salamanca; era natural de la Puebla de Montalbán, y se estableció en Talavera de la Reina, donde desempeñó el cargo de alcalde mayor varios años, y allí murió en 1541. Estuvo casado con doña Leonor Álvarez de Montalbán. Se conserva el testamento así como la lista de los libros que poseyó, y que fueron en gran número para la época.¹⁰⁵ No fue judío ni converso, como se creyó alguna vez, sino hidalgo y cristiano viejo.

La *Celestina* aparece llena de misterio: en las dos primeras ediciones —la incunable de Burgos, de 1499, y la de Sevilla, de 1501— consta sólo de dieciséis actos y se intitula *Comedia de Calisto e Melibea*. En ediciones subsecuentes muda el título por el de *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, y se añaden cinco actos más entre el catorceno y el décimoquinto, que pasa a ser vigésimo. Precede a la edición de 1501 y a las subsiguientes una carta de *El autor a un su amigo* en que se dice que aquél halló “estos papeles”, que constituyen el primer acto, atribuidos a Juan de Mena o a Rodrigo Cota; y que no descubre su nombre por ser jurista y evitar murmuraciones, por tratarse de obra ajena a su facultad. De aquí resultan varios problemas a los que se han propuesto diversas soluciones. Creemos la más acertada la de Menéndez y Pelayo, según la cual Rojas es el autor de los veintiún actos en la versión refundida; y carece de autenticidad la historia que atribuye el primer acto a otro autor de los más renombrados entonces.

La lengua alcanza en este libro su madurez, y en sustancia es la misma que escribirá un siglo después Cervantes. Juan de Valdés, crítico de mucha autoridad y nada benévolo, dice: “...*Celestina*, soy de opinión que ningún libro ay escrito en castellano donde la lengua ste más natural, más propia ni más elegante”.

El arte del diálogo comienza en Europa en esta obra. Para comprobarlo bastará releer el Auto Cuarto, la matizada conversación de Celestina con Melibea, pasaje admirable por la habilidad de la alcahueta para apaciguar la cólera —más o menos fingida— de la doncella y para insinuarle interés por Calisto, así como por las opiniones de la vieja sobre la senectud y otros vitales temas. El mayor mal es, de igual modo, para Schopenhauer, la ancianía con pobreza. Los ricos son también infelices, aunque por otras vías. De la proximidad de la muerte: “Ninguno es tan viejo que no pueda vivir un año, ni tan mozo que hoy no pudiese morir”. “...aunque la mocedad sea alegre, el verdadero viejo no la desea.” Menos difícil, pero no menos hábil, es la seducción de Parmeno y de Areusa en el Auto Séptimo.

Américo Castro ha precisado en breves líneas el paisaje en que se destaca la *Tragicomedia*:

El drama moderno nace en realidad con Juan del Encina, en cuya obra latén problemas de índole similar a los que integran la fina textura de la tragicomedia de Melibea; y ese drama, incubado en el aire de la docta Salamanca, se expande a la vida en la pequeña corte de los duques de Alba de Tormes. No muy lejos, en la enhiesta y toledana Escalona, el marqués de Villena reúne en torno a sí a unos cuantos preocupados por materias de religión. Los alumbrados, los iluminados por la gracia divina, que aspiran a buscar en soluciones individuales lo antes reservado a la acción colectiva de la Iglesia, insinúan sus nuevos ademanes también en un ambiente de refinado aristocratismo. Saber universitario y renovador, acción privada y solitaria de los cultos —nunca ausentes de la historia española—, favor prestado a ciertos innovadores por algunos aristócratas esclarecidos; he aquí el fondo sobre que veo proyectarse la creación prodigiosa de Fernando de Rojas.

Como los demás libros capitales de la literatura española, atesora innumerables refranes y frases proverbiales. Citemos unos cuantos entre mil: “No hizo Dios a quien desamparase.” “Es más cierto médico el experimentado que el letrado.” “La experiencia y escarmiento hace los hombres arteros.”¹⁰⁶ “Quien con modo torpe sube en alto, más presto cae que sube.” Abundan las citas de autores de la antigüedad aun en boca de criados y gentes viles; es éste un rasgo candoroso del humanismo de la época, que hacía ostentación de su saber y letras. Son muchas las fuentes de la *Celestina*, siendo las principales el *Libro de buen amor*, el *Corbacho*, del Arcipreste de Talavera, la *Cárcel de amor*, el teatro de Juan del Encina y los *Cancioneros*.

La *Celestina*, que es una obra dramática —no hay que olvidarlo—, ha influido en el teatro en prosa del siglo XVI de Lope de Rueda y de otros, así como en la novela picaresca, y en general en obras en que se saca partido de los bajos fondos sociales. En París se llevó a la escena, en el teatro del Vieux-Colombier, en la temporada de 1922 a 1923, traducida por M. Roger Allard, y arreglada por Fernand Fleuret. Un arreglo más fiel es el de don Álvaro Custodio, que se representó con gran éxito en México, innumerables veces los últimos años. Entre las muchas imitaciones que ha suscitado está la admirable *Tragicomedia de Lisandro y Roselia*, de Sancho Muñón, del claustro de la Universidad de Salamanca. Por la excelencia de su prosa, por la semejanza de la acción y de innúmeras situaciones, por la erudición de que hacen gala aun los personajes más bajos, sigue este libro muy de cerca a su modelo. Utiliza un personaje moralizante —el criado Eubulo— que condena abiertamente las andanzas de su amo y el proceder de sus servidores, y que refuerza sus argumentos con citas sacadas de los más diversos autores. Otras imitaciones de mérito de la *Celestina* son las comedias en prosa, *Tebaida* y *Serafina*, de autor anónimo; y *La Lena*, del vallisoletano Alfonso Velázquez de Velasco. También hay un reflejo en *La Dorotea*, de Lope de Vega, que sentía una íntima y viva predilección por el gran libro de Rojas. “Hay en la *Celestina* —dice el sagacísimo don Juan Valera— cierto misterioso encanto que se apodera del alma de quien la lee, embelesándola y moviéndola a la admiración más involuntaria.”

7. LOS ROMANCES¹⁰⁷

Del romanticismo parte la afición a la poesía popular, el interés siempre creciente por esas florecillas que, alguna vez guardadas en la memoria de los rústicos y aldeanos, mantienen intacta su fragancia penetrante de otra edad.

Una de las excelsas cumbres de la literatura castellana, el Romancero, comparte con los viejos cantares de gesta y con las comedias de Lope de Vega y sus discípulos el raro privilegio de ser manifestación de un arte eminentemente nacional, en el cual se superan —por milagroso efecto de una suerte de belleza a todos sensible— los límites de una clase social como público.

El Romancero, que en su parte mejor es obra de poetas anónimos, mueve nuestro ánimo con sus ingenuos encantos, con su brillante representación de la vida y la leyenda del Medievo, con su calidad de poesía sustantiva, espontánea, verdadera, que los

modernos, con Hegel, seguimos equiparando a las grandes obras de la antigüedad:

Debemos mencionar aquí ante todo el Cid. Cuánto preciaban los españoles esta flor del heroísmo nacional, lo han revelado en el canto que ostenta su nombre, y posteriormente, del modo más encantador, en una serie de romances destinados a la recitación, que Herder hizo conocer en Alemania. Es un collar de perlas; cada cuadro particular es en sí acabado y completo y, sin embargo, estos cantos se ajustan tan bien que constituyen un todo. Fueron concebidos por completo en el sentido y espíritu de la caballería, pero también según el genio nacional español. El fondo es rico y lleno de interés. Los temas proceden del amor, el matrimonio, la familia, el honor, la gloria del rey, durante la lucha de cristianos y sarracenos. El conjunto es tan épico, tan plástico, que el asunto se nos ofrece a los ojos en su significación elevada y pura; lo que no estorba que haya una gran riqueza en multitud de nobles escenas de la vida humana, y el acabar las más brillantes hazañas. Todo forma una graciosa corona que los modernos nos atrevemos a poner al lado de lo más bello que nos dejó la antigüedad.

[Estética]

Los romances están compuestos en versos de dieciséis sílabas, asonantados. Muchas veces los hemistiquios no son precisamente de ocho sílabas, sino de siete o nueve, y esto se explica porque sólo tardíamente fueron poesía *escrita* (nos referimos a los de tipo tradicional), y por algún tiempo se conservaron transmitidos oralmente.

Los romances *juglarescos* datan por lo menos del siglo XIII y son coetáneos de los cantares de gesta, de los cuales se diferencian en tratar temas novelescos. Les perjudica el contraste con los *tradicionales*, pues el brillo y concentración poética de éstos nos ciega e insensibiliza al encanto del arte puramente narrativo. En una palabra, nos parecen de más lánguido desarrollo. En su mayor parte son de asunto carolingio y tratan la materia épica de este ciclo con libertad. Por lo común muy extensos —algunos alcanzan, como el pseudocarolingio del conde Dirlos, varios centenares de versos—, tienen más semejanza con las mismas gestas que con los demás romances. Tratan un asunto en forma amplia, sin detenerse mucho en pormenores; diríase que prosiguen la narración atentos a satisfacer la curiosidad despertada en lectores u oyentes acerca de la suerte que corren los héroes. Van encaminados a informarnos de las aventuras y peripecias que constituyen la vida del personaje, y al efecto mantienen la curiosidad preparando pausadamente regresos y desenlaces. Se desentienden de escenas intensamente iluminadas de las que emana un hechizo puramente lírico; casi nunca se demoran en descripciones brillantes como las canciones épico-líricas. Además, son cíclicos.

Toda la nación española —guerreros, mercaderes, artesanos, labriegos— había acogido los cantares de gesta como expresión de un ideal común, no obstante su fuerte carácter aristocrático. Los romances fueron también arte nacional, ya que estaban en boca de todo español del tiempo de la grandeza de España, cortesanos, conquistadores de América, judíos expulsados a Oriente, lectores de novelas como el *Quijote*, etc., y aun sabemos que la reina doña Isabel la Católica solía complacerse con el romance que cuenta el emplazamiento de Fernando IV. Los romances tuvieron aún dilatado imperio en el teatro, y su transcripción o refundición fueron útiles recursos en manos de Lope de Vega y su discípulo don Guillén de Castro.

Éstos son los romances *tradicionales* que en España no han dejado de cantarse hasta nuestros días, así como tampoco en las antiguas colonias de América, en el norte de

África y en los Balcanes. Se conservaron en la corriente de una tradición oral o escrita hasta que los recogió la imprenta, en las postrimerías del siglo XV o a principios del XVI. Son poemas, en general muy breves, que tratan un episodio o una corta escena de la leyenda a que se contraen. Parecen algo incompleto y fragmentario y semejan restos de poemas extensos perdidos. Con este carácter aparecen ya al ser recogidos de la tradición por la imprenta. En dos o tres versos abrevian sucesos; el diálogo, al que se salta de modo brusco, es a menudo de gran belleza por su energía. Su encanto sobre la generalidad de los lectores es más directo y activo, ya que obra al modo de las quintas esencias, concentrando y resumiendo extensos relatos, aligerados de todo elemento superfluo o no sustantivo. Hasta hace poco se creía que eran los más antiguos; a ello contribuía su apariencia mutilada que sugiere antigüedad remota. Proceden de obras extensas o de cantares de gesta.

Poesía tradicional es la que ha sido acogida por el pueblo no pasivamente, sino repetida y conservada alterándola por muy diversos modos: ya truncándola, o bien, haciendo en ella supresiones importantes; o mudando su estilo, de narrativo en épico lírico; o cambiando su materia misma, de épica en novelesca.

Así pues, un romance tradicional tiene desde luego un autor que compuso el poema original, y varios otros autores que sucesivamente han llevado a cabo, en momentos de inspiración poética, modificaciones apreciables en la obra primordial. Los romances tradicionales no son primitivos u originales. Entre la poesía de que parten y el romance median diferencias tan considerables que precisa admitir una reelaboración del tema, hecha en condiciones que escapan a la crítica más sagaz.

De las últimas versiones de los cantares de gesta provienen los viejos romances¹⁰⁸ *heroicos* sobre los Infantes de Salas o de Lara, Bernardo del Carpio, Fernán González y el Cid. Estos héroes aparecen en ellos singularmente transformados. Cuánto dista, verbigracia, el conquistador de Valencia en el anónimo cantar del siglo XII, cuya figura se destaca grandiosamente por procedimientos artísticos sencillos y nobles, del personaje brutal y levantisco del *Rodrigo* y de algunos romances, que más bien parece representar las turbulencias y anarquía del siglo XIV. Los romances sobre el rey don Rodrigo no son muy viejos; su fuente inmediata es la *Crónica sarracina* de Pedro del Corral, escrita hacia 1430. Las leyendas sobre el último rey godo —excepto la que se refiere a la penitencia y muerte del monarca— son mozárabes y orientales y provienen las más de historias árabes. La torre encantada de Toledo y otros pormenores difundidos tardíamente vienen de la *Historia verdadera del rey Don Rodrigo y de la pérdida de España* por el falsario arabista Miguel de Luna.

La leyenda de los Infantes de Lara según probabilidades tiene por núcleo un suceso ocurrido en el siglo X. Fue cantada, que sepamos, en dos cantares de gesta: uno, que era ya antiguo en el siglo XIII, fue extractado en la *Primera crónica general*; y otro, de fines de este siglo o de principios del XIV, prosificado en la *Crónica general* de 1344. En este segundo cantar se añaden nuevos elementos a la leyenda como la escena que narra el romance *Pártese el moro Alicante*. He aquí un romance, típicamente tradicional, sobre Mudarra, el medio hermano vengador de los infantes:

A cazar va don Rodrigo, y aun don Rodrigo de Lara:
 con la gran siesta que hace arrimádose ha a una haya,
 maldiciendo a Mudarrillo, hijo de la renegada,
 que si a las manos le hubiese, que le sacaría el alma.
 El señor estando en esto Mudarrillo que asomaba:
 —Dios te salve, caballero, debajo la verde haya.
 —Así haga a ti, escudero, buena sea tu llegada.
 —Dígame tú, el caballero, ¿cómo era la tu gracia?
 —A mí dicen don Rodrigo, y aun don Rodrigo de Lara,
 cuñado de Gonzalo Gustos, hermano de doña Sancha;
 por sobrinos me los hube los siete infantes de Salas.
 Espero aquí a Mudarrillo, hijo de la renegada;
 si delante lo tuviese, yo le sacaría el alma.
 —Si a ti dicen don Rodrigo, y aun don Rodrigo de Lara,
 a mí Mudarra González, hijo de la renegada,
 de Gonzalo Gustos hijo, y alnado de doña Sancha:
 por hermanos me los hube los siete infantes de Salas:
 tú los vendiste, traidor, en el val de Arabiana;
 mas si Dios a mí me ayuda, aquí dejarás el alma.
 —Espérame, don Gonzalo, iré a tomar las mis armas.
 —El espera que tú diste a los infantes de Lara:
 aquí morirás, traidor, enemigo de doña Sancha.

Yo me estaba en Barbadillo es un fragmento de cantar, como lo corrobora la prosificación en la Tercera Crónica General. El romance sobre Fernán González *Castellanos y leoneses*, prosificado en la Crónica de 1344, es una prueba de que los juglares cantaban episodios aislados de las gestas. Además de estos cantares son fragmentos de cantares de gesta *Con cartas y mensajeros* (sobre Bernardo del Carjeio) y el carolingio del rey Marsin *Ya comienzan los franceses con los moros a pelear*. El siguiente presenta también sentimientos hostiles a León:

—Buen conde Fernán González, el rey envía por vos,
 que vayádes a las cortes que se hacían en León;
 que si vos allá vais, conde, daros ha buen galardón,
 daros ha a Palenzuela y a Palencia la mayor;
 daros ha las nueve villas, con ellas a Carrión;
 daros ha a Torquemada, la torre de Mormojón.
 Buen conde, si allá no ides, daros hían por traidor.
 Allí respondiera el conde y dijera esta razón:
 —Mensajero eres, amigo, no mereces culpa, no;
 que yo no he miedo al rey, ni a cuantos con él son.
 Villas y castillos tengo, todos a mi mandar son,
 de ellos me dejó mi padre, de ellos me ganara yo:
 los que me dejó mi padre poblélos de ricos hombres,
 los que yo me hube ganado poblélos de labradores;
 quien no tenía más de un buey, dábale otro, que eran dos;
 al que casaba su hija dóle yo muy rico don:
 cada día que amanece, por mí hacen oración;
 no la hacían por el rey, que no la merece, non;
 él les puso muchos pechos,¹⁰⁹ y quitáraselos yo.

Los romances sobre el Cid son una buena muestra de que las ficciones épicas, tan apegadas a lo histórico, comenzaban a transformarse en relatos novelescos. Muy alterada

se halla la leyenda cidiana en el Romancero: el conde Lozano o de Gormaz es personaje fabuloso: la esposa del héroe se apellidó Díaz, no Gómez; doña Urraca Fernando no aparece enamorada del caballero de Vivar en el bello y arcaico cantar prosificado del *Cerco de Zamora*. El conquistador de Valencia no tiene ya la grandeza moral del cantar de Medinaceli.

La teoría que atribuye el origen de los romances heroicos a los cantares de gesta ha recibido nueva confirmación con una versión más antigua del romance *En Sancta Gadea de Burgos*, versión que se conserva manuscrita en el Museo Británico y que termina así:

Ya se partía el buen Cid de Bivar, esos palacios.
Las puertas dexa cerradas, los alamudes¹¹⁰ echados,
las cadenas dexa llenas de podencos y de galgos.
Con él lleva sus halcones, los pollos y los mudados.
Con él van cien cavalleros, todos eran hijos de algo
los unos ivan a mula, y los otros a cavallo;
por una ribera arriba al Cid van acompañando;
acompañándolo ivan, mientras él iva caçando.

El entronque de este pasaje con los versos iniciales del *Poema del Cid* ha sido establecido por Menéndez Pidal, quien publicó también esta nueva versión.

Las gestas decadentes amplifican desmedidamente las viejas leyendas, perdiéndose en situaciones secundarias traídas a primer término, e hinchándose sin medida con temas adventicios. A este crecimiento vicioso con que terminan las gestas se opuso, acaso como reacción en el público y en los juglares, la fragmentación, desdeñando los pasajes de mero enlace y reteniendo sólo las escenas culminantes, porque la división ocurre en época en que está presente aún en la memoria de todos el asunto de los poemas extensos. Algunos romances tradicionales están por completo transformados seguramente respecto de su distante original, de modo que éste no puede ya barruntarse; otros ofrecen dos o más redacciones sucesivas en que es posible apreciar las modificaciones que van operándose; en los más el proceso de transformación se ha realizado sin que la crítica logre reconstruirlo verosímilmente, pues dicha transformación ha sido profunda y lleva aparejado el cambio no sólo de estilo sino también la refundición total del asunto. Véase el siguiente ejemplo, en que los ejércitos almorávides que intentaron recuperar a Valencia se convierten en un solo moro, un caballo increpa a Babieca, y la infanta Urraca Fernando aparece nada menos que como hija del Cid:

Hélo, hélo, por dó viene el moro por la calzada,
caballero a la gineta encima una yegua baya;
borceguíes marroquíes y espuela de oro calzada;
una adarga ante los pechos, y en su mano una zagaya.
Mirando estaba a Valencia, cómo está tan bien cercada:
—¡Oh Valencia! ¡oh Valencia, de mal fuego seas quemada!
Primero fuiste de moros que de cristianos ganada.
Si la lanza no me miente, a moros serás tornada,
aquel perro de aquel Cid prenderélo por la barba:
su mujer doña Jimena será de mi capturada,
su hija Urraca Hernando será mi enamorada:
después de yo harto de ella la entregaré a mi compañía.

El buen Cid no está tan lejos, que todo bien lo escuchaba.
 —Venid vos acá, mi hija, mi hija doña Urraca:
 dejad las ropas continas, y vestid ropas de pascua.
 Aquel moro hi-de perro detenémelo en palabras,
 mientras yo ensillo a Babieca, y me ciño la mi espada.
 La doncella muy hermosa se paró a una ventana:
 el moro desque la vido, de esta suerte le hablara:
 —¡Alá te guarde, señora, mi señora doña Urraca!
 —¡Así haga a vos, señor, buena sea vuestra llegada!
 Siete años ha, rey, siete, que soy vuestra enamorada.
 —Otros tantos ha, señora, que os tengo dentro del alma.
 Ellos estando en aquesto, el buen Cid que asomaba.
 —Adiós, adiós, mi señora, la mi linda enamorada,
 que del caballo Babieca yo bien oigo la patada.
 Do la yegua pone el pie, Babieca pone la pata.
 Allí hablara el caballo, bien oiréis lo que hablaba:
 —¡Reventar debía la madre que a su hijo no esperaba!
 Siete vueltas la rodea al derredor de una jara;
 la yegua que era ligera muy adelante pasaba,
 fasta llegar cabe un río adonde una barca estaba.
 El moro desque la vido, con ella bien se holgaba;
 grandes gritos da al barquero que le allegase la barca:
 el barquero es diligente, túvosela aparejada,
 embarcó muy presto en ella, que no se detuvo nada.
 Estando el moro embarcado el buen Cid que llegó al agua,
 y por ver al moro en salvo, de tristeza reventaba;
 mas con la furia que tiene, una lanza le arrojaba,
 y dijo: —¡Recoged, mi yerno, arrecogedme esa lanza,
 que quizá tiempo verná que os será bien demandada!

Los romances *noticiosos* se emplearon en divulgar sucesos contemporáneos. Así que pueden fecharse con cierta seguridad: *Válasme Nuestra Señora* y los ocho o nueve dieciseisílabos que siguen se refieren a Fernando III el Santo y datan de mediados del siglo XIII. El romance del Prior de San Juan es de 1328, en el reinado de Alfonso XI. Los referentes a justicias de don Pedro el Cruel, tan sobria y gravemente narradas por el canciller López de Ayala, son poco anteriores a 1379. Los romances *fronterizos* tratan escenas y hechos de armas de la guerra de Reconquista en su última fase; todos pertenecen al siglo XV, con excepción del más antiguo de ellos, *Cercada tiene a Baeza*, que es de 1368. Otros romances *noticiosos*: *De vos el duque de Arjona*, 1429; *Alburquerque*, *Alburquerque*, 1430; muerte del príncipe de Portugal, 1491; muerte del príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos, 1497; invasión de Navarra por el duque de Alba, 1512; muerte de la duquesa de Braganza, 1512.

Los *fronterizos* recogen pequeños incidentes de la guerra contra el moro, a veces olvidados por los cronistas oficiales: hazañas de fronteros y alcaides que no trascendieron de una corta región; arengas de reyes moros a sus tropas al emprender una expedición; deliberaciones de cristianos en correría, y en fin, todo género de pormenores que no aprovechó la historia y que forman la materia de la poesía popular. Casi siempre cantan derrotas y hechos lamentables, alguna vez contra la verdad histórica como sucede con la derrota y prisión del obispo de Jaén don Gonzalo, derrota que fue victoria y prisión que

no hubo.

El fragmento del *Roncesvalles*, así como la prosificación en la *Primera crónica general* de una canción de gesta francesa, el *Maynete*, demuestran suficientemente la existencia en España de poemas épicos de asunto carolingio. Además, en crónicas medievales se mencionan otros cantares de tema francés que no han llegado hasta nosotros. De ellos descienden los romances *carolingios* más viejos. El romance de la *Huida del rey Marsín* y *En París está doña Alda la esposa de don Roldán* pueden provenir o ser fragmentos del mismo cantar a que pertenecen los cien versos del *Roncesvalles*. —*Nuño Vero, Nuño Vero, y Tan claro hace la luna como el sol a mediodía* derivan de una versión española perdida de la *Chanson de Saisnes* compuesta por Jean Bodel a fines del siglo XII—. Del nombre de una espada se produce un caballero, Durandarte; y alguna inexactitud geográfica deleitará al humanísimo lector: desde París se divisan las aguas del Duero, al igual que en un romance de otra índole toda la gente de Burgos mira a Bernardo del Carpio que pasea por las riberas de Arlanza. Las curiosas deformaciones que sufrieron los temas de Carlomagno y Artús, al enraizar en la península, se explican por la personalidad tan acentuada del pueblo español.

Los bretones, muy escasos en número, con los novelescos y los líricos integran lo que pudiera llamarse el modo menor del Romancero.

La “materia de Bretaña” tiene como punto de partida una crónica latina del siglo IX, llamada comúnmente de Nennio o Nennius, donde se resumen vagas noticias tradicionales acerca del rey céltico Arturo, que en el siglo VI resistió a la invasión anglosajona en Inglaterra. Godofredo de Monmouth (siglo XII) en su *Historia Regum Britanniae* exalta la figura de Arturo, en una época en que la sociedad anglonormanda mostraba curiosidad y simpatía por los bretones, y en que los juglares hacían conocer sus *layes* lo mismo en las Islas Británicas que en Francia.

Para encontrar algo comparable a los romances novelescos y líricos, en vaguedad y misterio, y en sugerencias de la más pura y etérea belleza, es preciso remontarse a los *layes* de María de Francia.

En la Edad Media se tenían peregrinas noticias de la antigüedad. Alcibíades figura entre las bellas damas de antaño en la célebre balada de Villon. Aristóteles y Virgilio no escaparon sin mofa de malignas doncellas. Este último aparece en un romance transformado en seductor, a quien el rey tenía olvidado en prisiones. En una versión de los judíos de Levante pondera los efectos de su cautiverio:

Ya me crecieron las uñas de un palmo hasta tres.
Ya me crecieron los cabellos de un palmo hasta seis.
Ya me crecieron las pestañas que ya no puedo ni ver.

La *Crónica troyana* procedente del *Roman de Troie* de Benoît de Sainte-More (mediados del siglo XII) perpetuaba el conocimiento de la guerra de Troya. Esta “materia” está representada en el Romancero por aquel primoroso romance que enfoca el rapto de Elena, en que Paris dice:

—Por la mar ando, señora, hecho un terrible cosario;

traigo un navío muy rico, de plata y oro cargado;
llévolo a presentar a ese buen rey castellano.

Romances de extremada belleza tratan el tema de la esposa infiel; de la arriscada doncella que mata a su raptor; de la misteriosa *infantina* y de la astuta hija del rey de Francia que burlan a caballeros harto prudentes; de la gentil dama que no puede detener con sus encantos a un vil pastor (muy divulgado ya por 1421); de la morilla Moraima que abre su puerta de par en par al habilidoso enamorado, que según la versión judía no era otro sino el propio esposo que ponía a prueba su fidelidad. He aquí uno de los más bellos:

—Rosa fresca, rosa fresca, tan garrida y con amor,
cuando vos tuve en mis brazos, no vos supe servir, no;
y agora que os serviría no vos puedo haber, no.
—Vuestra fue la culpa, amigo, vuestra fue, que mía no;
enviástesme una carta con un vuestro servidor,
y en lugar de recaudar él dijera otra razón:
que érades casado, amigo, allá en tierras de León;
que tenéis mujer hermosa y hijos como una flor.
—Quien os lo dijo, señora, no vos dijo verdad, no;
que yo nunca entré en Castilla ni allá en tierras de León,
sino cuando era pequeño, que no sabía de amor.

Los romances líricos se refieren a diversos asuntos: las cuitas de un prisionero, las querellas de la tortolica contra el traidor del rui señor; la dama por cuya belleza el abad no puede decir misa ni ayudarla los monacillos, quienes

por decir: amén, amén, decían: amor, amor.

Nada en estos poemas es accesorio; todo posee gran poder evocador. Son series perfectas de conceptos poéticos sustantivos.

Entre estos romances tiene primacía el del Infante Arnaldos. Menéndez Pidal ha establecido la génesis de esta joya de la balada europea, tan vieja que su final había sido olvidado en los comienzos del siglo XVI, y que al ser truncada en la transmisión oral se revistió de alta significación poética y mística.

En el siglo XVI, en que alcanza el Romancero viejo gran valimiento con todas las capas sociales, aparecen los romances *cronísticos*, notables por su prosaísmo. En los últimos decenios se inicia el romancero nuevo¹¹¹ que comprende romances moriscos, amatorios, pastoriles, de asunto épico italiano, imitaciones artificiosas de romances heroicos, etc. Los mejores romances *artísticos* del Romancero nuevo son obra de Góngora, de Lope de Vega, del madrileño Gabriel Lasso de la Vega, del sevillano doctor Juan de Salinas, del toledano Pedro Liñán de Riaza, de Quevedo.

Los romances *vulgares* son del tiempo de la decadencia española, cuando se acentúa el divorcio intelectual entre las capas superiores de la sociedad y el pueblo bajo. Desde comienzos del siglo XVIII los iletrados tienen sus copleros que cantan en romances a contrabandistas y salteadores, las guapezas y valentías de Francisco Esteban o de doña Josefa Ramírez. Uno de los más lindos es aquel —de la región de Salamanca— en que

una viuda profiere terrible amenaza para su hijo, que va a torear novillos con los demás mozos de la aldea:

...En el medio del camino al vaquero se encontraron
—¿Cuánto tiempo tiene el toro? —El toro tiene ocho años.
Muchachos, no entréis a él; mirar que el toro es muy malo,
que la leche que mamó se la di yo por mi mano.
—Si nos mata que nos mate, ya venimos sentenciados.
Manuel Sánchez llamó al toro, nunca lo hubiera llamado:
por el pico de una abarca toda la plaza arrastrando.
—Compañeros, yo me muero; amigos, yo estoy muy malo;
tres pañuelos tengo dentro y este que meto son cuatro...¹¹²

¹ Diminutivo de *mio Cid*, mi señor, Yosef ben Ferrusiel, médico y ministro judío de Alfonso VI, protector de los de su raza.

² “Cancioncillas ‘de amigo’ mozárabes”, *Revista de Filología Española*, t. XXXIII, julio-diciembre, 1949.

³ Cit. por Ramón Menéndez Pidal en su excelente obra *Poesía juglaresca y juglares*, Madrid, 1924, p. 49.

⁴ Cuita.

⁵ Mengua.

⁶ Dama, señora.

⁷ Véase, de don Ramón Menéndez Pidal: *Cantar de Mio Cid* (Texto, Gramática y Vocabulario), 1908-1911; *L'épopée castillane à travers la littérature espagnole*, 1910; *Poema de Mio Cid*, en *Clás. Cast.*, 1913, y *Reliquias de la poesía épica española*, 1951.

⁸ Corazón.

⁹ Amaneció.

¹⁰ Comeréis.

¹¹ Acontece.

¹² Aljama, sinagoga.

¹³ G. Cirot, *L'expression dans G. de B.*, en *RFE*, abril-junio de 1922.

¹⁴ En seguida, fácilmente.

¹⁵ Para atrás.

¹⁶ Grave es.

¹⁷ Fácilmente.

¹⁸ Para hacer.

¹⁹ Reuniones.

²⁰ Jugaban.

²¹ Dejar contentos.

²² Peinados.

²³ De halagos.

²⁴ Quien se.

²⁵ Quien lo.

²⁶ ...los padres por el amado.

²⁷ Salvado.

²⁸ Léase en la ed. de Alonso Zamora Vicente (*Clás. Cast.*, 128). Reseñas de María Rosa Lida de Malkiel en *NRFH*, III, abril-junio de 1949, y de Manuel Muñoz Cortés, *RFE*, 1946.

²⁹ Regalo.

³⁰ También.

³¹ Allí.

³² Amigo quería decir amante, enamorado.

³³ Dioses.

³⁴ Atrevido.

³⁵ Astillas.

³⁶ Seducir.

- 37 Cosa.
- 38 Alabadas.
- 39 Astucias, malicias.
- 40 Con regalo.
- 41 Después, en seguida.
- 42 Se libró, se salvó.
- 43 *Soberado*, sobrado, parte alta de una casa.
- 44 Abajo.
- 45 Lee.
- 46 Prohibido.
- 47 Calzado con suela de corcho.
- 48 Espacio de tiempo, lapso.
- 49 De antes.
- 50 Arriba.
- 51 Engaños, malicias.
- 52 Acostumbra.
- 53 Toallas.
- 54 Quedan, permanecen.
- 55 Consejos, avisos.
- 56 Instáronle.
- 57 Sucio.
- 58 Fernando IV, a quien está dirigido el libro.
- 59 No le basta.
- 60 El torcido o contrahecho.
- 61 Rompe el vínculo de vasallaje con su señor natural.
- 62 Aprovecha la leyenda de Buda (Budisatva, Budasf, Joasaf, Josaphat, Johas en el *Libro*) que del *Lalita Vistara* había pasado al castellano con el título de *Barlaam y Josafat*.
- 63 Reflexionar, meditar.
- 64 Trama novelesca.
- 65 Éste es el título completo del libro. V. la ed. de F. J. Sánchez Cantón (MCMXX, Editorial Saturnino Calleja, S. A.).
- 66 Trefudo o trisudo, fornido.
- 67 Pavo real.
- 68 Como todos.
- 69 Moreno.
- 70 Cortejador.
- 71 La Ley o el Pentateuco.
- 72 Con regalo criada.
- 73 Labios.
- 74 Condición.
- 75 Habilidades, saberes.
- 76 Plumas.

- 77 Tenía por costumbre.
 78 Todo animal de caza.
 79 Miró hacia.
 80 Ni luce riqueza.
 81 Historia o relación de José.
 82 El sabio.
 83 Caídas.
 84 Apártese o retírese el otro de ello.
 85 Impuestos.
 86 También.
 87 Piel gris.
 88 Broche, prendedor.
 89 Brocado.
 90 Extremos.
 91 Gracia, primor.
 92 Campamentos.
 93 Capricho.
 94 Hermosearse, componerse.
 95 Acicaladas.
 96 Juego en que pelean hombres a caballo.
 97 Confianza.
 98 Las rameras.

99 Sale a luz nuevamente en espléndida edición facsimilar, por acuerdo de la Real Academia Española, con Introducción bibliográfica, índices y apéndices por Antonio Rodríguez-Moñino (Madrid, 1958). Suplemento a la edición anterior, con las poesías que fueron añadidas desde 1514 hasta 1557. Publicadas con una Introducción por don Antonio Rodríguez-Moñino. (Editorial Castalia, 1959.)

¹⁰⁰ Grandes poetas modernistas han hecho también citas latinas en sus poemas:

Mi gozo tu paladar
 rico panal conceptúa,
 como en el santo Cantar:
 Mel et lac sub lingua tua.
 [R. Darío, *Prosas profanas*.]

El proverbio latino harta razón tenía:
 Non est magnum ingenium sine melancholia!
 [A. Nervo, *En voz baja*.]

Aun cuando Salomón nos dijo que stultorum
 numerus infinitus est, fue preciso ver...
 [*Id.*, *Las voces*.]

Pudieran fácilmente aducirse más ejemplos.

¹⁰¹ Tal vez sería mejor: “al escasso, liberal”.

¹⁰² Amar.

¹⁰³ Contar.

¹⁰⁴ Señoras. Nótese que a fines del XV todavía era poco usada la forma femenina de los nombres en “or”.

¹⁰⁵ Testamento y lista publicados por Fernando del Valle Lersundi en *RFE*, XVI, 1929, cuaderno 4.

¹⁰⁶ Astutos, habilidosos.

¹⁰⁷ La colección de romances más rica es el *Romancero general*, de don Agustín Durán (tomos X y XVI de Biblioteca de Autores Españoles).

¹⁰⁸ Los romances fueron publicados primero en *pliegos sueltos*, y después en los dos *Cancioneros* de romances del impresor Martín Nucio (uno sin mención de año, y el otro de 1550) y en la *Silva* de Zaragoza (también de 1550).

¹⁰⁹ Tributos, contribuciones.

¹¹⁰ Candados.

¹¹¹ Recogido en el *Romancero general* de 1600, y en la *Segunda parte del Romancero general* de 1605. A. Rodríguez-Moñino, *Las fuentes del Romancero general* (12 preciosos volúmenes).

¹¹² Obras fundamentales sobre Romancero: Marcelino Menéndez y Pelayo, *Tratado de los Romances Viejos*, y Ramón Menéndez Pidal, *Romancero Hispánico (Hispano Portugués Americano y Sefardí)*, tomos I y II, 1953. Esta última obra es notable y definitiva.

II. LOS SIGLOS DE ORO

1. CARÁCTER GENERAL DEL SIGLO XVI

BIEN SABIDO es que las letras españolas alcanzan su edad clásica —o sus Siglos de Oro— en los XVI y XVII. El periodo más brillante comprende los últimos treinta años del siglo XVI y los primeros treinta del siguiente, periodo en que conviven las generaciones representadas por Cervantes, Lope de Vega y Quevedo. Así que el mayor esplendor literario de España va un poco a la zaga de su grandeza política.

No hay que olvidar que lo medieval persiste en España en la edad clásica, y que se armoniza y coexiste con otras tendencias renacentistas de la Europa del día.

La conquista de América produce obras maestras en la narración histórica, como las *Cartas* de Cortés y las crónicas de Bernal Díaz y de López de Gómara.

Italia es el gran foco intelectual de Europa, y tanto en el siglo XVI como en el XVII las influencias extranjeras dominantes en España son italianas: los *novellieri*, Sannazaro, Marini, etc. Los ingenios españoles que visitan Italia adquieren cierto matiz de humanismo y cosmopolitismo, y algunos, como Cervantes, una gracia suprema.

En las primeras décadas del siglo se hace sentir la influencia de Erasmo de Rotterdam, verbigracia, en Gil Vicente y en el *Lazarillo*; al sobrevenir la Contrarreforma se vuelve un poco cautelosa como en Cervantes.

Escritores religiosos —fray Luis de Granada, santa Teresa, fray Luis de León y san Juan de la Cruz— producen obras del más subido mérito literario.

En toda Europa la lengua que más se estudia fuera del latín es el español. Humanistas como Fernán Pérez de Oliva y Ambrosio de Morales la estiman apta para servir a las más altas empresas del espíritu, en vez del latín. Escritores muy importantes de Cataluña (Boscán, entre varios) y de Portugal (el mismo Camoens, Sá de Miranda, Gil Vicente y otros) escriben en castellano algunas de sus obras o la totalidad de ellas como Jorge de Montemayor.

Se multiplicaron las traducciones de obras maestras de la antigüedad. Nada desdeñable es el esfuerzo de profesores privados para propagar los estudios humanísticos. Entre estos profesores sobresalen, en el siglo XVI, el bachiller Pedro de Rúa, impugnador del obispo Guevara, y Cristóbal de Villalón, a quien se ha venido atribuyendo, parece que erróneamente, el *Viaje de Turquía*, y el *Cróton*, obra esta última de sátira lucianesca.¹

Tienen importancia europea la prosa del obispo Guevara, que se imita por John Lily y el *euphuismo*; los ensayos de Pero Mexía; la novela morisca (que cultivan, entre varios, la señora de La Fayette en su *Zaide, histoire espagnole*); la novela pastoril (Shakespeare mismo aprovecha de los *Siete Libros de Diana*, de Montemayor, el motivo de la doncella que se disfraza de paje); y Cervantes, que se traduce pronto a otras lenguas y que influye visiblemente en escritores extranjeros, ingleses algunos de ellos.

Es “la vida literaria de España en los siglos XVI y XVII —dice Altamira— un fenómeno verdaderamente colectivo, en el que participa la mayoría de la nación”. Son incontables los autores españoles que abrazan la carrera eclesiástica por ser la que mejor se acomodaba con el estudio y cultivo de las letras. Sin embargo, nunca hubo hasta entonces tantos escritores laicos.

Además de las novelas caballerescas, cuyo dechado es el *Amadís*; de las sentimentales a la italiana del tipo de la *Cárcel de amor*; y de las históricas que había iniciado Pedro del Corral con su *Crónica sarracina*, surgieron nuevos géneros en el siglo XVI, de valor universal, como las picarescas, que aprovecharon una corriente realista de los satíricos medievales y de la *Celestina*; las pastoriles, las *Dianas*, de Montemayor y Gil Polo; y las moriscas; así como las novelas cortas que Cervantes afirmó ser el primero en escribir, y que en su origen fueron italianas.

La lucha con los piratas argelinos y con el turco, lucha cuyo más brillante episodio es Lepanto, despierta interés por las ciudades musulmanas del norte de África, en los relatos de cautivos (Cervantes) y aprovechando un elemento procedente de Boccaccio en sus cuentos de aventuras, explotan lo poético de los mares orientales y de las islas lejanas y misteriosas.

De Juan del Encina a Lope de Vega se suceden una serie de obras teatrales que representan tentativas en diversas direcciones, tentativas sin duda necesarias antes que el gran Lope acertara con el tipo definitivo de la comedia española. Este teatro prelopesco comprende obras admirables, llenas de frescura y espontaneidad.

Muchos países carecen de teatro nacional, a pesar de poseer eminentes dramaturgos. Un teatro nacional presupone un tipo de obra dramática exclusivo y peculiar, como lo fue en Grecia la tragedia, o en la Inglaterra isabelina el drama shakespeariano, o en la España de los Felipes la comedia de Lope de Vega. En ella explotó la historia y la leyenda de la España medieval, la materia de los *novellieri* italianos, los lances de la galantería contemporánea y de su propia vida tan novelesca; finalmente, cuanto pudo utilizar de las crónicas, de las colecciones de cuentos, de los romances, de la poesía popular, de las tradiciones y consejos de diversas provincias y lugares de su patria.

El teatro ha sido privilegio de ciudades ricas y florecientes. Por eso sólo Madrid, Sevilla y Valencia —en las postrimerías del siglo XVI y en el siguiente— tuvieron series de escritores dramáticos. La más importante es la de Madrid, que comprende a Lope, a Tirso, a Alarcón y a Calderón de la Barca. Sevilla suministra en Juan de la Cueva al inmediato precursor de Lope; y Valencia, en don Guillén de Castro, a uno de sus mejores discípulos.

2. LA POESÍA, DE GARCILASO A HERRERA

GARCILASO DE LA VEGA. Toda revolución literaria es obra de un genio. Garcilaso logra imponer las modas poéticas de Italia, que se venían introduciendo desde hacía un siglo por Micer Francisco Imperial y por el Marqués de Santillana. Estas modas estriban, en cuanto a la forma, en el empleo del endecasílabo y las combinaciones métricas en que se

le aprovecha; y por lo que hace al fondo, en los temas pastoriles. Eran éstos una idealización *sui generis* del campo. Nada de preocupación realista, sino todo artificio y elegancia suprema. Un campo convencional como el de una tapicería. Por juego a veces se desliza de la pluma una fina observación de la naturaleza. Entre los principios de este arte renacentista tan refinado está el de la imitación y aun traducción de pasajes de libros clásicos —que andaban en las manos de todos—, como las *Bucólicas*, de Virgilio, y la *Arcadia*, de Sannazaro.

El humanista y embajador veneciano Andrés Navagero, hallándose en Granada y conversando de materias de arte con Juan Boscán (amigo de Garcilaso), le pidió que intentara versos endecasílabos en castellano. Boscán los escribe poco después y comprueba que este género de verso es muy artificioso y tiene “muchas particularidades diferentes del nuestro”. Con aparente facilidad los compone poco después Garcilaso, y el deleite musical de su endecasílabo no ha sido igualado nunca. Así se inicia una nueva era poética.

Boscán, caballero y hombre de corte, fue ayo del gran duque de Alba, don Fadrique Álvarez de Toledo. Suele lograr felices versos como en aquellas coplas

Tristeza, pues yo soy tuyo,
tú no dexes de ser mía.

Tradujo admirablemente *El cortesano*, de Baltasar Castiglione, una de las claves esenciales del Renacimiento. La introducción al libro segundo de sus *Obras* es buena muestra del desenfado y gracia de su prosa; allí se encuentran párrafos de tanta nobleza de pensamiento como éste:

Tengo yo a las mugeres por tan sustanciales, las que aciertan a sello, y aciertan muchas, que en este caso, quien se pusiese a defenderlas, las ofendería.

y este otro:

Yo sé muy bien, cuán gran peligro es escribir, y entiendo que muchos de los que han escrito, aunque lo hayan hecho más que medianamente bien, si cuerdos son, se deben de haber arrepentido hartas veces.

Garcilaso de la Vega nació en Toledo, en 1503. Su madre, doña Sancha de Guzmán, era nieta de Fernán Pérez de Guzmán. Su padre era nieto de una hermana del Marqués de Santillana. Desde muy joven entró a servir en la casa real (como continuo desde 1520). Su hermano mayor, don Pedro Laso, fue comunero. El poeta se batió con los rebeldes en Olías, donde fue herido; tomó parte en la expedición de los sanjuanistas a la isla de Rodas (1522); peleó contra los franceses en Navarra (1523), y contra los florentinos (1530). Sirvió en las tropas imperiales que socorrieron a Viena en 1532, cuando la amenazó Solimán el Magnífico; y combatió contra Barbarroja en Túnez. En un siglo de valientes, su valentía fue legendaria, como lo muestran algunas anécdotas.

Se casó en 1525 con doña Elena de Zúñiga, de quien tuvo dos hijos y una hija, doña Sancha, por la cual se perpetuó su linaje. Su esposa no aparece en su obra, acaso por no querer hacer exhibición de sus amores legítimos, en lo cual seguía la buena tradición del

Alighieri. Entre sus hijos figura también un don Lorenzo, que sería probablemente natural, y de quien se sabe que murió yendo desterrado a Orán por haber compuesto una mordaz sátira. Su primogénito, Garcilaso, pereció a los veinticinco años peleando contra los franceses, y don Pedro, el otro hijo, se metió fraile en la orden de Santo Domingo.

Una de las damas cantadas por Garcilaso fue la portuguesa Isabel Freyre, dama de la emperatriz doña Isabel de Portugal. Por servir de testigo en la boda de su sobrino que se llamaba como él, que fue desaprobada por los reyes, sufrió una relegación de algunos meses en una isla del río Danubio. El duque de Alba obtuvo su perdón, y Garcilaso optó por servir en Nápoles, con su amigo el marqués de Villafranca, don Pedro de Toledo. Con algunas cortas ausencias, permaneció varios años en dicha ciudad, donde frecuentó la buena sociedad y algunos personajes importantes del Renacimiento, como el marqués del Vasto, María de Cardona (segunda mujer de Francisco de Este), Bembo, el poeta Tansillo, Bernardo Tasso y Juan de Valdés. Tuvo nuevos amores con una incógnita sirena napolitana, amores cantados en varios sonetos, según conjetura muy fundada de don Tomás Navarro Tomás en su magnífica edición (Clás. Cast., vol. III).

Regresando el emperador por el sur de Francia, de la torre de Muey, cerca de Frejus, en Provenza, hostilizaron a las tropas. Los peones españoles comenzaron a combatirla. Como corriera el rumor de que el César extrañaba la tardanza en el asedio, Garcilaso, que era maestre de campo, sin coraza ni casco, fue de los primeros que se precipitaron al asalto por las escalas. De lo alto arrojaron una gran piedra que hirió en la cabeza al poeta, quien murió pocos días después, el 14 de octubre de 1536. Carlos V, de ordinario tan clemente, mandó que ahorcasen a los soldados franceses de la torre y que ésta fuese demolida. Garcilaso no publicó sus versos; lo hizo en 1543 la viuda de su amigo Boscán, doña Ana Girón de Rebolledo. Sólo nos quedan tres églogas, dos elegías, una epístola a Boscán, cinco canciones, treinta y ocho sonetos y ocho canciones en versos cortos.

Un rasgo fundamental de su arte es la lengua. Nada de términos rebuscados ni de latinismos que embelesaban a Juan de Mena. Cada gran poeta tiene su vocabulario de elección, y el de Garcilaso, como el de fray Luis de León, es de palabras sencillas y de lenguaje familiar, no exentas, a veces, de rusticidad y aroma campestre. “...No es pequeño mérito —dice Navarro Tomás— de un poeta tan ilustre como Garcilaso haber sabido mantener correcto y elegante su lenguaje, sin desdeñar giros, frases y modismos sacados de la entraña del castellano.”

Un cortesano de la más fastuosa corte de Europa no podía sino tener una recóndita afición al campo y a la soledad. El mismo medio cortesano producirá *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, de Guevara. Los pastores que tan dulcemente se lamentan en las églogas no son sino disfraces del poeta, que de otro modo no se daría a las confidencias quejumbrosas. Una tenaz melancolía de hondas raíces envuelve la obra de este magnífico poeta, cuyas afinidades espirituales con Virgilio y con Petrarca son claramente perceptibles. El Amor está presente en todos sus poemas. “El *Symposium* platónico suministró... la filosofía amorosa, que alcanza expresión concreta y bellísima en la paráfrasis inserta en el capítulo VII del *Cortegiano*. Años más tarde, Judá Abravanel sintetizará maravillosamente toda la teoría en sus *Dialoghi d’Amore*.” (M. Arce Blanco.)

Francisco Sánchez de las Brozas (1574) y Fernando de Herrera (1580) anotaron las poesías de Garcilaso. Herrera defendió sus *Anotaciones* de los ataques que le endilgó — con el seudónimo de Prete Jacopín— el conde de Haro, don Juan Fernández de Velasco, discípulo del Brocense.

HERNANDO DE ACUÑA. Entre los escritores que siguen las modas italianas inmediatamente después de Garcilaso se destaca el vallisoletano Hernando de Acuña en sus *Varias poesías*, publicadas por su viuda (1591). Trasladó en quintillas dobles la versión que es fama hizo el mismo Carlos V, en prosa, del *Chevalier délibéré*, de Olivier de la Marche.

GUTIERRE DE CETINA. Un madrigal ha hecho famoso al sevillano Gutierre de Cetina (hacia 1510-1554):

Ojos claros, serenos,
sí de un dulce mirar sois alabados,
¿por qué, si me miráis, miráis airados?
Si cuando más piadosos,
más bellos parecéis a aquel que os mira,
no me miréis con ira,
porque no parezcáis menos hermosos.
¡Ay tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
ya que así me miráis, miradme al menos.

Viajó por Italia, donde frecuentó la corte de la princesa Molfeta. Fueron sus amigos don Diego Hurtado de Mendoza, el príncipe de Ascoli (don Luis de Leyva), Jerónimo de Urrea y otros próceres. Estuvo enamorado de la condesa Laura de Gonzaga,

...De la condesa Laura
los ojos, de que tiene el sol envidia.

Sus poesías, todas autobiográficas como ha demostrado el insigne don Francisco A. de Icaza, fueron escritas entre los veinte y los veintiséis años. Murió en un lance callejero, en la Puebla de los Ángeles, cuando iba de regreso a España, acompañando a su tío Gonzalo López, procurador general de la Nueva España. Hernando de Nava le acuchilló bajo la ventana de Leonor de Osma, mujer del médico que lo desahució — según declaración del mismo Cetina— y dama por quien había ocurrido la pendencia.

“De su cultura —dice Icaza— en el estudio sevillano hablan las reminiscencias clásicas, dispersas en su obra total, con más gusto y menos hacinamiento que en la mayoría de sus contemporáneos...”

Juvenal, Marcial y Ovidio aparecen como sus autores favoritos. Fue admirable sonetista. Citemos uno de los cuarenta y cuatro sonetos que de él se conservan:

Golfo de mar con gran fortuna airado
se puede comparar la vida mía:
van las ondas do el viento las envía,
y las de mi vivir do quiere el hado.

No hallan suelo al golfo, ni hallado
será cabo jamás en mi porfía;
en el golfo hay mil monstruos que el mar cría;
mi recelo mil monstruos ha criado.

En el mar guía el Norte, a mí una estrella;
nadie se fía del mar, de nada fío;
vase allí con temor, yo temeroso;

por mí cuidados van, naves por ella;
y si en algo difiere el vivir mío,
es que se aplaca el mar; yo no reposo.

Conoció de cerca y como nadie la vida de corte, que pinta con vivos colores en algunas de sus epístolas muchos años antes de la *Epístola moral* y de los célebres tercetos de Quevedo:

¿Qué decís del tener mesa parada
todas horas a todos, do hay algunos
que desean probar con él su espada?
¿Qué decís del sufrir mil importunos?
¿Qué de la adulación que ansí los ciega,
sin que de ella escapar puedan ningunos?

...
¡Qué extraña presunción vana y altiva
se halla en corte de un privado injusto,
y qué conversación, seca y esquiva!
¡Cómo toma otro ser, muda otro gusto,
el que, siendo ayer pobre, hoy se ve rico!
Tirano es hoy aquél que era ayer justo.

[*Epístola XIV. A don Diego Hurtado de Mendoza.*]²

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA (hacia 1503-1575) —a quien calificó el Aretino, que bien le conocía, de “alegre entre los alegres, docto entre los doctos, valeroso entre los esforzados”— figuró bajo Carlos V, siendo su embajador en el concilio de Trento y después ante el papa Paulo III. Por una riña en palacio con don Diego de Leiva —según parece al tiempo que agonizaba el príncipe don Carlos (1568)— fue desterrado de la corte. Peleó contra los moriscos de Granada, a las órdenes de su sobrino el marqués de Mondéjar, y en ello empleó sus últimos años. Como prosista, su obra maestra es la *Guerra de Granada*,

con la cual —dice Menéndez Pidal— la prosa histórica española deja definitivamente de producir meras crónicas o sencillas relaciones cronológicas, al uso de la Edad Media, para emplearse en narraciones más artísticas al uso de la historia clásica, adornadas con discursos, retratos, descripciones, episodios y digresiones sobre antigüedades y usos. Mendoza tomó por modelos a Salustio y a Tácito y les imita en su estilo conciso y cortado, al cual da realce con frecuentes sentencias y reflexiones morales.

Humanista y hombre muy dado al estudio, supo griego, latín, árabe y hebreo. En Italia hizo copiar manuscritos griegos —algunos del cardenal Besarion— que legó a

Felipe II, y que enriquecieron la biblioteca escurialense. Como poeta alternó los metros italianos con los tradicionales. Sus versos no están exentos de cierto amargor:

Nadie fíe en alegría,
porque ninguna hay tan cierta,
a quien no cierre algún día
fortuna o amor la puerta.

...

Tal se tiene hoy por amigo,
que mañana, si le place,
os tomará por testigo
de los agravios que os hace.

Dulce y vano atrevimiento,
poner confianza alguna
sobre tan flaco cimiento
como esperanza y fortuna...

Sus cartas abundan en notas curiosas sobre diversas materias, y ayudan en gran manera a reconstruir la psiquis de este gran señor del Renacimiento. De sus sonetos, uno es famoso por haberlo imitado Lope de Vega, admirador de don Diego:

Pedís, Reina, un soneto; ya le hago;
ya el primer verso y el segundo es hecho;
si el tercero me sale de provecho,
con otro verso el un cuarteto os pago.

Yá llevo al quinto; ¡España! ¡Santiago!
Fuera, que entro en el sexto. ¡Sus, buen pecho!
Si del sétimo salgo, gran derecho
tengo a salir con vida deste trago.

Yá tenemos a un cabo los cuartetos;
¿Qué me decís, Señora? ¿No ando bravo?
Mas sabe Dios si temo los tercetos.

Y si con bien este soneto acabo,
nunca en toda mi vida más sonetos;
ya deste, gloria a Dios, he visto el cabo.

SÁ DE MIRANDA. Escritor portugués que se sirvió del castellano en algunas obras, como lo hicieron otros distinguidos lusitanos de la época, Camoens mismo, el más glorioso de todos. Sá de Miranda nació en Coimbra en 1485. Estudió en la Universidad de Lisboa y viajó por Italia y España. Murió en 1558. Fue humanista e introdujo en Portugal las modas clásicas de Italia. Escribió églogas en español, a imitación de Garcilaso. La mejor es la titulada *Basto*. Produjo también dos comedias de tipo clásico, género muy diferente del realista y costumbrista de Gil Vicente. Muy dado a moralistas de la antigüedad, fue hombre de gran entereza.

DON FRANCISCO DE FIGUEROA, llamado *el Divino* (1536-hacia 1617), natural de Alcalá de Henares, y de noble familia. Viajó por Italia. Hombre silencioso y muy dado al estudio.

Estuvo en Flandes. Se cuenta que, a imitación de Virgilio, mandó destruir sus obras. Es un notable poeta en el género pastoril. Bajo el nombre arcádico de Tirsi canta sus amores con Dafne:

Tirsi, pastor del más famoso río
que da tributo al Tajo, en la ribera
del glorioso Sabeto, a Dafne amaba
con ardor tal, que fué mil veces visto
tendido en tierra en doloroso llanto
pasar la noche...

Cantó también ajenos amores, los de su firme amigo Damón (el poeta Pedro Laínez) por Galatea:

Al pie de un pino verde
del estivo calor y invierno helado,
tan libre y tan guardado,
que nunca el fresco ni verdura pierde,
estaban juntamente
Damón y Galathea en una fuente.
Cual suele estar pegada
el amorosa yedra al viejo muro,
ni por el roble duro
trepó la tierna vid más enlazada
que estaba la pastora
al venturoso amante que la adora...

Sus sonetos son preciosos y de apasionados sentimientos:

Quien vee las blancas y hermosas rosas
de mano virginal recién cogidas,
y con diversos tallos retejidas,
guirnalda bellas hacen y olorosas;

quien gusta de las aves más preciosas
las tiernas pechuguillas convertidas
en líquidos manjares y comidas
suaves, odoríferas, sabrosas;

y quien panales albos destilando
la rubia miel de la amarilla cera,
a lo que al gusto y vista más provoca,

pues tal es de mi nimpha el rostro, cuando
mi vista de la suya reverbera,
y bebo las palabras de su boca.

CRISTÓBAL DE CASTILLEJO (hacia 1490-1550). Monje en el convento de San Martín de Valdeiglesias, y después secretario de don Fernando, rey de romanos. Como este príncipe no era liberal, su secretario Castillejo pasó trabajos en Viena. El embajador Martín de Salinas escribió en una carta, por 1535: “por vista de mis ojos tengo mucha lástima de su pobreza”. Carlos V trató de remediar esta situación, otorgando al poeta una pensión de

quinientos ducados en el obispado de Ávila, que le llevó a litigar con el obispo (1530). Más tarde, en 1541, y a instancias de Salinas, el emperador le concedió trescientos ducados con cargo al obispado de Córdoba. Su hermano Pedro y su sobrino Francisco, encargados de cobrar las rentas en España, lo hacían diligentemente, pero no enviaban lo cobrado a Viena. Así que el poeta seguía viviendo de limosna, sin dejar de prestar sus servicios. Don Juan Menéndez Pidal publicó un libro de cuentas de Castillejo en que se comprueba todo lo anterior. Parece, además, que fue muy dado a las mujeres, según lo revela su obra poética.

Escribió en los versos y combinaciones métricas tradicionales, como lo siguieron haciendo varios poetas de su tiempo, Montemayor entre otros. En su *Repreñión contra los poetas españoles que escriben en verso italiano* desaprobó las modas poéticas introducidas por Boscán y Garcilaso. Buena parte de su obra es de tono regocijado y festivo, y es evidente en este cisterciense metido a secretario cierto epicureísmo sacado de su frecuentación con autores latinos, como Catulo, a quien traduce alguna vez:

Dadme, amor, besos sin cuento
asida de mis cabellos,
un millar y ciento dellos
y otros mill y luego ciento;
y mill y ciento tras ellos,
y, después
de muchos millares tres,
porque ninguno lo sienta,
desbaratemos la cuenta
y contemos al revés.

Glosó con mucho donaire buen número de villancicos y cantarcillos tradicionales, como

En el campo me metí
a lidiar con mi deseo.
Contra mí mismo peleo.
Defiéndame Dios de mí.

Pues es tiempo de acabar
la más próspera ventura,
buscar quiero lo que dura.

No hay mayor mal en la vida
que tenella
al que le cumple perdella.

y otros muchos más, como

Guárdame las vacas,
Carillejo, y besarte he;
si no, bésame tú a mí,
que yo te las guardaré.

la Bella Mal Maridada, y

Aquel caballero, madre,
como a mí le quiero yo,
y remedio no le dó.

El *Sermón de amores* es algo libre, y el *Diálogo de mujeres*, un eco bastante ingenioso de la vieja disputa que ocupó los últimos siglos de la Edad Media. De sus obras morales y de devoción, son muy notables el *Diálogo entre Memoria y Olvido*, *Aula de cortesanos*, diálogo en que pinta con muy sombríos colores su experiencia de la vida en casa real; y el *Diálogo* en que son interlocutores Adulación y Verdad. Entre sus Obras de Conversación, es delicioso su *Diálogo entre el Autor y su Pluma*. Este romance contrahecho es un reflejo de su situación en los últimos años:

Tiempo es ya, Castillejo,
tiempo es de andar de aquí;
que me crecen los dolores
y se me acorta el dormir;
que me nacen muchas canas
y arrugas otro que sí;
ya no puedo estar de pie.
Ni al Rey, mi señor servir,
tengo vergüenza de aquellos
qu'en juventud conocí,
viéndolos ricos y sanos,
y ellos lo contrario a mí.
Tiempo es ya de retirar
lo que queda del vivir,
pues se me alexa esperança
cuanto se acerca el morir;
y el medrar, que nunca vino,
no hay ya para que venir.
Adiós, adiós, vanidades,
que no os quiero más seguir.
Dadme licencia, buen Rey,
porque me es fuerça el partir.

Antonio de Villegas y Gregorio Silvestre siguieron a Castillejo en su predilección de los metros tradicionales. A Villegas se atribuyó erróneamente la paternidad de la linda novelita morisca intitulada *Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa*.

De Jorge de Montemayor trataremos al hablar de la novela pastoril.

FRAY LUIS DE LEÓN. Nació en Belmonte de Tajo, provincia de Cuenca, en 1527. A los catorce años inició sus estudios en Salamanca. A los diecisiete, profesó en la orden de San Agustín, en el convento de San Pedro, de la misma ciudad de Salamanca. Tuvo por maestros a los famosos teólogos Domingo Soto y Melchor Cano. Se graduó de bachiller en Toledo; pasó antes por las aulas complutenses, donde siguió la cátedra de Exégesis Bíblica de Cipriano de la Huerga. En Salamanca obtiene por 1560 los grados de licenciado y de maestro en Teología, y se opone a la cátedra vacante de Biblia, que logra uno de sus mejores amigos, Gaspar de Grajal. Al año siguiente de 1561 gana la cátedra de Santo Tomás, aunque no como titular de ella. Por entonces traduce para su prima, la

monja Isabel Osorio, que no sabía latín, el *Cantar de los cantares*. Fue Definidor de su Orden y alcanzó, en oposición, la cátedra de Durando (o sea, Durand de St. Pourçain, obispo de Puy y después de Meaux). Formó parte de una junta para dictaminar acerca de la Biblia de Francisco Vatablo, junta en que se hallaban sus amigos Grajal y Martínez Cantalapiedra, y algunos dominicos, León de Castro y Juan Gallo, entre ellos. Fray Luis y sus amigos los hebraístas aprobaban la Biblia citada; no así los intransigentes escolásticos. Allí se fraguó sin duda la conjura contra fray Luis y sus amigos, de la que fue alma no sólo León de Castro sino principalmente fray Bartolomé Medina. A ambos los llamó el poeta, en su proceso, “capitales enemigos míos”. Medina lo denunció a la Inquisición. Los cargos de más peso eran el haber traducido el *Cantar de los cantares* y el conceder poca autoridad a la Vulgata. Estuvo preso en las cárceles de la Inquisición en Valladolid, desde el 27 de marzo de 1572 hasta el 7 de diciembre de 1576 en que se le declaró sin culpa.

Es indudable que su situación era en extremo angustiosa. Incomunicado con todos sus amigos y privado del uso de los sacramentos, sentíase rodeado de enemigos, amenazado con la pérdida de sus amistades, y su honra, a la vez que el tormento y la hoguera se cernían en lejanía.

[Aubrey F. G. Bell.]

En su prisión se mostró lleno de energía, defendiéndose con tenacidad de sus terribles acusadores, y rebatiendo minuciosamente los cargos que le hacían. Con las imaginaciones y trabajos de su durísima prisión se menoscabó su memoria, y poco antes de recobrar la libertad, enfermó, y pudo temerse que muriera en la cárcel como su compañero Grajal. Absuelto, volvió a Salamanca, donde fue recibido jubilosamente por algunos profesores y estudiantes. El Claustro, ante el cual el comisario del Santo Oficio pidió que se le restituyese su honra y cátedra que poseía al tiempo de su prisión, le otorgó la de Teología escolástica. Más tarde ganó en oposición otras cátedras: de Filosofía moral en 1578, y la de Biblia, en 1579. Todavía en 1582 se le iba a formar nuevo proceso inquisitorial, por motivo de las discusiones promovidas por una obra del jesuita Luis de Molina (*Concordia liberi arbitrii...*), mas la Inquisición no quiso hacerse cargo esta vez de rivalidades entre catedráticos. En sus últimos años publica algunos de sus escritos: en 1580, sus comentarios *In Canticum Canticorum*, e *In Psalmum XXVI*. Este último trabajo lo había ejecutado en la prisión. En 1583 aparecen *La perfecta casada* y la primera parte de *Los nombres de Cristo*. El Consejo Real le encargó la publicación de las obras de santa Teresa, que él llevó al cabo en 1588. Nueve días después de ser elegido Provincial de Castilla, murió en Madrigal de las Altas Torres, en 1591.

Dice Bell:

Los que leen sus poemas difícilmente se hacen cargo de las múltiples facetas de su espíritu y de que fue un perspicaz hombre de negocios y aun puede afirmarse que fue un hombre de mundo a quien se encomendaron asuntos que requerían tacto exquisito y gran conocimiento del corazón humano.

Sus lecciones y su conversación estuvieron llenas de atractivos. Hacía citas de la más diversa procedencia y su erudición era de gran amenidad. No estuvo exento de buen

humor. Por ejemplo, cuando escribe: “Desprenderse de las riquezas es mejor que poseerlas; pero ambas cosas son buenas”. O bien, cuando al tornar a la cátedra, después de los largos cuatro años de prisión, ante los discípulos que esperaban denuestos contra sus malvados perseguidores, comenzó diciendo *Dicebamus hesterna die...* (Decíamos ayer...).

En sus poemas fray Luis supera lo personal. Es un espíritu filosófico y religioso el suyo de la más alta calidad, y nutrido en las humanas letras y en las sagradas. Conduce al lector a una posición filosófica, la conciencia de su propio ser, su situación en el universo; y le comunica el desdén por la pequeñez de nuestras preocupaciones ordinarias, el arrobamiento ante la belleza de la creación y la aspiración a escuchar la música sideral de las esferas, que presintieron los pitagóricos. Hay también en su poesía un anhelo por entenderlo todo en una superación, *post mortem*, de nuestros exigüos medios actuales de conocimiento. La *Vida retirada*, *A Francisco Salinas* u *Oda a la Música*, *Noche serena*, *A Felipe Ruiz* (¿Cuándo será que pueda...?), *En la Ascensión* y *A Nuestra Señora* (compuesta en la prisión) son luminarias de la poesía castellana en todas sus épocas.

En *Los nombres de Cristo* y *La perfecta casada* estriban los títulos de fray Luis a uno de los primeros lugares en la prosa de nuestra lengua. La primera de las obras citadas comprende diálogos al modo platónico sobre los nombres que se dan a Cristo en las Escrituras. La segunda es un comentario e interpretación de un libro de los *Proverbios*.

Fray Luis de León nos declara que su arte era en todo reflexivo y meditado; arte de selección cuidadosa de palabras y hasta de letras; arte de cálculo y medida en la disposición de las frases; arte en todo diestro, esmerado y primoroso, que nos ofrece la lengua castellana ataviada con todos los elementos poéticos y musicales de que es capaz y levantada a la altura de las lenguas clásicas.

[R. Menéndez Pidal.]

Permítasenos otra cita: Dice Aubrey F. G. Bell, en su excelente libro:

Fray Luis de León es precisamente el humanista que mejor representa la España del Renacimiento. Todas las varias corrientes se juntan y se funden en él, y aunque quizá no fuera tan profundo hebraísta como Arias Montano ni aduzca tantas y tan adecuadas citas del griego y del latín como el asombroso Brocense, ni su latín sea tan ciceroniano como el de Sepúlveda, con todo el deslumbrante genio poético de que estaba dotado da extraordinaria vida a sus producciones intelectuales. Fray Luis representa además uno de los aspectos más atractivos de la España del Renacimiento: la tendencia a la moderación y al eclecticismo. Fue platónico a la vez que escolástico, estoico y cristiano, humanista y amante de su propio idioma: verdadero ecléctico que recorrió libando miel en todas las escuelas.

FRANCISCO DE LA TORRE. Sus poesías fueron publicadas por Quevedo, quien lo confundió con el bachiller del mismo nombre que escribió la *Visión delectable de la filosofía*. Se le identifica hoy con el “franco de la torre de tordelaguna” que aparece en algunos registros de matrícula en la Universidad de Alcalá, por los años de 1554, 1555 y 1556. Se sospecha que entró en religión en sus últimos años.

Hace del amor el tema dominante de toda su obra. El silencio, la noche, la soledad, la conformidad en la desdicha, son notas con acento personal entre los sabidos lugares convencionales de la lírica renacentista. Es una suerte de poeta menor; y su verso, de una armonía y tersura inconfundibles. Son frecuentes las alegorías y comparaciones con

la cierva herida:

Doliente cierua, que, el herido lado
de ponçoñosa y cruda yerua lleno,
buscas la agua de la fuente pura...

Filis, no busca desangrada cierua
con más ardor el agua, cuya pura
vena mitiga el fuego, que la dura
flecha del caçador lleuó en la yerua,
como mi alma a ti...

y con la tórtola gemidora:

Tórtola cuytada
que el montero fiero
le quitó la gloria
de su compañero...

Viuda sin ventura,
tórtola cuytada,
mustia y asombrada
do vna muerte dura...

Sus desdichas suele explicarlas por influjo de las estrellas, y así que no espera
mejoría ni remedio:

...mi fortuna sola;
que como el cielo pudo leuantóla
de muy clemente y mansa en muy contraria...

Bien es que la ocasión de mi tormento
tiene principio de las más serenas
lumbres del cielo...

BALTASAR DEL ALCÁZAR. Sevilla en el siglo XVI es fecunda en excelentes poetas, de los primeros en castellano, por su elegancia y brillantez insuperables, y por haber perfeccionado la técnica poética. Amigo de Gutierre de Cetina fue Baltasar del Alcázar, de vena epicúrea y festiva, cantor de la buena mesa y del buen vino, y famoso sobre todo por la *Cena jocosa*, las redondillas *A Francisco Sarmiento*, el *Discurso de unos cuernos averiguados por la hermosa Eco*, y sus epigramas, todas obras de antología. Menos conocidos sus sonetos amorios, sus adivinanzas y fábulas, sus poesías religiosas, parecen como una anticipación de las de Lope de Vega, sus elegías y panegíricos, sus letrillas que rivalizan con las de Góngora y Quevedo, y los poemas que dirige a sus amigos Cetina, los pintores Pacheco y Chacón y a sus parientes Melchor y Juan Antonio del Alcázar. Tradujo algunas odas de Horacio y uno que otro epigrama de Marcial, autores de su predilección. Puso en verso un cuento de Poggio Bracciolini sobre el cardenal de España. Francisco Pacheco —el suegro y maestro de Velázquez—, en el *Libro de descripción de verdaderos retratos de ylustres y memorables varones*, dice, entre otras cosas, de Alcázar:

...Militó en las galeras y naves de D. Álvaro de Bazán, primer marqués de Santa Cruz, mucho tiempo: i en su compañía alcanzó raras victorias contra Franceses, con opinión de gran soldado... Fue dellos preso una vez, i su valor y aspecto los obligó a darle libertad. Fue mui estudioso i aventajado en las lenguas vulgares, i particularmente en la Latina, i obras de los Poetas clásicos, con pura afición a Marcial, cuyo imitador fue en las gracias... Casó con doña María de Aguilera su prima hermana... Vivió (aunque con moderada hazienda) con mucho honor y estima, siendo algunas vezes Alcalde de la Hermandad del estado de los Hijosdalgo; ...estuvo en servicio de... los segundos Duques de Alcalá, en su villa de los Molares, casi veinte años; con oficios onrosos de alcaide y de Alcalde Mayor, muy estimado y favorecido destos señores... Fue muy diestro en la música...

En el *Diálogo entre dos perrillos* se ha creído ver el antecedente del famoso *Coloquio de Cipión y Berganza* de Cervantes.

POEMAS ÉPICOS A LA ITALIANA. La imitación de poemas épicos italianos produce obras de mérito como: *Las lágrimas de Angélica*, por el celebrado Luis Barahona de Soto, que alabó Cervantes; el *Carlo famoso*, por don Luis Zapata, de más valor histórico que literario; el *Monserate*, sobre una bella leyenda romántica, por el valenciano Cristóbal de Virués (1550-1609); y la *Austriada*, de Juan Rufo, poema consagrado a las hazañas del príncipe don Juan de Austria en la rebelión de los moriscos y en la gran victoria naval de Lepanto sobre los turcos (1571). Escribió también Rufo (1547?-después de 1620) *Las seiscientas apotegmas*, que hacen conocer múltiples pormenores de la vida y costumbres de la época, y presentan al autor como hombre agudo y de pronta e ingeniosa respuesta. Citemos algunos apotegmas:

Volviendo a su patria a cabo de diez años, y hallando menos tantos de sus conocidos, dijo “que no había batalla sangrienta que más aportillase el escuadrón de los amigos que diez años de tiempo”.

Como quiera que la verdad tenga en todo tanta fuerza, y principalmente en los culpados de algún delito, que muchas veces se descubren con las mismas trazas que estudian para encubrillo, dijo “que la industria del delincuente es averiguación de su culpa, y el descuido del inocente, segura defensa de su sencillez”.

...el alma era antípoda del cuerpo, y así amanecía para ella cuando anocheecía para él.

Murió el marqués de Denia de apoplejía; pero vivió de manera, que piadosamente se debe creer que se salvó, porque fue vida ejemplar la suya. Mas, como parece que esto de decir “cayóse muerto” en otros sujetos atemoriza, dando el pésame de esta muerte al ya Marqués su hijo, le dijo así: “Dios se hubo con su padre de V. S. como los muy amigos, que sin prevención, dadas las doce, dice el uno al otro: Veníos a comer conmigo.”

ERCILLA. El mejor poema a que da origen la imitación de los italianos (sobre todo del Ariosto) es la *Araucana*, de don Alonso de Ercilla y Zúñiga. La vida de éste fue pintoresca; comenzó de paje de Felipe II, a quien acompañó en sus viajes a Flandes y a Inglaterra. Pasó a las Indias, y tomó parte en siete batallas campales y en incontables combates con los araucanos y hallose en muchas situaciones apuradas y graves. Por una riña con un Juan de Pineda fue condenado a muerte y estuvo a punto de ser ejecutado. Cortó su carrera militar, y vuelto a España casose con doña María de Bazán. Por este tiempo desempeñó honrosas comisiones de Felipe II. Acabó su bien aprovechada vida siendo prestamista de grandes. Su poema, en gran parte histórico, es buen testimonio del

esfuerzo bélico de los conquistadores y de la brava resistencia de los indígenas. Hay pasajes notables por la dramaticidad del relato, y se desprenden de él figuras de gran relieve. Voltaire alabó la *Araucana*, que imita alguna vez. Ercilla fue madrileño (1533-1594).

Los primeros cantos fueron compuestos en condiciones bien críticas:

...y así [el poco tiempo], que pude hurtar le gasté en este libro, el cual, porque fuese más cierto y verdadero, se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños, que apenas cabían seis versos; que no me costó después poco trabajo juntarlos...

[Prólogo de la *Araucana*.]

FERNANDO DE HERRERA, apodado *el Divino*, “de hábito eclesiástico, i Beneficiado de la Iglesia parroquial de San Andrés” (Pacheco), el más ilustre de los poetas de la escuela sevillana. Nació hacia 1534 y murió en 1597. Se contentó con un modesto pasar que le proporcionaba su beneficio, pues parece que no fue ambicioso, y sí de ánimo arrogante. Atenaceado por el anhelo de perfección formal, su poesía es de hombre doctísimo. Fue amigo de los condes de Gelves que, a partir de 1559, reunían en su palacio a los hombres de letras más distinguidos de Sevilla, es decir, al humanista Juan de Mal Lara, que glosó en su *Philosophia Vulgar* hasta mil refranes castellanos; al epicúreo Baltasar del Alcázar; al canónigo Francisco Pacheco; al helenista, jurisconsulto, militar y poeta Cristóbal Mosquera de Figueroa; al veinticuatro Gonzalo Argote de Molina, que publicó *El conde Lucanor*; del Infante don Juan Manuel, y la primera parte de la *Nobleza de Andalucía*; a Juan de la Cueva, precursor inmediato del teatro nacional. Rodrigo Caro, en sus *Claros varones en letras naturales desta ciudad de Sevilla*, dice de Herrera: “Naturalmente era grave y severo... comunicaba con pocos, siempre retirado en su estudio, o con algún amigo de quien él se fiaba, y con quien explicaba sus cuidados” (citado por don Vicente García de Diego, en su excelente edición de las *Poesías* de Herrera).³

Colocado entre Garcilaso y Góngora, anuncia a éste por su artificio y técnica insuperable. En el género pindárico y grandilocuente sus canciones casi no tienen rival en nuestra lengua. Su comentario al primero de los líricos mencionados es un alarde de ciencia literaria. En la *Canción en alabança de la Divina Magestad por la vitoria del Señor don Juan* (el triunfo de Lepanto) parafrasea diversos lugares del salmista y de Isaías, y mantiene el tono elevado y sublime apostrofando a Dios como Señor de los ejércitos armados.

La *Canción II* es una elegía por la derrota y muerte del rey don Sebastián en Alcazarquivir (4 de agosto de 1578). Aquí traduce también Herrera frases de las Escrituras, que zurce hábilmente. Es notable la entonación sostenida de estas canciones. Tienen también extraordinario mérito sus composiciones amatorias, inspiradas por doña Leonor de Milán, condesa de Gelves. No es la suya, como en Garcilaso, una suave melancolía que gobierna al poeta, sino una pasión sin esperanza sobrellevada con altivez y fortaleza:

Un corazón d'impenetrable azero

tengo para sufrir, i está más fuerte,
cuanto más el assalto es bravo y fiero.
Dióm'el cielo en destino aquesta suerte,
i yo la procuré, i hallé el camino
para poder honrarme con mi muerte.

Y esto dice precisamente en la *Elegía III*:

No bañes en el mar sagrado i cano,
callada Noche, tu corona oscura...

en que cuenta la breve dicha de sus amores.

Lope de Vega admiró sus sonetos:

El docto Herrera vino
llamado en aquel evo
no menos que *divino*,
atributo de Apolo a España nuevo,
Herrera, que al Petrarca desafia,
cuando en sus rimas comenzó diciendo:
“Osé y temí: mas pudo la osadía.”

Cervantes le consagró un soneto

El que subió por sendas nunca usadas
Del sacro monte a la más alta cumbre...

que contiene en el epígrafe estas palabras: “Creo que es de los buenos que he hecho en mi vida”.

He aquí uno cualquiera de sus sonetos, famosos por su brillantez (no en balde cantó a su dama con el nombre de Luz).

¡O cara perdición, o dulce engaño,
süave mal, sabroso descontento,
amado error del tierno pensamiento,
luz que nunca descubre el desengaño,

puerta por la cual entra el bien y el daño,
descanso i pena grave del tormento,
vida del mal, alma del sufrimiento,
de confusión rebuelta cerco extraño,

vario mar de tormenta i de bonança,
segura playa i peligroso puerto,
sereno, inestable, oscuro y claro cielo;

¿por qué como me diste confiança
d'osar perderme, ya qu'estoy desierto
de bien, no pones a mi mal consuelo?

EL CAPITÁN FRANCISCO DE ALDANA (1537-1578) nace en Italia, donde transcurre su juventud, principalmente en Florencia. Su padre, Antonio de Aldana, gobernó la fortaleza de San Miniato bajo Cosme de Médicis. El poeta peleó en Flandes, distinguiéndose por

su valor y pericia, aun cuando detestaba la carrera de las armas y la seguía más bien por pundonor:

Oficio militar profeso y hago
¡baja condenación de mi ventura!,
que al alma dos infiernos da por pago
[Epístola VI, para Arias Montano].

El renacimiento italiano y los poetas mayores de la antigüedad marcan sus versos juveniles, en que la pasión amorosa es exaltada con gran viveza. En su madurez produjo poesías místicas, con el sello del ascetismo del tiempo. Fue favorecido con la amistad de Felipe II y del rey don Sebastián, a quien inútilmente trató de disuadir de la cruzada. Murió heroicamente en Alcazarquivir. “Los versos de Aldana, a quien sus contemporáneos apellidaron *el Divino* —escribe Menéndez y Pelayo—, aunque duros e incorrectos con frecuencia, están llenos de nobles y levantados pensamientos.” (Biblioteca de traductores españoles, t. I.) En sus dos “maneras”, la sensual y la mística, es un extraordinario poeta. (Clás. Cast., tomo 143. Prólogo, edición y notas de Elías L. Rivers. Espasa Calpe.)

El sacerdote sevillano Francisco de Medina, que prologó las *Anotaciones* de Herrera a las obras de Garcilaso, tradujo elegantemente una elegía de Propercio y algunos poemas de Ausonio. Escribió, entre otras composiciones, una oda lamentando por boca del río Tajo la muerte de Garcilaso.

De Pablo de Céspedes, cordobés nacido por 1538, quedan valiosos fragmentos de un *Arte de la pintura*, como este en que se trata de la duración de la tinta:

Tiene la eternidad ilustre asiento
en este humor por siglos infinitos,
no en el oro o el bronce, ni ornamento
pario ni en los colores exquisitos:
la vaga fama con robusto aliento
en él esparce los canoros gritos
con que celebra las famosas lides
desde la India a la ciudad de Alcides...

o este otro:

En el silencio oscuro su belleza,
desnuda de afectadas fantasías,
le descubre al pintor naturaleza
por tantos modos y por tantas vías...

Céspedes estuvo dos veces en Roma, y en 1560, hallándose en esta ciudad, le procesó la Inquisición de Valladolid por haberse encontrado entre los papeles del arzobispo de Toledo, fray Bartolomé Carranza, una carta suya en que se expresaba con dureza del Santo Oficio y del inquisidor general Fernando Valdés. Desde Roma esquivó el ataque y amansó la saña de sus perseguidores. De 1577 hasta su muerte, ocurrida en 1603, disfrutó de una prebenda en la catedral de Córdoba. Estuvo en relaciones amistosas con los más célebres poetas y pintores hispalenses.

FRANCISCO DE MEDRANO nace en Sevilla en 1570. En 1584 ingresa en la Compañía de Jesús, y dos años después hace los primeros votos de los jesuitas. Por razones de salud pasó a Salamanca; enseñó latinidad en los colegios de la Compañía de Villagarcía de Campos —cerca de Valladolid— y en Monterrey (Galicia). Estuvo, según parece, estrechamente unido a los jesuitas rebeldes José de Acosta (cuya muerte le dio pie para exaltar su fe y su entereza) y fray Pedro Maldonado, que se hizo después agustino. Medrano dejó de ser jesuita en 1602, al mismo tiempo que su amigo Alonso de Santillán (después soldado, y que murió en un naufragio). No se sabe en qué año hizo un viaje a Roma. Tuvo amores con doña Inés de Quiñones (la Flora de sus poesías), con doña María de Esquivel (Amaranta) y con otras damas, entre ellas una doña Isabel cuyo apellido se ignora, y otra a quien da el nombre de Amarilis. Medrano es un notable traductor de Horacio, cuyos pasajes acomoda a situaciones personales semejantes a las del venusino.

Uno de sus sonetos inspira a Rodrigo Caro la idea y el comienzo de su famosa oda:

Estos de pan llevar campos ahora,
fueron un tiempo Itálica, este llano
fue templo; aquí a Teodosio, allí a Trajano
puso estatuas su patria vencedora.

En este cerco fueron Lamia y Flora
llama y admiración del vulgo vano;
en este cerco el luchador profano
del aplauso esperó la voz sonora.

¡Cómo feneció todo! ¡Ay! Mas seguras,
a pesar de fortuna y tiempo, vemos
estas y aquellas piedras combatidas;

mas, si vencen la edad y los extremos
del mal piedras calladas y sufridas,
suframos, Amarilis, y callemos.

Dámaso Alonso le consagra uno de sus estudios (sólo ha aparecido el primer tomo de *Vida y obra de Medrano*).

3. LA NOVELA AL PROMEDIAR EL SIGLO XVI

LIBROS DE CABALLERÍAS. La primera mitad del siglo marca la boga de la literatura caballeresca. Entre los muchos libros de este género que por entonces se imprimieron, hay que mencionar, en el ciclo de los *Palmerines*, el de *Oliva* y el *Primaleón*, que merecieron alabanzas de Valdés. No se ha averiguado quién haya sido el autor de ambas novelas, que alguna vez se atribuyeron a una dama de Ciudad Rodrigo. El *Palmerín de Inglaterra*, por el portugués Francisco de Moraes, se cita con elogio en el *Quijote*. Sin muchas variantes se repiten situaciones y aventuras en las demás novelas caballerescas. Santa Teresa, Juan de Valdés y otros personajes ilustres fueron asiduos lectores de ellas

en los años de juventud. El favor que les dispensó el público cesó pronto completamente.

EL LAZARILLO DE TORMES. Con este pequeño y divertido libro se inicia un nuevo género no sólo en España sino en Europa, la novela picaresca, que alguno ha llamado con razón “la epopeya del hambre”. Son novelas realistas por excelencia, y sus héroes, los pícaros, tienen un aire de familia con don Furón, mozo del Arcipreste de Hita, y con las dos parejas de criados de la *Celestina*. Fernando de Rojas había mostrado cuánto partido artístico se podía sacar de los bajos fondos sociales y de su abigarrado mundo. Los protagonistas de la picaresca son niños; por lo tanto no hay amores en estos libros. Sirven a diversos amos, con lo que se ofrece campo apropiado a la sátira social. Emplean para ganarse el sustento la astucia y la malicia y la visión que ofrecen de la vida es risueña y divertida, sin desesperación ni amargos resabios. El medio ambiente hostil y duro aguja el ingenio del pícaro y lo dota de socarronería y disimulo.

El *Lazarillo* se tiene ahora por obra anónima, después que Morel-Fatio impugnó las atribuciones a don Diego Hurtado de Mendoza (hoy no parece improbable) y al jerónimo fray Juan de Ortega. Con algún fundamento se ha pensado no ha mucho en el poeta toledano Sebastián de Orozco. Indudablemente que algunos episodios proceden de cuentos tradicionales, así como también es tradicional el lazarillo astuto y hambriento que guía a un ciego.

La prosa es descuidada y próxima al lenguaje de la conversación en los primeros decenios del siglo. El estilo es sobrio y algo seco, lo que no deja de tener efectos cómicos en la narración.

Es una obra de carácter satírico, pues lo que en ella cuenta no es el héroe sino los medios sociales por que atraviesa. Nos pone en contacto con el pintoresco mundo de los ciegos limosneros, los clérigos de aldea, los mesoneros y vecinos de las pequeñas villas, los hidalgos sin blanca pero presuntuosos, los vendedores de bulas, etc. Este género de sátira contra los varios estados del mundo es afín de las danzas de la muerte y de las imitaciones lucianescas o erasmistas a la manera del *Cróton*. Los ataques al clero, no a la religión, permiten sospechar que su autor pertenecía al círculo de los hermanos Valdés o a otro análogo. De las continuaciones sólo merece mencionarse la de Juan de Luna, maestro en París de lengua castellana.

Los amores de Clareo y Florisea y trabajos de la sin ventura Isea, por Alonso Núñez de Reinoso, es una traducción muy libre o imitación de *Los amores de Leucipe y Clitofonte*, del alejandrino Aquiles Tacio (final del siglo III y principios del siguiente). Es una novela bizantina o de aventuras y un antecedente inmediato del *Persiles*. Al mismo género pertenece la *Selva de aventuras*, de Jerónimo de Contreras. Menéndez y Pelayo cree que este libro sugirió a Lope de Vega *El peregrino en su patria*.

Bien que carezca de una acción novelesca, puede reputarse como novela histórico-política el *Marco Aurelio*, de fray Antonio de Guevara. (*Libro llamado Relox de Príncipes en el que va encorporado el muy famoso libro de Marco Aurelio*. Así en la primera edición, Valladolid, 1527.) Este libro tuvo gran celebridad en Europa; fueron innumerables sus traductores a las principales lenguas y legión sus imitadores, como John

Lily en Inglaterra, en su novela *Euphues, the anatomy of wit*, y también Sir Thomas Elyot y Lord Bernes (John Bouchier). Belleforest y La Fontaine aprovecharon el discurso del villano del Danubio, un episodio del *Marco Aurelio*. Y Brantôme utilizó de las *Epístolas familiares* el cuento de Lamia y Flora.

La *Historia de Abindarráez y Jarifa* que se incluye en el *Inventario* de Antonio de Villegas (1565) y en las ediciones de *Los siete libros de Diana*, de Montemayor, posteriores a 1561, inicia un tipo nuevo de novela netamente español, la morisca, que iba a tener muchos cultivadores en las principales literaturas europeas. Rodrigo de Narváez fue un famoso guerrero del siglo XV, que se distinguió peleando con los moros y mereció encomios de Hernando del Pulgar en sus *Claros varones*. Ni Jorge de Montemayor ni Villegas son los autores de esta novelita, que parece haber sido escrita desde el reinado de los Reyes Católicos, y que se conservó en un opúsculo gótico sin año ni lugar, reseñado por el erudito Gallardo. El romancero artístico hizo suya la historia de los amores de Abindarráez y de la hermosa Jarifa.

LAS PRIMERAS NOVELAS PASTORILES. “Agotadas ya hasta la monotonía —dice don Marcelino Menéndez y Pelayo, a quien es necesario citar a cada paso— las formas del lirismo petrarquista, hubo de encontrarse cierta agradable novedad en estos temas que, dentro de un cuadro más o menos dramático, y haciendo intervenir el mundo exterior, bajo sus más apacibles y risueños aspectos, en la obra del ingenio, abrían margen a discretas confidencias, que hubieran podido ser imprudentes en la forma directa; se prestaban a ser amenizados con brillantes descripciones, con novelescos episodios, con hábiles injertos de las mejores plantas de la antigüedad, y al mismo tiempo que reflejaban, candorosamente depurados, los afectos del poeta, satisfacían la perenne aspiración de la mente humana a un mundo de paz y de inocencia o le hacían pensar en las delicias de la edad de oro y de la florida juventud del mundo. La égloga y el idilio, el drama pastoril a la manera del *Aminta* y del *Pastor Fido*, la novela que tiene por teatro las selvas y bosques de Arcadia, pueden empalagar a nuestro gusto desdeñoso y ávido de realidad humana, aunque sea vulgar, pero es cierto que embelesaron a generaciones cultísimas, que sentían profundamente el arte, y envolvieron los espíritus en una atmósfera serena y luminosa, mientras el estrépito de las armas resonaba por todos los ámbitos de Europa. Los más grandes poetas, Shakespeare, Milton, Lope, Cervantes, pagaron tributo a la pastoral en una forma o en otra.”

El tema pastoril propiamente se inicia en España en un libro de caballerías —no por cierto de los mejores—, el *Amadís de Grecia*. *Los siete libros de Diana*, de Jorge de Montemayor, es la primera novela española de este amanerado género de arte renacentista. Montemayor, nacido y criado en Montemor o Velho, Portugal, fue cantor de doña María, esposa de Felipe II. A la muerte de esta princesa entró al servicio de doña Juana, hermana del mismo rey y madre del infortunado monarca portugués don Sebastián. Fue amigo de Gutierre de Cetina (Vandalio), de Sá de Miranda y de Feliciano de Silva, autor de malos libros de caballerías. Usó en algunos poemas el sobrenombre de Lusitano. Tradujo los *Cantos de amor*, del valenciano Ausias March. Murió en Piamonte

en 1561 de muerte violenta, que le procuró un amigo suyo “por ciertos celos y amores”, según noticia de fray Bartolomé Ponce. No fue humanista, y don Marcelino Menéndez y Pelayo echa de menos en la *Diana* “el perfume de antigüedad clásica que se desprende de la *Arcadia*” de Sannazaro. En la novela de Montemayor es mejor la prosa que los versos, al revés de lo que sucede con la *Diana enamorada*, de Gaspar Gil Polo. Y cuenta menos la fábula principal del libro, cuyos personajes son la pastora Diana, Sireno y Delio, que la deliciosa historia de don Félix y Felismena, que procede de Mateo Bandello, y que por la obra de Montemayor, según parece, conocieron Cervantes (que la imitó en el episodio de Dorotea), Tirso y Lope, que también aprovecharon su asunto, así como Shakespeare (*The Two Gentlemen of Verona* y *Twelfth Night*). Entre las muchas imitaciones de la *Diana* merece recordarse la *Astrée*, de Honorato d’Urfé.

Como poeta lírico es más afortunado en los metros de arte menor que en las combinaciones italianas. Su *Cancionero*, publicado por don Ángel González Palencia (Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1932), contiene graciosas glosas de villancicos tradicionales, y en sus obras religiosas, pasajes dignos de leerse por su fluidez.

De las continuaciones de la *Diana*, de Montemayor, sólo una merece estima, la *Diana enamorada*, del notario valenciano Gaspar Gil Polo. Las breves proporciones del libro, su fácil prosa y sus versos, tan gratos al oído, son las cualidades de esta novela exquisita.

La *Canción de Nerea* en el Libro Tercero es una de las poesías castellanas más lindas y justamente celebradas. El *Canto de Turia*, que parece imitó Cervantes en el de Calíope (*La Galatea*, Libro Sexto), fue anotado por eruditos famosos, como don Francisco Cerdá y Rico y don Gregorio y don Juan Antonio Mayans en la preciosa edición de don Antonio de Sancha, de 1778.

CUENTOS Y NOVELAS CORTAS. Una de las colecciones de cuentos más antigua es el *Liber facetiarum et similitudinum Ludovici di Pinedo et amicorum*, escrita toda en castellano, y tal vez no sólo por Luis de Pinedo, sino por varios amigos y comensales de don Diego Hurtado de Mendoza. Por la brevedad y gracia de los cuentos hace recordar esta colección las célebres facecias de Poggio Bracciolini. Citemos algunos de ellos:

A unos pupilos en Salamanca dábales el bachiller N. mal vino, y uno de ellos, como hombre más atrevido, pidiendo de beber, y como gustase el vino y hallase ser malo, quitado el bonete y levantado en pie, dijo al bachiller: —Domine, si potest fieri, transeat a me calix iste.

El Marqués de Santillana dio con su hija al condestable de Castilla un cuento, y dicen que le escribió:

—Hija, envío vos el cumplimiento de vuestro dote, y hago vos saber que ni me queda vaca ni oveja, ni cera tras la oreja.

Decía el rey de Fez porque derribaban las casas de Granada: —A los menos no le pueden quitar tres cosas: saya verde, cinta de plata y toca blanca; esto es, huerta, río que da vueltas y relumbra, nieve en la sierra para templar el calor.

Un hijo de algo de este reino fue denunciado en la Inquisición de que había comido carne en tiempo prohibido. Pareciendo ante los Inquisidores, lo primero contóles su genealogía limpia, como lo era, y luego dijo: —Pues que habéis, señores, entendido que ni soy judío, ni converso, ni moro, quiero que

entendáis cómo tampoco soy gentil— y quitóse la capa y quedó en cuerpo paseándose. Era un hombre de hartó ruin talle y disposición. Dando una vuelta, tomó su capa y salióse, y fuese sin otra pena, quedando con no poca risa los presentes.

Las *Glosas al sermón de Aljubarrota*, atribuidas a don Diego Hurtado de Mendoza, contienen cuentos narrados con gran ingenio y gracia suma, aunque demasiado atrevidos y libres. Ponemos en seguida uno de los pocos que pueden citarse:

...en Salamanca, que graduándose un portugués de bachiller, le preguntaron sus compañeros si después de graduado sentía en sí más que antes; y el bachiller les respondió: —Siento uns fumeciños a maneira de presunção.

JUAN DE TIMONEDA, librero valenciano que murió en 1583, dramaturgo cuya mejor pieza es el *Aucto de la oveja perdida*; colector de romances, principalmente eruditos y artísticos, en la *Rosa de romances*; publicó tres colecciones de cuentos, *El patrañuelo*, que contiene veintidós *patrañas* o novelas cortas cuyo asunto procede de fuentes clásicas o italianas; *El sobremesa* o *Alivio de caminantes*, “en el cual se contienen afables y graciosos dichos, cuentos heroicos y de mucha sentencia y doctrina”; y *El buen aviso* y *Portacuentos*, “donde van encerrados y puestos extraños y muy facetos dichos”. Citaremos tres cuentos de *El sobremesa*:

En un banquete, estando el señor que lo hacía en la mesa vido cómo uno de los convidados se escondió una cuchara de oro, y por el consiguiente él escondió otra. Viniendo por diversas veces a la mesa el guarda-plata por buscar las cucharas que le faltaban, dijo: “Toma, descuidado, toma esta cuchara, que el señor Fulano te dará la otra, que no lo hacíamos sino para probarte”.

Preguntó un gran señor a ciertos médicos, que a qué hora del día era bien comer. El uno dijo: “Señor, a las diez”; el otro a las once, y el otro a las doce. Dijo el más anciano: “Señor, la perfecta hora de comer es, para el rico, cuando tiene gana; y para el pobre, cuando tiene de qué”.⁴

Un caballero muy enamorado y grande poeta⁵ (por estas dos cosas, que la una era bastante) vino a ser loco en tanta manera, que un hermano suyo le tenía en su casa encerrado en un lugar apartado; y como una vez viniese a vello, viéndole hacer cosas no debidas, díjole: “Hermano, ¿para qué hacéis esas cosas? Mirad que sois incomfortable.” Respondió: “Y cómo, ¿es mucho que donde toda mi vida os he sufrido de nescio, que me sufráis vos a mí algunos ratos de loco?”

El buen aviso y *Portacuentos*, al igual que *El sobremesa*, contiene uno que otro cuento en valenciano. Del *Buen aviso* proceden los dos siguientes:

Una señora, que era boquirrota, estando platicando con su comadre, como su marido le vareaba el cuerpo, y le peynaba los cabellos con los dedos, le dixo la comadre, sabiendo que era della la culpa: Señora, yo vos daré una melezina muy apropiada para que vuestro marido no se desmande con vos. Respondió la dicha señora: Ay, comadre mía, dádme la por vida vuestra. Dixo: La melezina que yo os daré, es esta redomica de agua, la cual tiene tal virtud, que destierra las pependencias de entre marido y muger; por tanto, quando vuestro marido empeçare a reñir, poneos una poca della en la boca, y no la echéis hasta que conozcáis que se le ha pasado el enojo. Como por diversas veces lo hiciesse así, y el marido no tenía ocasión para dalle, preguntóle, quién le había dado aquel consejo de callar? Respondió: ¿Consejo, marido? No es sino una agua de mucha virtud, que me dio mi comadre para ponerme en la boca quando reñís. Dixo el marido:

No está en lagua la virtud,
mas puesta en la discreción

de quien os dio la lición.

Reprehendiendo una vez cierto juez a un desvergonzado, que sin temor ni vergüenza de Dios se había casado cinco, o seys vezes, después de habelle dado una corrección fraterna, díxole a la postre, por saber que era su intención:

¿Vna muger no bastaba
tomar para ti sin pena?...
Respondió en cara serena:
Sí, bastaba y aun sobraba,
mas yo buscaba una buena.

En alguna edición vieja de *El sobremesa* se incluyen doce cuentos de Juan Aragonés, a quien ya en la edición de Alcalá, de 1576, se da por difunto. De él es la siguiente anécdota:

Al afamado poeta Garcí Sánchez de Badajoz, el cual era natural de Écija, ciudad en el Andalucía: este varón delicado, no solamente en la pluma, mas en prontamente hablar lo era. Acaescióle, que estando enamorado de una señora, la fue a festejar delante de una ventana de su casa, a la cual estaba apartada. Pues como encima de su caballo le hiciese grandes fiestas, dando muchas vueltas por su servicio, acertó a tropezar el caballo; y como la señora lo viese casi caído en tierra, dijo de manera que él lo pudo oír: “Los ojos”. Respondió él tan presto, y sin tener tiempo para pensar lo que había de decir:

...Señora, y el corazón
Vuestros son.

Una de las colecciones de cuentos más copiosas es la *Floresta española*, de Melchor de Santa Cruz, natural de Dueñas, en Castilla la Vieja, y vecino de Toledo, “donde todo el primor y elegancia del buen decir florece”, como dice él mismo en su dedicatoria a don Juan de Austria. Aunque se declara “hombre de ningunas letras”, es posible que conociese colecciones italianas semejantes a la suya. Menéndez y Pelayo dice de la *Floresta*:

Es libro curiosísimo, en efecto, como texto de lengua... Sirve, no sólo para el estudio comparativo y genealógico de los cuentos populares, que allí están presentados con lapidaria concisión, sino para ver en juego, como en un libro de ejercicios gramaticales, muchas agudezas y primores de la lengua castellana en su mejor tiempo, registrados por un hombre no muy culto, pero limpio de toda influencia erudita, y que no a los doctos, sino al vulgo, encaminaba sus tareas.

He aquí algunos cuentos de Santa Cruz:

Caminando dos frailes, el uno dominico y el otro de la orden de S. Francisco: a la pasada de un vado, el dominico rogó al francisco, que pues iba descalzo, le pasase a cuestras, porque él no se descalzase, y se detuviesen. El francisco lo hizo así. Y como allegó a la mitad del río, preguntó al dominico, si llevaba consigo dineros. Respondió el dominico, que dos reales. Oyéndolo el francisco, dixo, —Padre, perdonadme, que no puedo llevar conmigo dineros, porque así lo manda mi regla, y diziendo eso, dio con él en el río.

El mismo [Rey don Alonso de Aragón] decía, que cinco cosas le agradaban mucho: leña seca para quemar; caballo viejo para cabalgar; vino añejo para beber; amigos ancianos para conversar; y libros antiguos para leer.

Acostumbraba un pobre escudero venir siempre a la hora de comer. Y él [el conde de Ureña] sabiendo

su necesidad, holgaba que comiese en su casa. Ofrecióse que hubo un ruido en palacio, y no se halló este escudero en él. Como acudió cierto a la hora de comer, el Conde le dixo: —Dormís a las martilladas, y despertáis a las dentalladas, como el perro del herrero: no seréis más mi compañero.

El mismo [el Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba] decía: España las armas, y Italia la pluma.

Decía uno que el don sin dinero, que no era don, sino donaire.

Decía uno que se había de escoger la muger con las orejas y no con los ojos.

El padre que tiene hija de veinte años hala de dar a otro mejor que él. Y si es de veinte y cinco años, a otro tan bueno como él. Y de ahí adelante, a quien se la pidiere.

De una colección intitulada *Cuentos de Garibay* —publicada en *Sales españolas*— es este cuento:

Un padre tenía un hijo necio, y quiriéndole desposar, encomendóle mucho que no hablase, porque no entendiesen que era necio. Y estando todos asentados a la mesa, los parientes de la novia dijeron que parecía el desposado necio, como no le vían hablar; y oyéndole el desposado, dijo a su padre: — Señor, bien puedo ya hablar, que ya me han conocido.

A los *Cuentos* recogidos por don Juan de Arguijo pertenecen éstos:

Fue embajador en Roma el Duque de Sessa en tiempo del papa Adriano. Visitaba una cortesana que trataban muchos Cardenales y Señores, la cual hallándose preñada, quiso dar a entender al Duque que era obra suya. En pariendo, le avisó del parto, y de cómo Su Excelencia tenía un hijo, que se sirviese de cumplir con sus obligaciones y de enviarla a decir qué nombre le pondrían. Envióle el Duque quinientos escudos por no parecer escaso, y en cuanto al nombre, respondió que le llamase S. P. Q. R. (Senatus populusque romanus).

Era muy gran ladrón un alguacil, y su mujer muy disoluta. Alababa un hombre honrado, en presencia del Conde de Palma, lo bien que se querían marido y mujer, y dijo: —Son uña y carne.

LA LOZANA ANDALUZA. Del clérigo Francisco Delicado o Delgado, vicario del Valle de Cabezuela, y escrita por el año de 1524, es una pintoresca y atrevida descripción de la Roma licenciosa y cortesana de los años anteriores al saqueo de 1527. El autor interviene en ella como uno de los innumerables personajes que dialogan en los sesenta y seis *mamotreto*s en que el libro está dividido. No hay imitación de la *Celestina*; se le cita en la portada, y como obra predilecta de la Lozana, con las coplas de Fajardo y la comedia *Tinalaria* [sic]. A quien imita es a Pietro Aretino, en sus célebres *Raggionamenti*. Muestra conocimiento de Juvenal, entre los antiguos, como lo revela el pasaje del Mamotreto XVIII “no hay cosa tan incomportable como la mujer rica”, que es mera traducción de

intolerabilius nihil est quam femina diues

de la Sátira VI. La protagonista es una ramera andaluza, retratada sin duda del natural, y que sabe o inventa recetas y remedios para todo, embaucando con su falsa ciencia a los pintorescos seres que la rodean en el mundo más colorido de la Roma renacentista. Su valor paremiológico es grande, como lo revelan, entre ciento, los siguientes refranes:

...bulto⁶ romano y cuerpo senés, andar florentín y hablar boloñés.
guárdate del mozo cuando le nace el bozo.
 ...dámelo barbi-poniente, si quieres que me aproveche.
 ...el pecado callado, medio perdonado.
 ...perusino en Italia, y trujillano en España a todas naciones engaña.
más vale dexar en la muerte a los enemigos, que no demandar en la vida a los amigos.

4. TORRES NAHARRO, GIL VICENTE Y LOPE DE RUEDA

BARTOLOMÉ DE TORRES NAHARRO nació cerca de Badajoz. Es incierta la fecha de su muerte (por 1531). Sufrió cautividad de los moros; fue sacerdote, y pasó la mayor parte de su vida en Italia, donde primero se imprimieron y se representaron sus comedias. Una de ellas —la *Tinellaria*— se estrenó en presencia de León X y del cardenal Julio de Médicis, futuro papa Clemente VII. Como lírico son mejores sus versos profanos y amatorios que los de tema religioso. En sus *Capítulos diversos* hay algunos toques curiosos en la descripción de la Roma de los primeros años del siglo XVI:

Una escuela de pecar,
 do quien vive sin matar
 paresce que hace harto.

...

Purgatorio de bondad,
 infierno de caridad,
 paraíso de lujuria.

[Cap. III.]

Divide las comedias en *a noticia* y *a fantasía*. A las primeras pertenecen *Tinellaria* y *Soldadesca*, que nos ofrecen con un gran realismo cuadros de la vida contemporánea. Hay que ponerlos al lado de las más vívidas escenas de *La lozana andaluza*. La *Comedia soldadesca* ha llevado a pensar que probablemente Naharro fue en sus mocedades soldado, y que como tal “vivió” los episodios que pinta. De las comedias *a fantasía* la mejor lograda es la *comedia himenea*, en que se inicia en el teatro español el punto de honra. Es una obra de fuerte unidad, no sólo por la trama sino también por el estilo, de gran lisura. En otras de sus comedias —la *Serafina*— un personaje habla en latín, otro en italiano, uno más en valenciano y los demás en nuestra lengua. Esto refleja el ambiente cosmopolita de la Nápoles española y de la Roma anterior al saco. En Naharro, como en los escritores de su época, la obra hierve en elementos vitales que alternan con las reminiscencias clásicas. Comedias y poesías líricas las publicó bajo un modesto epígrafe, *Propalladia*, primicias de Palas, “a diferencia de las que secundariamente y con más duro estudio podrían succeder”. En algunas de sus comedias es evidente la influencia de Juan del Encina, como también la hubo en Gil Vicente, el creador del teatro portugués.

GIL VICENTE escribió varias comedias en español, y otras en las dos lenguas. Antes de

Lope de Vega no hay producción teatral que contenga tal variedad de situaciones y tal diversidad de personajes, tanta riqueza en intenciones artísticas, desde la moralista y la satírica hasta la filosófica. No se sabe la fecha —que sería entre 1460 y 1470— ni el lugar de su nacimiento. Su mujer se llamó Blanca Becerra. Fue su editor uno de sus hijos, Luis Vicente; otro parece que pasó a la India; y una hija, Paula, dama de la infanta doña María. La leyenda atribuye a Paula Vicente un volumen de comedias perdido, y el haber sido colaboradora de su padre en la composición y representación de sus autos y farsas. Es inconcuso que Gil Vicente tuvo en los reyes don Manuel I y don Juan III protectores generosos e inteligentes. Fue orfebre de la reina doña Leonor, viuda de don Juan II de Portugal, y además *mestre da balança* en la casa de moneda de Lisboa. De su habilidad y gusto como artífice da buen testimonio la custodia de los Jerónimos, que cinceló con el primer oro llevado de Oriente por Vasco de Gama. Nada se sabe después de 1536, por lo que se cree que en este año murió. El sabio Fidelino de Figueiredo asigna a su obra tres épocas: de 1502 a 1508, “predominantemente religiosa, todavía muy influida por Juan del Encina, pero ya se muestra en ella la tendencia hacia el lirismo pesimista que ha de constituir su matiz característico”. La segunda fase —1508 a 1516— “comienza con la farsa *¿Quem tem farelos?* El teatro de crítica social da al teatro religioso formas nuevas de gran belleza, como en el *Auto da Alma*, de una intensa espiritualidad, y contiene la primera tragicomedia vicentina con la *Exortação da Guerra*, especie de gran espectáculo de magia con intención patriótica. La tercera fase —1516 a 1536— abarca las obras maestras de Gil Vicente: la trilogía de las Barcas y las farsas *Ignes Pereira*, *Juiz da Beira* y *Clerigo da Beira*”. Muy divertidos personajes desfilan por los autos: el villano que pondera la honrada casta de su esposa en el delicioso *Auto pastoril castellano*

Es nieta de Gil Llorente,
sobrina de Crespillón;
Cascaollas Mamilón
pienso que es también pariente...;

la “alcoviteira” Brizida Baz

a que criava as meninas
pera os conegos da Sé;

el “Frade” que se allega a la Barca del Infierno con una moza por la mano, y que extraña

¡Cómo! por ser namorado,
e folgar c’hua mulher,
se ha de hum frade de perder,
com tanto psalmo rezado?

El *Auto da Sibilla Cassandra* junta personajes tan diversos como las sibilas Casandra, Pérsica, Cimeria, Eritrea y Abraham, Moisés, Isaías y Salomón. Casandra canta este villancico:

Dicen que me case yo;

no quiero marido, no.

Más quiero vivir segura
nesta sierra a mi soltura,
que no estar en ventura
si casaré bien o no.
Dicen que me case yo;
no quiero marido, no.

Madre, no seré casada,
por no ver vida cansada,
o quizá mal empleada
la gracia que Dios me dio.
Dicen que me case yo;
no quiero marido, no.

No será ni es nacido
tal para ser mi marido;
y pues que tengo sabido
que la flor yo me la só,
dicen que me case yo;
no quiero marido, no.

En la misma pieza se glosa este villancico:

¡Qué sañosa está la niña!
¡Ay Dios, quién le hablaría!

En la sierra anda la niña
su ganado a repastar;
hermosa como las flores,
sañosa como la mar.
Sañosa como la mar
está la niña:
¡Ay Dios, quién le hablaría!

No son el menor encanto del teatro vicentino los cantarcillos tradicionales dispersos en sus comedias, autos y farsas. “Gil Vicente —ha dicho Dámaso Alonso— en sus temblorosos e iluminados autos y comedias, está siempre oscilando entre las más elevadas inspiraciones (religiosas o caballerescas) y las gracias más populares.” Aprovechó libros de caballerías en sus comedias *Amadís de Gaula* y *Dom Duardos*, naturalmente que limpiando la fábula de endriagos, enanos y gigantes. *Dom Duardos* termina con este precioso romance:

En el mes era de Abril,
de Mayo antes un día,
cuando los lirios y rosas
muestran más su alegría,
en la noche más serena
que el cielo hacer podía,
cuando la hermosa Infanta
Flérída ya se partía:
en la huerta de su padre
a los árboles decía:

—Quedaos a Dios, mis flores,
mi gloria que ser solía;
voyme a tierras extranjeras,
pues Ventura allá me guía.
Si mi padre me buscare,
que grande bien me quería,
digan quel Amor me lleva,
que no fue la culpa mía:
tal tema tomó conmigo,
que me venció su porfía;
triste no sé a dó vo,
ni nadie me lo decía.

Artada

Allí habla don Duardos.

Don Duardos

No lloréis, mi alegría,
que en los reinos de Inglaterra
más claras aguas había,
y más hermosos jardines,
y vuestos, señora mía.
Ternéis trescientas doncellas
de alta genealogía;
de plata son los palacios
para vuesa señoría,
de esmeraldas y jacintos
toda la tapecería,
las cámaras ladrilladas
de oro fino de Turquía,
con letreros esmaltados
que cuentan la vida mía,
cuentan los vivos dolores
que me distes aquel día
cuando con Primalión
fuertemente combatía:
señora, vos me matastes,
que yo a él no lo temía...

El *Códice de autos viejos* de la Biblioteca Nacional de Madrid guarda cosa de noventa piezas —autos, farsas y coloquios— de principios del siglo XVI. Son de tema bíblico, o de vidas de santos, o bien, de carácter alegórico (farsas). Estas últimas guardan cierta semejanza con los futuros Autos Sacramentales. Aligeran estas obras personajes rústicos, los *bobos*, que proceden de los pastores de églogas, y que darán origen a los *graciosos* de la comedia española de Lope.

Mención especial merece el *Auto del Emperador Iuveniano* por la bella leyenda piadosa que desarrolla con discreto estilo. *La farsa llamada Danza de la muerte*, por Juan de Pedraza, renueva el tema del género con la intervención de personajes alegóricos, como la Razón, la Ira y el Entendimiento. Por su lenguaje parécenos anterior al siglo XVI.

La comedia tibalda, del comendador Perálvarez de Ayllon, está escrita en dodecasílabos, y apenas si tiene acción dramática, pues casi toda la ocupa un diálogo entre Preteo y el quejumbroso Tibaldo. Concluye con la riña de éste y Griseño —marido de Polindra, a quien ama Tibaldo—, y con el fácil avenimiento que logra Preteo. El inconsistente desenlace convidó a Luis Hurtado de Toledo a continuar la obra, resolviendo la situación con estas palabras de Griseño:

y avnque yo soy de Polindra marido,
guardando mi honra, le mando y le ruego
que cure y aplaque aquesse tu fuego...

Luis Hurtado acabó también el *Auto de las cortes de la muerte*, comenzado por el placentino Micael de Carvajal, auto con asunto análogo a la *Danza de la muerte*.

Del bachiller Diego Sánchez de Badajoz o de Talavera la Real restan cerca de treinta farsas (casi todas de asunto bíblico, de Moysén, de Abraham, del rey David, de Santa Susana, etc.) que parecen haberse representado en la catedral de Badajoz, y a las cuales alude el obispo Alonso Manrique, por 1501, prohibiéndolas:

Fallamos que muchas veces en algunas iglesias y monasterios assí de la ciudad de Badajoz como de todo el dicho nuestro obispado, so color de conmemorar cosas santas y contemplativas facen representaciones de los misterios de la natividad y de la pasión de nuestro señor y redentor Jesucristo y se facen de tal manera que comunmente provocan más el pueblo a derición i distracción de contemplación que no lo traen a devoción de tal fiesta y solemnidad, i lo que peor es que allí se dicen palabras deshonestas y de gran disolución...

En estas farsas intervienen también bobos, negros y pastores, y algunas como la de Tamar, Salomón, etc., son algo libres. Hay vestigios de erasmismo en este teatro.

LUCAS FERNÁNDEZ, salamanquino, cantor de la catedral y profesor de música de la universidad, representa en cierta medida lo castizo frente a las corrientes humanistas de Juan del Encina y erasmistas de Gil Vicente y Diego Sánchez de Badajoz. Murió en 1542, y había nacido por 1474. En la Farsa o cuasi comedia en que intervienen una Doncella, un Pastor y un Caballero trata tema análogo al de una de las mejores églogas de Encina. Sólo que aquí la Doncella, desde que comienza la Farsa, se muestra inclinada por el Caballero. El Pastor es más zafio que en Encina, y falta la deliciosa exaltación de las cosas del campo. En cambio, hay más intensidad de sentimientos, más realismo si se quiere, puesto que llegan a las manos el Pastor y el Caballero, y éste a punto está de sacar la espada. La obra maestra de Fernández es el *Auto de la pasión*, la que se va narrando con gran patetismo y un vigor extraordinario en la expresión. Contribuyen a la dramaticidad de la pieza las tres Marías que entonan este motecico:

¡Ay dolor, dolor, dolor,
dolor de triste tristura,
dolor de gran desventura!

así como la brusca exhibición de un *Ecce Homo* “para provocar la gente a devoción”; y más adelante, de una cruz, mientras se canta al órgano el *Vexilla Regis prodeunt*, de

Fortunato. Esta viveza de sentimientos y este fervor distinguen a Fernández, menos renacentista ciertamente que del Encina, pero más apegado a la tradición española. Por la vehemencia de sentimientos dolorosos hace recordar la tragedia griega, y como tan acertadamente nota Valbuena Prat, el arte de Van der Weyden.

LOPE DE RUEDA. Con influencia de la *Celestina* y del teatro italiano, el de Lope de Rueda, a mediados del siglo, nos sorprende gratamente con su prosa y su diálogo certero y de breves frases, y en sus *pasos*, con un intento de crear tipos cómicos al modo de la “*commedia dell’arte*” que en *Brighella* o *Arlecchino* había inmortalizado al criado bergamasco y en *Pulcinella* al aldeano napolitano. Escuchemos a Cervantes que de niño vio representar al célebre batihoja sevillano, y que muchos años después mantenía frescos estos recuerdos:

...dixe que me acordaua de auer visto representar al gran Lope de Rueda, varón insigne en la representación y en el entendimiento. Fué natural de Seuilla, y de oficio batihoja, que quiere dezir de los que hazen panes de oro; fué admirable en la poesía pastoril, y en este modo, ni entonces ni después acá ninguno le ha lleuado ventaja; y aunque, por ser muchacho yo entonces, no podía hacer juyzio firme de la bondad de sus versos, por algunos que me quedaron en la memoria, vistos agora en la edad madura que tengo, hallo ser verdad lo que he dicho; y si no fuera por no salir del propósito de prólogo, pusiera aquí algunos que acreditaran esta verdad. En el tiempo deste célebre español, todos los aparatos de vn autor de comedias⁷ se encerrauan en vn costal, y se cifrauan en quatro pellicos blancos guarnecidos de guardamecí dorado, y en quatro barbas y cabelleras, y quatro cayados, poco más o menos. Las comedias eran vnos coloquios como églogas, entre dos o tres pastores y alguna pastora; adereçauanlas y dilatauanlas con dos o tres entremeses, ya de negra, ya de rufián, ya de bobo y ya de vizcaíno: que todas estas quatro figuras y otras muchas hazía el tal Lope con la mayor excelencia y propiedad que pudiera imaginarse... Murió Lope de Rueda, y por hombre excelente y famoso le enterraron en la iglesia mayor de Cordoua (donde murió), entre los dos coros, donde también está enterrado aquel famoso loco Luys López.

Juan de Timoneda, que editó sus obras, le llama:

...padre de las sutiles invenciones, piélagos de las honestísimas gracias y lindos descuidos; único solo entre representantes, general en cualquier extraña figura, espejo y guía de dichos sáyagos y estilo cabañero, luz y escuela de la lengua española.

Su primera esposa, Mariana, divirtió en sus últimos años al tercer duque de Medinaceli, “que se holgaba mucho de vella entrar en el hábito de hombre”. Lope de Rueda demandó los salarios de su mujer al nuevo duque, que acabó por pagar los sesenta mil maravedises, tras largo litigio. Viudo, casó por segunda vez con Rafaela Ángela, de quien tuvo una hija en Sevilla, en 1564. Recorrió con una pequeña compañía muchas ciudades, como Toledo, Sevilla, Valladolid y Valencia. Cervantes probablemente le vio representar en Sevilla. En la villa de Benavente, por 1554, solazó a Felipe II que iba camino de Inglaterra.

De su teatro, “la comedia de más empeño y menos primitiva es la comedia *Eufemia*—observa finamente José Moreno Villa—, porque en ella maniobra una pasión de segundo plano, oculta, la envidia”. En las cuatro comedias (*Eufemia*, *Armelina*, *Engañados* y *Medora*), en la comedia en verso, *Discordia y cuestión de amor*; así como en los coloquios de *Camila*, *Tymbria* y *Prendas de amor* (este último en verso), el

asunto importa poco. Muy frecuentemente se trata de niños perdidos, de reconocimientos entre hermanos, de un padre que está a punto de casarse con su hija sin saber que lo era; y de otros temas parecidos. Lo que cuenta son los personajes secundarios, lacayos, negras, rústicos, simples; y la vida aldeana de todos los días, que refleja admirablemente, con sus mil incidentes sin importancia, como se ve en este pasaje del *Colloquio de Camila*:

Socrato

Señor maese Alonso, entrémonos en la posada y comerá un bocado.

Barbero

Señor, perdóneme vuesa merced.

Pablos

Perdonado está, señor; no cumple más.

Barbero

Que voy de priesa.

Socrato

¿Y qué priesa puede vuesa merced llevar, que no entre a comer un bocado siquiera?

Pablos

Si no quiere, ¿hale de forzar que coma?

Barbero

Señor, sabrá que voy a sangrar el mayordomo de los perales, y de ahí tengo de dar la vuelta a la villa, porque tengo de hacer la barba a Frexenal, el jabonero, porque después de mañana ha de ser padrino de una velación.

Socrato

¿Y de qué está malo el señor mayordomo?

Barbero

Señor Socrato, sabrá que un asnillo que llevaba estotro día una carga de jergas al molino batán, yendo él caballero encima, cayó y cogióle el pie debajo, y deso está malo. Y con esto me despido de vuesa merced, y lo dicho, dicho.

Los *pasos* son escenas campestres o de pequeñas villas, llenos de colorido y de intención regocijada y burlesca. Desfilan personillas a cual más divertidas: el necio que bebe amargas pócimas que cree aprovechan a la mujer, a quien consuela un estudiante; el licenciado “metido en la fragancia del estudio”, cuyo manteo sirve a la noche en lugar de manta; el socarrón bachiller Brazuelos que trae un andrajo en la cabeza por tener empeñado el bonete en la taberna; el simple Mendrugo que se emboba oyendo a los ladrones hablar de la tierra de Jauja; Toruvio y su mujer Águeda de Toruécano que riñen y azotan a su hija sobre el precio de unas aceitunas, cuyo renuevo apenas acaba de plantarse. El diálogo es siempre graciosísimo; así se cuenta, por ejemplo, cómo engullen unos criados sisadores unos pasteles:

Holguéme, hermano Lucas, cuando te vi dar tras ellos tan a sabor, y como te vi que de rato en rato te ibas mejorando en jugar de colmillo, y como quedé escarmentado de aquellos redondillos, el pastel toméle a tajo abierto, de modo que hice que se desayunase mi estómago de cosa que jamás hombre de

mi linaje había comido.

Lope de Rueda influye en Cervantes, y el sabor popular avalora sus festivos *pasos*.

Alonso de la Vega, que formó parte de la compañía de Lope de Rueda, y que estaba avecinado en Sevilla por 1566, escribió en prosa la *Tragedia serafina*, la *Tolomea* y la *Duquesa de la Rosa*, comedias estas últimas. Son obras de origen italiano, y muy inferiores a las de Rueda.

El sevillano Juan de la Cueva pasa por haber sido precursor del libérrimo teatro de Lope de Vega. Trató en tres de sus comedias leyendas nacionales, aprovechando romances: *Comedia de la muerte del rey Don Sancho*, *Los siete Infantes de Lara* y la *Comedia de la libertad de España, por Bernardo del Carpio*. Estuvo en México, de 1574 a 1577, acompañando a su hermano menor Claudio, futuro arcediano e inquisidor. Cantó el clima y cielo de México:

Un tiempo corre solo, un solo viento
mueve las nubes que distilan oro,
donde se satisface el pensamiento...
Y así vivo contento; y de manera,
que a ser posible, como no es posible,
que a Méjico os viniérades pidiera.
Viviérades aquí en vida apacible,
llamo en vida apacible en vida suelta,
entre gente quieta y conveniente.

Su teatro es de una amoralidad sorprendente; en la *Constancia de Arcelina* llega a justificar el fratricidio por amor. Su estilo es duro, seco y atropellado. Quienes no han podido leer sus comedias y tragedias, tienen justificada razón en su disculpa. Icaza, que le ha consagrado notables estudios, reconoce que “El poeta no se detiene a planear la trama escénica: el concepto de la forma dramática no existe para él... Diríase un relato vulgar recitado por varios ciegos que se van cediendo la palabra si, de tiempo en tiempo, la glosa castiza de los viejos romances, algunos rotundos versos o alguna frase vigorosa, engaste de una idea feliz, no señalaran la evolución del género y redimieran las mil llamadas comedias de tanto desconcierto y tanto prosaísmo”. En su *Ejemplar poético* aprovecha —como descubrió Menéndez y Pelayo— lo que había expresado Argote de Molina en el *Discurso sobre la poesía castellana*, o mejor, sobre métrica castellana, en su edición del *Conde Lucanor*. Por último, no está por demás repetir que su comedia *El infamador* nada tiene que ver con don Juan Tenorio ni con la comedia de capa y espada.

5. EL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE AMÉRICA

Hay que comenzar a tratar de la historia de los descubrimientos y conquistas del Nuevo Mundo mencionando, antes que a nadie, al glorioso almirante Cristóbal Colón (25 de julio de 1451?-20 de mayo de 1506, en Valladolid). En el *Diario* de su primer viaje —que sólo se posee en la forma abreviada por fray Bartolomé de Las Casas—; en el *Memorial que para los Reyes Católicos* dio a Antonio Torres, sobre el suceso de su

segundo viaje; en la *Historia del viage quel Almirante Don Cristóbal Colón hizo la tercera vez que vino a las Indias* y en las *Cartas*, reunidas y publicadas por Martín Fernández de Navarrete, se refleja un alma tempestuosa de genio e iluminado y un intelecto nada común. Con sobria elocuencia se narran las peripecias y mil dramáticos incidentes de los cuatro viajes que hizo al Nuevo Continente, y se describen sus ríos, valles y montañas, su fauna y su flora, y sus habitantes y costumbres. Son documentos del más alto valor histórico.

HERNÁN CORTÉS. (Medellín, 1485-Castilleja de la Cuesta, provincia de Sevilla, 1547.) Estudió dos años, a los catorce, en la Universidad de Salamanca, y Bernal Díaz apunta que “...era latino, e oí dezir que era bachiller en leyes, y quando hablaba con letrados o hombres latinos, respondía a lo que le dezían en latín” (cap. CCIV). Tomó parte en la conquista de Cuba (1511), y Diego Velázquez, de quien fue secretario, le envió a México, en 1519, tras las expediciones de Francisco Hernández de Córdoba (1517), y de Juan de Grijalva (1518). La conquista de México —que fue, además de una empresa militar brillante, una labor diplomática llevada al cabo personalmente por Cortés— se relata, a medida que va progresando, en las cinco *Cartas de relación*, que suelen parangonarse por su buen estilo, sencillez elegante y por otras cualidades de su ejecución, con los *Comentarios*, de Julio César. Tienen indudablemente como éstos un propósito político inmediato: contrastar las maniobras hostiles de los poderosos enemigos del extremeño (el gobernador Velázquez, el obispo Fonseca, que tanta saña había tenido para el mismo Colón, y otros). El favor mismo de Carlos V para Cortés tuvo graves alternativas. Las miras políticas no bastan, sin embargo, para explicar las *Cartas de relación*. Hay que acudir al concepto renacentista de la gloria, que encendía todos los ánimos produciendo una exaltación o embriaguez que alentaban lecturas del *Amadís* y de los clásicos antiguos. En 1528 el Consejo de Indias lo llamó a España. Carlos V premió con el marquesado del Valle de Oaxaca (1529) los servicios de don Hernando. Únicamente con mando militar regresó a la Nueva España, donde vivió hasta 1541, en que vuelto a la Península, acompañó al emperador en la expedición de Argel. Vive retirado de la corte sus últimos años, distrayendo pensamientos tristes en una academia literaria de ingenios distinguidos. Su testamento encierra cláusulas que ponen de manifiesto un espíritu de gran rectitud. Tras muchas traslaciones, yacen sus huesos en la iglesia de Jesús, en México, anexa al hospital que fundó. Suscitó enemistades más o menos disimuladas entre los mismos misioneros. No sólo conquistó México para la civilización occidental, sino que es el padre en cierto modo de la nacionalidad mexicana. Su leyenda negra hay que compaginarla, para ser justos, con las costumbres militares del siglo XVI. Ante el reparto de esclavas herradas y el martirio de Cuauhtémoc recuérdese la ferocidad de la soldadesca europea de entonces. De Burtenbach, tras la toma de Narni, apunta: “Por gracia de Dios pudimos asaltar el castillo y dar allí muerte a mil personas entre hombres y mujeres”. El conde de Leiningen —por 1504— se dio a sí mismo el bien merecido apodo de “maestro incendiario”. Bartolomé Sastrow, por 1547, vio a los soldados bohemios de Eger amputar a los niños piernas y brazos que lucían después como adorno en los sombreros. Estas

monstruosas prácticas de la guerra constituían la regla general. Que Cortés tuvo poco respeto y comprensión para los monumentos de las civilizaciones indígenas es humanamente disculpable después de los horrores que ha presenciado el mundo en las recientes guerras universales.

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO (Madrid, 1478-Valladolid, 1557). Hizo frecuentes viajes a las Indias, donde fue sucesivamente veedor de las fundiciones de oro, teniente gobernador del Darién, y gobernador de Cartagena de Indias. Reveló dotes de buen gobernante. Sus principales libros sobre cosas de América son: *Historia general y natural de Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano...* (impresa en Sevilla en 1535) y el *Sumario de la natural historia de las Indias* (Toledo, 1526). Esta última obra es una descripción de animales, árboles y plantas, así como noticias sobre minas de oro, pesquerías de perlas, y acerca de la proximidad de ambos océanos en el istmo de Panamá. Su descripción de animales y plantas es muy exacta. El relato de los sucesos es desordenado, pero siempre con valiosas noticias. Buena parte de su información es de oídas y no muy imparciales sus juicios.

LAS CASAS. El dominico sevillano fray Bartolomé de Las Casas o Casaus (1474-1566), en su *Tratado de la destrucción de las Indias* y en otros escritos (*Controversia con el Doctor Sepúlveda acerca de los indios, Tratado sobre la esclavitud de los indios, el muy notable Discurso pronunciado ante el Emperador Carlos V, en respuesta a fray Juan de Quevedo, año de 1519, etc.*), defendió a los indios con gran celo y verdadero espíritu cristiano. Negó el derecho del monarca español a hacerles guerra y a reducirlos a la esclavitud en cualquier forma, so pretexto de evangelización. Señaló las artimañas que se solían emplear para esclavizar indígenas, y la despoblación de provincias e islas por razón de los trabajos excesivos que se imponían a los indios en las minas. Es una de las más venerables figuras de la colonización española en América.

Su *Apologética historia sumaria* es de la mayor importancia por la información que aprovechó del mismo Colón. Los detractores de España le han utilizado con aviesos fines, sin tomar en cuenta el temperamento exaltado y violento del dominico, las condiciones del tiempo y las inevitables atrocidades de una conquista lograda principalmente por las armas.

GÓMARA. El sevillano Francisco López de Gómara —que nació por 1510—, a partir de 1540 capellán de Hernán Cortés, compuso, con el título de *Hispania Victrix*, una *Historia general de las Indias*, con gran acopio de datos obtenidos de conquistadores y navegantes que regresaban de América. Escribió después la *Conquista de México*, segunda parte de la Crónica General de las Indias, aprovechando en gran medida, sin duda, relatos y conversaciones de Cortés. En diversos pasajes se barrunta la inspiración del célebre extremeño, cuyos sentimientos en sus últimos años indudablemente reflejan. Así cuando tilda a Pedro de Alvarado de ingrato: “Concertóse con el virrey para ir a Sibola, sin respecto del perjuicio e ingratitud que usaba contra Cortés, a quien debía

cuanto era”. O cuando estima que el mismo Alvarado “fue mejor soldado que gobernador”. Y sobre todo, en la parte en que se trata del juicio de residencia a que fue sujetado don Hernando, y de sus enemigos y envidiosos. Pero también hay que confesar que muestra criterio independiente en otros lugares, como donde se censura el tormento y muerte de Cuauhtémoc:

y como cuando, por que dijese del tesoro de Moctezuma, le dieron tormento, el cual fue untándole muchas veces los pies con aceite y poniéndoselos luego al fuego; pero más infamia sacaron que no oro, y Cortés debiera guardarlo vivo como oro en paño, que era el triunfo y gloria de sus victorias.

Las oraciones y arengas que a imitación de Tito Livio inserta en su relato fueron tal vez revisadas o sugeridas por el mismo Conquistador. Es Gómara uno de los que con más competencia y maduro juicio han tratado de las cosas de América, y el valor de su obra histórica es inapreciable. Felipe II prohibió el libro, acaso por las críticas que de paso se hacen a la política imperial en América.

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO. Es el más veraz y minucioso cronista de la Conquista de la Nueva España, en la cual tomó parte como soldado, siguiéndola paso a paso en sus progresos hasta su consumación.

A diferencia de López de Gómara, que era muy docto, Bernal Díaz, que no sabía latín, tenía las letras que se podían aprender entonces en todas partes, y que no eran pocas por cierto, ya que los primeros decenios del siglo XVI fueron de gran cultura intelectual en España.

Un hombre sencillo, de gran memoria (escribió su historia cuando andaba cerca de los ochenta años), muy acucioso observador, y de espíritu justiciero que pretendió rectificar a Gómara en la exaltación de Cortés y que en realidad no disminuye en nada la gloria del marqués del Valle. Su relato es de la mayor viveza y bajo su pluma reviven para nuestro regalo y admiración las durísimas jornadas de la Conquista con todos sus trabajos, peligros sin fin, matanzas, rudos lances y heroísmo sin par. Por su interés humano “compite con cualquier obra de los tiempos modernos, sin exceptuar *Don Quijote*” (Lockart), y sus méritos de veracidad y aliento vital lo colocan en uno de los primeros lugares de las letras hispanas.

Nació Bernal Díaz del Castillo en 1492, en Medina del Campo; y murió en Guatemala, por 1581. Cree su editor, don Jenaro García, que “el hecho de que revele en la *Historia verdadera* un muy delicado sentido moral, regular instrucción, filosofía acertada y religiosidad no común”, nos faculta para inferir que su familia le educó con esmero. En 1514 emigra al Nuevo Mundo, y toma parte, antes que en la de Cortés, en las expediciones de Francisco Hernández de Córdoba y de Juan de Grijalva. No sólo peleó al lado de Cortés, y muy cerca de él, durante toda la Conquista, sino que le acompañó también a las Hibueras. En esta expedición llevó el extremeño a “Guatemuz... que fué el que nos dió guerra quando ganamos a México”; “truxo un clérigo y dos frayles franciscos, flamencos grandes teólogos que predicaban en el camino y truxo por mayordomo a vn Carrança y por maestre sala a juan de xaso, y a vn rodrigo mañuelo y por botiller a cervan vejarano y por rrepostero a vn hulano de san miguel... y por

despensero a vn guinea... y truxo grandes baxillas de oro y de plata... y por camarero vn salazar... y por medico a vn liçdo. Pero lópez... y çurujano a maese Diego de Pedraça y otros muchos pajes... y dos pajes de lanca... y ocho moços despuelas y dos çaçadores halconados... y llebó cinco chirimías y çacabuches y dulçaynas y vn volteador y otro que jugaba de manos y hazia títeres y caballerizo... con tres azemileros españoles y vna gran manada de puercos, que venía comiendo por el camino...” (cap. CLXXIV). El conquistador de México vivía con el fasto de un príncipe del Renacimiento. Cuando trata Bernal de la muerte de Cuauhtémoc hace este comentario que le honra:

E verdaderamente yo tuve gran lástima de Guatemuz y de su primo por avelles conoçido tan grandes señores y aun Ellos me hazían honra En el camino En cosas que se me ofreçían, espeçial darme algunos yndios para traer yerba para mi cavallo E fué esta muerte que les dieron muy ynjustamente E pareció mal a todos los que yvamos...

Fue Díaz del Castillo humano con los naturales, en cuya defensa peleó en cierta ocasión con el capitán Luis Marín y en otra destruyó el hierro de marcar indios de la villa de Espíritu Santo.

HISTORIADORES DE LA CONQUISTA DEL PERÚ. De ella trataron, como hemos visto, Fernández de Oviedo y López de Gómara. Mencionemos la *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco...*, por Francisco de Jerez, natural de Sevilla. Es un testimonio pormenorizado de la expedición de Pizarro contra Atahualpa (a quien se llama Atabalipa) e incluye el *Viaje* de Hernando Pizarro a Parcama y a Jauja relatado por Miguel Estete.

La crónica del Perú, nuevamente escrita por Pedro de Cieza de León, vecino de Sevilla, que acabó en Lima por 1550, a los treinta y dos años de edad, abarca desde la historia de los Incas hasta la pacificación lograda por el hábil Pedro de la Gasca, tras la conquista y las guerras civiles entre Pizarros y Almagros que la sucedieron. Cieza consigna valiosos datos geográficos, etnológicos y de historia natural sobre el Perú. Muestra preferencia por este país, de los que conoce del Nuevo Mundo:

Son los señoretos o caciques de los indios obedescidos y temidos, todos generalmente dispuestos y limpios, y sus mujeres son de las hermosas y amorosas que yo he visto en la mayor parte destas Indias donde he andado.

El contador de mercedes de Carlos V, Agustín de Zárate, que pasó al Perú con el virrey Blasco Núñez Vela, y que después anduvo por Flandes, es el autor de la *Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú, y de las guerras y cosas señaladas en ella, acaecidas hasta el vencimiento de Gonzalo Pizarro y de sus secuaces, que en ella se rebelaron contra Su Majestad* (Amberes, 1555). Los sucesos de la conquista, de la más viva dramaticidad, se presentan en un relato rápido y preciso. Hay una visión objetiva y desapasionada de los hechos que refiere este historiador, imprescindible por su veracidad, espíritu analítico y por su conocimiento del Perú.

ALVAR NÚÑEZ. Se puede afirmar que de todos los héroes de la exploración y conquista de

América quien mayores trabajos pasó con admirable entereza y longanimidad fue el sevillano Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Tomó parte en la desdichadísima expedición de Pánfilo de Narváez que partió de Sanlúcar en 1527, en que iban entre marineros y soldados algo más de seiscientos españoles. Todos hallaron cruda muerte por hambre, enfermedades, naufragios o a manos de los indios de la Florida, feroces y antropófagos. Sólo sobrevivieron cuatro, que desde 1528 hasta 1537 cruzaron la América del Norte, desde la parte meridional de Florida hasta Sinaloa. Desnudos, famélicos, pasaron por los más duros trances; fueron esclavizados por tribus bárbaras y crueles; ejercieron otras veces oficios de buhoneros y de ensalmadores o curanderos que sanaban con oraciones y soplando en los enfermos y lisiados. Vuelto a España, se le envía en 1540 como gobernador y capitán general al Río de la Plata, en auxilio de algunos españoles de quienes no se había vuelto a tener noticias. Exploró la región inextricable de los ríos Iguazú y Alto Paraná.

Los *Naufragios* contienen su viaje y exploración por América del Norte. Sus andanzas y descubrimientos por la ribera del Iguazú, el Alto Paraná y el Paraguay son la materia de los *Comentarios*, escritos por Pero Hernández, escribano y secretario de la provincia (del Río de la Plata). Las descripciones en ambas obras son rápidas pero con vivos toques:

Cuantos indios vimos desde la Florida aquí, todos son flecheros; y como son tan crecidos de cuerpo y andan desnudos, desde lejos parecen gigantes. Es gente a maravilla bien dispuesta, muy enjutos y de muy grandes fuerzas y ligereza. Los arcos que usan son gruesos como el brazo, de once a doce palmos de largo, que flechan a doscientos pasos con tan gran tiento, que ninguna cosa yerran.

Después de esta descripción de los seminolas, escuchemos ésta de las famosas cataratas del Iguazú:

E yendo por el dicho río de Iguazú abajo era la corriente de él tan grande, que corrían las canoas por él con mucha furia; y esto causó que muy cerca de donde se embarcó [el gobernador Núñez Cabeza de Vaca] da el río un salto por unas peñas abajo muy altas, y da el agua en lo bajo de la tierra tan grande golpe, que de muy lejos se oye; y la espuma del agua como cae con tanta fuerza, sube en alto dos lanzas y más, por manera que fué necesario salir de las canoas y sacallas del agua y llevarlas por tierra hasta pasar el salto, y a fuerza de brazos las llevaron más de media legua, en que se pasaron muy grandes trabajos...

SAHAGÚN. Entre los primeros escritores que se ocuparon en cosas de América, ninguno puso tanto celo como fray Bernardino de Sahagún (1500?-1590) en conservar multitud de noticias sobre la vida y la civilización indígenas de la Nueva España. Compuso primero en nahuatl la meritísima *Historia de las cosas de la Nueva España*, y la tradujo al castellano por 1577; colaboraron en ella sus discípulos —jóvenes indios de la nobleza mexicana— del colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco. Los varios manuscritos de la obra pasaron a España, y fray Bernardino ignoró en sus últimos años su suerte y paradero. Otros cronistas nos legaron abundantes datos sobre la América precolombina y su conquista. Mencionaremos al venerable franciscano fray Toribio de Benavente o de Motolinía (como él prefirió llamarse), autor de la *Historia de los indios de Nueva España*; a Francisco Cervantes de Salazar, que escribió la *Crónica de Nueva España*; y a

fray Diego Durán (antes de 1538-1588), que utilizó en su notable *Historia de las Indias de Nueva España y Islas de Tierra Firme* el anónimo cronista indígena que se designa hoy como *Códice Ramírez*. Para conocer cabalmente la conquista de América hay que escuchar también la voz de los conquistados: el *Códice Ramírez* que acabamos de nombrar; las *Relaciones e Historia Chichimeca*, de don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, descendiente de la familia real de Tezcoco y del penúltimo emperador azteca; y la *Crónica mexicana*, de don Hernando de Alvarado Tezozómoc, hijo de Cuicláhuac. Para el Perú precisa citarse, entre las obras del Inca Garcilaso de la Vega (1540-1615), sus *Comentarios reales*.

COLOMBIA Y VENEZUELA. La conquista de estos países se contiene principalmente en los libros del franciscano Pedro Aguado, *Historia de Santa Marta y del Nuevo Reino de Granada* y la *Historia de Venezuela*; de fray Pedro Simón (1574-después de 1630): *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, que consta de tres partes; y de Juan de Castellanos, autor de las *Elegías de varones ilustres de Indias*. Esta obra es de escaso valor poético, pero inapreciable en el campo de la historia por contener en sus millares de octavas reales un vasto arsenal de datos.

En la *Historia natural y moral de las Indias*, del padre jesuita José de Acosta, hay una visión general de las cosas del Nuevo Continente y una confrontación de observaciones personales y de datos recogidos en un viaje por los principales países americanos. En esta *Historia* se utiliza el *Códice Ramírez*. El estilo es elegante, y la prosa, modelo en su género. El padre Acosta (1539 o 1540-1599) capitaneó ciertos fermentos de desasosiego y disgusto que hubo en su Compañía, en España, bajo el gobierno del quinto general de la Orden, Acquaviva.

Mencionaremos, por último, la *Historia eclesiástica indiana*, del franciscano Jerónimo de Mendieta (1528?-1604); y *Monarquía indiana*, por el fraile, de la misma Orden, Juan de Torquemada (1563-1624). En ambas obras se aprovechan informaciones y datos que aparecen en libros antes reseñados. *Las Décadas o Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, comúnmente designada como *Historia general de las Indias*, por don Antonio de Herrera (1549-1625); así como la *Historia de la Conquista de México*, por don Antonio de Solís, son obras de poca autoridad, ya que manejan datos de segunda mano, pero elegantemente compuestas y tenidas —sobre todo la de Solís, que ensalza sin medida a Cortés— como modelos de buena y castiza prosa.

6. HISTORIADORES DE ESPAÑA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

Sólo vamos a citar los que conservan interés para el estudioso.

ZURITA. *Los anales de la Corona de Aragón*, por Jerónimo de Zurita (1512-1580), es “obra fundamental para la historia de España... La obra de Zurita no ha sido desterrada

por ninguna posterior. Quien quiera conocer a fondo y con detalles y sobre todo verídicamente la historia de España, referida al reino de Aragón, consulte a Zurita” (Andrés Giménez Soler).

PERO MEXÍA. En el brillante cuadro de la intelectualidad sevillana del siglo XVI se destaca la figura de Pero Mexía (muerto el 17 de enero de 1552, a los cincuenta y tres años). Fue cosmógrafo en la Casa de Contratación y cronista regio desde 1548. Tuvo múltiples actividades. Una anécdota nos pinta su carácter independiente de buen humanista, amigo de Erasmo de Rotterdam, pero antiluterano ante todo:

Sucedió un día entre otros, que acabando de predicar Constantino, Pedro Mexía, hombre por sus buenas letras y escritos conocido, saliendo de la yglesia, dixo: —Vive el Señor que no es esta doctrina buena, ni es esto lo que nos enseñaron nuestros padres. Causó no poco alboroto esta razón, dicha de un hombre tan grave y estimado, y dio atrevimiento para que algunos se resolviesen a manifestar las sospechas que tenían en su pecho de que Constantino era herege. Començaron a faltarle los más amigos, y a dar parte a la Inquisición de lo que passaba. Llamáronle algunas vezes aquellos señores, y los que le veían ir tantas vezes y venir del castillo preguntáronle qué le querían. Respondióles: —Queríanme quemar estos señores, sino que me hallan muy verde. [El P. Martín de Roa en su *Historia de la Compañía de Jesús de la provincia de Sevilla*, cit. por Juan de Mata Carriazo.]

Su *Historia del Emperador Carlos V* llega hasta el año de 1530 y comprende en consecuencia nada más la rebelión de los comuneros y la guerra con Francia, con el viaje del emperador a Italia, su coronación y su partida para Alemania. Los sucesos se relatan con rapidez, viveza y animación. Son también brevísimos los comentarios morales, que descubren gran sensatez, y en ocasiones, independencia de criterio curiosa en un cronista regio.

MARIANA. Muy leída y justamente famosa ha sido la *Historia de España*, del P. Juan de Mariana (nació en Talavera de la Reina en 1536 y murió en 1624). Estudió en Alcalá e ingresó muy joven en la Compañía de Jesús. El noviciado lo hace en Simancas con san Francisco de Borja. Enseña en Roma y en París, en colegios de su Orden. En la universidad de esta última ciudad se doctora. Pasó la mayor parte de su vida en Toledo. En 1609 publica en latín sus *Siete tratados*. Uno de ellos, *De ponderibus et mensuris* — en que se exponen principios económicos análogos a la modernísima autarquía—, pareció una censura contra los ministros de Felipe III, y Mariana fue preso, y lo estuvo por un año en Madrid. Otro tratado, *De rege et regis institutione*, fue mandado quemar por el Parlamento de París, tras el asesinato de Enrique IV (1610). Otro de los más notables, sobre la muerte, contiene este pasaje, que parece tener valor de autorretrato:

Ved en el fondo de un modesto gabinete al verdadero sabio. Está entregado a la ciencia, mas no para satisfacer su vanidad, sino para fortalecer su inteligencia y procurar la felicidad de sus hermanos. Sujeta al fallo de su razón las prescripciones de sus apetitos, busca el placer, no para ahogar como otros la voz de su conciencia, sino para reparar las fuerzas que consumió la meditación, que consumió el estudio. Estima también la gloria; pero no esa gloria ruidosa que unos hacen brotar del ensangrentado suelo de los campos de batalla, y entretejen otros con las brillantes flores de una imaginación destinada más a deslumbrar que a dirigir los pueblos, sino esa faena que van constituyendo los pensamientos fecundos elaborados en el crisol de la ciencia y va solidando el recuerdo del saber y las virtudes. ¡Qué tranquilidad la suya! Vé pasar por debajo de sus ventanas los

fastuosos trenes de la aristocracia y de los reyes sin que sienta en su pecho la codicia; admira las bellezas de la mujer sin que la lujuria le tiña el rostro ni el recuerdo de un placer sensual turbe su frente; no suspira por gozar de la bulliciosa algazara del festín ni por tomar parte en un banquete. Es hombre y sufre; mas ni se rebela contra su suerte ni alza la voz al cielo con la desesperación en el fondo del alma y la blasfemia en el borde de sus labios. Sabe que Dios cuenta una por una las lágrimas que le arranque el dolor sobre la tierra, y sigue tranquilo hasta en medio de sus más terribles sufrimientos [traducción de D. Francisco Pi y Margall].

De 1579 a 1584 redacta en latín su *De rebus Hispaniae*, que luego traduce al castellano, añadiendo a los veinticinco libros de la versión latina cinco más que abarcan hasta su tiempo. Fuera de su gran significación histórica, y de que sólo por ella se tiene actualmente noticia de varios documentos, su *Historia de España* es obra en que campea en todo su brillo la lengua española. Ligeramente arcaizante, su prosa es un modelo en su género. Sus fuentes son múltiples. Es una historia nacional de España enderezada a despertar la conciencia de un país unificado, y a presentarlo como tal, en sus vicisitudes de siglos, a los ojos del extranjero.

MORALES. Ambrosio de Morales (1513-1591) publica las obras de su tío, el insigne humanista Fernán Pérez de Oliva, y prosigue la *Crónica General de España*, del zaragozano Florián de Ocampo (nacido h. 1499 y muerto h. 1555). Sus *Quince discursos* y sus *Cartas* muestran al docto humanista que propuso este bello aforismo a su discípulo don Juan de Austria: “Sútiles invenciones trato, resoluciones graves comprehendo, libros perfectos amo”. En su *Discurso sobre la lengua castellana* hay párrafos tan juiciosos como éste:

Yo no digo que afectéis nuestra lengua castellana, sino que le laves la cara. No le pintes en el rostro, mas que quitarle la suciedad. No la vistas de bordados, ni recamos, mas no le niegues un buen atavío de vestido que aderece con gravedad.

Una carta suya lleva este *post scriptum*:

Creo que este verano me he de ir ahí por ocho días a revolver vejeces, que desas escuridades sale la luz que busco.

Sus *Cartas*, en que pasa muy a menudo del castellano a la lengua sabia, ilustran respecto al interés que había a mediados del siglo XVI por inscripciones y medallas antiguas. Entre sus papeles, es curiosa la consulta que le hace Francisco de Figueroa acerca de lo fonético de la escritura del castellano, así como la respuesta del maestro Morales. Redactó en latín una descripción de la victoria naval de Lepanto.

Mencionaremos otras obras históricas: la *Crónica*, del bufón don Francesillo de Zúñiga, que se refiere a los primeros años del reinado del emperador; el *Comentario de la Guerra de Alemania hecha por Carlos V en el año de 1546 y 1547*, por don Luis de Ávila y Zúñiga; *Las Guerras de los Estados Bajos*, de don Carlos Coloma, que va de 1588 a 1599; y *El felicísimo viaje del príncipe don Felipe (después II), hijo de Carlos V, a Alemania y Flandes*, por Juan Cristóbal Calvete de Estrella. La *Crónica manuscrita del Gran Capitán*, publicada por primera vez por don Antonio Rodríguez Villa en el tomo X de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles, sigue de cerca los sucesos de

Italia, y es de muy sabrosa lectura. La guerra contra los moriscos de Granada tiene en don Diego Hurtado de Mendoza a su puntual y elegante historiador.

Sevilla da dos de los más eruditos y concienzudos genealogistas: Gonzalo Argote de Molina, que publicó por primera vez *El Conde Lucanor*, del Infante don Juan Manuel (1575), y que escribió la primera parte de la *Nobleza de Andalucía* (1588); y don Luis de Salazar y Castro, que compuso la *Historia genealógica de la gran Casa de Silva* (1685) y la *Historia genealógica de la Casa de Lara* (1696-1697).

Es digno de nota el *Comentario del Coronel Francisco Verdugo, de la Guerra de Frisia* (1ª edición, Nápoles, 1610). Sus editores modernos⁸ le llaman con razón “uno de nuestros más ilustres capitanes, que luchando con dos de los mejores generales de su tiempo, Guillermo el Taciturno y Mauricio de Nassau, contra una población, en su mayoría protestante, sin dinero, sin tropas suficientes y sin recursos, mantuvo la dominación española en las apartadas regiones de la Frisia”. En la noticia del continuo ajetreo del pelear brotan de cuando en cuando apreciaciones personales sobre la aporreada vida del militar en campaña: “Que también hay en este nuestro negro y mal oficio, como en otras cosas, hipocresía y artificio”. Nació el coronel en Talavera de la Reina, de padres hijosdalgo. “Tuvo este insigne caballero —dice don Carlos Coloma— elocuencia natural grandísima, y todas las partes que para ser gran soldado y gran gobernador convenían: y solía decir de ordinario que había procurado siempre ser Francisco para los buenos, y Verdugo para los malos.”

La expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos (1623) es libro clásico por la elegancia y rapidez del estilo, la importancia de los sucesos referidos y las brevísimas observaciones que hace de pasada su autor don Francisco de Moncada, y que muestran su conocimiento de las gentes y su práctica de los negocios del mundo. A Moncada —que era gran señor no sólo por su nacimiento, sino por el temple de su carácter— lo llama su más reciente editor, don Samuel Gili y Gaya, “fino aristócrata de la política, de la milicia y del estilo”. Moncada, sigue diciendo Gili, “supo encontrar en su pensamiento no el refugio de los débiles y de los cansados, sino un mundo interior más fuerte, indiferente a los aplausos o censuras de los hombres. Moncada no fue ciertamente un perseguido (como su admirado Boecio): su gloria y su poder crecen sin cesar; pero a pesar de ello creemos percibir en su vida y escritos un gesto ligeramente desdeñoso, cierto escepticismo elegante hacia sus propios triunfos y hacia la misma Majestad Real, a la que tan cumplidamente sirve”. El libro —modelo de historia de sucesos particulares— trata de las hazañas de los seis mil quinientos almogávares en Oriente, por el siglo XIV, capitaneados por Roger de Flor, Berenguer de Entenza, Ferrán Jiménez de Arenós y algunos más. Las fuentes principales son la *Crónica*, de Ramón Muntaner, algunos historiadores bizantinos, Zurita y otros, que siempre nombra al utilizarlos.

Uno de los mejores libros del siglo XVII es la *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña*, por don Francisco Manuel de Melo (Lisboa, 1611-1667). Asistió a la guerra de Cataluña al lado del marqués de los Vélez, y pudo por su posición en el ejército procurarse informaciones oficiales de todo lo sucedido. “Melo es un autor que escribe a la manera de los antiguos clásicos, y raciocina como un filósofo

moderno” (D. Cayetano Rosell). Gran poder descriptivo, imparcialidad de filósofo y cierta objetividad moderna son las cualidades de este historiador que frecuentemente prorrumpe en humanas consideraciones semejantes a ésta: “No hay juicio tan experto que antes de la experiencia comprenda el ser de las cosas” (p. 524, Ed. Rivadeneira, XXI).

7. GÉNEROS DIVERSOS EN PROSA (SIGLO XVI)

En este capítulo trataremos de obras en prosa de diverso género, fuera de la novela y de la historia, del siglo XVI. Algunas de ellas alcanzaron justa fama en la Europa civilizada de la época.

ERASMISMO. El erasmismo cundió rápidamente en España. Los mejores ingenios y los más doctos sintieron viva admiración por el humanista de Rotterdam. El erasmismo, además de su interés por una purificación de la Iglesia sin cisma, estimuló los estudios clásicos.

Fue una sacudida religiosa y una incitación humanística. Fue “ilustración” —entendida la palabra en su significado setecentista—, lucha contra la barbarie supersticiosa, y favoreció, sin embargo, tendencias místicas [José F. Montesinos: *Alfonso de Valdés*, Clás. Cast., t. 89, pp. 19-20].

ALFONSO DE VALDÉS. El más autorizado erasmista fue Alfonso de Valdés (Cuenca, por 1490-3 de octubre de 1532). Protegido del gran canciller Gattinara, acabó por ser uno de los secretarios del emperador, en el despacho de cartas latinas. Murió en Viena, víctima de la peste. Escribió los diálogos de *Lactancio* (o sea, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*) y de *Carón* (*Diálogo de Mercurio y Carón*). El primero es una justificación del saco de Roma (1527) por las tropas imperiales, saco que se atribuye a la justicia divina. Y el segundo es una exposición y una defensa de la política europea del emperador, y un relato de las vicisitudes de esa misma política. Estos diálogos lucianescos deben mucho a Erasmo, y el de *Carón*, a Pontano. Llenos de gracia académica, son modelos de la mejor prosa escrita bajo Carlos V. Los famosos diálogos latinos del filósofo Luis Vives (también erasmista, aunque menos exaltado que Alfonso de Valdés) y aun los del doctor Francisco Cervantes de Salazar descubren influencia del sabio holandés.

Los ocho *Diálogos* o Coloquios de Pero Mexía (véase más adelante, p. 203) divulgan nociones de física o tratan puntos de moral.

JUAN DE VALDÉS (murió en Nápoles, en 1541). Hermano mellizo de Alfonso, sirvió al marqués de Villena, quien había hecho de su casa en Escalona un centro de “alumbrados”, bajo la predicación de Pedro Ruiz de Alcaraz. Estudió en Alcalá y su primer trabajo, *Diálogo de doctrina cristiana, nuevamente compuesto por un religioso* (1529), produjo cierta alarma en las autoridades inquisitoriales, por lo que Valdés abandona España definitivamente. Clemente VII, en un salvoconducto de 1532, le llama “camerarium nostrum”. Se corresponde con el cardenal Ercole Gonzaga por los años de

1535 a 1537, reflejando el pensamiento político imperial de Carlos V. En torno a la célebre Julia Gonzaga se forma un círculo aristocrático de *valdesianos*, para el cual escribe sus obras religiosas. Pietro Carnesechi, uno de ellos, fue quemado bajo Pío V, cuando Valdés y la Gonzaga habían ya muerto. Parece que en el pensamiento de Valdés es esencial su propósito de no romper con la Iglesia, ni provocar un cisma.

El *Diálogo de la lengua* (1535-1536) corresponde a una corriente europea de dignificación de las lenguas vulgares, corriente representada por *Prose della vulgar lingua* (1525), del cardenal Pietro Bembo, y por *Défense et illustration de la langue françoise* (1549), de Joachim du Bellay.

Las opiniones de Valdés sobre ortografía y puntos gramaticales, por lo general, han prevalecido. Voces por él consideradas como arcaísmos y vulgarismos han caído en desuso. Percibió claramente algunas leyes de gramática histórica, como la evolución de ciertas letras desde el latín vulgar, por ejemplo, el paso de las oclusivas sordas (p, t, k) a sonoras (b, d, g). En cambio concede más importancia de la que tuvo el griego en lo tocante al origen del castellano; y éste no dejó de hablarse, después de la invasión musulmana, “no sólo en Asturias, Vizcaya, Lepuzca y en algunos lugares fuertes de Aragón y Cataluña”. Sabido es que una gran parte del pueblo siguió empleando el romance y que se vivió entonces bajo un régimen bilingüe.

El encanto de este diálogo, la gracia con que se plantean cuestiones de “punticos y primorcitos de lengua vulgar”, la viveza y movilidad en fin de una conversación real, no son para ponderarse.

Pero la teología de Valdés —y su filología— no son de escuela. Quizá sea éste uno de los rasgos más interesantes de su obra. A pesar de su magnífica preparación, Valdés es siempre el que viene de fuera, el que no trae prejuicios a la cuestión, sino una limpia, sagaz mirada. En esta maravillosa ingenuidad reside su fuerza, por ella es el *Diálogo de la lengua* una de las obras maestras de nuestro renacimiento [José F. Montesinos: Clás. Cast., t. 86, pp. XLVIII-XLIX].

PÉREZ DE OLIVA. El maestro Hernán Pérez de Oliva (1492-1533), cordobés, estudió en Salamanca, Alcalá, París y Roma. Tuvo por protectores a León X y a Adriano VI. Enseñó doctrina aristotélica en la Universidad de París y acabó a la postre de rector de la universidad salmanticense. Escribió el *Diálogo de la dignidad del hombre* en que se discute sobre el valer y condición del ser humano. Aunque se refutan los argumentos pesimistas con la doctrina cristiana, la impresión que deja su lectura es más bien amarga. Tradujo libremente el *Anfitrión*, de Plauto; la *Electra*, de Sófocles (con el título de *La venganza de Agamenón*) y la *Hécuba*, de Eurípides (*Hécuba triste*). Es uno de los más representativos del Renacimiento español.

GUEVARA. Fray Antonio de Guevara (murió el 3 de abril de 1545), obispo de Mondoñedo, autor muy celebrado en su tiempo por su amenidad y elocuencia insuperables. Su falsa erudición y facilidad para endilgar tautologías, su énfasis y amaneramiento no ahogan cualidades de gran prosista, que deleitó a su siglo, y a los raros lectores que en el nuestro se asoman a sus *Epístolas familiares* y al *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* (ambas obras aparecieron en el mismo volumen, en 1539). El bachiller Pedro de Rhúa,

buen humanista, se encargó de señalar la inexactitud o falsedad de las citas de Guevara, dirigiéndole unas cartas muy eruditas y graciosas, en que no son raros los párrafos como éste:

Nicodio y Anaxilo, nombres son de la misma fragua do salieron Fabiato y Neótido y Mirto y Miltas y Aznarco y Brías, de que en diversas partes usa, nascidos de la cabeza de vuestra Señoría, como Minerva del cerebro de Júpiter.

La elocuencia de Guevara es avasalladora:

Los que han de tratar con la fortuna, hanla de rogar, mas no forzar; hanla de oír, mas no creer; hanla de esperar, mas no della confiar; hanla de servir, mas no enojar; hanla de conservar, mas no detentar; porque es de tan mala condición la fortuna, que cuando halaga, muerde, y cuando se enoja, hiere...

Preguntado el filósofo Mirto por qué no se casaba, respondió: Porque la mujer que tengo de tomar, si es buena téngola de perder; si es mala, de soportar; si es pobre, de mantener; si rica, de sufrir; si fea, de aborrecer; y si hermosa, de guardar; y lo que es peor de todo, que doy para siempre mi libertad a quien jamás me lo ha de agradecer. La riqueza congoja, la pobreza entristece, el navegar espanta, el comer empalaga y el caminar cansa; los cuales trabajos todos vemos entre muchos estar derramados, sino es en los casados que están todos juntos, porque al hombre casado pocas veces le veremos que no ande congojado, triste, cansado, empalagado, y aun asombrado: digo asombrado de lo que a él puede acontecer y su mujer osar hacer. El hombre que topa con una mujer que es necia, o loca, o chocarrera, o liviana, o glotona, o rencillosa, o perezosa, o andariega, o incorregible, o celosa, o absoluta, o disoluta, más le valiera ser esclavo de un buen hombre que marido de tal mujer...

La elegancia abrumadora del estilo no daña la continua observación perspicaz:

Lo que más allí sentía era, no la falta de los bastimentos, sino la ausencia de los amigos, sin los cuales ni hay tierra que agrade, ni conversación que contente...

El hombre que se puede escalar a buena lumbre y se deja ahumar, y el que puede beber buen vino y lo bebe malo, y el que puede tener buena vestidura y la tiene astrosa, y el que quiere vivir pobre por morir rico; aquél solo y no otro podremos llamar avaro y mezquino...

...porque no ay en el mundo tan cruel enemigo como es el criado que anda descontento.

Hay también en Guevara pequeños cuadros de vida cortesana que no desentonarían en una novela picaresca:

Ay otro género de gente perdida en la corte, no de hombres sino de mugeres, las quales como passó ya su agosto y vendimias, y están ellas de muy añejas acedas, sirven de ser coberteras y capas de pecadores, es a saber, que engañan a las sobrinas, sobornan a las nueras, persuaden a las vezinas, importunan a las cuñadas, venden a las hijas y si no, crían a su propósito algunas moçuelas; de lo qual suele resultar lo que no sin lágrimas osso dezir, y es, que a las vezes ay en sus casas más barato⁹ de moças que en la plaza de lampreas.

Cierta deliciosa ironía flota en toda la obra de Guevara.

PERO MEXÍA. La *Silva de varia lección*, compuesta por el magnífico caballero Pero Mexía, fue un libro que alcanzó celebridad europea, ya por su traducción a otras lenguas o por sus imitadores. Se puede sostener que “al escrebir este libro, así por discursos y capítulos de diversos propósitos” (como asienta en el “Prohemio y Prefación de la

Obra”), creó el ensayo en las literaturas modernas. Ciertamente que la *Silva* tiene más propósito informativo que valor especulativo, pero no es libro mediocre. Mexía es el primer divulgador de nociones exactas, principalmente en achaque de historia y letras, aunque también trata temas científicos. Sus lecturas son muy amplias y diversas. No sólo está familiarizado con los autores de la antigüedad, sino con “toda la quadrilla de los hombres doctos de nuestro tiempo: señaladamente el doctísimo Francés Budeo”, como dice en uno de sus mejores *Diálogos*. Sagacidad, buena información, criterio razonable, prosa ágil y fluida, son sus cualidades sobresalientes. La *Silva* trata los más variados temas. Citemos del capítulo XXXII de la primera parte “en que se contienen muchos loores y excelencias del trabajo”:

Y también es el trabajo sano para el cuerpo, como necesario para el ánima; porque al cuerpo hace hábil, dispuesto y recio: crece y aumenta la hacienda y bienes; gasta los malos humores. Pues en lo del ánima, quita la ocasión de las malas obras, aparta los malos pensamientos. Es cosa cierta que nunca grande cosa se hubo sin trabajo: las cosas que con él se alcanzan dan más gusto. Quien quita el trabajo, quita el descanso; al cansado y trabajado todo le es sabroso y dulce; el comer le da sabor, el dormir descanso, y los otros placeres todos los toma con deseo. El que nunca cansó ni trabajó, en ningún descanso puede tomar entero gusto.

Pues volviendo a los bienes corporales, el trabajo hace a los hombres discretos, sueltos y sabios y avisados. Todas las cosas el trabajo las alcanza. Él viste los hombres y los mantiene y les hace casas do moran, caminos por do anden, navíos en que naveguen, armas con que se defiendan. Innumerables son los bienes que se siguen del trabajo. Las tierras estériles sin provecho, el trabajo las hace fructíferas y abundosas; las secas y sin agua, él se las trae, abriendo las entrañas de la tierra por do pasen; alza la tierra do es menester, y humilla las montañas que nos hacen estorbo. Hace los grandes y caudalosos ríos torcer su camino, haciéndolos caminar por las tierras secas y sin agua. E aun puede tanto que adoba y enmienda la naturaleza, y aun muchas veces la fuerza a procrear lo que de su voluntad no haría. Los bravos y fieros animales doma y amansa; aviva los ingenios de los hombres, y los otros sentidos y potencias. Todos saben que los grandes galardones, por el trabajo se merecen; y no quiere Dios que sin trabajo alcancen los suyos el Cielo.

Hay algo de cervantino en esta prosa.

Ph. A. Turner, profesor de Harvard, sostiene que proceden de la *Silva* las “siete edades” del Jacques en *As you like it*, y el *Tamburlaine* de Marlowe (*NRFH*, julio-septiembre de 1949).

ZAPATA. Don Luis Zapata de Chávez, natural de Llerena, cortesano y soldado, en su vejez, retirado a sus posesiones, recogió en la *Miscelánea* los recuerdos de su larga vida bien empleada, salpicados de mil anécdotas y sucedidos curiosos. El libro es de lo más divertido, e ilustra en muchos aspectos la vida cortesana del siglo. He aquí el caso de dos grandes señores que rivalizan en cortesía:

Don Enrique de Toledo, de la cámara del Emperador, un gran caballero que fue Presidente del Consejo de Órdenes, comió un día antes que lo fuese, con el duque de Albuquerque, don Beltrán II, y antes de comer, llegándose don Enrique a la mesa de copa, que estaba llena de plata, de vasos de beber, y una gran taça de oro entre ellos, que pesaría mil ducados, tomándola en la mano, dijo don Enrique: —“¡Qué hermosa pieça es ésta, qué oro tan puro y tan luciente!” Acudió el Duque y dijo: “Sírvase Vuesa Merced de ella para beber, que tiene de bueno, que no cabe poco vino en ella; venga un paje del Señor don Enrique que la lleve.” En tomarla había codicia y bajeza, en no la tomar, grosería y extrañeza grande; don Enrique buscó para esto un cortesano medio, diciendo: “Beso las manos a

Vuestra Señoría por tan gran merced; ella está donde debe; y para lo poco que yo bebo una copilla me basta, y por vida de doña Isabel que la tomara, sino que no me contenta la hechura.”

Indudablemente que la *Miscelánea*, de Zapata, no tuvo la celebridad europea de la *Silva*, del magnífico caballero Pero Mexía, y de algunos libres de Guevara. Pero con todo, es libro curioso.

ANTONIO PÉREZ. Las *Cartas* de Antonio Pérez son interesantísimas, por su autor tan versado en latinidades cuanto en mundanidades; por ser testimonio vivo de sus persecuciones y peregrinaciones, por ir dirigidas algunas a personajes harto famosos (el conde de Essex, los reyes coetáneos de Francia e Inglaterra, etc.); y sobre todo por contener tan nobles pensamientos y estar tan admirablemente redactadas en el estilo epistolar de la época. Citemos unos cuantos pasajes notables:

Nombro a damas por maestras, porque quien padesce por ellas, tiene derecho a ellas [carta XX, a Milord de Essex].

...que el alma suelo yo desollar por quien amo [carta XXIII]. [Hablando de unos guantes]: ...demás que van aderezados de los más suaves olores y más estimados en la tierra, y aun en el cielo: amor y fe; y la de los peregrinos se debe estimar, pues van vagando y peregrinando por amor y fe [a Mad. Knolles, carta XXIV].

...que no hay estado de esta vida que tenga la propiedad del amor, que favorable o contrario, causa melancolía [a Sir Robert Sidney, XXXIV].

Si no sé lo que me digo, es que no sé de amor, y que no puede decir sino disparates quien ha sido y es al mundo disparate todo, pero todo siervo de Vuestra Alteza [a Madama, CXL].

De las *Segundas cartas* de Antonio Pérez:

Yo he visto que para considerar una cosa y gustarla más, aun de las mismas presentes, una bebida suave, un frescor del aire, un gusto material, aun de los muy sensuales, se cierran los ojos, y se adormesce y amoresce un hombre, y aun de los de mayor juicio y grado; que es como quererse hacer absente la cosa que tiene entre manos, para gustarla más. [A un amigo: sobre los provechos de la soledad. En esta carta se trata de la cesión que hizo el autor a Felipe II, de la librería de Gonzalo Pérez—traductor de Homero en la Ulixea— para San Lorenzo el Real.]

...pero allá se quedó la librería y la parte de pago, y todo, y aun querían el pellejo, y aun dura el apetito dél en algunos [la misma carta].

...y quien dijo voluntad y fortuna, dijo las dos cosas más movibles de todas [al conde de Essex, carta XCI].

Harta razón tiene don Eugenio de Ochoa cuando dice del autor de estas notables *Cartas*:

...escribe siempre y sobre todo con el recato de un cortesano consumado, a pesar de lo mucho que debían haber exasperado su condición la edad, el infortunio y los desengaños; jamás se descompone ni decae de su dignidad en sus lamentos y querellas. Da vida a los objetos que pinta: la fuerza y gallardía de sus metáforas no han sido igualadas por ningún escritor. Con él y el P. Fr. Luis de León, llegó la lengua española en el reinado de Felipe II al más alto punto de vigor y precisión que ha alcanzado nunca.

PAREMIÓLOGOS, LEXICÓLOGOS, RETÓRICOS. El maestro en Salamanca y Alcalá, Hernán Núñez (1463-1553), autor de un *Comentario a Las trescientas*, de Juan de Mena, y de *Refranes o proverbios en castellano*, en que aprovechó sin decirlo como tres mil refranes del doctor Páez de Castro, sostuvo ruidosas controversias y ejerció mucha influencia en sus discípulos. El maestro Gonzalo Correas recopiló el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, obra muy valiosa. El toledano Sebastián de Horozco (muerto en 1570) —padre del lexicólogo Covarrubias y Orozco u Horozco— dejó inéditos los *Refranes glosados*,

...colegidos por él en la región central de España, así como los de Hernán Núñez y de Correas pertenecen a la castellana y leonesa; los de Mal Lara y de Caro y Cejudo a la andaluza, y los de Pedro Vallés a la aragonesa.

[Cotarelo, en *BAE*].

El licenciado Sebastián de Covarrubias y Orozco publicó en 1611 el *Tesoro de la lengua castellana*, un diccionario indispensable respecto de autores clásicos, y aun de medievales.

El doctor Alonso López, llamado *el Pinciano* (es decir, de Valladolid), escribió una *Filosofía antigua poética*.

ESCRITORES EN LATÍN. Se sirven preferentemente de la lengua sabia: el médico y humanista segoviano Andrés Laguna; el polígrafo Pedro Ciruelo; el arzobispo de Tarragona Antonio Agustín, célebre jurisconsulto; el canónigo Alfonso García Matamoros, gramático y erudito. Al igual que los médicos, juristas y humanistas, los filósofos y teólogos emplearon el latín, como Arias Montano y Melchor Cano, Francisco Vallés, Domingo Báñez, Gabriel Vázquez, Luis de Molina, Pedro Juan Núñez, Pedro de Valencia, Francisco Sánchez, el jesuita Francisco Suárez y otros.

ARIAS MONTANO. Benito Arias Montano (1527-1598) es, con fray Luis de León, la figura intelectual sobresaliente bajo Felipe II. Estudió en Sevilla y Alcalá, y estuvo en el concilio de Trento, en el séquito del obispo de Segovia. Dirigió la edición poliglota de la *Biblia Regia de Amberes* (1569-1572). Poeta latino en sus *Hymni et Saecula*, y en sus versiones parafrásticas del Salterio, que recuerdan la poesía elevada y serena de fray Luis; fue laureado en Alcalá. En español escribió cartas diversas, alguna notable al rey sobre política más liberal en Flandes. Este soneto, que se le atribuye, no carece de cierta gracia elegante:

Quien las graves congojas huir desea,
de que está nuestra vida siempre llena,
ame la soledad quieta y amena,
donde las ocasiones¹⁰ nunca vea.

En ella de paciencia se provea
contra los pensamientos que dan pena,
y de memoria del morir, que es buena
para defensa de cualquier pelea.

Mas el que está de amor apasionado,
no piense estando solo remediarse,
ni con paciencia ni acordar de muerte;
porque la causa trae de su cuidado
dentro en sí, y mientras más quiere alejarse,
la fuerza de amor siente muy más fuerte.

Es oportuno hacer mención aquí de la traducción de los libros bíblicos conservados en la versión hebrea (adoptados por el protestantismo) que hizo Casiodoro de Reina, que murió por 1582, traducción que sirvió de base a la de Cipriano de Valera (que falleció septuagenario en los primeros años del siglo XVII). Esta última versión, de áspero sabor hebraico en su apego literal al texto, sigue imprimiéndose por las sociedades bíblicas luteranas.

8. PRINCIPALES ESCRITORES RELIGIOSOS

Al tiempo de la conquista de América ocurre una gran fermentación de sentimientos religiosos en España. Los innumerables alumbrados, iluminados o dejados, los erasmistas y valdesianos son testimonio de ello, por lo que hace a las corrientes heterodoxas; y dentro de la ortodoxia se multiplican también los casos de exaltación entre los cuales hay que colocar los éxtasis de santa Teresa y san Juan de la Cruz y los arrobos de fray Luis de León.

Los libros místicos españoles valen más por su belleza intrínseca que por sus conceptos filosóficos nuevos. Influyen místicos del Norte: Ludolfo de Sajonia (*Vita Christi*), Herph, Tauler o Taulero, Bernardo de Clairvaux, Ruysbroeck y sobre todo Eckhart. Algunos de estos escritores —principalmente agustinos flamencos de la abadía de Windesheim— fueron tardíamente prohibidos o censurados en diversos pasajes. La Iglesia con razón miró al principio con alguna desconfianza estas formas individuales de piedad, que sólo en los más altos espíritus encontraban justificación plena.

Caracteriza la doctrina de los místicos españoles —si influidos por los alemanes contemporáneos, diferentes de ellos por su ortodoxia y su repulsión a las extravagancias— el ser como un camino intermedio “entre la creencia y el conocimiento, entre la fe y la ciencia”, cuya afirmación fundamental consiste en la comunicación directa del alma purificada por la renuncia de las cosas terrenas, por la oración, por el amor, y colocada en el estado especial llamado “éxtasis”, con Dios mismo; pero sin que en esa comunicación o unión, acompañada de milagros, suponga, ni la pérdida de la individualidad espiritual del extático, y la de su inteligencia para el conocimiento de Dios, ni la entrega del místico a la pura vida contemplativa, que necesita ser fecundada por las obras, singularmente por aquellas en que se expresa el amor al prójimo (caridad). [Rafael de Altamira, *Historia de España y de la civilización española*, tomo III, p. 554.]

La unidad de España se venía logrando desde los Reyes Católicos y bajo Carlos V y Felipe II sobre la base de lo religioso. El formidable movimiento antirreformista encuentra en España a dos de sus más brillantes campeones, san Ignacio de Loyola y santa Teresa de Jesús.

Para el místico —santa Teresa, san Juan de la Cruz, fray Luis de León— su preocupación suprema es encaminar su alma a Dios y fundirse en Él. El ascético moral

—Granada— adoctrina a sus prójimos, les explica los misterios de la fe y los incita a perfeccionarse en lo espiritual.

FRAY LUIS DE GRANADA (1504-1588). Su nombre era Luis de Sarria, y su familia, oriunda de Galicia. Su madre fue lavandera de un convento de dominicos en su ciudad natal, Granada. Estudió en el colegio de San Gregorio en Valladolid, teniendo por condiscípulos al teólogo Melchor Cano y a fray Bartolomé Carranza. En Córdoba conoció al beato Juan de Ávila. Profesó en 1525 en la Orden de Predicadores. No quiso aceptar altos cargos eclesiásticos, y el más elevado que tuvo fue el de Provincial de su Orden, en Portugal. Confesor del gran duque de Alba, fue admirado como orador por el mismo Felipe II, a quien dedicó la edición mayor de sus obras. Ilustró la cátedra sagrada, y sus sermones pasan con todo merecimiento por modelos insuperables del género. El énfasis y calor oratorio alienta en sus escritos. Los mejores son: *El libro de la oración y meditación* (1554), que trata las materias que expresa el epígrafe y de lo que impide o favorece la oración y consideración. Después de definir aquélla, prorrumpe en estas palabras:

De manera que la oración es una pascua del ánima, unos deleites y abrazos con Dios, un beso de paz entre el Esposo y la Esposa, un sábado espiritual en que Dios huelga con ella, y una casa de solaz en el Monte Líbano, donde el verdadero Salomón tiene sus deleites con los hijos de los hombres. Ella es un reparo saludable de los defectos de cada día, y un espejo limpio en que se conoce Dios, y se conoce el hombre con todos sus defectos y miserias. Ella es un ejército cotidiano de muchas virtudes, mortificación de los sensuales apetitos, y fuente de todos los buenos propósitos y deseos. Ella es leche de los que comienzan, manjar de los que aprovechan, puerto de los que peligran y reposo de los que triunfan. Ella es medicina de enfermos, alegría de tristes, fortaleza de flacos, remedio de pecadores, regalo de justos, ayuda de vivos...

La *Guía de pecadores* (1556) fue en su siglo y en el siguiente uno de los libros más leídos en toda la Europa cristiana. Después de tratar de los beneficios que nos obligan a Dios y a la virtud, y de los privilegios de ésta, en el Libro II propone remedios contra los pecados mortales, libro de donde entresacamos estos nobles párrafos:

Considera también sobre todo esto (como dice un Doctor) cuánta muchedumbre de otros males trae consigo esta halagüeña pestilencia (la lujuria). Primeramente roba la fama (que entre las cosas humanas es la más hermosa posesión que puedes tener); ca ningún rumor de vicio huele más mal, ni trae consigo mayor infamia que éste. Y allende de esto debilita las fuerzas, amortigua la hermosura, quita la buena disposición, hace daño a la salud, pare enfermedades sin cuento, y éstas muy feas y sucias, desflora antes de tiempo la frescura de la juventud, y hace venir más temprano una torpe vejez; quita la fuerza del ingenio, embota la agudeza del entendimiento, y cuasi la torna brutal. Aparta el hombre de todos honestos estudios y ejercicios; y así le zabulle todo en el cieno deste deleite, que ya no huelga de pensar, ni hablar, ni tratar cosa que no sea vileza y suciedad. Hace loca la juventud e infame, y la vejez aborrecible y miserable. Mas no se contenta este vicio con todo este estrago que hace en la persona del hombre, sino también lo hace en sus cosas. Porque ninguna hacienda hay tan gruesa, ningún tan gran tesoro, a quien la lujuria no gaste y consuma en poco tiempo. Porque el estómago y los miembros vergonzosos son vecinos y compañeros, y los unos a los otros se ayudan y conforman a los vicios. De donde los hombres dados a vicios carnales comúnmente son comedores y bebedores; y así en banquetes y vestidos gastan todo cuanto tienen. Y demás desto las mujeres deshonestas nunca se hartan de joyas, de anillos, de vestidos, de holandas, de perfumes y olores, y cosas tales; y más aman estos presentes, que a los mismos amadores que se los dan.

Considera también por otra parte la dignidad y precio de la pureza virginal que este vicio destruye; porque los vírgines en esta vida comienzan a vivir vida de ángeles, y singularmente por su limpieza son semejantes a los espíritus celestiales, porque vivir en carne sin obras de carne, más es virtud angélica que humana.

La *Introducción del símbolo de la fe* es sin duda la obra de más empeño de fray Luis. En ella, como en todas las suyas, revela la más vasta lectura. No sólo, como es de esperarse por su profesión, de la Biblia, de san Ambrosio, san Basilio y demás padres de la Iglesia, y aun de Hugo de San Víctor y Alberto el Magno, mas también de autores gentiles, como Aristóteles, Eliano, Cicerón y Plinio. La primera parte expone cómo toda la Creación, en lo grande y lo pequeño, muestra la sabiduría y omnipotencia del Creador. La segunda, las excelencias de la fe cristiana, con el martirio que padecieron muchos santos y los milagros que obraron. Las dos partes siguientes tratan, una por “lumbre de razón” y, otra, “por lumbre de fe”, del misterio de nuestra redención. La quinta parte es un sumario de las anteriores, con un tratado sobre cómo enseñar los misterios de la religión a los neófitos. Fray Luis más de una vez cita hechos que le ocurrieron, y su observación y descripción de la naturaleza es notable. Escribió también en latín y en portugués.

Libros muy leídos por santa Teresa fueron *La subida del Monte Sión*, de fray Bernardino de Laredo (1482-1540), y el *Abecedario espiritual*, de Francisco de Osuna (1497?-1542).

ÁVILA. Discípulo en Alcalá del célebre fray Domingo de Soto fue el beato Juan de Ávila (1502-10 de mayo de 1569), llamado el Apóstol de Andalucía. Teólogo y orador, en frases precisas y enfáticas expresa su pensamiento, siempre elevado y noble.

Ningún escritor como él sabe cautivar el corazón de sus lectores. Nótase en algunas de sus cartas cierto desaliño, nacido de la suma presteza con que en general las escribía, en medio de tantas ocupaciones como llenaban su ejemplar vida; pero a vuelta de este pequeño lunar, ¡qué de bellezas, qué de muestras de un ingenio verdaderamente creador campean en aquellas admirables cartas, aun consideradas sólo bajo su aspecto literario! Ellas enriquecieron el idioma místico castellano con numerosas voces de una magnificencia tan expresiva, y al mismo tiempo tan melodiosa, que no menos deleitan el entendimiento que el oído [Eugenio de Ochoa].

Citemos de su *Epistolario espiritual* este párrafo de una carta en que alienta a una doncella trabajada de peligrosas tentaciones:

...porque estas tales avenidas de angustias víspera suelen ser de abundancia de espirituales regocijos, como las tribulaciones de Job fueron mensajeros de doblada hazienda y descanso que Dios le dio. Amargólo, y después consolólo; probólo y coronólo; escondiósele un poco, mas después se le mostró más dulce que primero airado. Ésta es la condición del Señor con los suyos, mortíficelos aún hasta parecer que los mete en tormentos de infiernos, mas sácalos y alívalos sin que la ballena pueda retener ni empujar¹¹ al que tragó.

SANTA TERESA DE JESÚS. Se llamó Teresa de Cepeda y Ahumada. Nació en Ávila en 1515, y desde temprano se aficionó a lecturas devotas. En su adolescencia leyó algunos libros de caballerías, y aun trató de componer uno en compañía de su hermano Rodrigo. Profesó a los diecinueve años en el convento de la Encarnación de su ciudad natal.

Emprendió la reforma de la Orden del Carmen en 1562. Los carmelitas calzados la persiguieron, por el *Libro de su vida* (que la santa llamó *Libro de las misericordias de Dios*) y fue procesada por la Inquisición. Se le confinó en Toledo por el nuncio Segá, que la llama “fémina inquieta y andariega”. Pero quedó libre, y en 1580 se decretó una nueva provincia para los carmelitas reformados o descalzos. El de 1578 fue el peor año de las persecuciones. Fundó hasta diecisiete conventos. Y pasando por Alba de Tormes, le sorprendió la muerte el 4 de octubre de 1582. Fue canonizada en 1622.

Era —dice su biógrafo el P. Ribera— de muy buena estatura, y en su mocedad, hermosa, y aun después de vieja, parecía hartó bien.

Y la madre María de San José la describe así:

Era su rostro no nada común, sino extraordinario, ...las cejas de color rubio oscuro, con poca semejanza de negro, anchas y algo arqueadas; los ojos negros, vivos y redondos... Era gruesa más que flaca, y en todo bien proporcionada; tenía muy lindas manos, aunque pequeñas; en el rostro, al lado izquierdo, tres lunares..., en derecho unos de otros, comenzando desde abajo de la boca el que mayor era, y el otro entre la boca y la nariz, y el último en la nariz, más cerca de abajo que de arriba. Era en todo perfecta.

Escribió sus libros por orden de sus confesores. Su lengua es la familiar de Ávila. No porque careciese de letras, sino por cierto menosprecio de mística por toda afectación literaria. Su lectura continua de la Biblia se descubre en la oportunidad y frecuencia de sus citas. Repútase una de sus mejores obras el *Castillo interior* o *Las moradas*, compuesta a los sesenta y dos años. Comparando al alma con un castillo “todo de diamante u muy claro cristal”, a través del humilde conocimiento de sí misma llega a la unión con Dios en la última morada. El *Libro de su vida* (*La vida de la Santa Madre Teresa de Jesús, y algunas de las mercedes que Dios le hizo*) es la historia de su espíritu. El dominicano Ibáñez se lo mandó escribir, y en su mayor parte data de 1561. *Camino de perfección* “trata de avisos y consejos, que da a las hermanas religiosas y hijas suyas, de los monesterios, que con el favor de nuestro Señor, y de la gloriosa Virgen y Madre de Dios, Señora nuestra, ha fundado de la regla primera de Nuestra Señora del Carmen. En especial le dirige a las hermanas del monesterio de San Josef de Ávila, que fue el primero, de donde ella era priora cuando le escribió”. Es obra ascética.

Sus poesías son casi todas glosas de cantarcillos populares arreglados a un propósito piadoso. Muestran un candor y una frescura de inspiración verdaderamente deliciosos.

Sus trabajos como reformadora de su Orden se historian en el *Libro de las fundaciones*. Un fiel reflejo de su vida y extraordinaria personalidad nos ofrecen sus abundantes *Cartas*, todas impregnadas de su alta espiritualidad.

Según era muy de esperar, Teresa nos aparece como fruto de vieja cultura: tras ella se dilata la ancha perspectiva del misticismo franciscano, enlazado a su vez con la ininterrumpida tradición neoplatónica. Los antiguos temas aparecen aquí, aunque con nuevo estilo, es decir, siendo otra cosa: la época de la Contrarreforma no es la Edad Media (Américo Castro, *Santa Teresa y otros ensayos*, 1929, p. 34).

Su femineidad encantadora no renuncia a comunicarnos los estados inefables de su

alma, que nunca son un frío acto intelectual o que sólo la razón alcance.

SAN JUAN DE LA CRUZ. Se llamó en el mundo Juan de Yepes y Álvarez (1542-1591). Nace en Fontiveros u Hontiveros, cerca de Ávila. Fue en su adolescencia enfermero. En Medina del Campo y en Salamanca estudia humanidades, Sagradas Escrituras, filosofía escolástica, a los padres de la Iglesia... Santa Teresa le conoce:

A esto fue un clérigo muy siervo de Dios, y bien desasido de todas las cosas del mundo, y de mucha oración. Era capellán en el monesterio adonde yo estaba, al cual le daba el Señor los mismos deseos que a mí, e así me ha ayudado mucho, como se verá adelante [*Libro de las fundaciones*, cap. III].

Secunda la reforma carmelitana y establece en Duruelo la primera casa de descalzos. En la batalla con los carmelitas mitigados sufre prisión en Toledo, de la que logra huir. Es sucesivamente prior del Calvario, en Jaén; rector del Colegio de Baeza; definidor provincial y prior del convento de su Orden en Granada, ciudad en que escribe lo mejor de su obra; vicario provincial de Andalucía (1585), primer consultor del vicario general; y provincial de Nueva España (1591), cargo que le fue revocado antes de que pudiera pasar a desempeñarlo. Se retira a la Peñuela, en Sierra Morena, y de allí se le conduce a Úbeda, donde muere el 14 de diciembre, tras penosa enfermedad. San Juan de la Cruz es, con santa Teresa, el místico por excelencia, y ambos quienes más ilustran sobre la experiencia religiosa. En *Subida del Monte Carmelo* trata “de cómo podrá un alma disponerse para llegar a la divina unión”. El libro *Noche oscura* aborda tema análogo: “Declaración de las canciones del modo que tiene el alma en el camino espiritual para llegar a la perfecta unión de amor con Dios, cual se puede en esta vida. Dícese también las propiedades que tiene en sí el que ha llegado a la dicha perfección, según en las mismas canciones se contiene”. Para ponerse en camino de esta unión con la divinidad, san Juan preconiza purgar y vaciar las almas, no sólo de toda inmundicia de pecado mortal, sino de cualquier veleidad que no sea el ansia de llegar a Dios.

...conviene aquí notar que esta purgativa y amorosa noticia o luz divina que aquí decimos, de la misma manera se ha en el alma purgándola y disponiéndola para unirla consigo perfectamente que se ha el fuego en el madero para transformarlo en sí; porque el fuego material, en aplicándose al madero, lo primero que hace es comenzarle a secar, echándole la humedad fuera, y haciéndole llorar el agua que en sí tiene. Luego le va poniendo negro, oscuro y feo, y aun de mal olor, y yéndole secando poco a poco, le va sacando a luz y echando fuera todos los accidentes feos y oscuros que tiene contrarios al fuego. Y, finalmente, comenzándole a inflamar por de fuera y calentarle, viene a transformarle en sí y ponerle tan hermoso como el mismo fuego [*Noche oscura*, libro segundo, cap. X].

Las canciones o coplas de los dos libros citados, en que por modo alegórico explica san Juan el dificultosísimo ascenso, son las que empiezan:

En una noche oscura
con ansias en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada
estando ya mi casa sosegada...

En el *Cántico espiritual* se explican minuciosamente los versos de las *Canciones*

entre el alma y el esposo:

¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido...

La *Llama de amor viva* es una declaración de las cuatro *Canciones que hace el alma en la íntima unión de Dios*. Principalmente estas tres composiciones han ganado para el santo carmelitano uno de los más altos sitios de la lírica. Versos como “Y el ventalle de cedros aire daba”, “El aire de la almena”, “El silbo de los aires amorosos”, “¡Oh cauterio suave!” y otros muchos son grandes aciertos y de suma eficacia poética.

FRAY LUIS DE LEÓN es —como se ha visto ya— un místico en *Los nombres de Cristo*, obra exquisitamente platónica por el pensamiento y por el encanto de su prosa. Además de él, cabe citar a los agustinos santo Tomás de Villanueva (1488-1555), biografiado por Quevedo y autor del *Sermón del amor de Dios*; y al navarro fray Pedro Malón de Chaide o Echaide (1530?-1589), que escribió *La conversión de la Magdalena* por 1578 a 1583, en Huesca. Este último es un prosista de primera línea, lleno de color y viveza. Su piedad es en cierto modo popular y arrebatada. Muy docto, su lectura es un positivo deleite del espíritu. En el prólogo, donde por cierto se censuran las novelas pastoriles y las de caballerías, se encuentra esta defensa de la lengua castellana:

...pues no hay lenguaje, ni le ha habido, que al nuestro haya hecho ventaja en abundancia de términos, en dulzura de estilo, y en ser blando, suave, regalado y tierno y muy acomodado para decir lo que queremos, ni en frases ni en rodeos galanos, ni que esté más sembrado de luces y ornatos floridos y colores retóricos, si los que tratan quieren mostrar un poco de curiosidad en ello. [En Clás. Cast., vol. 104, p. 72.]

Un ascetismo un poco seco brilla fríamente en *Cien meditaciones del amor de Dios*, del franciscano Diego de Estella (1524-1578), obra muy representativa de la corriente general religiosa en España. A la misma Orden mendicante pertenece fray Juan de los Ángeles (1536-1609), un teólogo humanista, escritor notable por su amenidad, que justamente ganó la predilección de un crítico tan autorizado como Menéndez y Pelayo.

El jesuita Pedro de Rivadeneyra (1527-1611), discípulo de san Ignacio de Loyola, cuya vida escribió así como la de san Francisco de Borja y del padre Diego Laynez, es autor de una célebre *Flos Sanctorum*, muy divulgada en toda Europa; de una *Historia eclesiástica del scisma del reino de Inglaterra*, interesante aun desde el punto de vista histórico; y de un *Tratado de la tribulación*, que refleja los sentimientos católicos tras la pérdida de la Invencible en 1588. Combatió no sólo el protestantismo, sino también las ideas políticas que privaban en el Renacimiento, en su *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el Príncipe Cristiano para gobernar y conservar sus Estados, contra lo que Nicolás Maquiavelo y los políticos deste tiempo enseñan*. Sin ser un pensador profundo ni de gran originalidad, es de gratísima lectura por su amenidad y humanidad, y se le cita como una de las autoridades de la lengua.

El franciscano Juan de Pineda, que muy anciano murió en 1597, compuso *Los treynta y cinco diálogos familiares de la agricultura cristiana*, amén de otros libros de tema histórico, todos de gran valor por la riqueza de la lengua que emplea con galanura. Fue varón docto.

Son bien conocidas de las personas devotas las obras religiosas del padre jesuita vallisoletano Luis de la Puente (1554-1624).

NIEREMBERG. El jesuita madrileño Juan Eusebio Nieremberg (1595-17 de abril de 1658) representa típicamente la religiosidad del siglo XVII, así como su prosa, llena de nervio y de brillantez, se muestra contemporánea de la de Gracián y Quevedo. Hijo de criados alemanes de la emperatriz doña María de Austria, ingresó en la Compañía —sin consentimiento paterno— a los diecinueve años. Su vida fue de tanta austeridad y mortificación que al morir se le encontraron varias costillas rotas “cerca del estómago, y un hoyo tan capaz, que cabía en él un puño; porque, como arrimaba el cuerpo a la mesa para escribir, hacía fuerza contra sí con las cadenas y hierros de cilicio con tanto rigor, que se quebrantó los huesos escribiendo libros y martirizando su cuerpo” (el padre Alonso de Andrade, en las *Vidas de jesuitas ilustres*).

De su abundante producción tienen singular mérito sus *Epístolas*, que tratan los más variados asuntos, como de lo pecaminoso de los desafíos, de la paciencia como parte de la caridad, de cómo las obligaciones familiares y domésticas de la mujer deben ser su primera devoción, etcétera.

9. CERVANTES Y LA NOVELA DE SU TIEMPO

De las novelas inmediatamente anteriores al *Quijote*, hay que hacer mérito de las *Guerras civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita, vecino de Murcia, pero tal vez nacido en Mula. Tratan muy diferente materia las dos partes de que constan las *Guerras*. La primera es una novela histórica que evoca la época de los últimos monarcas Alhamares, y se imprimió en 1595 con el título de *Historia de los bandos de los Zegries y Abencerrajes, caballeros moros de Granada; las civiles guerras que hubo en la Vega entre moros y cristianos, hasta que el rey don Fernando V la ganó; agora nuevamente sacada de un libro árábigo, cuyo autor de vista fue un moro, llamado Aben-Amin, natural de Granada, tratando desde su fundación*. La segunda parte (1619) es más histórica, pues refiere la guerra con los moriscos, en el reinado de Felipe II, en la que tomó parte el autor bajo las banderas del marqués de los Vélez. La primera parte crea de todas piezas la novela histórica que habían de ilustrar Chateaubriand, Walter Scott, Dumas el padre y tantos más. El imaginario Aben Hamin, a quien se atribuye, es un antecedente de Cide Hamete Benengeli. En el terso y colorido relato de la primera parte se engarzan algún romance fronterizo y varios moriscos (artísticos) de los mejores, como este, que fue tan popular que dos de sus versos se suelen emplear como expresiones proverbiales:

Afuera, afuera, afuera,

aparta, aparta, aparta
 que entra el valeroso Muza
 cuadrillero de unas cañas.
 Treinta lleva en su cuadrilla
 Abencerrajes de fama,
 conformes en las libreas
 de azul y tela de plata.
 De listones y de cifras
 travesadas las adargas:
 yeguas de color de cisne,
 con las colas encintadas.
 Atraviesan cual el viento
 la plaza de Vivarrambla,
 dejando en cada balcón
 mil damas amarteladas.
 Los caballeros Zegríes
 también entran en la plaza:
 sus libreas eran verdes,
 y las medias encarnadas.
 Al son de los añafíes
 traban el juego de cañas,
 el cual anda muy revuelto,
 parece una gran batalla.
 No hay amigo para amigo;
 las cañas se vuelven lanzas,
 mal herido fue Alabez,
 y un Zegrí muerto quedaba.
 El rey Chico reconoce
 la ciudad alborotada;
 con un bastón en la mano
 va diciendo: aparta, aparta.
 Muza reconoce al rey,
 por el Zacatín se escapa,
 con él toda su cuadrilla
 no paran hasta el Alhambra.
 A Bibatambién Zegríes
 tomaron por su posada;
 Granada quedó revuelta
 por esta cuestión trabada.

La primera parte desfigura un hecho cierto, la matanza de los Abencerrajes que Ginés Pérez de Hita sitúa erróneamente en el reinado de Boabdil o rey Chico, y que ocurrió en el del padre de éste. La segunda parte tiene también mucho de novelesco. Por ejemplo, a Aben Humeya se le anuncia su fin, como en la leyenda de don Rodrigo a éste, o como en la *Crónica troyana*, por la princesa Casandra. Por cierto que el romancillo en que se hace el vaticinio es de lo mejor de la obra.

“GUZMÁN DE ALFARACHE.” De una riqueza verbal insuperable, el *Guzmán de Alfarache* es la novela picaresca por excelencia. Lo picaresco es ante todo un modo de actuar en un medio ambiente hostil. De ahí la desconfianza como virtud maestra, el disimulo, el engaño y demás procedimientos de defensa que con su psiquis deformada emplea el

pícaro. En el *Lazarillo*, cuya lectura es más bien tónica y risueña, el héroe siente a ratos cordial admiración por la astucia del ciego y lástima por su amo el hidalgo de Toledo. Nunca sucede esto en el *Guzmán*, libro tétrico que sólo ilumina almas mezquinas. Su autor, el sevillano Mateo Alemán, de ascendencia judía (bautizado el 28 de septiembre de 1547), se bachilleró en Artes en la Universidad de Maese Rodrigo, y siguió estudios de medicina en las de Salamanca y Alcalá, sin llegar a graduarse, según parece. Su padre fue médico de la Cárcel Real de Sevilla. Encarcelado por deudas en dos ocasiones, Mateo casó con doña Catalina de Espinosa, sobre cuyos bienes contrae obligaciones antes del matrimonio. Pronto se separa de su esposa, y mantiene relaciones amorosas con doña Francisca Calderón. Fue por muchos años “contador de resultas” en la Contaduría Mayor de Cuentas. La primera parte del *Guzmán* salió en 1599, y en Lisboa, en 1604, la segunda. Entre ambas, apareció una segunda parte apócrifa, firmada por Mateo Luján de Sayavedra, que según algunos es seudónimo del abogado valenciano Juan Martí. Lope de Vega y Vicente Espinel fueron amigos del escritor sevillano, quien pasó a México en 1608, al servicio del arzobispo virrey fray García Guerra. A la muerte de éste, publicó un sentido elogio Alemán,¹² y en 1609, la *Ortografía castellana*. “El pícaro que hubo en él —dice don Francisco A. de Icaza— había quedado en Sevilla, y sólo pasó a la Nueva España el amargo filósofo cuya misantropía, los años, enfermedades y desencantos acentuaban más y más.” Es incierta la fecha de su muerte, ocurrida en México.

El comentario moral que se hace de los sucesos del pícaro, aunque a veces es verdaderamente notable y siempre interesa por la lozanía de la lengua, constituye un pesado fardo que hace enojosa la lectura. Como en la primera parte del *Quijote*, se insertan en el *Guzmán* novelas cortas: la de Ozmín y Daraja (morisca), la de Dorido y Clorinia, en que un despechado, haciéndose pasar por aquél, corta la mano de ésta; y el precioso cuento italiano de “un caso que sucedió al condestable de Castilla don Álvaro de Luna”.

Algún otro motivo del *Quijote* se encuentra en el libro de Alemán. Lo mismo que a Sancho, mantean en Génova a Guzmán, aunque el episodio es muy maloliente en el relato del sevillano.

Esta novela picaresca por antonomasia ofrece, en resumen, una desoladora representación de la miseria y de la lucha por la vida en las más bajas capas sociales, lucha que se pinta con despiadado realismo y que asume caracteres de ferocidad. El hombre se despoja de todo motivo ideal de conducta y se exhibe en su salvaje y bajos instintos de animal de presa. Menéndez y Pelayo piensa que el *Lazarillo de Tormes* es “una idealización de la astucia famélica”; y el *Guzmán de Alfarache*, “una profunda psicología de la vida extrasocial”.

La pícara Justina, atribuida al licenciado Francisco López de Úbeda, natural de Toledo, apareció el mismo año que la primera parte del *Quijote* (1605) y fue compuesta, según Julio Puyol y Alonso, entre 1575 y 1580. Trata de la vida de una aventurera, y es un libro lleno de chocarrería y malicia femenina, sin grandes méritos. Los capítulos comienzan con un breve resumen en verso, y concluyen en un “aprovechamiento” en que se extrae la dudosa moralidad de lo narrado. La lengua es rica en expresiones

familiares y vulgares. El folclorista hallará cosas tan peregrinas como el porqué las mujeres son andariegas, y el origen de la enemistad de gatos y ratones y otros asuntos de este jaez.

CERVANTES. La vida de Cervantes fue una cadena de miserias, desdichas y contrariedades y, sin embargo, la obra es en general risueña. Muy poco deja traslucir en ésta de la pobreza que le acompañó fielmente hasta su muerte; de la esclavitud a que estuvo sujeto por cinco años, en la mejor época de su juventud; de las incomodidades y molestias sin cuento que padeció en el desempeño del cargo de comisario o perceptor de impuestos. Este optimismo y alegría de vivir y olvido de las incesantes miserias que roen las mejores energías es muy propio de escritores del siglo XVI.

Nace en Alcalá de Henares probablemente el 29 de septiembre de 1547, y fue bautizado el 9 de octubre. Hijo de un cirujano “romancista” pobre y sordo, Rodrigo, fue el cuarto hijo de una familia de siete. Por 1568 asiste a los Estudios Generales de la Villa de Madrid, que dirige el humanista Juan López de Hoyos. Hay que recordar que las universidades comenzaron llamándose estudios generales. López de Hoyos, distinguido hombre de letras, lo llama “su caro y amado discípulo”. En 1569 pasa a Italia al servicio del cardenal Julio Acquaviva. Camarero de este gran señor docto y brillante, Cervantes adelanta su educación y práctica del mundo. Es indudable que conoció las principales ciudades; años después las recuerda con exactitud: “Luca, ciudad pequeña, pero muy bien hecha...”; “contentóle Florencia en extremo, así por su agradable asiento como por su limpieza, suntuosos edificios, fresco río y apacibles calles...”; “Roma, reina de las ciudades y señora del mundo. Visitó sus templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza; y así como por las uñas del león se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, así él sacó la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes...”; “Nápoles, ciudad a su parecer y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa, y aun de todo el mundo”; “de Palermo le pareció bien el asiento y belleza, y de Mesina el puerto....”; “estas dos famosas ciudades [Venecia y México] se parecen en las calles, que son todas de aguas: la de Europa admiración del mundo antiguo, la de América espanto del mundo nuevo...”; “Milán, oficina de Vulcano, ojeriza del reino de Francia, ciudad en fin de quien se dice, que puede decir y hacer, haciéndola magnífica la grandeza suya y de su templo, y su maravillosa abundancia de todas las cosas a la vida humana necesarias”. Pronto se alista como soldado en la compañía de Diego de Urbina. El 7 de octubre de 1571 asiste a la batalla naval de Lepanto, en la galera *Marquesa*, y a pesar de la fiebre pelea con bizarría, y recibe tres arcabuzazos, uno de los cuales le estropea la mano izquierda. Curado de sus heridas prosigue sus hazañas en el famoso tercio de don Lope de Figueroa y se halla en Navarino, Túnez y La Goleta. Vuelve a Nápoles y a poco parte a España, provisto de cartas que abonan su heroico comportamiento en la guerra contra el turco, entre otras una del príncipe don Juan de Austria para Felipe II, en que pide una compañía de soldados para Cervantes. La galera *Sol* en que viajaba cae en poder de piratas argelinos, que entonces infestaban el

Mediterráneo. Se le lleva a Argel, donde permanece cautivo hasta el 19 de septiembre de 1580. Por cuatro veces trató de evadirse, y aun de sublevar a los cautivos cristianos. Le delataron y estuvo a dos dedos de ser azotado, empalado o ahorcado. Escapa indemne milagrosamente de las manos del cruel Hasán, dey de Argel. Sus delatores, cristianos, fueron un tal “Dorador” de apodo, y el monje renegado Juan Blanco de Paz. Su rescate tuvo también mucho de providencial, pues lo consiguen los trinitarios o redentoristas fray Juan Gil y fray Antonio de la Bella con una cantidad, en parte, que no bastó a libertar a un noble aragonés; y ocurre cuando Cervantes se hallaba ya embarcado para ser conducido con los demás esclavos de Hasán Bajá a Constantinopla. No se sabe mucho de los años siguientes a su regreso a España. En 1585, salen los *Seis libros de la Galatea*, novela pastoril, que nunca acabó a pesar de prometerlo varias veces. Muy sabida es la elegante y benévola opinión del mismo autor:

Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención, propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete: quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega...

En 1582 publicó su amigo Luis Gálvez de Montalvo *El pastor de Filida*, una de las mejores novelas del género. El *Aminta*, del Tasso, se publica en 1581; y en 1590 el *Pastor Fido*, del Guarini. Es, pues, *La Galatea* un tributo a una moda literaria del tiempo, moda elegante y amanerada. No es una novela de clave, no obstante que Astraliano parece ser don Juan de Austria; Tirsi, Francisco de Figueroa el Divino; Siralvo, Luis Gálvez de Montalvo, y Meliso —cuyos funerales se celebran en el libro VI—, el gran prócer del Renacimiento español, don Diego Hurtado de Mendoza. Otras identificaciones que se han sospechado son dudosas. En el *Canto de Calíope* del libro VI, se mencionan innumerables poetas y se les elogia. Cervantes, como Goethe, fue un crítico en extremo benévolo.

A fines de 1584 se había casado con doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, de buena prosapia en Esquivias, aunque de cortos bienes de fortuna. Parece que por estos años escribió para el teatro, y a esta época corresponden *El trato de Argel* y *La Numancia*, obra esta última de la más fuerte dramaticidad. Por 1587 comienzan sus penosas andanzas en Andalucía y La Mancha, como comisario para la recolección de aceite y granos destinados a la Armada Invencible. Se le excomulgó en una ocasión por haber echado mano de cereales pertenecientes al Cabildo de Sevilla. Estas excomuniones eran frecuentísimas contra detentadores de bienes eclesiásticos. Por manejos de un subordinado suyo salió alcanzado con más de veintisiete mil maravedises; quebró un banquero portugués —Simón Freire de Lima— con el cual había depositado cierta cantidad de ducados; se le encarceló dos veces en Sevilla (1597 y 1602), la primera por tres meses. Acaso fue entonces cuando ideó a don Quijote, y comenzó a trabajar en esta su obra suprema. Un conocimiento minucioso de las cuentas de Cervantes ha demostrado su honradez a carta cabal.

En los primeros años del siglo XVII vivía Cervantes en Valladolid, ciudad a la que había trasladado la corte Felipe III. El 27 de junio de 1605, fue herido mortalmente en

desafío un caballero llamado don Gaspar de Ezpeleta, cerca de la casa que habitaba el escritor con sus hermanas, doña Andrea y doña Magdalena (beata), con su hija natural, doña Isabel Saavedra, y con su sobrina, doña Constanza de Ovando. Ezpeleta murió al día siguiente sin revelar el nombre de su heridor; y el alcalde Cristóbal de Villarreal mandó poner presos a Cervantes y a su familia, así como a otras personas que vivían en la misma casa, creyendo que pudiera resultarles —cosa que no sucedió— alguna responsabilidad en el homicidio. Pocos días después salieron libres. Doña Andrea, en su confesión, declara “que algunas personas entran a visitar al dicho su hermano por ser hombre que escribe e trata negocios e que por su buena habilidad tiene amigos”.¹³ En efecto, Cervantes ocasionalmente tuvo tratos comerciales, antes que todo en Sevilla. Fue amigo de negociantes, y nada más falso que representárnoslo como un pobre hombre sin ningunos recursos. Hay algunos consejos de Don Quijote a Sancho sobre el cortarse las uñas, el vestir y el cabalgar, que revelan a una persona acostumbrada al buen trato social y al tanto de las prácticas mundanas.

La primera parte del *Quijote* aparece en 1605 y en 1615 la segunda. Las *Novelas ejemplares* en 1613; en 1614, el *Viaje del Parnaso*; en 1615, *Ocho comedias y Ocho entremeses*; *Los trabajos de Persiles y Sigismunda, historia setentrional* es obra póstuma (1616). Como se ve, en sus últimos años despliega la mayor actividad literaria, y muere abrigando varios proyectos de nuevos libros. Radica al final de su vida en Madrid. Sus protectores o patronos fueron el conde de Lemos, y principalmente el ilustrísimo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas. Por 1610 frecuenta la Academia Selvaje a que concurrían Lope y otros ingenios, academia que se reunía en la casa de don Francisco de Silva y Mendoza, hijo segundo del segundo duque de Pastrana. Poco antes de morir ingresó en la Venerable Orden Tercera, con cuyo hábito fue enterrado. Falleció el 23 de abril de 1616, aparentemente en la misma fecha que Shakespeare, pero en realidad algunos días después.

Cervantes fue un lector infatigable y de gran memoria. Es preciso desechar ideas falsísimas y reconocer que la obra cervantina —especialmente el *Quijote*—, además de recoger la rica experiencia de una vida intensamente aprovechada, supone una cultura literaria de primer orden. Le eran familiares la literatura de su patria así como la italiana y la latina. En el manejo del diálogo sobrepaja a la *Celestina* y al teatro de Lope de Rueda. Pasma su erudición en materia de libros de caballerías. Éstos contribuyeron sin duda a preparar el clima en el cual se operó la conquista de América. El ideal caballeresco subsiste y se salva en el *Quijote*, que sólo satiriza los desvaríos y excesos idealistas, en lo que son contrarios a la razón y al sentido de la realidad. Muchos episodios de la gran novela aprovechan romances y se fundan en ellos. No se ha estudiado aún suficientemente hasta hoy el influjo de los italianos en el supremo novelista. En su pericia de la narración es indudable su deuda con Boccaccio y con los *novellieri* (Tirso y sus contemporáneos le llamaron el Boccaccio español). Está comprobado que podía leer libros latinos. Su conocimiento de autores como Virgilio y Ovidio es más que mediano. Como asumió una actitud antipedantesca no hizo gala nunca de su latinidad, que, por otra parte, era común y corriente en su tiempo.¹⁴ No es posible en breve espacio

mentonar los libros utilizados, como la *Arcadia*, de Sannazaro; el *Orlando*, de Ariosto; *Coloquios*, de Erasmo; los *Diálogos*, de León Hebreo; los de Luciano; el *Asno*, de Apuleyo, y muchísimos más.

Lope de Vega y Cervantes triunfaron en diferentes campos: Lope, en la poesía dramática y en la lírica; Cervantes, en la novela realista sobre la vida contemporánea, como en el *Quijote* y en las mejores de las *Novelas ejemplares*.

El campo de Cervantes —dice Menéndez y Pelayo— fue la narración de casos fabulosos, la pintura de la vida humana, seria o jocosa, risueña o melancólica, altamente ideal o donosamente grotesca, el mundo de la pasión, el mundo de lo cómico y de la risa.

Con todo y esto, tuvo múltiples aciertos en la lírica, como aquel romance que se halla en uno de los episodios más tiernos del *Quijote*:

Marinero soy de amor,
y en su piélago profundo
navego sin esperanza
de llegar a puerto alguno.
Siguiendo voy a una estrella
que desde lejos descubro,
más clara y resplandeciente
de cuantas vio Palinuro...

Su teatro está lejos de ser desdeñable. Su obra genial no está vaciada en los moldes literarios que estaban en boga en su época, tales como las novelas pastoriles y las bizantinas y los cuentos de islas remotas y aventuras, cuyo antecedente se encuentra en el *Decamerón*. El *Quijote* y unas cuantas *Novelas ejemplares* constituyen la labor más perdurable, su mejor timbre de gloria y lo supremo en la literatura española.

La pintura de la vida hispana al finalizar el siglo XVI, los dos personajes centrales y otros muchos secundarios, la experiencia humana tan vasta, el poder imaginativo que combina siempre nuevos e inesperados sucesos, y una filosofía risueña y benévola que ilumina gratamente su mundo, hacen del *Quijote* uno de los libros de perenne encanto.

Don Quijote y Sancho son personajes de psicología muy compleja, y de ningún modo meras representaciones de entidades abstractas, el idealismo y el materialismo. Con Don Quijote se va identificando cada vez más su autor; y en cuanto a Sancho posee los tesoros espirituales y cordiales del rústico, y su saber popular de refranes, cuentos y adivinanzas, tan sabroso.

Precisamente porque el *Quijote* es obra de genio, y porque toda obra de genio sugiere más de lo que expresamente dice —asienta Menéndez y Pelayo— son posibles esas interpretaciones que a nadie se le ocurre aplicar a las obras del talento reflexivo y de la medianía laboriosa.

Y más adelante agrega don Marcelino:

Quien no tenga por suficiente gloria para Cervantes la de ser el primer novelista del mundo, un gran poeta en prosa, un admirable creador de representaciones ideales y de formas vivas, el más profundamente benévolo y humano de todos los escritores satíricos, estímele en buen hora como médico o como jurisconsulto o como político, y deduzca de sus obras todas las filosofías imaginables...

En la gran novela hallamos la dimensión de tiempo. Sancho, verbigracia, evoluciona y se pule en la constante compañía y trato de su amo. Además, en la segunda parte, el conocimiento de la primera por buen número de personajes coloca a éstos en un plano intermedio entre Don Quijote, Sancho y nosotros, pues participan de nuestra condición de lectores o espectadores. Esto contribuye al mayor realismo de la segunda parte y permite combinar nuevas situaciones.¹⁵

Cuando Cervantes escribía el capítulo LIX de la segunda parte del *Quijote* se publicó una segunda parte cuyo autor se nombraba Alonso Fernández de Avellaneda. Es obra de mediano valor literario, y consideramos muy plausible la hipótesis de que Avellaneda no fue otro que Guillén de Castro (véase el estudio de Emilio Cotarelo en *Boletín de la Academia Española*, junio de 1934).

En el *Quijote* interesa especialmente la representación que cada uno tiene de la realidad cotidiana. Así, por ejemplo, el episodio en que el héroe y su escudero se postran ante Dulcinea y sus damas. Don Quijote cree que su señora ha sido transformada en una zafia labradora. Sancho, socarronamente, sabe a qué atenerse y cree engañar a su amo, pero más tarde la duquesa le convencerá de que su señor estaba en lo justo. Todo esto, como dice atinadamente Américo Castro, se parece a un juego de espejos.

Cervantes representa una corriente humanística renacentista en plena Contrarreforma. Con justicia se ha comparado su actitud con la de Shakespeare al atacar veladamente —sobre todo en *Measure for Measure*— el puritanismo.

Este humanismo le convierte en un campeón del individuo, de sus derechos y veleidades, lo mismo cuando se trata de las aficiones literarias del mozo Miranda, que cuando se defiende a la pastora Marcela y a su ideal de vida libre en los campos. El individuo y la voluntad humana merecen el mayor respeto. Así que a la mujer no hay que imponerle un marido escogido por los padres y no por su propio corazón. Y Cervantes —antes que Molière y Moratín— expone los peligros del casamiento del viejo con la niña en *El celoso extremeño*.

En *La española inglesa*, como en el *Cautivo* de la primera parte del *Quijote*, hay rasgos autobiográficos; y es notable su actitud benévola para Inglaterra y su reina. *El licenciado Vidriera* es de lo que escribió con más desenfado y gracia, aprovechando frases y definiciones ingeniosas que va dejando caer la reflexión continua. *La fuerza de la sangre* se distingue por su buen plan y contextura. Casos semejantes al que narra ocurrieron en la época. El tópico del disfraz masculino, de que se echa mano en *Las dos doncellas*, ocurre en Montemayor y en algunas comedias de Shakespeare. No es inverosímil, como lo demuestra el caso de la Monja Alférez, doña Catalina Erauzo, que con indumento varonil corrió en pleno siglo XVII mil divertidas aventuras en España, Perú y México, donde acabó sus días. *La señora Cornelia* fue imitada por Tirso en su comedia *Quien da luego da dos veces*. *El casamiento engañoso* cuenta una picante anécdota reveladora de la moral privada y honestas costumbres bajo Felipe III, anécdota narrada con gran finura psicológica. Poco interés ofrecen *Las dos doncellas* y *La señora Cornelia*, que don Francisco A. de Icaza considera como muestras de la manera italiana de Cervantes. El mismo docto cervantista dice de los personajes principales de *El celoso*

extremeño, novela psicológica de raro valor:

El indiano Carrizales, que antes de salir de España “no dormía por pobre, al regresar no sosegaba de rico”, y añade a sus zozobras la inquietud de los celos por rendir “la flaqueza de sus muchos años a los pocos de Leonora”; ésta, que al unirse al viejo saborea unos goces “ni gustosos ni desabridos por no tener experiencia de otros”, y Loaysa —especie de don Juan, despojado del prestigio romántico—, “atildado y melifluo” al par que agudo y atrevido, con agudezas y atrevimientos del pícaro andaluz, son quizá los caracteres que mejor vio y mejor pintó Cervantes. (*Las novelas ejemplares de Cervantes. Sus críticos, sus modelos literarios, sus modelos vivos y su influencia en el arte*, 1901, pp. 163-164.)

Para Azorín la novelita de *El amante liberal* “está henchida de una visión del Mediterráneo —luz cegadora, mar azul, brisas leves que impregnan de sal nuestros labios, nubes redondas y blancas, blancas casas, palmeras...”

Rinconete y Cortadillo es un alegre cuadro de la vida del hampa sevillana, cuadro que cautiva por lo pintoresco y por el colorido intenso. *La ilustre fregona* tiene analogías con *La gitanilla*, y más aún con *El amante liberal* y con el *Cautivo*.

La gitanilla, idealización de los gitanos, o más bien de la vida libre que llevan, rebosa donaire y alegría de vivir. Su estilo es insuperable. *La novela y coloquio que pasó entre Cipión y Berganza, perros del Hospital de la Resurrección* es sin duda la mejor de las *Novelas ejemplares*, por la densa realidad que se refleja en ella, así como por las sabias y regocijadas opiniones sobre los más variados asuntos. Obra de lo más personal y valioso del gran escritor.

Ensayó diversos géneros dramáticos: la tragedia histórica en *La Numancia*, la comedia de santos en *El rufián dichoso*, la caballeresca en *La casa de los celos*, la de enredo en *La entretenida*, la de tema picaresco en *Pedro de Urdemalas*, la que trata de la vida de los cautivos cristianos en *Los baños de Argel* y en *El trato de Argel*.

En la *Comedia famosa de la entretenida* se halla el precioso romancillo sobre la condición de las criadas:

¡Tristes de las moças
a quien truxo el cielo
por casas ajenas
a servir a dueños,
que, entre mil, no salen
quatro apenas buenos,
que los más son torpes
y de antojos feos!
Pues qué si la triste
acierta a dar celos
al ama, que piensa
que le haze tuerto?
Ajenas ofensas
pagan sus cabellos,
oyen sus oydos
siempre vituperios,
parece la casa
vn confuso infierno:
que los celos siempre
fueron vozingleros...

La Numancia se ha representado en momentos críticos de España, como el sitio de Zaragoza en 1808. Los *Entremeses*, de un diálogo tan vivo y henchidos de sabroso humorismo y humanísima pintura de la vida popular en sus aspectos más pintorescos, son de muy subido mérito artístico. Modelos en su género son *El juez de los divorcios*, *La elección de los alcaldes de Daganzo*, *El retablo de las maravillas*, *El viejo zeloso*, *La guarda cuidadosa*, *La cueva de Salamanca*. Desde años se vienen representando en las pintorescas plazas de Guanajuato. Abundan los tipos cómicos curiosamente observados y pintados. *El viaje del Parnaso* es obra menor en la que se elogia a innumerables poetas contemporáneos y en la que se desliza más de una noticia curiosa sobre la vida del autor.

De novela bizantina se ha clasificado *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, *historia setentrional*, última labor literaria del gran novelista. Con la amenaza inminente de la muerte escribió las emocionantes páginas de la dedicatoria y el prólogo. La cronología y la geografía son un poco caprichosas. Y en el relato se suceden episodios en gran número y de valor artístico muy desigual. La prosa y el estilo conservan su alta calidad.

Para Hazlitt “tal vez no hay obra que combine tanta invención fantástica con tal aire de verdad, como el *Quijote*. Su popularidad casi no tiene igual y, sin embargo, sus méritos no han sido todavía entendidos suficientemente”.¹⁶ Le imitaron, entre otros muchos, Kleist; y en *Almas muertas*, Gogol. Heine y Turguénev le consagraron bellas páginas. Es perceptible la influencia de su estilo en los mejores prosistas españoles, como Larra¹⁷ y Pérez Galdós. La importancia de las múltiples investigaciones y disquisiciones cervantinas afirma su gloria y el inmarcesible interés de su obra.

10. TEATRO NACIONAL DE ESPAÑA

Gran número de países han tenido ilustres dramaturgos, pero pocos poseen un teatro nacional. Éste requiere una forma dramática exclusiva que empleen varios escritores. Sólo tuvieron teatro nacional, en la antigüedad, los griegos; y en la edad moderna, Inglaterra, en el periodo isabelino; España, con Lope de Vega, Tirso de Molina, Alarcón, Calderón de la Barca y otros; y Francia, con Corneille y Racine en la tragedia, y con Molière en la comedia. El teatro brota y florece en ciudades prósperas que concentran la riqueza de un pueblo; así sucede en la Atenas de Pericles, el París de Luis XIV, el Madrid de los Felipes, y con Sevilla y Valencia, puertos de intenso tráfico, respectivamente, con América e Italia.¹⁸

Las Cofradías de la Pasión y de la Soledad fueron las dueñas de los teatros o *corrales* madrileños: el del *Príncipe* (reconstruido en 1582), y el de la *Cruz* (1579), únicos a partir de 1584. Antes hubo otros, el de la calle del Sol, el de la Pacheca, y el de Burguillos. Estos corrales en un principio carecían de techo, y aprovechaban las ventanas de las casas vecinas como *desvanes*, si eran altas; y como *aposentos* (corresponden a nuestros palcos) si eran bajas. Luego venían las gradas, abajo de los aposentos. El *patio*, hoy lunetas o butacas, era la localidad más barata; a ella acudía el vulgo, que escuchaba

la pieza de pie. Al *patio* sólo concurrían hombres, y como naturalmente constituían la parte del público más impaciente y ruidosa, se les llamaban *los mosqueteros*. Las mujeres ocupaban una galería alta —la *cazuela*— al fondo del teatro, frente al escenario. Éste se alzaba poco sobre el suelo, y en él solían sentarse, de espaldas a los actores, algunos galanes. Costumbre semejante había en los teatros ingleses. Las decoraciones y el arte escénico eran de lo más simple. Solían los cómicos, sin dejar el escenario, anunciar una mutación de lugar. Cosa notable fue que en España lo mismo que en Italia desde el siglo XVI se permitió casi siempre que actuaran mujeres, lo que no sucedió en Inglaterra hasta la Restauración, ni en Alemania hasta bien entrado el siglo XVIII. A partir de 1615 hubo en España doce compañías *reales* o *de título*, en tanto que eran innumerables las de la legua que recorrían el país entero, y cuyos integrantes vivían con hartos trabajos. *El viaje entretenido* (1603), de Agustín de Rojas Villandrando (madrileño, nació por 1572, murió después de 1618), da curiosos pormenores sobre la vida teatral de su tiempo. Rojas Villandrando peleó en Francia, anduvo en corso contra los ingleses; en Málaga por homicidio se acogió a sagrado, y una bella dama lo rescató por trescientos ducados. Mendigó, fue ladrón de capas o capeador, y tiró de la jábega algunos meses. En Sevilla le apodaron “el caballero del milagro”, por no saberse de qué se sustentaba. Trabajó durante tres años en las compañías de Antonio de Villegas, Nicolás de los Ríos y Miguel Ramírez. *Le Roman Comique*, de Scarron, y *Le Capitaine Fracasse*, de Théophile Gautier, deben algo al *Viaje entretenido*.

Los italianos, si no tuvieron un teatro nacional, con la famosa *Commedia dell'Arte* (en que los actores improvisaban en escena el diálogo) contribuyeron a la formación de los teatros nacionales español, francés e inglés. Desde 1574 representó en España un actor italiano célebre —Ganassa— con su compañía. Antes de él, en la primera mitad del siglo XVI, había actuado otro, un tal Muzio. Parece que Lope, de joven, era asiduo a los italianos. Ciertas piezas de éstos, a juzgar por los argumentos conservados, contenían escenas nocturnas, confusión de personas en la oscuridad, y otras situaciones que después fueron habituales en la comedia de capa y espada. El “gracioso” debe mucho al Trástulo ítalo. En España, bajo el rubro general de comedia se comprendían las propiamente dichas y las tragedias y piezas con desenlace lamentable. “Autor de comedias” quería decir empresario o director teatral. Además del domingo, se representaba dos o tres veces en la semana; y diariamente al acercarse la cuaresma, durante la cual se cerraban los corrales. Las representaciones eran por la tarde, a las dos en invierno y a las tres en verano. Se comenzaba por una “loa”, suerte de prólogo en verso en que se solían hacer al público explicaciones necesarias sobre la comedia, algunos donaires y alusiones festivas a sucesos del momento. Muchas loas no tenían relación alguna con la comedia que precedían. Seguía la comedia, que constaba de tres actos o jornadas, y en los intermedios de éstas se ponían en escena “entremeses”, o sea, piezas jocosas breves. Los mejores son los de Luis Quiñones de Benavente (*Joco seria, Burlas veras*, etc., Madrid, 1645). Con los entremeses se cantaban jácaras y se bailaban “la pestífera zarabanda”, la chacona, el escarramán y otras danzas de la época. La “comedia nueva”, o sea, el tipo de pieza dramática establecido por Lope y su escuela, no

se impuso limitaciones ni guardaba las famosas unidades de acción, tiempo y lugar. Lo cómico alternaba con lo grave, y el “gracioso” no faltaba aun en obras de carácter serio o trágico.

LOPE DE VEGA. Es una de las figuras más simpáticas de las letras. Sus *Cartas* nos revelan curiosos aspectos de su personalidad extraordinaria. Acaso en ninguna literatura se halla un escritor que a la excelencia de su obra junte tan portentosa fecundidad. Lírico insigne como fray Luis y Góngora, como Espronceda y Darío, en el teatro sobrepuja a todos por el número de piezas y por la rara calidad artística de ellas. Su vida intensa y pasional es no sólo la necesaria contrapartida de su abrumadora producción poética, sino el origen de innumerables personajes e intrigas, la raíz de su vasta y honda experiencia vital que alienta en sus comedias, novelas y poemas. Dotó a su patria de un teatro nacional que rivaliza con el ateniense y el isabelino. La comedia por él cultivada, en que aprovecha la historia y la leyenda de España, por largo tiempo había de merecer el favor del público y de persistir incólume en manos de continuadores ilustres, como Tirso, Alarcón y Calderón de la Barca, Rojas Zorrilla y don Guillén de Castro, Vélez de Guevara y don Agustín de Moreto.

Su vida, tan lozana, penetra su obra más que en otros autores; así en *La Dorotea*, en las *Novelas a Marcia Leonarda* y en incontables poesías y comedias. Por sacar partido y aprovecharse literariamente de los mil incidentes de su inquieta existencia, coincide con Goethe y Marcel Proust y con otros autores menos célebres que introdujeron en sus escritos el turbador elemento de la confidencia. En la creación de tantos personajes diversos, y en su densa estructuración psicológica, hace pensar en el mismo Shakespeare, y en Balzac, por la variada gama de situaciones y conflictos que dramatiza.

Nace en Madrid el 25 de noviembre de 1562; un año menor que Góngora, y quince que Cervantes. Estudia con los padres teatinos y en algún colegio particular de Alcalá de Henares. Fue paje del obispo de Ávila, don Jerónimo Manrique de Lara, como cuenta en la *Epístola* al doctor Gregorio de Angulo, regidor de Toledo:

Crióme don Jerónimo Manrique,
estudié en Alcalá, bachilleréme,
y aun estuve de ser clérigo a pique;
cegóme una mujer, aficionéme,
perdóneselo Dios, ya soy casado;
quien tiene tanto mal, ninguno teme.

Frecuentador de medios teatrales, comienza muy temprano su carrera dramática. *El verdadero amante* es su comedia más antigua; de la dedicatoria a su hijo Lope, citemos estas amargas confidencias, frecuentes en el gran dramaturgo:

Yo he escrito novecientas comedias, doce libros de diversos sugetos, prosa y verso, y tantos papeles sueltos de varios sugetos, que no llegará jamás lo impreso a lo que está por imprimir; y he adquirido enemigos, censores, asechanzas, envidias, notas, reprehensiones y cuidados; perdido el tiempo preciosísimo, y llegada la *non intellecta senectus*, que dijo Ausonio, sin dejaros más que estos inútiles consejos.

Después de cinco años de amoríos con Elena Osorio, amoríos que se reflejan fielmente en *La Dorotea*, fue procesado a los veintitrés de su edad y desterrado de Madrid, por libelos contra la familia del autor de comedias Jerónimo Velázquez, padre de la Osorio. Ésta no es otra que la Filis y la Zaida de los romances pastoriles y moriscos. Alternan estos amores con los de su primera esposa doña Isabel de Urbina, hija del pintor Diego de Urbina. A esta dama, que aparece en los romances con el anagrama de Belisa, la rapta para allanar diferencias sociales y poder casarse con ella. Reside algún tiempo en Valencia y toma parte en una expedición a las Islas Terceras, y en la Armada Invencible a bordo del galeón *San Juan*. Compone en la travesía el poema a la italiana *La hermosura de Angélica*, y hace tacos con los papeles de Filis. Sirvió como secretario o gentilhomme a varios señores: al marqués de las Navas, al duque de Alba, al marqués de Malpica, al de Sarria (que después fue conde de Lemos, virrey de Nápoles y protector de Cervantes, de los Argensolas y de otros escritores); y, finalmente, al duque de Sessa, amigo y confidente de la madurez y vejez del poeta. Muerta su primera esposa, de tuberculosis, en Alba de Tormes, donde había compuesto su poema bucólico *La Arcadia*, y tras de nuevos amoríos con doña Antonia Trillo de Armenta, se casa con doña Juana de Guarda, hija de un rico traficante en carnes y pescado. Poco después comienzan sus prolongadas relaciones amorosas con una bella actriz, Micaela de Luján —a quien designa en sus églogas y sonetos con el nombre de Camila Lucinda—. El marido de ésta había pasado al Perú y murió en 1603. Lope tuvo en ella no menos de seis hijos, entre los cuales Marcela, que profesó en las Trinitarias Descalzas con el nombre de sor Marcela de San Félix, la predilecta. Como Micaela de Luján vivía en Sevilla y él en Madrid, hizo continuos viajes a la ciudad andaluza, donde trabó amistad con Mateo Alemán (que intervino en el asunto no muy honroso de la herencia de Diego Díaz, el marido de la Luján) y probablemente con algunos ingenios famosos, como don Juan de Arguijo, Rodrigo Caro, Fernández de Andrada, Rioja y otros menos celebrados. En los primeros años del siglo vive en Toledo, adonde traslada su hogar legítimo y también a la Luján. Trabaja por entonces en *La Jerusalén conquistada*, un nuevo poema al gusto italiano. Por 1605 comienza la amistad con el duque de Sessa, joven señor que entre otras cosas se apasiona por coleccionar cartas autógrafas de Lope. Éste en 1610 vive de nuevo en Madrid, en casa propia en la calle de Francos; posee un pequeño jardín que

Tiene sólo dos árboles, diez flores,
dos parras, un naranjo, una mosqueta.

Sobre la puerta hace grabar estas palabras: “Parva propria, magna. Magna aliena, parva”, que recuerdan las de la casa de Ariosto: “Parva, sed apta mihi...” La enfermedad de su mujer coincide con sus primeras crisis religiosas. Ingresa en la Congregación de Esclavos del Santísimo Sacramento, a que también pertenecieron otros escritores, como Cervantes, Espinel y Calderón de la Barca. Ingresa también a la Venerable Orden Tercera de San Francisco. Poco antes y por influjo del de Sessa se le nombra Familiar del Santo Oficio. Por causas ignoradas le atacan a cuchilladas una noche que regresaba de los *Descalzos*, sin herirle. Las obras de carácter no sólo religioso sino místico se suceden: los

Soliloquios amorosos de un alma a su Dios, Los pastores de Belén, Cuatro soliloquios. Pero, viudo por segunda vez, frecuenta a Jerónima de Burgos, cómica para quien escribe una de sus más finas comedias, *La dama boba*. En 1614 se ordena de sacerdote en Toledo, diciendo su primera misa en el Carmen Descalzo. Sobrevienen pasajeras relaciones amorosas con la cómica Lucía de Salcedo, “la Loca”. Por 1617 arrecian los ataques contra Lope, de Cristóbal Suárez de Figueroa, Pedro de Torres Rámila y otros preceptistas aristotélicos que publican en latín la *Spongia*, a que contesta el Fénix y sus amigos en la *Expostulatio Spongiae* (1618). Las rivalidades literarias asumen crueldad nunca vista; como ejemplo léanse los sonetos que mutuamente se dirigieron Lope y Góngora, y los velados ataques de Cervantes en el *Quijote* a la “comedia nueva”. Pronto comienzan los amores con doña Marta de Nevares (la *Amarilis* de las cartas y poemas), amores de gran violencia, como lo fueron también los de la Osorio. En esta dama, que acaba por vivir, a la muerte de su marido Roque Hernández, en la casa de Lope, tiene una hija, Antonia Clara. En su mismo hogar se criaban Marcela y Lopito (hijos de la Luján), y Feliciano, la hija legítima (de doña Juana de Guardo), que casó con Luis de Usátegui, única heredera de su padre. Marcela profesa en el convento de las Trinitarias Descalzas en 1622. Amargaron los últimos años del poeta muchos desgraciados sucesos; primero la ceguera, locura y fallecimiento de su adorada doña Marta; después las calaveradas del tronero de Lopito, que perece en un naufragio; y finalmente, el rapto de Antonia Clara, perpetrado por Cristóbal Tenorio, uno de los ayudas de cámara de Felipe IV. “Lope murió de pena de que Tenorio le sacó una hija”, escribe al margen de ciertos “Apuntamientos de la historia de España” el anónimo cronista (véase *Un enigma descifrado. El raptor de la hija de Lope de Vega*, por don Agustín González de Amezúa, en *BAE*, año XXI, 1934). Muere Lope el 27 de agosto de 1635. En sus funerales tomó parte todo Madrid. Fue sepultado en San Sebastián, y como Sessa no pagara más tarde la perpetuidad, los huesos del Fénix se echaron a la fosa común, adonde se arrojaron también algunos años después los de su enemigo y émulo Ruiz de Alarcón. Como se ve, en su vida intensamente dramática, está a la altura de sus héroes de comedia. No nos espante cierta indignidad que confiesa en *La Dorotea*, o la que hubo en los servicios que prestó ocasionalmente al de Sessa. Un genio como él, como Villon o como Verlaine, no debe ser juzgado con pacata mojigatería, sino con gratitud infinita por la obra legada para regalo y fortificación del espíritu.

Entre sus comedias heroicas son las más conocidas *El alcalde de Zalamea*, que perfeccionó Calderón; *El caballero de Olmedo*, compuesta sobre un cantarcillo popular; *El castigo sin venganza*, acerca de amores fatales con una madrastra; *Peribáñez y el Comendador de Ocaña*, con cuadros encantadores de campesina gracia; *Fuenteovejuna*, apoteosis de la rebeldía popular; *El mejor alcalde, el rey*, una de las más perfectas y de más sostenida tensión dramática. Son admirables, en algunas de estas pinturas de pasiones sombrías y desesperadas, los tipos femeninos y la simpatía por los labradores y los rústicos. *Lo cierto por lo dudoso* es también notable comedia con ambiente de época y plena de pasión sostenida y contrastada. *El cuerdo loco*, *La corona merecida*, *El marqués de las Navas*, *El cordobés valeroso Pedro Carbonero*, y *Barlaán y Josafat* han

sido publicadas con doctos estudios por el mejor especialista vivo sobre Lope, José F. Montesinos (*Teatro antiguo español*, tomos IV a VIII).

De las comedias de costumbres (que incluyen a las de capa y espada) citaremos: *El acero de Madrid*, imitada por Tirso en *El amor médico* y en *La fingida Arcadia* y por Molière en *Le medecin malgré lui*; *La dama boba*, obra maestra de gracia y conocimiento de la mujer; *El dómine Lucas* y *El perro del hortelano*, que tienen bastante semejanza con *El desdén con el desdén*, de Moreto, y con *La princesse d'Élide*, de Molière; *Las flores de don Juan y Rico y pobre trocados*; *La moza de cántaro*; *Por la puente, Juana*; *Quien ama no haga fieros*; *La viuda valenciana*, con una escandalosa dedicatoria a doña Marta de Nevares Santoyo; *Servir a señor discreto*. Comedia de costumbres también es *El sembrar en buena tierra* (ed. crítica y anotada por el doctor William L. Fichter, 1944). Llenas de donaire y finura, tienen indudablemente algún vago elemento autobiográfico, por lo menos cierto parecido entre el galán y Lope mozo. De su teatro religioso notemos *El viaje del alma*, auto sacramental; *Lo fingido verdadero* y *La buena guarda* sobre bellas leyendas piadosas.

De sus poemas a la italiana mencionemos la graciosa *Gatomaquia*, en silvas, y *El laurel de Apolo*, que tiene por antecedentes *Il Viaggio in Parnasso*, de Cesare Caporali, y *El canto de Calíope* y *El viaje del Parnaso*, de Cervantes. Muchas de sus obras dramáticas poseen gran significación lírica, como el *Peribáñez*, verbigracia, en que ocurre en la escena XII del acto II el romance:

Labrador de lejas tierras,
que has venido a nuesa villa,
convidado del agosto,
¿quién te dio tanta malicia?...

El romance viejo “En las almenas de Toro, allí estaba una doncella — Vestida de paños negros, reluciente como estrella” lo rehace en *Las Almenas de Toro*, infundiéndole el carácter brillante y suntuoso del siglo XVII:

...Carroza le haré de plata, — de blanco marfil las ruedas,
Estribos y asientos de oro, — y las cubiertas de tela.
Los caballos que la lleven, — las ricas crines que peinan
cubrirán lazos de nácar, — y ellos besarán la tierra.
Haréle el más rico estrado — que moro o cristiano tenga,
donde no se echen de ver — con los diamantes las telas...

Innumerables comedias están consteladas por sonetos y otras poesías líricas que encierran sublimada belleza. Sus sonetos, lo mismo los religiosos que los festivos y satíricos, son de los mejores en nuestra lengua.

TIRSO DE MOLINA. Nace en Madrid en 1584. Se llamó fray Gabriel Téllez e ingresó por 1601 en la Orden de la Merced. Vino a América dos veces (a la isla de Santo Domingo, o sea, La Española). Estuvo en diversas ciudades de la península y tuvo predilección por Toledo. Se muestra muy bien enterado de cosas de Portugal, país por el que descubre grandes simpatías. Entre los altos cargos que tuvo en su Orden, en la que fue presentado

y comendador, figuran el de definidor general, cronista (su *Crónica de la Merced* se conserva inédita), definidor de Castilla y, por último, superior del convento de Soria. Murió en 1648 en esta ciudad o en Almazán. Elogia a Lope, ataca a Alarcón, y tal vez por su enemistad con los culteranos, se denunció lo inconveniente de que siendo fraile se ocupara en escribir comedias. Por esta denuncia a la Junta de Reформación parece que suspendió sus actividades dramáticas durante cierto tiempo, a partir de 1625. En Madrid concurrió a la Academia poética fundada por don Sebastián Francisco de Medrano.

Como escritor de teatro es característica cierta sutileza psicológica para representar grandes señoras enamoradas, o para esbozar la figura de doña María de Molina en *La prudencia en la mujer*; el mejor drama histórico; o la natural cortedad del apasionado Mireno en *El vergonzoso en Palacio*, en que una de las no muy honestas damas asegura que

Amor todo es coyuntura.

Esta comedia forma parte de los *Cigarrales de Toledo* (1621), en que, al igual que en *Deleitar aprovechando*, se reúnen comedias, autos sacramentales, loas, la fábula de Siringa y Pan, romances, discursos y poesías de vario mérito, así como novelas cortas. De éstas la más agradable es la que ocupa casi todo el Cigarral Quinto (de los tres maridos burlados).

Hay algo de razón en estas palabras de don Agustín Durán:

En las [comedias] heroicas como en las de intriga o costumbres está toda la energía de parte de las mujeres; y la debilidad, la sumisión y la timidez son el distintivo de los hombres.

Escribe el mejor drama religioso en *El condenado por desconfiado*, obra en que se conjugan la alteza espiritual de un poeta dramático y el saber de un teólogo, y que es un eco de la controversia entre dominicos y jesuitas por la diversa interpretación que del dogma de la gracia hicieron Báñez y Molina. Esta controversia duró tres pontificados; suscitó en Francia la oposición de jansenistas y jesuitas; requirió la intervención de los reyes de esta nación y de España, así como la creación de una congregación romana, *De Auxiliis*, que con alguna imprecisión pareció pronunciarse en favor de la tesis (más humana y consoladora) de los jesuitas.

En *El condenado* quiso Tirso contrariar, por medio de una concepción artística, cierta idea sobre la predestinación que le parecía propia para el desaliento y desmoralización del creyente [Menéndez Pidal, *El condenado por desconfiado*, en *Estudios Literarios*, Atenea, S. E., Madrid].

Se exalta la eficacia de las virtudes activas, como la caridad; y las virtudes modestas, como el amor y cuidado del padre, sobre la preocupación del anacoreta por salvarse, preocupación puramente personal. Para don Agustín Durán el drama es en cierto modo “quizá un producto de reacción necesaria contra la fatal y desconsoladora rigidez del protestantismo”.

El Condenado se funda en un cuento viejísimo que aparece ya en el *Mahabharata*, y del que hay infinitas variantes en el curso de los siglos, como la que consigna el Infante don Juan Manuel en el Ejemplo III del *Conde Lucanor*.

Tirso crea a uno de los personajes más célebres de la literatura universal, a Don Juan. Para ello aprovecha ciertos elementos folclóricos medievales, como romances y cuentos populares que tratan de un ebrio que invita a beber a un difunto, personificado en su estatua sepulcral. *El burlador de Sevilla* y *Convidado de piedra*, publicado en 1630, pero representado por Claramonte y conocido ya antes, es también una pieza de significación religiosa, ya que el libertino se condena por aplazar indefinidamente su arrepentimiento y enmienda. Muchos de los mejores escritores y artistas han aprovechado a este personaje, como Molière en *Don Juan ou le Festin de Pierre*; Mozart en su ópera *Don Giovanni*, con libreto de Lorenzo de Ponte; Byron en *Don Juan*; Baudelaire en su poema *Don Juan aux Enfers*; Barbey d'Aurévilly en *Le plus bel amour de don Juan (Les Diaboliques)*; George Bernard Shaw en *Man and Superman*. *La última noche de don Juan*, de Rostand, es más bien una requisitoria contra el héroe sevillano. Zorrilla en su gran drama logró infundirle misterioso poder sobrenatural. Y el Bradamín de Valle-Inclán es un Tenorio sin las usuales características del burlador, pues que es católico, feo y sentimental.

Tirso se muestra conocedor de las cosas de América, como se ve no sólo en sus obras sobre Pizarro, tan llenas de simpatía por el gran conquistador, sino en muchas rápidas menciones de frutas del Nuevo Mundo:

...piña indiana,
y en tres o cuatro pipotes,
mameyes, cipizapotes;

En *La villana de Vallecas*, donde ocurren estos versos, se acoge esta curiosa opinión de la época:

¿Indiano? luego murmura.

Esta linda comedia, como *La villana de la Sagra* y *La gallega Mari-Hernández*, abunda en gracia villanesca y en admirables tipos de mujeres. La comedia de carácter está representada en el teatro de Tirso por *Marta la Piadosa*, exquisita muestra de disimulación y travesura femeninas.

Nada más exacto que estas palabras de Menéndez y Pelayo:

Su alejamiento relativo de aquel ideal caballeresco, en gran parte falso y convencional; su poderoso sentido de la realidad, su alegría franca y sincera, su buena salud intelectual, aquella intuición suya tan cómica y al mismo tiempo tan poética del mundo, la graciosa frescura de su musa villanesca, su picante ingenuidad, su inagotable malicia tan candorosa y optimista en el fondo, nos enamoran hoy y tienen la virtud de un bálsamo añejo y confortable, ahuyentador de toda pesadumbre y tedio [*Tirso de Molina*, nota bibliográfica en la *España Moderna*, abril de 1894].

DON JUAN RUIZ DE ALARCÓN Y MENDOZA. Nace en México hacia 1580. Estudia en la Real y Pontificia Universidad mexicana. Ya para recibir el grado de bachiller en cánones, parte a Salamanca, en agosto de 1600, en la flota de Juan Gutiérrez de Garibay. Matriculado en la célebre universidad salmanticense, se bachillera en cánones el 25 de octubre de 1600 y comienza desde luego el bachillerato de derecho civil, que obtiene el 3

de diciembre de 1602. Por 1604 todavía se halla en Salamanca trabajando para su licenciatura en Leyes. Su viaje a España y sus estudios en Salamanca son sufragados por la fundación que al morir dejó el veinticuatro de Sevilla, Gaspar Ruiz de Montoya. A pesar de haber concluido los estudios, no se licencia, sino que aparece en Sevilla litigando por 1606. Es muy probable que entonces participase de la intensa vida teatral sevillana y que frecuentase los principales corrales de la ciudad, el de *Don Juan* y el de *Doña Elvira*. En 1606 toma parte en una fiesta el día de san Lorenzo, en San Juan de Alfarche, donde hubo certamen poético, del que fue secretario Miguel de Cervantes y mantenedor Diego de Enciso (1585-1634), autor de buenas comedias históricas, como *La mayor hazaña de Carlos V*, *Los Médicis de Florencia* y, sobre todo, *El príncipe don Carlos*, la mejor, sin duda, que se ha compuesto acerca del hijo de Felipe II.

Alarcón se embarca de regreso a la Nueva España en la nao “Diego Garcés” de la flota del general Lope Díez de Aux y Armendáriz, que conduce al arzobispo virrey don fray García Guerra, a quien dedica su tesis de licenciatura. En la Sacristía Mayor de la Catedral de México obtiene el dicho grado de licenciado en Leyes. Solicita del claustro de la universidad que se le confiera el doctorado en ambos derechos, eximiéndolo de la pompa acostumbrada por ser tiempo de cuaresma y porque “es tan pobre como consta a su señoría”. Aunque se le eximió de la pompa, no llegó nunca a doctorarse. Hay que recordar que los estudios en las universidades de Salamanca y de México eran equivalentes. En la capital de la Nueva España ejerce la abogacía, toma parte infructuosamente en oposiciones a cátedras de la universidad, auxilia en sus tareas al corregidor de la ciudad conociendo de causas incoadas por la venta del pulque, y como juez, pasa a Veracruz e instruye el proceso por uxoricidio perpetrado por el escribano Ginés Alonso. Es muy posible que por entonces concluyera *La cueva de Salamanca* y escribiera *El semejante a sí mismo*, comedia esta última inspirada en *El curioso impertinente*, aunque reduciendo a un solo personaje el celoso y el amigo complaciente que pone a prueba la honestidad de la dama con tan lamentables consecuencias. Es propiamente una comedia de enredo. *La cueva de Salamanca* es obra juvenil de Alarcón; refleja costumbres estudiantiles en la célebre universidad y participa de la índole de las comedias de magia. En vísperas de volver a España todavía acude a la oposición a una cátedra vacante de Instituta, oposición que se convierte en proceso judicial. A mediados del año de 1613 se traslada definitivamente a la metrópoli. Participa desde luego en la vida literaria matritense. Estrena sus comedias, y dos de ellas, *Las paredes oyen* y *La verdad sospechosa* (representadas en 1617 y probablemente en 1624, respectivamente), le colocan en la primera fila de los dramaturgos. Lope, Góngora, Quevedo y otros más le zahieren cruelmente por sus jorobas y por sus apellidos. A todos contesta como puede en sus comedias. Al envidioso Suárez de Figueroa, aludiendo a sus libros, le responde lapidariamente:

...dice en ellos mal de todos,
...y todos dellos y dél.
[Mudarse por mejorarse.]

Lope fue encerrado en la cárcel por haber mandado poner una pestífera redoma en el estreno del *Anticristo* (1623). Protegido por don Ramiro Felipe de Guzmán, duque de Medina de las Torres, a quien dedicó las dos partes de sus obras (1628 y 1634), obtiene interinamente en 1626, y en propiedad desde 1633, una plaza de relator del Consejo de Indias. Vive con holgura esta última parte de su vida, con coche propio, criados y amigos fieles, y alejado del mundillo teatral que tan amargo resabio le había dejado. Muere el 4 de agosto de 1639. Nombró heredera universal a su hija doña Lorenza de Alarcón, cuya madre, doña Ana de Cervantes, vivía con su marido Francisco Girón en la villa de Barchín del Hoyo (La Mancha). El retrato que merece más crédito es el pintado por Carreño, de la Colección Beruete, reproducido por Valbuena Prat en su excelente *Literatura dramática española*, y por Marcel Carayon en su *Lope de Vega* (Les Éditions Rieder, París).

Las dotes de observador de nuestro dramaturgo, que coinciden con las de su pueblo, no son todo su caudal artístico: lo superior en él es la trasmutación de elementos morales en elementos estéticos, don rara vez concedido a los creadores. Alarcón es singular por eso, no sólo en la literatura española, sino en la literatura universal [P. Henríquez Ureña en su magistral conferencia *Don Juan Ruiz de Alarcón*, México, 1914].

Otras cualidades distintivas son la sobriedad y discreción en la obra; más mesura y estricta lógica en el desarrollo del asunto (excepto en los desenlaces, ya que por el reducido término de tres jornadas no era posible siempre que ocurrieran de modo natural y sin precipitación); la fina observación; y sobre todo el sentido moral que adquieren las comedias, derivado de las condiciones internas de los personajes y de la trama. Hay también un arte más reflexivo, como notó Menéndez y Pelayo al considerarlo como “el clásico de un teatro romántico (a semejanza de Ben Jonson en Inglaterra), sin quebrantar la fórmula de aquel teatro ni amenguar los derechos de la imaginación en aras de una preceptiva estrecha o de un dogmatismo ético”. Sus personajes tienen singularidad y realidad profundas; así don García, de *La verdad sospechosa*, que miente aun en perjuicio propio por el gusto de inventar y fantasear; así particularmente don Domingo de don Blas, de *No hay mal que por bien no venga*, epicúreo amigo de la virtud y de la vida gobernada por el buen sentido. Sus mejores piezas estudian un sujeto con alguna ruin inclinación antisocial —la maledicencia, en *Las paredes oyen*, o la mentira en *La verdad sospechosa*—. El arreglo de ésta al francés “y a un sistema artístico diverso” (Henríquez Ureña), por Corneille, en *Le Menteur*, constituye la primera gran comedia de carácter, género que tanto había de ilustrar Molière. El veneciano Carlo Goldoni todavía aprovecha el tema en *Il Bugiardo*. Artista de aficiones clásicas, de la familia espiritual de Terencio y de Montaigne, su producción es excepcional en el brillante teatro español del siglo XVII.

Además le son particularmente caras las virtudes que pueden llamarse lógicas: la sinceridad, la lealtad, la gratitud, así como la regla práctica que debe complementarlas; la discreción. Y por último, hay una virtud de tercer orden que estimaba en mucho: la cortesía [Henríquez Ureña].

DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA. Nace en Madrid el 17 de enero de 1600. Estudia en

el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús. A los catorce años sigue un curso como alumno de *Súmulas* en Alcalá. Luego continúa en Salamanca hasta graduarse de bachiller (derecho y cánones). Es probable que asistiese a cátedras de música, cosmografía, metafísica, teología moral y dogmática, materias en que revela amplios conocimientos. Salamanca no era ya la gran universidad europea del siglo anterior. Se disputaban las cátedras vacantes dominicos y jesuitas; el voto de los estudiantes solía llevar a la rectoría a alumnos ricos e ineptos; y los ergotistas eran el inane fruto de esta educación decadente. Calderón adquirió, no obstante, saber no despreciable en teología y derecho. Los hermanos Diego, Pedro y Jusepe Calderón pleitean con su madrastra, y transigen finalmente (1618). Pasan penurias y don Pedro renuncia a la capellanía que le legó su abuela doña Inés de Riaño, si quería seguir la carrera eclesiástica. En riñas callejeras murió a manos de los Calderones Nicolás Velasco, y al padre de éste indemnizaron los matadores con seiscientos ducados; y en otra ocasión, Diego Calderón o su hermano natural, Francisco González Calderón, salió herido por el actor Pedro Villegas, que se refugió en el convento de monjas trinitarias. Los alguaciles y don Pedro rompieron la clausura en persecución del heridor. Se promovió con esto un escándalo, que aprovechó fray Hortensio Paravicino —predicador culterano y amigo de Góngora— para enderezar ataques contra el dramaturgo, que contestó por boca del gracioso desde el tablado de los corrales. En la sublevación de los catalanes (1640), cuando se llamó a las armas a las Órdenes Militares, se alistó por haber recibido el hábito de Santiago (1636) y peleó en la compañía de caballeros corazas del conde-duque de San Lúcar, capitán general de la caballería de España. Es probable que viajara por Italia y Flandes por los años de 1623, 1624 y 1625. Estuvo al servicio del condestable de Castilla y duque de Frías, don Juan Fernández de Velasco; del duque del Infantado, don Rodrigo de Sandoval y Hurtado de Mendoza, nieto del duque de Lerma, y curioso ejemplar de gran señor calavera; y del duque de Alba, a quien sirve en Alba de Tormes, y cuyo servicio deja para ordenarse en Toledo, a los cincuenta años. En la guerra con los catalanes, Calderón se distinguió y fue nombrado “cabo de escuadra”, “...y sirvió la dicha escuadra como muy honrado y valiente caballero” (certificación en el Arch. del conde del Asalto, expedida por don Pedro de Porres y Toledo). Su hermano don José pereció heroicamente, a los cuarenta y tres años, en el puente de Camarasa, con el grado de teniente de maestre de campo general. Calderón había obtenido su licencia absoluta por enfermedad, en noviembre de 1642. Hacia 1647 tuvo un hijo natural llamado don Pedro José Calderón, que murió niño, antes de 1657, y de cuya madre nada se sabe. Al hacerse eclesiástico, recupera la capellanía instituida por su abuela, y reside en Toledo y Madrid. En la primera de estas ciudades fue nombrado uno de los capellanes de los Reyes Nuevos, y perteneció a la Hermandad del Refugio, que recogía enfermos y viejos abandonados.

Por largos años escribe para el teatro del Buen Retiro, y los autos sacramentales que se representan ante el rey, los Consejos y la villa de Madrid. No sólo escribía dichos autos (que amplió hasta hacerlos de la extensión de media comedia, más o menos), sino que dirigía las “apariencias” o decorado y todos los pormenores de la representación. Colaboraban varios pintores (como Cosme Lotti, Baccio del Bianco, Dionisio Mantuano,

José Candi y otros), músicos (Juan Hidalgo, José Benet y muchos más) y aun escultores. Los autos de Navidad llegan hasta Lope de Vega, quien los compone con la misma religiosidad ingenua y encantadora de la Edad Media. Pero con Calderón evolucionan los autos sacramentales, que propiamente constituyen un nuevo género dramático. Por medio de figuras alegóricas hace representables los conceptos teológicos, los pensamientos filosóficos y los principios y dogmas de la religión cristiana.

Sus concepciones están llenas de grandiosidad y revestidas de brillo y artificio inusitados. Autos como *El gran teatro del mundo*, *Los encantos de la culpa*, *La cena de Baltasar* y *La vida es sueño* son de lo mejor y más representativo de su arte religioso y barroco. A nuestra época ha tocado una comprensión mejor del auto sacramental calderoniano, por los estudios muy loables de don Emilio Cotarelo, de don Ángel Valbuena y de otros eruditos y críticos. Valbuena Prat ha señalado las fuentes inmediatas del teatro alegórico de Calderón, que son los grandes teólogos españoles de la época, Báñez, Suárez, Escobar y alguno más. Calderón mismo comenzó por defender sus procedimientos artísticos de posibles ataques:

Habrà quien haga fastidioso reparo de ver que en los más de estos autos están introducidos unos mismos personajes, como son la Fe, la Gracia, la Culpa, la Naturaleza, el Judaísmo, la Gentilidad, etc. A que se satisface (o procura satisfacer) con que, siendo siempre uno mismo el asunto, es fuerza caminar a su fin con unos mismos medios, mayormente si se entra en consideración de que estos mismos medios, tantas veces repetidos, siempre van a diferente fin en su argumento; con que, a mi corto juicio, más le debe dar estimación que culpa a este reparo: que el mayor primor de la naturaleza es que con unas mismas facciones haga tantos rostros diferentes; con cuyo ejemplar, ya que no sea primor sea disculpa el haber hecho tantos diferentes autos con unos mismos personajes [*Autos sacramentales...* Primera parte].

A petición del séptimo duque de Veragua, don Pedro Manuel Colón de Portugal, trabajaba en preparar la publicación de sus autos en los últimos meses de su vida. El último que escribió para representarse en 1681 fue *El cordero de Isaías*, dejando sin terminar el otro auto (se representaban dos cada año), *La divina Filotea*. Muere el 25 de mayo de dicho año, tal vez de una parálisis repentina del corazón.

En la célebre comedia *El alcalde de Zalamea* refunde y perfecciona una obra de Lope de Vega con el mismo título. Exalta los derechos humanos del estado llano personificado en la admirable figura de Pedro Crespo, y ofrece dos tipos eternos de soldados, el que representa el glorioso don Lope de Figueroa, y el amigo de tropelías y desafueros que encarna don Álvaro de Ataíde. *El médico de su honra* es otra comedia de Lope que refundió Calderón. *El príncipe constante* nos ofrece un héroe lleno de pureza, y marca la transición a obras más simbólicas y alejadas de lo real y humano, como *La vida es sueño*, *El mágico prodigioso*, *La hija del aire* y *La estatua de Prometeo*. La primera de éstas es una de las producciones más importantes del teatro universal. Dramatiza el punto de alto valor filosófico en que dudamos de la realidad de la vigilia. Además, Segismundo vence por la virtud a su cruel destino. Los dos soliloquios del príncipe son admirables aun por su ornamentación barroca. En *El mágico prodigioso* se aprovecha una viejísima leyenda que ha utilizado Berceo en su Milagro XXIV, Marlowe en *The Tragical History of Dr. Faustus*, y Goethe en su conocida obra. La escena de la

tentación de Justina es de gran belleza. El diablo no carece de cierta grandeza. “Las dudas, las angustias, las perplejidades de quien consagra su vida enteramente al pensamiento, están maravillosamente expresadas en esta obra de Calderón”, ha apuntado Azorín. *La devoción de la cruz* es otra de las piezas más acabadas y perfectas y de mayor interés dramático.

OTROS DRAMATURGOS. La escuela dramática de Valencia, representada por el canónigo Francisco Tárrega (1556?-1602) y por Gaspar de Aguilar (1561-1623), tiene su mejor escritor en don Guillén de Castro y Bellvís (Valencia, 1569-Madrid, 28 de julio de 1631), miembro con el nombre de *Secreto* de la academia valenciana de Los Nocturnos; capitán de caballos de la costa en 1593; desposado con doña Marquesa Girón de Rebolledo en 1595; en 1607 gobierna Scigliano en el reino de Nápoles; tuvo por protector al marqués de Peñafiel, don Juan Téllez Girón, y casó en segundas nupcias con doña Ángela Salgado. Abrumado de deudas pasó gran parte de su vida. Las dos partes de *Las mocedades del Cid* le han dado justa fama, ya que, adaptadas por Corneille, produjeron la primera tragedia del teatro clásico francés. Naturalmente que el fabuloso conde Lozano y el conflicto que provoca su muerte en Jimena proceden de romances semipopulares relacionados con el *Cantar de Rodrigo*. Fue amigo de Lope de Vega y tuvo una especie de obsesión con las obras de Cervantes que le inspiran las comedias *Don Quijote de La Mancha* (el episodio de Cardenio y Lucinda), *El curioso impertinente* y *La fuerza de la sangre*, fundadas éstas en las *Novelas ejemplares* de estos nombres. Los romances, que tanto aprovecha en *Las mocedades*, muchas veces sin refundirlos apenas (al revés de Lope), le sugieren *El conde Alarcos*, obra también de aliento épico. *Los mal casados de Valencia* es otra de sus buenas comedias en que suele tratar del matrimonio, sin simpatía por cierto.

El doctor Juan Pérez de Montalván (1602-1638) fue fiel amigo de Lope. Sus mejores comedias son las dos partes de *El gran Séneca de España, Felipe II*.

Luis Vélez de Guevara vino al mundo en Écija, en 1597; se graduó de bachiller en artes en la Universidad de Osuna. Sirvió de paje al arzobispo de Sevilla, don Rodrigo de Castro, a quien acompañó a Valencia, donde se celebraron las bodas de Felipe III y doña Margarita de Austria. Casó cuatro veces. Estuvo al servicio del conde de Saldaña y del marqués de Peñafiel. En palacio fue ujier de cámara. Murió el 9 de noviembre de 1644. La pobreza le acompañó siempre. Sus contemporáneos le tuvieron por hombre ingeniosísimo y divertido; así, Cervantes dice en *El viaje del Parnaso*:

Topé a Luis Vélez, lustre y alegría
y discreción del trato cortesano,
y abraçéle en la calle a medio día.

Parece que las importunidades de pobre las disimulaba con el gracejo andaluz.

Pletórico de gracia y agudeza es *El diablo cojuelo*, uno de los libros españoles que más fama universal han tenido y muy merecidamente. Con un plan bien trazado, de preponderante carácter satírico, ataca muchos estados y profesiones de la sociedad contemporánea; muy próximo, por el alarde de ingenio insuperable, a los escritos

picarescos de Quevedo. Está dividido en “trancos” y no en capítulos, pues sus dos personajes centrales —el Diablo Cojuelo, perseguido por el alguacil infernal Cienllamas y los corchetes Chispa y Redina; y el estudiante de Alcalá, don Cleofas Leandro Pérez Zambullo, que huye de la justicia terrena por el más chistoso desaguisado— andan a salto de mata durante toda la entretenida narración.¹⁹ De las cuatrocientas comedias que escribió apenas si se conserva un centenar, muchas inéditas. De las conocidas, las mejores son sin duda *Reinar después de morir* (sobre la historia trágica de doña Inés de Castro), *La serrana de la Vera*²⁰ (fundada en un romance), *La luna de la sierra*, de asunto muy parecido al *Peribáñez* de Lope. Se ha disputado sobre si es de éste o de Vélez de Guevara la comedia *Los novios de Hornachuelos*, pues el escritor de Écija tenía un estilo muy próximo al del creador del teatro nacional, a quien parece sobrepasar en *La serrana de la Vera*. Sobresale en los temas históricos, que trata con propiedad, y en las escenas de vida rústica.

De Vélez es también la curiosa pieza *El rey en su imaginación*.

ANTONIO MIRA DE AMESCUA, natural de Guadix, que murió en su ciudad natal en 1644 cuando andaba cerca de los setenta años, es el autor de una notable comedia, *El esclavo del demonio*, inspirada en la vida de frei Gil de Portugal, comedia que tiene estrecha relación con la leyenda del Fausto.

El sacerdote toledano José de Valdivielso (1560?-1638), que asistió a Lope en la hora de la muerte, y que fue amigo de Cervantes, escribió, además de algunos libros religiosos, notables autos, muy próximos por el candor y sabor popular a los del creador del teatro nacional, autos de los cuales el más admirable es *El hijo pródigo*. Valdivielso influye en Calderón.

Los entremeses de Luis Quiñones de Benavente son sin duda los mejores con los de Lope de Rueda y Cervantes. Quiñones era también toledano y murió hacia 1652. Fue licenciado en derecho. Una de sus más graciosas piezas es *El borracho*. Don Cayetano Rosell publicó los *Entremeses, loas y jácaras*, de Benavente, en la Librería de los Bibliófilos, Madrid, 1872. Quiñones de Benavente es genial en los entremeses, que en su encantadora brevedad reúnen, como el género chico, gracia, costumbrismo y musicalidad.

En el ciclo de Calderón de la Barca pone Valbuena Prat a don Francisco de Rojas Zorrilla (toledano, 1607-1648); al madrileño don Agustín de Moreto y Cavana (1618-1669); y a don Francisco Antonio de Bances Candamo (1662-1704). Rojas Zorrilla renueva el tema del honor, haciendo intervenir activamente a la mujer inocente. Fino psicólogo, se le ha comparado con Tirso. Publicó su teatro en dos partes (1640, 1644). Su obra célebre es *Del rey abajo ninguno*, *El labrador más honrado* *García del Castañar*, afín de muchas comedias lopescas en que se defiende el honor del villano ante el amor sombrío del poderoso, sólo que aquí se trata de un falso villano. Pero el conflicto es con el respeto que se tiene al rey, conflicto que Zorrilla esquiva en parte con la confusión que sufre García respecto de Alfonso XI y don Mendo. Imitada por Tomás Corneille y por Scarron, *Entre bobos anda el juego* es una de las más admirables

comedias de figurón del teatro español. A decir verdad hay dos figurones, don Lucas del Cigarral y don Luis, enamorado impertinente y culterano. Estos personajes caricaturescos dan fuerte originalidad a la farsa. No escasean en el diálogo las observaciones agudas:

...y en llegando a enamorarse
un hombre a todo albedrío,
no hay hermano para hermano
ni hay amigo para amigo.
...que él te quiere bien he oído,
y los que son más amantes
son los menos atrevidos.
...De verla no es ocasión,
y ésta en que la vas a hallar
sólo es hora de buscar
a la moza del mesón.

En *Cada qual lo que le toca* (Teatro antiguo español, II, Madrid, 1917, publicada con el auto sacramental de *La viña de Nabot*, por Américo Castro) la acción gira en torno a una mujer extraordinaria, que por el honor de su marido da muerte al amante que la conoció antes del casamiento y que la sigue importunando después. Tan curiosa solución al punto de honra es peculiar de Rojas.

De padres italianos, Moreto y Cavana (españolizado Cabaña) estudia en Alcalá, donde se licencia en Artes en 1639. Había nacido en Madrid. Siguió el sacerdocio; fue capellán del arzobispo de Toledo, don Baltasar de Moscoso, y dirigió hasta su muerte, acaecida en 1669, el hospital de San Nicolás de la Hermandad de San Pedro o del Refugio. Escribió para el teatro de 1642 a 1656. Sus obras maestras son *El lindo don Diego* y *El desdén con el desdén*, que imitaron Molière en *Princesse d'Élide*, y el veneciano Carlo Gozzi en *Principessa Filosofa*. Otras comedias suyas menos conocidas pero también excelentes son *El parecido en la corte*, *De fuera vendrá quien de casa nos echará*, *Yo por vos y vos por otro* y *El defensor de su agravio*. Una sobria elegancia y una gran seguridad en la ejecución parecen ser las notas dominantes en el arte de Moreto. En el asunto de sus comedias no es muy original.

11. LA POESÍA, DE GÓNGORA A SOR JUANA

Arguijo, Rodrigo Caro, Jáuregui, Rioja y el autor de la *Epístola Moral* son los principales poetas de la lírica sevillana en los primeros decenios del siglo XVII.

Juan de Arguijo (1567-1622 o 1623), regidor veinticuatro de Sevilla, su ciudad natal, fue buen sonetista. De inspiración horaciana es este soneto:

Del tiempo

Mira con cuanta priesa se desvía
de nosotros el sol, al mar vecino,
y aprovecha, Fernando, en tu camino
la luz pequeña de este breve día.

Antes que en tenebrosa noche fría
pierdas la senda, y de buscarla el tino,
y aventurado en manos del destino,
vagues errando por incierta vía.

Hágante ajenos casos enseñado,
y el miserable fin de tantos pueda
con fuerte ejemplo aperebir tu olvido.

Larga carrera, plazo limitado
tienes, veloz el tiempo corre, y queda
sólo el dolor de haberlo mal perdido.

En sus *Sales españolas* incluyó Paz y Melia los *Cuentos que notó don Juan de Arguijo*, que además de graciosos son un testimonio de la vida y costumbres de la época.

Juan Martínez de Jáuregui, pintor y poeta, censuró el culteranismo, en el cual cayó después de traducir parafrásticamente la *Farsalia*, de Lucano.

Rodrigo Caro fue humanista, arqueólogo y poeta. Su vida tiene por términos los años de 1573 y 1647. Obra importante del folclore son sus *Días geniales o lúdricos*, que constan de seis diálogos. Su canción *A las ruinas de Itálica* manifiesta la acción destructora del tiempo, “violenta Némesis”, y un vivo y emocionado sentimiento de la antigüedad. Es una de las poesías más bellas de nuestra lengua. Esta oda, de elegancia inmarcesible, conmoverá siempre el ánimo inclinado a las letras clásicas. La silva *A la Villa de Carmona* (patria de sus mayores; él era de Utrera, y estudió en Osuna y acaso también en Sevilla) está llena de nobleza y gallardía:

¡Cuánto es mejor tu vega
que la que, en varias flores deleitosa,
Darro barre con oro y Genil riega!
¡Cuánto te debe Palas belicosa
de olivas siempre verdes!
¡Cuánto licor sagrado,
pródiga, en aras de Dionisio pierdes!

Francisco de Rioja se distingue por un delicado sentimiento de la naturaleza, por

vívidas notas descriptivas de las estaciones del año, y por cierta melancolía horaciana y epicúrea. Tuvo un homónimo, racionero de la catedral de Toledo por 1613. Nació en 1583 y murió en Madrid en 1659. Amigo y protegido del conde-duque de Olivares, durante su gobierno fue bibliotecario de Felipe IV y cronista de Castilla. Acompañó en el destierro al conde-duque, y a la muerte de éste vuelve a Sevilla. Los últimos años los pasa en Madrid. Vivía con un amigo, Alonso Fajardo de Roda, a quien deja por heredero. Más afortunado en sus silvas que en sus sonetos, son dignas de las mayores alabanzas *A la rosa* (Pura, encendida rosa, / Émula de la llama...); *Al clavel* (A ti, clavel ardiente, / Envidia de la llama y de la aurora...); *Al jazmín* (¡Oh, en pura nieve y púrpura bañado, / Jazmín, gloria y honor del cano estío!...); y *Al verano*, a que pertenecen estos versos divinos:

...Pues ¡cuál parece el búcaro sangriento
de flores esparcido,
y el cristal veneciano,
a quien la agua, de helada,
la tersa frente le dejó empañada!...
...¿Y tú la edad no miras de las rosas?
Arde, Fonseca, en el divino fuego
que dulcemente engaña tu cuidado;
toma ejemplo del tiempo, que nos huye,
y en sus flores de tardos nos arguye...
...¿Y sabes si a este día claro y puro
otro podrás contar ledo y seguro,
o si del bello incendio que te apura
ha de lucir eterna la hermosura?

La *Epístola moral* se atribuyó por mucho tiempo a Rioja, hasta que don Adolfo de Castro descubrió en la Biblioteca Colombina un manuscrito del siglo XVII con este epígrafe: “Copia de la carta que el capitán Andrés Fernández de Andrada escribió desde Sevilla a don Alonso Tello de Guzmán, pretendiente en Madrid, que fue corregidor de México”. En su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua correspondiente de la Española (Memorias de la Academia Mexicana, tomo XV) dice el acucioso investigador de archivos coloniales don Manuel Toussaint:

...consta que en 1646, el 14 de octubre, el capitán Andrés Fernández de Andrada vecino de la ciudad de México por sí y por doña Antonia de Velasco, vecina de la provincia de Cuautitlán, estante en su hacienda de labor llamada Santa Inés, su legítima mujer, tiró escritura ante el notario Francisco Olalde en obligación de mil pesos a favor de Juan González. Dos días antes, es decir el 12 de octubre, la señora Velasco había dado poder a su marido para extender la escritura y en él se lee que Fernández de Andrada era vecino de Güegüetoca (*sic*). Poco después Fernández de Andrada, Alcalde Mayor por S. M. del partido de Ixmiquilpan da poder a don José de la Mota y Portugal, vecino de México para todos sus asuntos. Los documentos citados se encuentran en el protocolo del notario Francisco Olalde N° 294 (1646-1648) Fol. 199.

Según Toussaint la *Epístola moral* fue compuesta no lejos del año 1618, en que dejó de ser corregidor en el Ayuntamiento de México Tello de Guzmán, que lo había sido desde 1613, y a quien está dirigida. En dos manuscritos de los cinco o seis que se conservan de la época, se le llama “Andrés Sánchez (*sic*) de Andrada en Sebilla” y

“Andrés de Andrada”. Las atribuciones a Medrano, Argensola, etc., sólo demuestran que los motivos de la *Epístola* eran comunes a escritores coetáneos. Su fuerte originalidad radica en su estilo: en las comparaciones rápidas o nuevas:

¿Qué es nuestra vida más que un breve día,
do apenas sale el sol, cuando se pierde
en las tinieblas de la noche fría?
¿Qué más que el heno, a la mañana verde
seco a la tarde?
...Más quiere el ruiseñor su pobre nido
de pluma y leves pajas, más sus quejas
en el monte repuesto y escondido,
que agradar lisonjero las orejas
de algún príncipe insigne, aprisionado
en el metal de las doradas rejas;

en la eficacia y concentración de esta poesía de la naturaleza:

Pasáronse las flores del verano,
el otoño pasó con sus racimos,
pasó el invierno con sus nieves cano;

en expresiones que recuerdan versículos de las Escrituras

a esa antigua colonia de los vicios, [la Corte]
augur de los semblantes del privado;

en la lapidaria concisión de un concepto profundo

Iguala con la vida el pensamiento;

en su calidad horaciana

donde no dejarás la mesa ayuno
cuando en ella te falte el pece raro
o cuando su pavón nos niegue Juno;

en cierta distinción aristocrática al ponderar las cosas sencillas

Una mediana vida yo posea,
un estilo común y moderado,
que no le note nadie que le vea;

que tiene un antecedente remotísimo en el Arcipreste de Hita:

En todos los tus fechos, en fablar e en ál,
escoge la mesura e lo que es comunal;
cumo en todas cosas poner mesura val,
así sin la mesura todo parece mal.
[Copla 553.]

Hay en Fernández de Andrada una educación humanística que alardea:

No resplandezca el oro y las colores

en nuestro traje, ni tampoco sea
igual al de los dóricos cantores...

En el plebeyo barro mal tostado
hubo ya quien bebió tan ambicioso
como en el vaso múrinopreciado.

Toda esa moda poética que imita a Horacio y que ofrece la desengañada visión que de la vida tuvieron estoicos y epicúreos alcanza en los versos de oro de la *Epístola moral* su más alta y perfecta expresión.

DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE. Góngora, Lope de Vega y Quevedo son los grandes líricos del tiempo. Góngora es sin duda en una dirección del arte —en cuanto a musicalidad, colorido, ironía, juego y regalo de la inteligencia— el mayor poeta. Su virtuosismo, su dominio técnico son insuperables. Nace en Córdoba en 1561. Su padre, juez de bienes confiscados de la Inquisición, era al tiempo del nacimiento del poeta, y hasta febrero de 1563, corregidor de Madrid. Los Góngoras y sobre todo los Argotes eran linajes antiguos que procedían de conquistadores de la ciudad. A los quince años estudia cánones en Salamanca; en los registros de matrículas aparece en los cursos de 1576 a 1580. Su ayo fue el bachiller Francisco de León. Vive fastuosamente en Salamanca, gastando en los cuatro años más de dos mil ducados. Su tío, el prior y racionero don Francisco de Góngora —en cuya casa moraba en Córdoba—, le ayudó mucho para vivir como gran señor en la ciudad del Tormes. Griego, latín, italiano y portugués, cánones y teología, esgrima y algo de música, a todo ello se aplica. Probablemente prosiguió en la Universidad de Granada sus estudios por los años de 1580 a 1582. A su regreso compondría su soneto

A Córdoba

O excelso muro, o torres coronadas
de honor, de magestad, de gallardía!
O gran río, gran Rei de Andalucía,
de arenas nobles, ¡a que no doradas!

O fértil llano, o sierras levantadas,
que privilegia el cielo ¡dora el día!
O siempre gloriosa patria mía,
tanto por plumas cuanto por espadas!

Si entre aquellas ruínas ¡despojos
que enriquece Genil ¡Dauro baña
tu memoria no fué alimento mío,

nunca merezcan mis ausentes ojos
ver tu muro, tus torres ¡tu Río,
tu llano ¡sierra, o patria, o flor de España!

Racionero de la catedral desde 1585, dos años más tarde el nuevo obispo, don Francisco Pacheco, hace una visita para averiguar cómo viven los miembros del Cabildo. Le resultaron estos cargos: que “asiste rara vez al coro, y cuando acude a rezar las Horas

Canónicas, anda de acá para allá, saliendo con frecuencia de su silla; habla mucho durante el Oficio divino; forma en los corrillos del Arco de Bendiciones, donde se trata de vidas ajenas; ha concurrido a fiestas de toros... Vive en fin como muy mozo y anda de día y de noche en cosas ligeras; trata representantes de comedias, y escribe coplas profanas”. El poeta contestó con su poco de ironía:

Al quinto [cargo] que ni mi vida es tan escandalosa ni yo tan viejo que se me pueda acusar de vivir como mozo. Que mi conversación con representantes y con los demás de este oficio es dentro de mi casa, donde vienen como a las de cuantos hombres honrados y caballeros suelen, y más a la mía por ser tan aficionado a la música.

Que aunque es verdad que en el hacer coplas he tenido alguna libertad, no ha sido tanta como la que se me carga; porque las más Letrillas que me achacan no son mías, como podría V. S. saber si mandare informar dello; y que si mi poesía no ha sido tan espiritual como debiera, que mi poca Theología me disculpa, pues es tan poca, que he tenido por mejor, ser condenado por liviano, que por hereje.

Lo cierto es que el Cabildo cordobés le confió varias veces comisiones delicadas. Romances como

Dexad los libros ahora,
Señor Licenciado Ortiz...

Despuntado he mil agujas
en vestir a moriscote...

contienen alusiones a amoríos pasajeros, a que se refieren algunas letrillas de las mejores, como éstas:

...Tan assaeteado estoi,
que me pueden defender
las que me tiraste aier
de las que me tiras oi;
si ia tu aljaua no soi,
bien a mal tus armas echas,
pues a ti te faltan flechas
i a mí donde quepan más.
Ia no más, cegueçuelo hermano,
ia no más.

...Diez años desperdicié,
los mejores de mi edad,
en ser labrador de Amor
a costa de mi caudal.
Como aré i sembré, cogí;
aré un alterado mar,
sembré vna estéril arena,
cogí vergüenza y afán.
Déxame en paz, Amor tyrano,
déxame en paz.

Viaja a Salamanca en 1593; a Valladolid, en 1603, donde se enzarza con Quevedo en una controversia llena de virulentos ataques, a propósito del romance

¿Qué lleva el señor Esgueva?
Yo os diré lo que lleva.

En abril de 1617 se radica en Madrid, donde a poco obtiene una capellanía de honor de Su Majestad. Fue mal político, pues buscó la protección del marqués de Siete Iglesias poco antes de su caída y suplicio. En la privanza del conde-duque de Olivares, apenas si consigue hábitos para familiares suyos. Su amigo Villamediana perece trágicamente. Contrae deudas, pues no le bastan las modestas rentas que desde Córdoba le envía su apoderado el licenciado Cristóbal de Heredia. Vive con mucha escasez, como lo muestran sus cartas, y sobre todo su testamento, otorgado en 29 de marzo de 1626, que propiamente es una lista de sus deudas. Debe al aceitero, al lencero, a la biscochera Inés del Moral, el alquiler de la cama en que yacía, el salario atrasado de su cochero, de su criada María Rodríguez y su criado Martín González, el alquiler de la cochera, amén de otras deudas de más cuantía. Tuvo un ataque de apoplejía, y fue atendido por los médicos que le envió la misma reina doña Isabel de Borbón. Regresó a Córdoba, y murió algunos meses más tarde, el 23 de mayo de 1627. Orgullo patricio y picardía son las notas dominantes de su carácter. Salido de Herrera y de Luis Carrillo de Sotomayor (cordobés, murió muy mozo en 1610); no obstante que su poesía carece de un hondo sentido filosófico y que está alejada por lo general de motivos humanos elementales, es ciertamente el gran poeta de la secular tradición hispano-latina. Su endecasílabo tiene una perfección técnica, nunca igualada, que nos ha revelado Dámaso Alonso. Para Alfonso Reyes, el *cultismo*, *culteranismo* o *gongorismo* es un nuevo episodio de la dramática lucha entre el avasallador popularismo de España y la minoría docta, empeñada en imponer al gusto normas clásicas. Para Vossler,

Góngora, naturaleza satírica y vengativa, se atrinchera cada vez más en su caprichosa obstinación, en la singularidad de su espíritu y en su pericia verbal. Su descontento frente al mundo real aumentó y se agudizó con los años, sin que tuviera por su parte una convicción objetiva, ultrapersonal, un propio ideal nuevo que oponerle. Quedó enredado en un estéril conflicto subjetivo con su época, en el atolladero del desaliento y el *spleen*, y como el calor al cuerpo que se va poniendo rígido, le abandonó la antigua alegría poco a poco.

Góngora escribe indistintamente en dos estilos a lo largo de su carrera artística. El estilo ingenioso y lapidario de las letrillas y romances, y el estilo culto de los poemas centrales —*El Polifemo* y *Las soledades*—, oscurísimo, en que juega con alusiones a las cosas más recónditas de la erudición, latinizando genialmente la sintaxis castellana con las más violentas trasposiciones y elipsis.

El cultismo —ha sintetizado Reyes— es un preciosismo lingüístico, cuyos procedimientos externos consisten en el uso sistemático de la erudición antigua y la metáfora mitológica, en la frase retorcida o la elíptica y en el empleo de neologismos latinos.

EL CONDE DE VILLAMEDIANA. El segundo conde de Villamediana, don Juan de Tassis y Peralta (Lisboa, 1582-Madrid, 1622), tuvo por maestros a los humanistas Bartolomé Jiménez Patón y Luis Tribaldos de Toledo. Por jugador (como su ídolo Góngora) fue desterrado a Valladolid en 1608. Acompañó al conde de Lemos a Nápoles. Brilló por su

ingenio en academias literarias como la napolitana de *los Ociosos*. En 1617 sufre nuevo destierro, esta vez por maldiciente. Zahirió con sus mordaces epigramas al duque de Lerma y al de Uceda, a don Rodrigo Calderón, a Jorge de Tobar, al oidor Pedro de Tapia y a su hijo Rodrigo, al alguacil de la corte, Pedro Vergel, y a muchos más. Murió asesinado en la calle Mayor, cuando paseaba en coche con don Luis de Haro. Su mordacidad o el amor que se dice tuvo por la reina doña Isabel de Borbón parecen haber sido la causa de su muerte. Imitó a Góngora en diversos poemas como la *Fábula de Faetón*, *Venus* y *Adonis* y otros. Hoy se le recuerda por sus ingeniosísimos epigramas.

POLO DE MEDINA. Sin el ingenio de Quevedo o de Góngora, el murciano Salvador Jacinto Polo de Medina (1603-1676 en la villa de Alcantarilla) cultiva el género festivo, sin librarse frecuentemente de la contaminación del cultismo. Se ordenó, pues el sacerdocio era la profesión más compatible entonces con el cultivo de las letras, y tuvo el cargo de secretario del obispo de Lugo. Su obra más acabada es el *Gobierno moral a Lelio*, suerte de tratado de moral práctica cuyos breves y conceptuosos capítulos llevan de añadidura sonetos; otras son *El hospital de incurables*, *viaje de este mundo al otro*, eco de *Los sueños* de Quevedo, y *Academias del Jardín*, producción juvenil. (V. *Obras escogidas de S. J. P. de M.* en los *Clásicos olvidados*, estudio, ed. y notas de José María de Cossío, 1931.)

DON FRANCISCO DE TRILLO Y FIGUEROA tiene mejor calidad poética. Nace en La Coruña, pero después de pasar algún tiempo en Italia como soldado, se radica en Granada. Imitó con fortuna a Góngora, a quien sigue muy de cerca en los versos cortos, como

A los boquirrubios,
señorazas mías,
que por damas duendes
se hacen estantiguas...

Al río, zagales,
a lavar, zagalas;
que se apaga el fuego
y se enfría el agua.

Una buena vieja,
de gloriosa fama,
que enseña las niñas
de aquestas que labran...

Sus versiones de Anacreonte, o mejor dicho de las *Anacreónticas*, son graciosas; y sus *Sátiras*, de lo mejor que produjo. La X y la XI, que glosan *Y así vaya de verdades*, y *Mucho puede un manto, pues encubre tanto*, merecen incluirse en cualquier buena antología.

PEDRO DE ESPINOSA "...es poeta interesantísimo para el gusto moderno, por el peculiar acento sentimental que a veces alcanza". ("¡Yo, yo soy aquel hombre / a quien después bañaste rostro y labios / de dulces besos húmidos! / Rómpeme el pecho con ardiente

rayo; / anégame y escóndeme en tus llamas...”)

También interesa, y mucho, por el complicado refinamiento de su estilo, por la delicada sonoridad de su versificación —que no excluyó novedades como la del soneto en alejandrinos “Como el triste piloto que por el mar incierto...”—, y, tal vez más aún, por sus poderes *visuales*, su aptitud para sugerir curiosas imágenes y lujosas combinaciones de color, ya italianas, ya moriscas, así como para percibir notas desusadas: los “olivares pálidos” del Betis, las aguas “claras como ámbar” del Genil, los “plateados lirios”, los “pintados lagartos”, el “azul ceniza” del cielo de la mañana sobre el mar, “el turquesado mar de Barcelona” (Pedro Henríquez Ureña, *RFE*, IV, 1917, p. 289).

Su verso posee una rara perfección; así en este

Madrigal

Vuela más que otras veces;
sol, desenlaza libre tu presteza,
y mira no tropieces
en tu misma furiosa ligereza.
No alcancen a tus postas voladoras
con pies de viento las sucintas horas;
que con más honra volarás rogado
que de mi sol vencido y afrentado;

o en esta octava de *La fábula de Genil*:

Hay blancos lirios, verdes mirabeles
y azules guarnecidos alhelies,
y allí las clavellinas y claveles
parecen sementera de rubies;
hay ricas alcatifas y alquiceles,
rojos, blancos, gualdados y turquíes,
y derraman las auras con su aliento
ámbares y azahares por el viento.

Espinosa era antequerano, nacido en 1578; hombre de vastos conocimientos, siguió la carrera eclesiástica y anduvo como penitente en las ermitas de la Magdalena —cerca de la ciudad natal— y en otra de Archidona; la última parte de su vida transcurrió en Sanlúcar de Barrameda, siendo rector del colegio de San Ildefonso y cronista de la casa de Niebla. Murió en 1650. Estuvo enamorado, sin ser correspondido, de la poetisa doña Cristobalina Fernández de Alarcón, coterránea suya. Es muy notable la antología poética, en cuya recopilación laboró muchos años, titulada *Flores de poetas ilustres*. La primera parte apareció en 1605. *El perro y la calentura*, novela peregrina, es obra suya atribuida a Quevedo en algunas ediciones, e imitada por éste en el *Cuento de cuentos*. Tiene gran valor paremiológico y riqueza de léxico.

LOS ARGENSOLAS. Los más altos representantes de la escuela lírica aragonesa nacen en Barbastro, en 1559 Lupercio; en 1562 Bartolomé. Ambos estudian en Huesca y Zaragoza, y el menor, en Salamanca. En la corte del duque de Villahermosa, Lupercio

fue secretario, en tanto que su hermano era rector en la cabeza del ducado. Uno y otro asistieron a la Academia poética de Madrid, a que concurrían los mayores ingenios de la corte. Lupercio casó en 1593 con doña María Bárbara de Albión. En la academia citada figuraba con el nombre de Bárbaro, y poco después entró al servicio de la emperatriz doña María de Austria, en los cargos de secretario y cronista de Aragón, mientras que Bartolomé desempeñaba el de capellán de dicha señora. Con el conde de Lemos pasó a Nápoles y le tocó designar a los literatos que acompañaron a Italia al de Lemos. Cervantes fue excluido. Tomó parte en las actividades de la academia napolitana de los *Ociosos*. Murió en Nápoles en 1613, su hermano le sobrevivió hasta 1631. Gabriel Leonardo de Albión, hijo de Lupercio, publicó las obras poéticas de ambos escritores en 1634 con el título de *Rimas*. Los Argensolas tienen más fortuna en el soneto que en los tercetos. En este conocidísimo de Lupercio, de rara perfección, pone una cálida nota personal el cuarto verso:

Imagen espantosa de la muerte,
sueño crüel, no turbes más mi pecho,
mostrandome cortado el nudo estrecho,
consuelo solo de mi adversa suerte.

Busca de algún tirano el muro fuerte,
de jaspe las paredes, de oro el techo;
o el rico avaro en el angosto lecho
haz que temblando con sudor despierte.

El uno vea el popular tumulto
romper con furia las herradas puertas,
o al sobornado siervo el hierro oculto.

El otro sus riquezas descubiertas
con llave falsa o con violento insulto,
y déjale al amor sus glorias ciertas.

Traducen Lupercio y Bartolomé con elegancia a Horacio, cuya influencia en ellos domina a todas. Del canónigo de Villahermosa es este conocidísimo soneto, a menudo atribuido a su hermano Lupercio, que publicamos según la más autorizada versión:²¹

A una mujer que se afeitaba ²² *y estaba hermosa*

Yo os quiero confesar, don Juan, primero,
que aquel blanco y color de doña Elvira
no tiene de ella más si bien se mira
que el haberle costado su dinero.

Pero tras eso confesaros quiero
que es tanta la beldad de su mentira
que en vano competir con ella aspira
belleza igual de rostro verdadero.

Mas qué mucho que yo perdido ande
por un engaño tal, pues que sabemos
que nos engaña así naturaleza;

porque ese cielo azul que todos vemos
ni es cielo ni es azul: ¡lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

DON ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS (1589-1669) imitó a Anacreonte en metros cortos, en cuyo manejo fue muy feliz. Un poco monótono en los temas y con poca variedad de pensamientos, así y todo no están exentos de gracia y ligereza sus poemas. Cualquiera de ellos sirve de muestra:

A Lesbia

Al son de las castañas
que saltan en el fuego,
echa vino, muchacho,
beba Lesbia y juguemos,
siquiera el Capricornio
tire lanzas de hielo,
mal agüero a casados,
buen auspicio a solteros;
enemigo de Baco
cuando estaba en el suelo,
destrozándole vides,
rumiándole sarmientos...

En 1618 publicó sus *Eróticas*, cuyo libro tercero (*Las delicias*) compuso en su primera juventud. Ensayó nuevos metros y combinaciones, como los sáficos adónicos y aun los hexámetros. Buen humanista, mostró en ello cierto noble orgullo. Se han perdido sus *Disertaciones críticas*, donde reunió estudios de erudición clásica. Tradujo felizmente a Horacio y en sus últimos años *De Consolatione*, de Boecio, y su versión es excelente. Nació en Matute (La Rioja); de “rapacillo” despilfarró dineros maternos en Madrid; en Salamanca estudió leyes; tuvo siete hijos de su esposa, doña Antonia de Leyva, con quien casó en 1625; supo de apuros pecuniarios; anduvo en pleitos; murió una de sus hijas a los veinte años; y a todo esto, ya viejo, se le procesó ante la Inquisición, se le tuvo preso, y se le condenó a cuatro años de destierro, que cumplió en Santa María de Ribarredonda. Más tarde se le indultó. Fue imitadísimo, sobre todo en el siglo XVIII.

BERNARDO DE BALBUENA (1562–1627). Nace en Valdepeñas (V. Van Horne, en *RFE*, 1933, cuad. 2º) o en Guadalajara de la Nueva España.²³ Estudió en esta ciudad mexicana. Emrende viaje a España, y en Sigüenza se doctora en teología (1607). Tuvo altos cargos eclesiásticos: abad en Jamaica, obispo en Puerto Rico. *El Bernardo o Victoria de Roncesvalles* (1624) encierra grandes bellezas, poco apreciadas hoy por las aterradoras dimensiones del poema. La exuberancia verbal, el deslumbrante colorido en las descripciones, así como una poderosa fantasía, son las cualidades principales de Balbuena. La *Grandeza mexicana* (México, 1604) pinta en fáciles tercetos a la capital de la Nueva España, a la sazón la primera ciudad del Nuevo Continente. El estilo es

elegante, lleno de brillo, color y erudición. Citemos algunos tercetos:

Con bellísimos leños y paisajes,
salidas, recreaciones y holguras,
huertas, granjas, molinos y boscajes;

alamedas, jardines, espesuras,
de varias plantas y de frutas bellas,
en flor, en cierne, en leche, ya maduras.

No tiene tanto número de estrellas
el cielo, como flores su guirnalda,
ni más virtudes hay en él que en ellas.

De sus altos vestidos de esmeralda
que en rico agosto y abundantes mieses
el bien y el mal reparten de su falda...

Otro de sus libros se intitula *El siglo de oro en las selvas de Erifile*, publicado en 1608, y es una colección de églogas.

Poetas estimables son los toledanos José de Valdivielso (1560–1638), autor del *Romancero espiritual del Santísimo Sacramento* (1612); y Baltasar Elisio de Medinilla (1585–1620), que lo es del poema *Descripción de Buenavista*, y de otras obras menores. Ambos fueron amigos de Lope de Vega, y el último murió asesinado.

Nápoles recuperada por el rey Alonso (1651) es un poema heroico a la italiana compuesto por un descendiente del Magnánimo, el príncipe de Esquilache, don Francisco de Borja y Aragón (1581-1658), amigo de los Argensolas (correspondió en tercetos con Bartolomé), que fue virrey del Perú, y en cuyas *Obras en verso* (1648) campean facilidad en la versificación, cierta rebeldía contra los lugares comunes imperantes entonces en la lírica, gracia alada en romancillos, como éste:

Truécanse los tiempos,
múdanse las horas,
unas en placeres,
en pesares otras.
En la primavera,
de la más hermosa,
noche son los años,
la niñez aurora;
el árbol florido
que el cierzo despoja,
si enero le agravia,
mayo le corona;
la callada fuente
que murmura a solas,
en verano ríe,
y en invierno llora;
si en prisiones duermen
las aves sonoras,
libertad de día
por los aires gozan;

si los vientos braman
y la mar se enoja,
cuando el alba nace
descansan las olas...

y en otras composiciones de inspiración popular. He aquí dos de sus epigramas:

Aunque es Lucinda mujer
de un docto letrado y viejo;
no hay quien no quiera tener,
más que de Ticio el consejo,
de Lucinda el parecer.

Muriendo quien yace aquí,
de sí mismo murmuró,
pues sólo se confesó
para decir mal de sí.

El conde Bernardino de Rebolledo (1597–1676), que se distinguió como soldado en Italia y Flandes y que representó a Felipe IV ante el rey de Dinamarca, tradujo, sirviéndose de la Biblia en castellano, impresa en Ferrara, el libro de Job (con el nombre de *La constancia vitoriosa, égloga sacra*), los Salmos (*Selva sagrada*) y el libro de Jeremías (*Los trenos, elegías sacras*). Su *Discurso de la hermosura y el amor* contiene bellas páginas. Como poeta es generalmente prosaico. Sus epigramas, que anuncian la traviesa musa de Piron y Grécourt, no carecen de gracia. Citaremos éstos:

No de severo me arguyas
por no haberte referido
mis obras; que sólo ha sido
por no escucharte las tuyas.

Pues el rosario tomáis,
no dudo que le recéis
por mí, que muerto me habéis,
o por vos, que me matáis.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ (1651-1695), que en el siglo se llamó Juana de Asbaje, es una poetisa de exquisita calidad, y una de las figuras literarias más atrayentes del siglo XVII. Nació en Nepantla, próxima a Amecameca (México), y sus padres, don Pedro de Asbaje y Vargas e Isabel Ramírez. Fue hija natural, como sus hermanas y medio hermanos. Es admirable su tenaz inclinación por el estudio.

En esto, sí, confieso, que ha sido inexplicable mi trabajo; y assi, no puedo dezir lo que con embidia oygo a otros, que no les ha costado afán el saber: dichosos ellos. A mí no el saber (que aun no sé) sólo el desear saber, me le ha costado tan grande, que pudiera dezir con mi Padre San Jerónimo (aunque no con su aprovechamiento): Quid ibi laboris insumpserim, etc. (*Respuesta de la poetisa a la muy ilvstre sor Philotea de la Cruz.*)

y antes, en la misma *Respuesta* había dicho:

...cedieron y sugetaron la cerviz todas las impertinencillas de mi genio, que eran, de querer vivir sola, de no querer tener ocupación obligatoria que embaraçase la libertad de mi estudio, ni rumor de

comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros.

Los virreyes marqueses de Mancera y los condes de Paredes la protegieron y amaron. Profesó primero en el convento de Santa Teresa la Antigua (1667) y, por motivos de salud, después en el de San Jerónimo (1669). En su celda, rodeada de libros e instrumentos científicos y de música, escribe sus poemas en que va dejando las esencias de su intimidad emocionada. Unas *redondillas* en que “arguye inconsequentes el gusto y la censura de los hombres, que en las mugeres acusan lo que causan” le dará dilatada celebridad. *Endechas* “que expresan cultos conceptos de afecto singular” y “que prorrumpen en las voces del dolor al despedirse para una ausencia”, y sobre todo las *Liras*, “que expresan sentimientos de ausente”, encierran doloridas quejas de una pasión duramente contrastada o reprimida. Hay ciertamente conceptismo en este *Soneto* en que “Quéxase de la suerte: insinúa su aversión a los vicios y justifica su divertimento a las Musas”:

En perseguirme Mundo, ¿qué interessas?
en qué te ofendo, quando sólo intento
poner bellezas en mi entendimiento,
y no mi entendimiento en las bellezas?

Yo no estimo thesoros ni riquezas,
y assí, siempre me causa más contento
poner riquezas en mi entendimiento,
que no mi entendimiento en las riquezas.

Yo no estimo hermosura, que vencida
es despojo civil de las edades,
ni riqueza me agrada fementida;

teniendo por mejor en mis verdades,
consumir vanidades de la Vida,
que consumir la Vida en vanidades.

Bajo la estrella de Góngora escribió sus más bellos sonetos:

Rosa divina que en gentil cultura
eres con tu fragante sutileza
magisterio purpúreo en la belleza,
enseñanza nevada a la hermosura...

Este que ves, engaño colorido,
que del Arte ostentando los primores,
con falsos sylogismos de colores
es cauteloso engaño del sentido...

Otros, por su tersura de estilo y emoción depurada, emulan los mejores de los Argensolas:

Detente, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.

Si al imán de tus gracias atractivo
sirve mi pecho de obediente azero,
¿para qué me enamoras lisongero,
si has de burlarme luego fugitivo?

Mas blasonar no puedes satisfecho
de que triunfa de mí tu tyranía;
que aunque dexas burlado el lazo estrecho,

que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar braços y pecho
si te labra prisión mi fantasía.

Una exhortación del obispo de Puebla (bajo el seudónimo de *Sor Philotea*) a dejar las letras profanas promueve en ella, hacia el final de su vida, una crisis. Muere en una peste maligna, cuyo contagio adquiere sirviendo a sus hermanas de religión. La reprensión del obispo de Puebla dio motivo a la notable *Respuesta a Sor Philotea*, en que da tan preciosas noticias sobre sus estudios y vocación literaria, sobre las contrariedades y amarguras de su vida, y en que defiende con tanto calor el derecho de la mujer a cultivarse. He aquí algunos pasajes de este valiosísimo documento:

...el entendimiento... es el más indefenso, pues la riqueza y el poder castigan a quien se les atreve; y el entendimiento nó, pues mientras es mayor, es más modesto y sufrido y se defiende menos.

...pero hay otro [motivo], no menos eficaz, aunque no tan bien fundado, pues parece máxima de el impío Machiabelo; que es aborrecer al que se señala, porque desluzca a otros.

...porque es el triunfo de sabio obtenido con dolor y celebrado con llanto, que es el modo de triunfar la sabiduría; siendo Christo, como Rey de ella, quien estrenó la corona porque santificada en sus sienes, se quite el horror a los otros sabios y entiendan que no han de aspirar a otro honor.

Su teatro lo integran la buena comedia *Los empeños de una casa*, otra intitulada *Amor es más laberinto* y los autos *El divino Narciso*, *San Hermenegildo* y *El cetro de San José*. Las canciones del primero de dichos autos fueron elogiadas por Menéndez y Pelayo en estos términos: "...más parecen del siglo XVI que del XVII, y más de algún discípulo de san Juan de la Cruz y de fray Luis de León que de una monja ultramarina".

12. QUEVEDO, GRACIÁN Y SU ÉPOCA

Quevedo es en su siglo una de las figuras más representativas de España. Agudísimo ingenio, filósofo estoico, burlón inagotable, escritor del tipo más viril y recio, espíritu de una agilidad increíble, encarna al humanista del barroquismo, al hombre de libros que no descuida por cierto las cosas de España, declinantes bajo los últimos Felipes.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS (1580-1645) nace en Madrid. Sus padres, oriundos del valle de Toranzo (provincia de Santander), servían en palacio. Estudia en Alcalá lenguas clásicas, italiano y francés. En Valladolid se consagra a la teología y a los estudios religiosos. Comienza a hacerse conocer y figura con buen número de

composiciones en las *Flores*, de Pedro de Espinosa. En Madrid reside, al trasladarse la corte, hasta 1611; escribe por entonces *El buscón*, y empieza a redactar *Los sueños*. Es falso que mató a un hombre por abofetear a una dama que rezaba en la iglesia de San Martín. Amigo del gran duque de Osuna, pasa a Italia, donde interviene en varios asuntos dificultosos y llenos de peligro. Así, procuró arrebatarse Niza al duque de Saboya, que sofocó la conspiración con mano de hierro. Con el cuantioso donativo de Sicilia logra que se nombre a Osuna virrey de Nápoles, junto al cual atendió los asuntos de Hacienda. El marqués de Bedmar, embajador español en Venecia, el gobernador de Milán y Osuna planean un golpe de mano para apoderarse de la Serenísima República y la conspiración fracasa. No está probada la intervención en ella de Quevedo. De esta época es la *Política de Dios*. Bajo Uceda, cae del favor real Osuna, y a Quevedo se le destierra a la Torre de Juan Abad (1620). Al encumbrarse el conde-duque de Olivares, recupera la gracia del rey. Hospedó en su Torre a Felipe IV en su viaje por Andalucía (1624) y formó parte del séquito que fue a Aragón con el monarca (1626). En 1632 se le nombró secretario del rey, puesto más bien honorífico. Por entonces se ocupaba en el *Marco Bruto*. Casó en 1634 con doña Esperanza de Aragón, señora de Cetina, de quien se separó definitivamente en 1636 por desavenencias conyugales. Antes se le conocen amores con “la Ledesma”, dama no bien identificada. Para contrarrestar el auge del gongorismo publicó las *Poesías* de fray Luis de León y las de Francisco de la Torre. Desde 1618 había recibido el hábito de Santiago. En 1626 publicó *El buscón*, y al año siguiente *Los sueños*. Muy inclinado a las controversias literarias, escribe *La perinola*, para responder al *Para todos*, del doctor Juan Pérez de Montalbán. Se cree que, por un escrito acusatorio que halló cierto día Felipe IV bajo su servilleta, fue aprehendido y encerrado durante cuatro años (1639 a 1643) en un calabozo de San Marcos de León. A la caída de Olivares, don Juan de Chumacero, presidente del Consejo de Castilla, logró con alguna dificultad que el rey firmara la libertad del escritor, que salió de la dura prisión muy enfermo y achacoso. Se retiró a la Torre y murió en Villanueva de los Infantes. De su propia vida habló siempre en términos amargos: recuérdese el romance en que “Refiere su nacimiento y las propiedades que le comunicó”, y este pasaje de otro en que “Refiere él mismo sus defectos en boca de otros”:

Yo confieso que mi vida
es una mesa de trucos,
zarandajas, golpes, idas
y malogrados apuntos.

Sentimientos dolorosos ante la tragedia nacional son patentes en la inmortal *Epístola al Conde-Duque de San Lúcar*:

...Señor Excelentísimo, mi llanto
ya no consiente márgenes ni orillas:
...
Yace aquella virtud desaliñada,
que fue, si menos rica, más temida,
en vanidad y en ocio sepultada.

Y aquella libertad esclarecida,
que donde supo hallar honrada muerte
nunca quiso tener más larga vida.

...
Hoy desprecia el honor al que trabaja,
y entonces fue el trabajo ejecutoria,
y el vicio graduó la gente baja.

De sus poesías encomiásticas sobresale el soneto *Memoria inmortal de Don Pedro Girón, Duque de Osuna, muerto en la prisión*:

Faltar pudo su patria al grande Osuna,
pero no a su defensa sus hazañas;
diéronle muerte y cárcel las Españas,
de quien él hizo esclava la Fortuna...

De sus innumerables y admirables sonetos pongamos éste, compuesto en su Torre y dirigido a don Juan de Herrera o a don Juan Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, sus amigos íntimos:

Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos libros juntos,
vivo con el comercio de difuntos
i con mis ojos oigo hablar los muertos.

Si no siempre entendidos, siempre abiertos:
o enmiendan o fecundan mis asuntos
los libros que, en callados contrapuntos,
al músico silencio están despiertos.

Las grandes almas que la muerte ausenta,
de injurias de los años vengadora,
restituie, Don Juan, docta la imprenta.

En fuga irrevocable huie l' hora;
mas con el mexor cálculo se cuenta
la que en lección i estudio nos mexora.

Es más que probable que no sean de Quevedo los dodecasílabos pareados del memorial *Católica, sacra, real Majestad* y que tengamos que conformarnos con ignorar la causa de su cruel prisión en San Marcos. (Vid. José Manuel Blecha, *Un ejemplo de dificultades: el memorial Católica, sacra, real Majestad*, en *NRFH*, año VIII, abril-junio de 1954.)

En sus letrillas y romances se aproxima al arte de Góngora, a quien iguala en calidad y supera en número de composiciones. Son obras maestras, gala de nuestra lengua, letrillas como "Poderoso caballero / es don Dinero", "Santo silencio profeso: / No quiero, amigos, hablar". "Este mundo es juego de bazas, / que sólo el que roba triunfa y manda", "Solamente un dar me agrada, / que es el dar en no dar nada", "Pues amarga la verdad, / quiero echarla de la boca", "Y no lo digo por mal", y otras muchas. De los romances son justamente famosos "Boda y acompañamiento del campo", "Sacúdese de un hijo pegadizo", el *Testamento de Don Quijote, Instrucción y documentos para el*

noviciado de la corte, Descubre Manzanares secretos de los que en él se bañan, Itinerario de Madrid a su Torre, y tantos más. Por su ingenio torrencial y por su buen humor un tanto chocarrero, pero con todo admirable, en *De las necedades y locuras de Orlando el enamorado* hace recordar a Rabelais mismo. Otras composiciones suyas lindan con los epigramas de Marcial, algunos de los cuales vertió con su habitual maestría. Tradujo en prosa y verso a Jeremías, en verso a Focílides, y con paráfrasis y comentarios a Anacreonte. Es el satírico por excelencia y el primer ingenio de España. Fue un formidable lector y en pocos libros hay tantas observaciones valiosas y tan amplia y amena erudición como en los suyos. Pero esto no amengua su españolismo irreductible. Principalmente en la prosa aparece el conceptismo, que como el culteranismo no es sino una modalidad de la sensibilidad barroca. Toca más a los pensamientos que a su expresión, y consiste en un anhelo de concisión que logra retorciendo la sintaxis, multiplicando equívocos, retruécanos y antítesis, y suscitando insospechadas asociaciones de ideas.

Cervantes es hombre del XVI: lee todos los libros de caballerías, le tienta el género pastoril, los *novellieri*, etc. Quevedo tiene las preocupaciones del siglo XVII. Intenta en *Política de Dios, Gobierno de Cristo* (escrita entre 1617 y 1626) un sistema fundado en las Escrituras, frente a la política realista de Maquiavelo. *Mundo caduco y desvaríos de la edad, Grandes anales de quince días, Lince de Italia u Zahorí español, El chitón de las Tarabillas* y otros escritos menores tratan de la política española ante sus enemigos, Venecia, Francia y Saboya. *El buscón* y *Los sueños* son obras capitales. El primero aprovecha recuerdos de la vida estudiantil en Alcalá, reelaborados con influencias del *Lazarillo* y del *Guzmán*. Es obra ingeniosísima, y como la primera de las novelas picarescas, sin propósito docente visible. *Los sueños* son una especie de *Inferno* satírico, fantasías ultraterrenas en que fulge con lozanía el genio del Señor de la Torre de Juan Abad. El humor de Quevedo es muchas veces tétrico. Capta lo grotesco, lo disforme, lo monstruoso. Así, el Licenciado Cabra, la mejor pintura del *Buscón*, es sin duda de gran fuerza cómica, pero también siniestro con sus barbas bermejas, su sotana sin ceñidor, sus cabellos largos y sus zapatos descomunales. En *Visita de los chistes*, en tres líneas se bosqueja este cuadro de pesadilla: “Fueron entrando unos médicos a caballo en unas mulas, que con gualdrapas negras parecían tumbas con orejas”.

En *Las zahúrdas de Plutón* —lo mejor ciertamente de *Los sueños*— se describe jocosamente a los poetas que visten a la morisca sus amores. No sería difícil que aludiera a Lope de Vega.

Esta es gente que canta sus pecados como otros los lloran, pues en amancebándose, con hacerla pastora o mora, la sacan a la vergüenza en un romancico por todo el mundo. Si las quieren a sus damas, lo más que les dan es un soneto o unas octavas, y si las aborrecen o las dejan, lo menos que les dejan es una sátira. ¡Pues qué es verlas cargadas de pradicos de esmeraldas, de cabellos de oro, de perlas de la mañana, de fuentes de cristal, sin hallar sobre todo esto dinero para una camisa ni sobre su ingenio! Y es gente que apenas se conoce de qué ley son. Porque el nombre es de cristianos, las almas de herejes, los pensamientos de alarbes y las palabras de gentiles.

Los sueños confinan con el arte de Goya. Sus visiones grandiosas y horribles, la

intención política nunca ausente del todo y el españolismo hacen pensar en los *Caprichos*. *El caballero de la tenaza*, *Las premáticas*, *Aranceles* y demás producciones jocosas menores son obras de juventud y de mucho mérito. Viva luz arrojan las *Cartas* sobre múltiples problemas biográficos de Quevedo y sobre la época de los privados de Lerma, Uceda y Olivares.

La vida del capitán Alonso de Contreras (nació en 1582) es una autobiografía veraz. Contreras tuvo una existencia llena de los más variados incidentes.

El vallisoletano Cristóbal Suárez de Figueroa (1571-1639?) es autor de *El pasajero* (1617), *Plaza universal de todas ciencias y artes* (1615) —traducción en gran parte de la *Piazza Universale*, de Tomás Garzoni— y de *La constante Amarilis* (1609). Estudió en Bolonia y Pavía y pasó muchos años en Italia, desempeñando diversos cargos.

Menéndez y Pelayo define en estas palabras su carácter envidioso y mordaz, y el no escaso valor literario del *Passagero*, que nos ofrece de la vida española del XVII un testimonio veraz:

Quien busque noticias de apacible curiosidad, sátiras tan crueles como ingeniosas, gran repertorio de frases venenosas y felices, rasgos incomparables de costumbres, lea el *Pasajero*, en el cual, sin embargo, lo más interesante de estudiar que yo encuentro es el carácter mismo del autor, público maldiciente, envidioso universal de los aplausos ajenos, tipo de misántropo y excéntrico, que se destaca vigorosamente del cuadro de la literatura del siglo XVII, tan alegre, tan confiada y tan simpática. Tal hombre era una monstruosidad moral de aquellas que ni el ingenio redime. Le tuvo, y grande, juntamente con una ciencia profunda de nuestra lengua; pero lo odioso de su condición, y el mismo deseo de mostrarse solapado y agudo, con mengua de la claridad y del deleite, condenaron sus escritos al olvido, perdiendo él en honra propia lo que a tantos buenos había quitado... (*Historia de las ideas estéticas en España*.)

Varias poesías que incluye como suyas en *La constante Amarilis*, según se ha averiguado, son de don Luis Carrillo y Sotomayor. He aquí algunas opiniones del *Passagero*:

Cánsame sumamente el uso de las rimas y aquella violenta necesidad del consonante, tan apetecido del vulgo. La prosa, cuando se habla o escribe como se debe, mantiene indecible decoro y gravedad, siendo su artificio mucho más ingenioso que el del verso.

...De suerte que, cuanto a rimas sueltas, solamente las de Garcilaso y Camoens merecen en España aplauso y estimación; las demás, menosprecio y olvido, por flojas, por humildes en pensamientos y elocución.

...Déjase llevar la incauta juventud con facilidad de cualquier aparente entretenimiento. A los no ocupados en libros, o en otros ejercicios de virtud, es molestísima la sobra de tiempo, el cansancio de ociosidad. Búscanse los compañeros, y como de ordinario no es el entendimiento el gobernarle deste género de juventud, dase larga mano a travesuras, hallándose en todas oprimido el discurso y violentada la razón. Faltan modestia y templanza, y, sobre todo, experiencia y consejo para seguir en peligrosos extremos el medio mejor. Ninguna cosa apuraba tanto mi paciencia como querer en todas conversaciones se tratase de beber sin tener sed alguna.²⁴

En 1618 aparece *La vida del escudero Marcos de Obregón*, del rondeño Vicente Espinel (1550-febrero de 1624). Se suele incluir entre las picarescas, pero tiene mucho de novela de costumbres y aun algo de las de aventuras. En su buen estilo, sentencioso y

grave, se van relatando las varias peripecias de la vida del escudero, que parecen dejar traslucir las de su autor. Espinel estudió en Salamanca, sin graduarse. Después vivió algún tiempo alegremente en Sevilla en el medio ambiente picaresco. Yendo a Italia, cayó en manos de piratas argelinos. Unos barcos genoveses se apoderaron del galeón de los piratas y libertaron al escritor. Viaja por Italia, y pelea en Flandes, donde asiste al asalto de Maestricht. Antes había tratado de alistarse en la desgraciada expedición del rey don Sebastián. En 1589 se gradúa de bachiller en artes, en Granada. Publica sus *Rimas* en 1591, aprobadas en términos laudatorios por Ercilla. Habiéndose ordenado sacerdote, y tras algunas dificultades que tuvo con sus paisanos, se radica en Madrid. Obtiene el grado de maestro en artes, en Alcalá (1599). Capellán del obispo de Plasencia y maestro de su capilla de música, vive estimado de todos, que lo admiran por sus versos latinos y castellanos, por sus habilidades musicales, así como por su trato. Añadió la quinta cuerda a la guitarra y en métrica perfeccionó la décima, que se llamó *espinela*. Anécdotas, buenas frases, respuestas agudas, de todo hay en su libro, que como pocos nos ilustra sobre la vida y costumbres españolas del XVII. Se descubre un propósito moralizador en el reposado comentario que envuelve el relato. De las variadas aventuras y situaciones del escudero emana el interés del libro.

La erudición está representada en este periodo por Nicolás Antonio (1617-1684), que escribió en latín la *Bibliotheca hispana vetus* y la *Bibliotheca hispana nova*, que contienen noticias bibliográficas todavía útiles sobre escritores españoles desde el tiempo de Augusto hasta el del autor; y por el murciano Francisco Cascales, preceptor del Colegio de San Fulgencio en su ciudad natal. Sus celebradas *Cartas filológicas*, que tratan los más variados asuntos, comprenden una censura contra el gongorismo. El humanista don Jusepe Antonio González de Salas (1588-1654) comentó a Petronio, Pomponio Mela, Plinio el Viejo y a Aristóteles (*Nueva idea de la tragedia antigua, o ilustración al libro de la Poética de Aristóteles*); y publicó, no sin retoques, las seis primeras *Musas*, de Quevedo, su amigo íntimo. En lo religioso, Miguel de Molinos (nació en Muniesa, Zaragoza, en 1628 y murió en 1696) establece en su *Guía espiritual* — Roma, 1675, traducida a varias lenguas— la doctrina herética del *quietismo*, que preconiza como el camino más directo hacia Dios “el sumergirse en la nada”.

Varios escritores de costumbres escriben obras importantes: Antonio de Liñán y Verdugo (el padre agustino Julián Zarco Cuevas cree que se trata del mercedario fray Alonso Remón, natural de Vara de Rey, en Cuenca) aparece como autor de unos *Avisos y guía de forasteros que vienen a la Corte* (1620), en diálogos;²⁵ don Juan de Zabaleta (1610-1670, ambas fechas son inciertas) publicó *El día de fiesta por la mañana* (1654) y *El día de fiesta por la tarde* (1660), libros indispensables para quien quiera conocer la vida española bajo Felipe IV. Merecen figurar entre lo mejor de la imitación de Teofrasto retratos como el galán, el adúltero, el celoso, la dama, etc. La descripción de la Comedia suministra datos de inapreciable valor. Hay siempre un propósito moral en este escritor, cuya prosa esmaltan continuos aciertos estilísticos y muestras del ingenio más agudo. Un soldado de la Guardia Real —Francisco Santos—, que murió hacia 1700, compuso, entre otros escritos, *Día y noche en Madrid, discursos de lo más notable que en él pasa*

(1663), de lectura bastante entretenida. Lesage lo aprovechó en *Le Diable Boiteux*.

La desordenada codicia de los bienes ajenos (1619), del doctor Carlos García, es una novela picaresca, en que el protagonista, llamado Andrés, hace una irónica apología del hurtar, y sostiene que los primeros ladrones fueron Lucifer, Adán, Caín y otros personajes de la Biblia. El libro es de grata lectura y hay episodios bastante graciosos, como la burla que hizo Andrés al capitán de la galera donde estaba encadenado, y al mayordomo. El autor vivió en Francia, donde publicó en 1617 *La oposición y conjunción de dos grandes luminares de la Tierra*, con motivo de las bodas de Ana de Austria con Luis XIII. En *La desordenada codicia* está la fuente indudable del cuento de Balzac, *El verdugo* (dedicado a Martínez de la Rosa y publicado en 1830), que aquél pudo conocer en algún arreglo francés de la novelita española.

El donado hablador Alonso, mozo de muchos amos, por el doctor Jerónimo de Alcalá Yáñez y Rivera, natural de la ciudad de Segovia, es también una novela picaresca notable por su lenguaje y elegante estilo. Consta de dos partes, de las cuales la primera se imprimió en Madrid en 1624; y la segunda, en Valladolid en 1626. Escrita en forma dialogada, en la primera parte Alonso, donado de un convento cuyo nombre no se indica, refiere la historia de su vida al vicario. La segunda parte se narra al cura de San Zoles, pues Alonso, caído de la gracia del vicario, fue expulsado del convento. La obra es muy amena, y descubre en su autor buen conocimiento de libros. Hay también en él un espíritu moral de cristiano viejo que le lleva a condenar las usuales tropelías de los soldados con los aldeanos que los aposentan, el mal comportamiento de los feligreses en las iglesias y otros desafueros de la época. Tiene mucho de novela de costumbres. Del autor se sabe que nació en 1563 y que murió en 1632; que estudió medicina en Valencia y que la practicó muchos años en su ciudad natal.

La vida de Don Gregorio Guadaña, por Antonio Enríquez Gómez, es libro curioso.

Mencionaremos a los mejores novelistas de la época. El madrileño Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo (1581-1635) escribió *La hija de Celestina o la ingeniosa Elena* (1612), una de las últimas imitaciones de la célebre tragicomedia; *El sagaz Estacio, marido examinado* (1620), en que una cortesana busca un complaciente “maridico, un juguete destos de ‘pasa aquí’, ‘escóndete acullá’, ‘vete fuera y no vuelvas hasta tal hora’”. La forma dialogada, la división en actos y la condición de los personajes reflejan influencia de *La Celestina*. No así el tono regocijado y el fondo de ironía que dotan al libro de tan singular atractivo. *La peregrinación sabia*, obra esópica, es buena muestra de las grandes cualidades de Salas como prosista y narrador. Alonso de Castillo Solórzano nació en Tordesillas en 1584. Sus mejores novelas son: *Las harpías de Madrid* (1631), la trilogía formada por *La niña de los embustes* (1632), *Aventuras del Bachiller Trapaza* (1637) y *La Garduña de Sevilla y Anzuelo de las bolsas* (1642). Su producción es copiosa, en especial de novelas cortas a la manera de Boccaccio y de Cervantes. La picaresca, con protagonistas masculinos o femeninos, se depura y afina en sus manos, y casi toca los linderos del mundo que reflejan las comedias contemporáneas de costumbres. Don Gonzalo de Céspedes y Meneses (1585-1638) integra el *Poema trágico del español Gerardo* y *Desengaños del amor lascivo* (1615) con materiales de

su propia vida, que fue extraordinariamente borrascosa y dramática, pues estuvo a punto de ser ejecutado, y años después gozó del favor de Felipe IV. *El español Gerardo* es novela típicamente barroca, con atisbos prerrománticos en la sensibilidad por el paisaje, y de resabios calderonianos. *Las novelas ejemplares y amorosas* (1637), de la madrileña doña María de Zayas Sotomayor (1590-tal vez 1661), ofrecen interés por su realismo. Mencionemos también *Navidades de Madrid* y *Noches entretenidas* (1663), de la granadina Mariana de Carbajal y Saavedra. *La vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor* (1646), de autor desconocido, es una novela picaresca, cuyos episodios, en gran número, ocurren en Italia, España y Flandes. Es verosímil que quien la escribió fuera criado del duque de Amalfi. Los *Diálogos de apacible entretenimiento* (1605) es obra festiva, aunque licenciosa, de Gaspar Lucas Hidalgo. En uno de los relatos de las *Noches de invierno*, por Antonio de Eslava, se ha encontrado la fuente de la última comedia shakespeariana, *La tempestad*. Al doctor Cristóbal Lozano (Hellín, Albacete, 1609-Toledo, 3 de octubre de 1667) acudieron Espronceda, Zorrilla, García Gutiérrez y algún otro romántico en busca de asuntos de poemas o susceptibles de dramatizarse. Muchas leyendas caballerescas o piadosas se encuentran, en efecto, en las tres partes de *David perseguido*, en *Reyes nuevos de Toledo* y en *Soledades de la vida y desengaños del mundo*, principales obras de Lozano. Fue amigo de Calderón, de fray Diego Niseno y del licenciado Juan Pérez de Montalbán, que compuso *Sucesos y prodigios de amor* que comprenden *La villana de Pinto* y *Los primos amantes*, novelas cortas.

SAAVEDRA FAJARDO. Don Diego de Saavedra Fajardo (1584-1648) estudió leyes en Salamanca y fue diplomático y hombre público. Asistió al Congreso de Munster (1643) y en sus últimos años formó parte del Consejo de Indias. Murió en el Hospital de San Antonio, donde vivía. Tras algunas andanzas, sus restos reposan en la catedral de Murcia. Escribe su *Corona gótica* para predisponer en favor de España a los plenipotenciarios de Munster. Utiliza en esta obra los falsos cronicones, superchería histórica que habían rechazado los buenos historiadores contemporáneos, como Nicolás Antonio y el marqués de Mondéjar. Pone discursos en boca de los personajes e inventa cartas que sirven para aclarar el sentido de los sucesos. *La idea de un príncipe político cristiano representada en cien empresas* (1640), o sea, las *Empresas políticas*, son disertaciones políticas, a propósito de emblemas o dibujos alegóricos, disertaciones en que aprovecha experiencias de diplomático en varias cortes de Europa y de hombre público. Este modo de adoctrinar empleando emblemas había sido usado por el profesor boloñés Alciato, cuyos *Emblemas* se solían aprovechar en la enseñanza del latín. Las *Empresas* son la obra de más significación en los escritos de Saavedra Fajardo, que se muestra muy versado en historia, muy preocupado por impugnar a Maquiavelo y muy sentencioso y conciso a la manera de Séneca y de Tácito. *La república literaria* es un libro póstumo, en que el autor, conducido por Marco Varrón, el sabio latino, visita la ciudad que rodean fosos llenos de un “licor oscuro” (tinta) y en cuyas torres se fabricaba papel en abundancia. Perjudican el valor satírico de *La república* continuas

observaciones y asociaciones de ideas a este tenor:

¡Cuántas cosas con menos seguridad del acierto obran así los príncipes por el dibujo de las cosas que les ponen delante, sin saber lo que firman ni lo que ordenan!

Entre la balumba de pintores, arquitectos, filósofos y poetas latinos, griegos, italianos y españoles, sobresale algún juicio certero:

En nuestros tiempos renació un Marcial cordovés en don Luis de Góngora, requiebro de las musas, y corifeo de las gracias, gran artífice de la lengua castellana, y quien mejor supo jugar con ella y descubrir los donaires de sus equívocos con incomparable agudeza. Cuando en las veras deja correr su natural, es culto y puro, sin que la sutileza de su ingenio haga impenetrables sus conceptos, como le sucedió después, queriendo retirarse del vulgo y afectar la escuridad; error que se disculpa con que aun en esto mismo salió grande y nunca imitable.

Se trata con cierto desdén la poesía, y con un escepticismo muy justificado las doctrinas filosóficas de la antigüedad. Con todo, Saavedra es uno de los maestros de la prosa de su siglo.

GRACIÁN. El padre jesuita Baltasar Gracián, tan admirado por Schopenhauer, nace en 1601 cerca de Calatayud. Estudia allí mismo, en Toledo y en Zaragoza. A los dieciocho años ingresa en la Compañía. Frecuentó en Huesca la tertulia de don Vicencio Juan de Lastanosa (el Salastano del *Criticón*), que poseía una biblioteca y un museo, donde trabó amistad con el cronista Francisco Andrés de Ustarroz y con el capitán Pablo de Parada. Predicó en Madrid, de cuya corte guardó ingratos recuerdos. En Tarragona desempeñó el cargo de rector en el Colegio de los Jesuitas. Asistió a la batalla de Lérida en 1646, como cura castrense. Para atraer oyentes a sus sermones anunció cierta vez en Valencia que leería en el púlpito una carta que le había llegado del infierno. Sus superiores hicieron que se retractase; y más adelante, en dos ocasiones —una, cuando fue publicada la tercera parte de *El criticón*—, recibió castigos severos. Trató de salir de la Orden, pero no lo logró, y murió en Tarazona en 1658.

En *El héroe* (1637), del que es fama que dijo Felipe IV: “—Es muy donoso este brinquin²⁶ y aseguro que contiene cosas grandes”, trata no sólo de la materia primordial del héroe —entendimiento, corazón, etcétera—, sino de su teatralidad y efectismo (“Que el héroe platique incomprensibilidades de caudal”). Abundan las grandes máximas:

Gran providencia es saber prevenir la infalible declinación de una inquieta rueda. Sutileza de tahir saberse dejar con ganancia donde la prosperidad es de juego y la desdicha tan de veras.

Es primor crítico deslizar venialmente en la prudencia y en el valor, para entretener la envidia, para cebar la malevolencia.

Carecieron por la mayor parte los héroes, ya de hijos, ya de hijos héroes, pero no de imitadores; que parece los expuso el cielo más para ejemplares del valor que para propagadores de la naturaleza.

Veinticinco artículos sobre otras tantas virtudes o realces constituyen *El discreto* (1646). He aquí algunas muestras de la finura psicológica de este libro de madurez:

Fue siempre grande sutileza hacer gala de los desaires, y convertir en realces²⁷ de la industria los que ya fueron desfavores de la naturaleza y de la suerte.

...el mal siempre lo vemos de rostro y el bien de espaldas. Los males vienen y los bienes van.

Las verdades que más nos importan, vienen siempre a medio decir.

El varón discreto juega también esta pieza del donaire, no la afecta; y esto, en su sazón; déjase caer como al descuido un grano de esta sal, que se estimó más que una perla, raras veces, haciendo la salva a la cordura, y pidiéndole al decoro la venia.

Estamos ya a los fines de los siglos. Allá en la edad de oro se inventaba: añadióse después; ya todo es repetir. Vense adelantadas todas las cosas, de modo que ya no queda qué hacer, sino elegir. Vívase de elección: uno de los más importantes favores de la naturaleza, comunicado a pocos, porque la singularidad y la excelencia doblen el aprecio.

Hay algunos tan extremados impertinentes que siempre están de algún humor, siempre cojean de pasión, intolerables a los que los tratan, padrastrós de la conversación y enemigos de la afabilidad, que malogran todo rato de buen gusto.

¡O maestro aquel que comenzaba a enseñar desenseñando!

El *Oráculo manual y arte de prudencia* y la *Agudeza y arte de ingenio* son centones de aforismos. *La agudeza* resume también la estética de los conceptistas.

El crítico es la obra maestra. Publicada en tres partes: en 1651 la primera con el anagrama de García de Marlonés; en 1653 y 1657 las otras dos con el nombre de Lorenzo Gracián; y todas tres sin permiso de sus superiores. Critilo y Andrenio (*homo naturalis*) emprenden un viaje por España, Francia, Alemania e Italia que terminan en la isla de la Inmortalidad. Es una revisión de la civilización occidental y de la vida europea hecha por un hombre fuera de ellas, como después en *Les Lettres Persanes*, de Montesquieu, en las *Cartas marruecas*, de Cadalso, y en otros libros más o menos semejantes. La novela árabe del filósofo autodidacto *Hay ben Yacdan*, “el viviente hijo del vigilante”, de Abentofail (segunda mitad del siglo XII), es su remoto antecedente, conocido por ignota vía. Las observaciones sobre europeos de diferentes naciones son admirables. La acerba condenación de la mujer en los Libros Sapienciales inspira párrafos conceptuosos:

Nunca está seguro de ellas ni mozo, ni varón, ni viejo, ni sabio, ni valiente, ni aún santo. Siempre está tocando al arma este enemigo común y tan casero, que los mismos criados del alma la ayudan: los ojos franquean la entrada a su belleza, los oídos escuchan sus dulzuras, las manos la atraen, los labios la pronuncian, la lengua la vocea, los pies la buscan, el pecho la suspira y el corazón la abraza. Si es hermosa, es buscada; si fea, ella busca; y si el cielo no hubiera prevenido que la hermosura ordinario fuera trono de la necedad, no quedara hombre a vida, que la libertad lo es [Crisi XII, *Los encantos de Falsirena*. Primera parte: *En la primavera de la niñez y en el estío de la juventud*].

¹ *El viaje* —sospecha Marcel Bataillon— fue escrito por el doctor Andrés Laguna (véase *NRFH*, abril-junio de 1952). Villalón tuvo varios homónimos entre sus contemporáneos.

² Véase también: J. M. Blecua, *Poemas menores de Gutierre de Cetina*, en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, tomo V, y *Datos para la biografía de G. de C.* de Narciso Alonso Cortés, en *BAE*, 1952.

³ Clás. Cast., tomo 26.

⁴ “...come el rico cuando ha gana, y el pobre cuando lo tiene (Cervantes, *Comedia famosa de la entretenida*, jornada primera).

⁵ Acaso Garcí Sánchez de Badajoz.

⁶ Rostro, cara.

⁷ Empresario teatral.

⁸ Marqués de la Fuensanta del Valle y don José Sánchez Rayón, en *Libros Españoles Raros o Curiosos*, tomo II.

⁹ Comercio, mercado.

¹⁰ Peligros.

¹¹ Dañar.

¹² *Sucesos de Don Frai García Gera* (1613) y *Oración fúnebre del contador Mateo Alemán*, etcétera.

¹³ “...de los muchos [amigos] que en el discurso de mi vida he grangeado, antes con mi condición, que con mi ingenio”. (“Prólogo al lector” de las *Novelas ejemplares*.)

¹⁴ “...tanto peca el que dize Latines delante de quien los ignora, como el que los dize ignorándolos” (*Coloquio de Cipión y Bergançá*).

¹⁵ Aspectos barrocos del *Quijote* y finos análisis e interpretaciones en *Sentido y forma del Quijote* por Joaquín Casaldueiro (1949).

¹⁶ Véase también esta opinión del mismo ensayista: “...and even through the crazed and battered figure of the knight, the spirit of chivalry shines out with undiminished lustre” (Centenary edition, edited by P. P. Howe, VI, 108).

¹⁷ Nótese el trazo cervantino de párrafos como el siguiente: “Por su desgracia, acertó a gustar a una joven, personita muy bien educada también, la cual es verdad que no sabía gobernar una casa, pero se embaulaba en el cuerpo en sus ratos perdidos, que eran para ella todos los días, una novela sentimental, con la más desatinada afición que en el mundo jamás se ha visto” (*El casarse pronto y mal*).

¹⁸ Véase *La Comedia Espagnole du XVII^e Siècle*, Leçon d’ouverture par A. Morel Fatio (París, 1923).

¹⁹ Véase Manuel Muñoz Cortés, *Aspectos estilísticos de Vélez de Guevara en su “Diablo cojuelo”*, *RFE*, tomo XXVII, cuad. 1^o.

²⁰ Léase en la magnífica edición del *Teatro antiguo español* (Centro de Estudios Históricos), I, Madrid, 1916.

²¹ Véase *Dos sonetos atribuidos a Lupercio Leonardo de Argensola*, por León Medina, en *Revue Hispanique*, 1898, p. 314.

²² Que se componía o hermozeaba con artificios.

²³ Véase Victoriano Salado Álvarez: “Un gran poeta mexicano restituido a su patria”, *Excelsior* (de México), 13 y 14 de marzo de 1927.

²⁴ Véase *The Life and Works of Christóbal Suárez de Figueroa* (Philadelphia, Pa., 1907) por J. P. Wickersham Crawford.

²⁵ “Pero existen pocas obras en las cuales se pueda estudiar, con mayor provecho que en la *Guía*, la historia social de la villa y corte, particularmente la de los pícaros” (J. Sarrailh, *RFE*, t. VIII, 1921, cuad. 2º).

²⁶ Joya breve.

²⁷ Virtudes.

III. LOS TIEMPOS MODERNOS

1. EL SIGLO XVIII Y LOS PRIMEROS DECENIOS DEL XIX

CARÁCTER GENERAL DEL SIGLO XVIII. Se acentúa la decadencia política, económica y cultural de España. Baja muchísimo el nivel medio de la ilustración. No sólo las clases sociales inferiores, sino también las altas en su gran mayoría, yacen en la más crasa ignorancia. Se escribe y publica poco. Como en el resto de Europa, entre la minoría culta, se leen e imitan preferentemente los autores franceses del *grand siècle*: Corneille, Racine, Molière, La Fontaine, Madame de Sevigné, Boileau. Se estudia cada vez menos el latín, al que sustituye el francés. Se hace más marcada la divergencia entre el vulgo y los cultos. Éstos viven en contacto con las corrientes intelectuales de Europa. Se fundan bajo Felipe V academias, como la de la Lengua (1713), que tanto ha contribuido con sus diccionarios, gramáticas y publicaciones a mantener la integridad y pureza del español. Caen en descrédito algunas formas y modas del barroquismo; por ejemplo, los autos sacramentales, que acaban por prohibirse (1765), y el culteranismo, que, aunque persiste en el primer tercio del siglo, cede ante el prosaísmo que da carácter general a la poesía lírica de la época. La *élite* intelectual se desvincula de la sociedad española y comparte con otros países europeos el culto a las modas francesas.

La erudición histórica y literaria del siglo XVIII es muy notable. Citemos como muestras la *España sagrada*, del padre Flórez; el *Diccionario de autoridades* (1726 a 1739), de la Academia, y el de Terreros y Pando; los *Orígenes de la lengua española* (1737), por don Gregorio Mayáns y Siscar (1699-1781); la colección de *Crónicas medievales* publicadas por don Eugenio de Llaguno y Amírola, don Francisco Cerdá y Rico y por otros; la *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV* (1779 a 1790), de don Tomás Antonio Sánchez; y el *Parnaso Español* (1768 a 1778), por don Juan Joseph López de Sedano, así como las *Memorias*, de la Academia de la Historia.

Esencialmente, el siglo XVIII es época de crítica y de lucha intelectual, hasta el punto de que los meros valores literarios palidecen y pasan a segundo término. Es un tiempo de elaboración de formas de cultura, de tonalidad revolucionaria, en que el temperamento del escritor se esconde bajo el ejercicio del intelecto. La sensibilidad, cuando se produce, toma el carácter de concesión a aquellas aspiraciones menos valiosas del hombre, y se resolverá en lloriqueos, en puerilidades sensibleras o en brutal lubricidad [Américo Castro, “El siglo XVIII”, en *Lengua, enseñanza y literatura*, 1924].

Y más adelante, en el mismo estudio, se dilucida magistralmente la orientación general del siglo:

Y éste será todo el sentido del siglo XVIII: un intento de reincorporarnos a las formas universales de cultura [p. 291].

El neoclasicismo abarca otros campos además del literario, en el que va adquiriendo

preeminencia la cuestión de las tres unidades en el teatro. El movimiento se inicia a partir del racionalismo cartesiano que apunta en Feijoo. Luzán, en su *Poética*, sienta las bases de la doctrina literaria. Una parte de la clase media se pronuncia en favor del neoclasicismo, que a mediados del siglo tiene en la Academia del Buen Gusto sus partidarios más decididos. Más tarde el Gobierno mismo interpone su autoridad en apoyo a las modas neoclásicas, generales en Europa, prohibiendo los autos sacramentales. Finalmente, don Leandro Fernández de Moratín intenta en *La comedia nueva* convencer al bajo público de lo disparatado de las últimas obras dramáticas tradicionales que le sirven ínfimos escritores, como don Luciano Francisco Comella, personificado en el don Eleuterio de *La comedia nueva*.

LA LÍRICA. En los primeros decenios del siglo recibe todavía la influencia de Góngora. Más tarde sobreviene la moda neoclásica. No son raras las vislumbres y notas prerrománticas.

Bajo Felipe V se distinguen: Gabriel Álvarez de Toledo (1662-1714); el capitán don Eugenio Gerardo Lobo (1679-1750), que disfrutó de gran nombradía; y Diego de Torres Villarroel (1693-1770), salmantino, curioso sujeto de recia extracción aldeana que llevó una vida llena de alternativas pintorescas. He aquí uno de los mejores sonetos de Lobo:

A una dama cruel para los que la querían

Como en las flores del jardín ameno
oculto vive el áspid encerrado,
y en el pie que le pisa descuidado
su diente clava, escupe su veneno;

así entre luces de esplendor sereno
vive, Marsia, tu amor disimulado,
de donde sale el rayo fulminado,
que produce las ansias en que peno.

Mi corazón, que en vano se defiende
del rigor que en tus ojos se atesora,
mayor crueldad en ti probar pretende.

Vengativo es el áspid, tú traidora,
pues el áspid maltrata a quien le ofende,
y tú ofendes, oh Marsia, a quien te adora.

El soneto que sigue es de Torres Villarroel:

Ciencia de los cortesanos de este siglo

Bañarse con harina la melena,
ir enseñando a todos la camisa,
espada que no asuste y que dé risa,
su anillo, su reloj y su cadena;

hablar a todos con la faz serena,
besar los pies a mi sa^l doña Luisa,
y asistir como cosa muy precisa

al pésame, al placer y enhorabuena;

estar enamorado de sí mismo,
mascullar una arieta en italiano
y bailar en francés tuerto o derecho;

con esto, y olvidar el catecismo,
cátate hecho y derecho cortesano,
mas llevaráte el diablo dicho y hecho.

Los *Gozos y deprecaciones a María Santísima* son de lo mejor de Villarroel. Su *Vida* (1743) es una especie de novela picaresca con enmienda progresiva del héroe. A los veinte años huyó a Portugal, donde fue sucesivamente criado de ermitaño, curandero-bailarín en Coimbra y soldado en Oporto. Deserta y se interna en España, en compañía de toreros. Como puede va adquiriendo conocimientos en las más extrañas ciencias, en la crisopeya, la mágica, la filosofía natural, la transmutatoria y finalmente orienta sus estudios hacia la matemática. Estos abigarrados conocimientos le llevan a publicar almanaques y pronósticos, con el título de Gran Piscator Salmantino. Alguno de estos pronósticos se cumplió extrañamente, la muerte de Luis XVI, anunciada en el almanaque del año 1756:

Cuando los mil contarás,
con los trescientos doblados
y cincuenta duplicados,
con los nueve dieces más,
entonces, tú lo verás,
mísera Francia, te espera
tu calamidad postrera
con tu Rey y tu Delfín,
y tendrá entonces su fin
tu mayor gloria primera.

Había predicho también la muerte del malogrado Luis I y el motín de Esquilache. La *Vida* contiene una extraordinaria historia de espantos, ocurrida en la casa de la condesa de Arcos, su protectora, por los años de 1723 y el siguiente. Ganó en ruidosas oposiciones la cátedra de matemáticas en Salamanca, universidad en que los estudios habían venido muy a menos. Abrazó el sacerdocio en 1745. Su producción literaria es variada y su autor favorito, Quevedo.

Ignacio Luzán (1702-1754) inicia el reinado de la preceptiva con su *Poética o Reglas de la poesía en general y de sus principales especies*, que apareció en 1737. Zaragozano, Luzán se educó en Italia, al lado de un tío suyo. Fue discípulo de Vico y estudió derecho y humanidades en la Universidad de Catania. Desempeñó por los años de 1747 a 1749 la secretaría de la embajada española en París. La *Poética* es más tolerante en sus juicios y más amplia de criterio que los libros de la misma índole que vinieron después. Sus fuentes son más bien italianas que francesas. Se censura a Góngora y se fija un fin moral para la epopeya y el teatro. En la segunda edición del libro (1789) se suprimieron párrafos con una crítica benévola para el teatro español del siglo precedente. Como poeta, Luzán fue poco afortunado. A su generación pertenecen el

conde de Torrepalma y señor de Gor, don Alfonso Verdugo (1706-1767), embajador en Viena y en Turín, donde murió, y en cuyas octavas del *Deucalión* persisten la sonoridad y elocuencia gongorinas; y José Antonio Porcel, que nació en Granada por 1720 y que disfrutó de una canonjía en la colegial de San Salvador de su ciudad natal. Ambos florecen en el reinado de Fernando VI y uno y otro fueron académicos en la del Buen Gusto, que presidía la condesa de Lemos y marquesa de Sarriá. Porcel tiene aciertos indudables en las elegantes églogas del *Adonis*, su mejor poema. Es autor de esta linda composición de gusto rococó, no exenta de lejano influjo de Catulo:

Epitafio a una perrita llamada Armelinda

Bajo de este jazmín yace Armelinda,
perrita toda blanca, toda linda,
delicias de su ama,
que aun hoy la llora; llórala su cama,
la llora el suelto ovillo,
como el arrebujaado papelillo
con que jugaba; llórala el estrado,
y hasta el pequeño can del firmamento,
de Erigone olvidado,
muestra su sentimiento;
solamente la nieve se ha alegrado,
pues si yace Armelinda en urna breve,
ya no hay cosa más blanca que la nieve.

FEIJOO. La prosa de este tiempo tiene su más alto representante en Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro (8 de octubre de 1676-26 de septiembre de 1764). Combatió toda suerte de errores comunes y difundió conocimientos y nociones científicos que en otros países europeos eran del dominio general. Nació en Casdemiro, obispado de Orense, e hizo sus primeros estudios en el Real Colegio de San Esteban de Rivas de Sil. A los catorce años ingresó en la Orden de San Benito, renunciando al mayorazgo de su casa, que le correspondía. Prosiguió sus estudios en colegios benedictinos y a partir de 1707 enseñó teología en el convento de San Vicente de Oviedo y poco después en la universidad de esta ciudad, en la que obtuvo los grados de licenciado y doctor en teología. Declinó honrosos cargos en la corte y en América para seguir residiendo en su cara ciudad de Oviedo. Su celebridad, no sólo en España, fue grande: Benedicto XIV le cita tres veces en una carta pastoral; sostiene una nutrida correspondencia con innumerables personas, europeas y aun hispanoamericanas; se le consulta sobre toda clase de cuestiones; y pronto sus escritos se traducen a otras lenguas. Fernando VI le nombra consejero (1748), y prohíbe en una Real pragmática que se le contradiga (1750). Sus artículos están recogidos en los ocho o nueve tomos de su *Teatro crítico* y en los cinco de sus *Cartas eruditas*. Abarcan una gran variedad de materias, como matemáticas, historia natural, medicina, economía, supersticiones populares, letras, etc. De su vasta lectura, no sólo de autores clásicos sino de ciencias modernas, dan una buena idea las notas de la excelente selección de Agustín Millares Carlo en Clásicos Castellanos de La Lectura (tomos 48, 53, 67 y 85). Sostuvo innumerables polémicas

con médicos, catedráticos, eruditos, como Mañer, y personas mal informadas, como Soto y Marne. Pero los discursos de Feijoo acabaron por producir buenos frutos en las reformas de la enseñanza, en la creación de la primera cátedra de química del reino (1787), en el alejamiento del ergotismo escolástico de los estudios filosóficos y en otras medidas inspiradas en el docto benedictino. Su prosa es de singular fluidez y sus artículos interesantes aun hoy.

Otros eruditos de la época fueron Blas Antonio Nasarre (1689-1751), célebre por su incomprensión de Cervantes y por sus ataques al teatro nacional; el historiador Juan Farreras (1652-1735); y Gregorio Mayáns y Siscar (1699-1781), que en sus *Orígenes de la lengua española* publicó el *Diálogo de la lengua*, de Valdés, y en su *Retórica* ofrece el mejor estudio de su siglo sobre la prosa castellana. José Gerardo de Hervás publicó una *Sátira contra los malos escritores* con el seudónimo de Jorge Pitillas.

Fray Martín Sarmiento (1695-1771), amigo de Feijoo, dejó al morir unas importantes *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles* (1775).

EL REINADO DE CARLOS III. Madrid y Salamanca, y un poco después Sevilla, son las ciudades donde se forman grupos, como el del café de San Sebastián, en la corte; y el salmantino, que se reúne primero en la celda de fray Diego González, y más tarde en torno a Meléndez.

La clasificación ofrece algunas dificultades:

Cadalso, amigo de Moratín, de la fonda de San Sebastián, donde se leen algunas de sus obras, es también contertulio en Salamanca del P. González y de Meléndez. García de la Huerta, salmantino de formación, se mantiene en Madrid en hosca independencia. Forner, de Salamanca, viene a dar sus mejores frutos en Sevilla, y Jovellanos, en cierta manera salmantino, es un sevillano, sobre todo por su sentido de las bellas artes, una de sus facetas más características (Higinio Capote, en su preciosa antología *Poetas líricos del siglo XVIII*, de los Clásicos Ebro).

NICOLÁS FERNÁNDEZ DE MORATÍN (1737-1780) fue madrileño y estudió con los jesuitas de Calatayud, y leyes en Valladolid, donde se graduó. Su padre era jefe de guardajoyas de la reina doña Isabel Farnesio, y a don Nicolás se le nombró ayudante del guardajoyas. Todo esto ocurría en San Ildefonso, adonde se retiró la reina durante el gobierno de Fernando VI. Pronto se relaciona en Madrid con el padre Flórez, don Agustín Montiano y otros literatos, así como con la célebre actriz María Ladvenant. Uno de sus amigos más íntimos fue don José Cadalso. He aquí las noticias que da don Leandro, hijo de don Nicolás, de la tertulia de San Sebastián:

Reuníanse frecuentemente Moratín, Ayala, Cerdá, Ríos, Cadalso, Pineda, Ortega, Pizzi, Muñoz, Iriarte, Guevara, Signorelli, Conti, Bernascone y otros eruditos, en la antigua fonda de San Sebastián, para lo cual tenían tomado un cuarto con sillas, mesas, escribanía, chimenea y cuanto era necesario a la celebración de aquellas juntas, en las cuales (por único estatuto) sólo se permitía hablar de teatro, de toros, de amores y de versos. Allí se leyeron las mejores tragedias del teatro francés, las sátiras y la *Poética* de Boileau, las odas de Rousseau, muchos sonetos y canciones de Frugoni, Filicaja, Chiabrera, Petrarca y algunos cantos del Tasso y del Ariosto. Leyó Cadalso sus *Cartas marruecas*, Iriarte algunas de sus obras, Ayala el primer tomo de las *Vidas de españoles ilustres*, que se proponía ir publicando con el título de *Plutarco español*... Leyéronse, conforme iban saliendo, algunos tomos de *El Parnaso español*...

Como lírico, don Nicolás es muy afortunado en los romances y en poesías de metros cortos. En éstas predominan la influencia de Anacreonte y de Horacio. Y en aquéllos, siguen los moriscos la tradición española, y anuncian el de *Don Sancho en Zamora* y la *Empresa de Micer Jaques borgoñón*, los históricos del duque de Rivas. Fue notable improvisador y rivalizó con el repentista italiano Talassi. Las quintillas de *La fiesta de toros en Madrid* es una de las poesías más agradables del siglo. De su teatro —del que sólo se ha representado con escaso aplauso *La Hormesinda*— acaso lo mejor sea la comedia *La petimetra*, que aunque juzgada con severidad por su hijo don Leandro, conserva cierta gracia muy del dieciocho. He aquí uno de los epigramas de Moratín:

Filena devota

De imposibles santa Rita
es abogada, y Filena
con devoción muy contrita
reza a la santa bendita
a fin de que la haga buena.

JOSÉ CADALSO (1741-1782), gaditano aunque de oriundez vascongada, estudia probablemente en el colegio que los jesuitas tenían en su ciudad natal, y del cual era rector un tío materno del escritor, el padre Mateo Vázquez, y en el Seminario de Nobles de Madrid. Viajó por Francia, Alemania, Inglaterra e Italia. Alistose como cadete del regimiento de caballería de Borbón, y en la breve guerra con Portugal asistió al asedio de Almeida y desempeñó el cargo de edecán del conde de Aranda, jefe supremo del Ejército español. Tras la consabida información de limpieza de sangre obtiene un hábito de Santiago. En un almanaque del año 1768 acusó a varias damas de la más alta nobleza “de socorrer a los cortejantes pobres de solemnidad”. Sufre un corto destierro de la corte. Por este tiempo comienzan sus amores con la actriz madrileña María Ignacia Ibáñez, que tenía a la sazón veintitrés años y que era amiga de Francisca o Isidora Ladvenant, hermana de la célebre María y la Dorisa de Nicolás Fernández de Moratín. Entre las dos parejas se establecen lazos de entrañable amistad, como lo revelan muchos alados poemas de ambos escritores. La Ibáñez era “sobresaliente” en la compañía de María Hidalgo que hacía temporada en el teatro de la Cruz en 1768; y poco después ascendió a primera dama en la compañía de Juan Ponce. Tuvo el principal papel en la tragedia *Sancho García*, de Cadalso, que se representó con poca fortuna en enero de 1771. Por la fidelidad y prendas de la actriz, trata el escritor de unirse a ella en matrimonio. Para evitarlo intervienen amistosamente Juan de Iriarte y el conde de Aranda, pues no gozaban por entonces de muy buena reputación las cómicas. En estos mismos días, de una pulmonía fulminante muere María Ignacia el 22 de abril de 1771. Enterrada en la iglesia de San Sebastián, Cadalso trata de verla una vez más y soborna al sepulturero. De este episodio romántico son fiel trasunto las patéticas *Noches lúgubres*. Aranda destierra a Salamanca al poeta, que publica al año siguiente *Los eruditos a la violeta*, sátira contra los perfumados eruditos de salón y su saber superficial. En Salamanca influye en varios escritores y contribuye a la formación poética de Meléndez Valdés. Ascendido a coronel, pelea en Gibraltar, en cuyo sitio le hiere un casco de

granada en la sien derecha. Muere pocas horas después la mañana del 28 de febrero de 1782. Su obra capital son las *Cartas marruecas* (1789-1793, en libro), que contra lo que suele creerse no debe mucho, salvo el título y el plan, a las *Lettres Persanes*, de Montesquieu (1721). Son censuras amenísimas contra diversos aspectos de la vida española contemporánea, tales como la educación lamentable de la nobleza o clase directora, la jerga extranjerizante e incomprensible que usan damas y modistas, la excesiva sociabilidad que impide a uno estar consigo mismo y leer y estudiar, el olvido e ingratitud del pueblo para grandes capitanes, como Hernán Cortés, el héroe predilecto de Cadalso, y otros temas por el estilo. A pesar del tono ligero se sienten en estas admirables páginas los sentimientos dolorosos del patriota que pasa revista a los males de su patria, y que los consigna con propósito de conseguir la enmienda.

TOMÁS DE IRIARTE. Figura sobresaliente en las tertulias de la fonda de San Sebastián es Tomás de Iriarte, sobrino del humanista y bibliotecario don Juan de Iriarte, que lo educó esmeradamente en Madrid. Nace en La Orotava (Islas Canarias) en 1750, y muere, como sus íntimos amigos Moratín el padre y Cadalso, al alcanzar apenas los cuarenta años, en 1791. Tradujo la epístola horaciana *Ad Pisones*, que en la inexacta versión de Espinel había sido publicada por López de Sedano. Se entabla una controversia en que Iriarte contesta en su diálogo jocoserio *Donde las dan las toman*, en el que publica su versión de la primera Sátira de Horacio.

Otras enconadas disputas literarias sostuvo con Forner y con Samaniego, al publicar las *Fábulas literarias*, en 1782. No sólo estas querellas acibararon su vida, sino que también se le procesó en la Inquisición por algunas poesías, como *La barca de Simón*, y una *Carta escrita por don Juan Vicente a fray Francisco de los Arcos* (1786).² Las *Fábulas literarias* son su mejor obra; en las primeras ediciones eran sesenta y siete y posteriormente se les añadieron nueve más. En ellas se emplean cuarenta metros diferentes, desde el romancillo de cuatro sílabas hasta los alejandrinos. Además estas fábulas son enteramente originales y todas se contraen a temas literarios. Están compuestas con suma gracia y su brevedad, sencillez y ligereza son insuperables. En su género son la obra suprema del siglo XVIII. Forner declaró que abajo de cada una se puso el nombre del escritor aludido, y Emilio Cotarelo, en su notable *Iriarte y su época*, nos descubre las que se dirigen contra Sedano, Huerta, Samaniego, Meléndez Valdés y otros. Su corte rápido y trazo elegante compensa de cierto prosaísmo y socarronería que han notado algunos sin reparar que tal vez sean inevitables y aun indispensables en las fábulas. Lo único de lamentar es que no reposen en mejor doctrina literaria que en la preceptiva, pero nadie puede escapar, sin ser un genio, a las modas de su tiempo. Su poema *La música* contiene útiles noticias. Escribió algunas piezas teatrales de cierto mérito. Tuvo predilección por la música de Haydn; fue además bibliófilo y coleccionista de buenas pinturas. Es una de las figuras más simpáticas de las letras españolas. He aquí algunos de sus epigramas menos conocidos:

A una dama que se peinaba a sí propia
(el que escribió este epigrama se afeitaba a sí propio)

Ya nada he de pretender
sino que tu peluquero
un día se quiera hacer
amigo de mi barbero.

*A un vizcaíno, autor de unos malos versos castellanos
en metro que él llama sáfico y adónico*

Por más que en metro latino
voces castellanas usas,
no te permiten las Musas
dejar de hablar vizcaíno.
El rebuzno de pollino,
en que el verso se trocó
que Safo en Grecia inventó,
hizo que Apolo exclamase:
—Caballo en el Pindo, pase;
pero ¿borrico? —Eso no.

En tus versos a Teodora,
Fabio, no has hecho muy mal
en llamarla *mi pastora*,
porque la buena señora
tiene la traza de tal.

Casado con tres mozas en Granada
al mismo tiempo un picaón vivía.
La justicia mandó que castigada
fuese en un burro tal poligamia.
Por las calles la plebe lastimada
preguntaba el delito, y él decía:
Señores, me han sacado a dar doscientos...
—¿Por qué? —Por frecuentar los sacramentos.

FÉLIX MARÍA SAMANIEGO nació y murió en La Guardia, Álava (1745-1801); fue señor del valle de Arraya; estudió leyes en Valladolid y viajó por Francia, donde adquirió cierto tinte volteriano en sus ideas. Vivió muchos años en Bilbao, y allí se casó con doña Manuela Salcedo. Sus más íntimos amigos fueron su tío el conde de Peñaflorida, que le incitó a escribir las fábulas, y el marqués de Narros, ambos fundadores de la Sociedad Vascongada, de que formó parte como socio de número. Para los estudiantes del Seminario de Vergara redactó sus *Fábulas*, imitadas libremente de Fedro, La Fontaine, Gay y otros; algunas son originales. Se enzarzó en disputas con Iriarte y Huerta. Parece que fue graciosísimo en su conversación. La provincia de Álava le comisionó para arreglar ciertos asuntos en la corte, durante el gobierno de Floridablanca. Como no admitió honorarios, se le obsequió con una espléndida vajilla de plata, de la que sólo aceptó una pieza. Escribió con suma gracia algunos cuentos “cuyo desmedido desenfado no consiente darlos a la stampa” (D. Martín Fernández de Navarrete). Sus *Fábulas* (Valencia, 1781) están inspiradas por un espíritu muy afín del de La Fontaine, y por igual amable filosofía. Son popularísimas muchas que ni es necesario mencionar. En ellas se inventan pormenores mil, que hacen de cada una animado cuadro de vida candorosa y

sencilla.

José María Vaca de Guzmán fue poeta correcto y elegante, a quien premió la Academia Española *Las naves de Cortés destruidas* y el romance endecasílabo *Granada rendida*. Por 1789 formaba parte del Consejo del Rey, y era ministro del crimen en la Audiencia de Cataluña. Sus *Obras*, en tres volúmenes, aparecieron este año.

La erudición está representada bajo Carlos III, principalmente, por don Francisco Cerdá y Rico (1739-1800), que publicó muchas obras célebres, sobresaliendo *La Diana enamorada*, de Gil Polo, y las *Obras sueltas*, de Lope de Vega; por don Rafael de Floranes (1743-1801), autor de *Vida literaria del Canciller Ayala*, *Vida de Galíndez de Carvajal* y otros escritos importantes; y por el jesuita madrileño Esteban Arteaga (1749-1799), humanista distinguido, famoso por sus *Investigaciones filosóficas sobre la Belleza ideal*. El abate Arteaga no fue sacerdote y no llegaron a seis los años que perduró en la Compañía. Vivió desterrado en Bolonia, Venecia, Roma y Florencia. Contribuyó a editar ricamente a Horacio, Catulo, Tibulo y Propercio en la imprenta parmense de Bodoni. Las ediciones eran costeadas por don José Nicolás de Azara, el ministro español en Roma. Sostuvo vivas disputas con el padre Andrés, con Tiraboschi y con otros.

De entre sus más ilustres compañeros de exilio —dice el P. Miguel Batllori, su más reciente editor—, Andrés pudo aventajarle en erudición, Masdeu en conocimientos históricos, Eximeno en estética musical, Pla y Aponte en el dominio de las lenguas sabias. Pero Arteaga —crítico, historiador, musicista y filólogo de una pieza— los supera a todos en modernidad.

Interés especial merece la obra de carácter enciclopédico *Del origen, progreso y estado actual de la literatura*, que escribió en italiano el padre Juan Andrés (1740-1817), jesuita expulso.

ISLA. En el campo de la novela sobresale el padre José Francisco de Isla (1703-1781) con su *Fray Gerundio de Campazas* y con la versión que hizo del libro de Lesage con este título: *Aventuras de Gil Blas de Santillana, robadas a España y adoptadas en Francia por Lesage, restituidas a su patria y a su lengua nativa por un español celoso que no sufre se burlen de su nación*. Novicio a los dieciséis años, profesó a los treinta y tres; fue amigo de Feijoo; escribió sobre las fiestas de Pamplona con motivo de la exaltación de Fernando VI *El día grande de Navarra*, que después se interpretó como una sátira, viéndose obligado el jesuita a salir de dicha provincia. No aceptó cargos honrosos, como el de confesor de la reina doña Bárbara. Desterrado en 1767 con sus hermanos de religión, sufrió muchas penalidades, pues en Civita Vecchia y en Génova se negaron a recibir a los expulsos. En Bolonia, donde por fin radica, se le pone preso, y más tarde se le declara inocente. Muere en esta ciudad. En la adversidad mostró buen ánimo.

El padre Isla publicó su *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes* bajo el nombre de Francisco Lobón de Salazar, cura de Villagarcía de Campos, que parece haber sido un desaforado “gerundio”. Es la poco interesante novela de un mal predicador, insulso y rematadamente necio. La lengua es rica en sabor popular. Mas el libro resulta, con todo, pesado y vulgar. En cuanto que las

Aventuras de Gil Blas de Santillana fueran “robadas a España”, sólo cabe decir que si muchos pasajes de la célebre obra de Lesage se imitan de novelas y comedias españolas (principalmente del *Marcos de Obregón*) se trata de hurtos “honestos” y no precisamente en lo sustancial del libro.

La Raquel (1778), tragedia sobre la leyenda de la judía de Toledo —que habían tratado Lope, Mira de Amescua y Juan Bautista Diamante (1625-1687)—, es la mejor obra dramática escrita bajo Carlos III. Su autor, don Vicente García de la Huerta, siente vivamente lo tradicional español en plena época neoclásica, y por su honda emotividad anuncia el romanticismo. Por su nacimiento y talento logra una brillante situación en la corte. Pero bruscamente, de vuelta de París, por amores y sátiras políticas se le pone preso, se le destierra a Granada y finalmente a Orán. Altivo por el sentimiento de su valer personal, suscitó ataques de Jovellanos, Iriarte, Moratín y, naturalmente, del combativo Forner.

Los sainetes de don Ramón de la Cruz (1731-1794) son un vívido reflejo de lo más pintoresco del Madrid del tiempo. Madrileño y empleado público en la Contaduría de Penas de Cámara, tuvo por protectores al duque de Alba, y sobre todo a la condesa-duquesa de Benavente, en cuyo palacio vivió muchos años. En los primeros de su carrera dramática tradujo tragedias, principalmente de Metastasio y de Voltaire. Vertió también la *Eugenia*, de Caron de Beaumarchais, sobre el ruidoso incidente de Luisa, la hermana de éste, con don José de Clavijo y Fajardo (1726), tema también del *Clavijo* de Goethe. Sus sainetes prosiguen la buena tradición de Cervantes y Quiñones de Benavente. Son breves piezas, llenas de colorido, en que se pintan tipos populares, como majos, castañeras, abates, etc. Obras maestras del arte costumbrista, conservan para nuestro regalo aspectos de la vida popular madrileña. *El café de máscaras*, *La maja majada*, *Los bandos del Avapiés*, *El petimetre*, *El fandango de candil*, *La pradera de San Isidro* y otros muchos sainetes más exhiben la existencia regocijada del pueblo bajo matritense.

LA ESCUELA SALMANTINA está integrada principalmente: por fray Diego Tadeo González, por Meléndez Valdés y por Forner, y en ella influye, durante su destierro de la corte, Cadalso (sobre todo, como ya se dijo, en Meléndez). El agustino fray Diego T. González (1732-1794) imita con bastante fortuna a fray Luis. Alcanzó gran popularidad *El murciélago alevoso*, aunque hoy prefiramos los nobles tercetos a Mirta.

Don Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811), uno de los más distinguidos españoles que ilustran los reinados de Carlos III y Carlos IV, literato, anticuario, economista, jurisconsulto, magistrado, buen poeta, orador elocuente, unió a estas prendas la amabilidad de su trato, hija de su virtud tolerante y benéfica... sus ideas y su conducta no eran acomodadas a la edad de corrupción en que vivía, ni al palacio, que nunca hubiera debido conocer. No es mucho pues que el autor de *El delincuente honrado* padeciese destierros y cárceles, sin que ningún tribunal tuviese noticia de su delito. Agitada después la nación en el conflicto de una invasión... Insultado, proscrito, fugitivo de una a otra parte, anciano y enfermo, evitando a un tiempo el encuentro de las armas enemigas y la injusticia de su patria, apenas halló el benemérito escritor de la *ley agraria* un asilo remoto en que poder expirar (Leandro F. de Moratín).

De sus poesías, la musa de la indignación le dictó las mejores: las *Epístolas a Arnesto, Fabio a Anfriso, Jovino a Poncio*. Algún epigrama merece también recordación:

Pregúntame un amigo
cómo se habrá de hoy más con las mujeres;
y yo a secas le digo
que, bien que en esto hay varios pareceres,
ninguno que llegare a conocellas,
podrá vivir con ellas ni sin ellas.

El delincuente honrado pasa por ser su mejor tentativa dramática, y es una comedia en prosa compuesta bajo el signo de Diderot y de Beaumarchais. En el *Informe en el expediente de la Ley Agraria*, en la *Memoria en defensa de la Junta Central*, en las *Memorias histórico-artísticas* y en algunos de sus *Discursos* estriban sus mejores timbres de gloria como prosista.

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS (1754-1817) es un delicado poeta pastoril, en quien se perciben ecos de Anacreonte, Teócrito, Virgilio, Garcilaso y sobre todo de Villegas. Extremeño, estudia leyes en Salamanca, a cuyo grupo poético se incorpora. Benéficas influencias ejercieron en él Cadalso y Jovellanos. Sus *Odas*, *Idilios*, *Letrillas* y *Romances* poetizan episodios de sus amoríos de juventud. En una segunda época de su producción predominan el influjo de fray Luis de León, de los ingleses Young y Pope, así como algo de las ideas de Rousseau sobre la naturaleza. Sus últimos años estuvieron llenos de sinsabores. Partidario del rey José Bonaparte, a quien cantó, estuvo a punto de ser fusilado, y hubo de desterrarse a Francia, donde pasó cuatro años. Murió en Montpellier. (Léase en la excelente edición con prólogo y notas de Pedro Salinas, tomo 64 de Clás. Cast.)

José Iglesias de la Casa (1748-1791), salmantino, abrazó el sacerdocio en 1783; es poeta satírico y pastoril, que imitaba al Góngora de las letrillas y los idilios de Gessner.

JUAN PABLO FORNER (1756-1797), emeritense, hombre de vasto saber pero de genio destemplado y violento, se hizo famoso por sus contiendas literarias con los Iriartes, don Ignacio López de Ayala, García de la Huerta, con el gaditano don José de Vargas Ponce (1760-1821), con don Cándido María Trigueros (1736-1801?) y con otros, al punto que por decreto se le prohibió publicar nada sin autorización del Gobierno. Estudió leyes en Salamanca y pasó a Sevilla en 1790 como fiscal de la Audiencia, y a Madrid en 1796 como fiscal del Consejo de Castilla. Su libro más enjundioso es las *Exequias de la lengua castellana*. Trátase de un viaje al Parnaso, acompañado de Arcadio (Iglesias de la Casa) y guiados por Cervantes. Las *Exequias* se salva entre sus congéneres por su limpia prosa, acertados juicios y sólida doctrina literaria.

Los escritores de quienes trataremos en seguida florecieron bajo Carlos III, Carlos IV y

Fernando VII. Algunos alcanzaron el reinado siguiente.

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN (1760-1828) es la más acabada representación del literato neoclásico. Dos por lo menos de sus comedias, *La comedia nueva o El café* (1792) y *El sí de las niñas* (1805), son excelentes; la *Elegía a las musas* y algunas otras producciones líricas lo acreditan de buen poeta; los *Orígenes del teatro español* han sido de mucha utilidad por sus noticias, y en la publicación de obras antiguas preside el mejor gusto; y las *Obras póstumas* encierran deliciosas páginas descriptivas y preciosas cartas que pueden rivalizar con las del presidente Des Brosses. Don Leandro nace en Madrid y trabaja como oficial de joyería por los años en que muere su padre, don Nicolás. Secretario de Cabarrús, hace un viaje a París, en el que conoce al dramaturgo veneciano Carlo Goldoni. Vuelto a Madrid, frecuenta la celda del humanista Pedro Estala, traductor de Sófocles y Aristófanes. Concurrían también don Juan Antonio Melon, fiel amigo de Moratín, el padre Navarrete y Forner. Admirado y protegido por el todopoderoso duque de Alcudia, don Manuel Godoy, pudo emprender un viaje por la revolucionaria Francia, Inglaterra, Alemania, Suiza e Italia. De su amistad con el Príncipe de la Paz, dice Manuel Silvela:

Moratín ni aduló a sus concubinas, ni a los ministros de sus placeres, ni a sus cocineros, sus pinches, sus caballos y sus perros, como hicieron tantos, que el día de su desgracia, de repente, recobraron toda la austeridad de sus virtudes, y sin cuidarse de lo violento de la transición, se pasaron de la escuela de Epicuro a la de los Catones y los Brutos [Vida de D. L. F. de M., escrita por Manuel Silvela, en *Obras póstumas*, de L. F. de Moratín].

Pensó radicarse en Bolonia, ciudad de su predilección. Huye de Italia por la invasión del primer cónsul, y padeció graves peligros en el mar, en su regreso a España, donde se encuentra con el nombramiento de secretario de la Interpretación de Lenguas, con honores de secretario de S. M., nombramiento que a la muerte de Samaniego le obtuvo su leal Melon. De este tiempo datan sus amores con doña Francisca Gertrudis Muñoz, hija de doña María Ortiz, ambas presentadas en *El sí de las niñas*. Como la mayoría de los intelectuales españoles, abrazó la causa de la monarquía bonapartista, y el rey José le nombró su bibliotecario mayor, empleo en que aprovechó útiles enseñanzas de las bibliotecas italianas, como el sistema de cédulas sueltas. En 1803 estrena *El barón*, comedia de figurón escrita doce años antes, a la que se opuso un anodino plagio, *La lugareña orgullosa*, de Andrés de Mendoza. *La mojigata* (1804) presenta los efectos de dos sistemas educativos para doncellas, el del rigor y el de la persuasión. En *El viejo y la niña* (1790) había tratado el tema del casamiento de viejo, dándole una solución de lo más triste. Un asunto análogo ensayó de nuevo en una de sus obras maestras, *El sí de las niñas*, notable por la naturalidad del diálogo y por los personajes de Paquita y doña Irene. *La comedia nueva o El café* es una sátira contra un género ínfimo de teatro que se aplaudía entonces por la chusma. Personajes, como don Antonio y don Pedro, se hallan situados entre los verdaderos personajes de la comedia, como don Eleuterio y don Hermógenes (el pedantón que todo lo decía en griego para mayor claridad), y el público.

Este desdoblamiento de planos es un antecedente feliz de un recurso empleado por el glorioso Pirandello para reforzar el sentimiento de realidad. Cuando cayó el gobierno del rey José, Moratín escapó a costa de grandes penalidades: le tocó encerrarse en el sitio de Peñíscola; fue injuriado por el general Elío, que lo envió a Barcelona en un falucho; en esta ciudad —donde llegó a pensar en el suicidio— obtuvo la devolución de sus bienes, que le habían sido incautados. De éstos, cedió el escritor en 1826 al Real Establecimiento de Niños Expósitos una huerta y casa de campo en Pastrana. Temiendo persecuciones (había sido delatado por *El sí de las niñas* a la Inquisición) se expatría a Bolonia por algún tiempo, y al suprimirse el Tribunal de la Fe, se radica en Barcelona, de donde lo expulsa la peste. Ansiando tranquilidad se establece en Burdeos. En el año 1827 se traslada con la familia de su biógrafo, don Manuel Silvela —con quienes vivía—, a París, y allí muere el 21 de julio del año siguiente. Tradujo el *Hamlet*, de Shakespeare, y dos comedias de Molière con los títulos de *La escuela de los maridos* y *El médico a palos*. Tiene grandes afinidades con Terencio, Alarcón y Goldoni. En las *Obras póstumas publicadas de orden y a expensas del Gobierno de S. M. (D^a Isabel II)* merecen especial mención las *Apuntaciones sueltas de Inglaterra*, llenas de observación inteligente, y *El viaje de Italia*, en que son frecuentes notas de buen humor como éstas:

Me amenazaron con el tesoro y las reliquias (de la catedral de Colonia); pero no lo quise ver: algo se ha de dejar al viajero que venga detrás de mí.

A unas dos leguas o tres antes de Happenheim hallé a la salida de un lugarillo un cementerio judaico... Dios les dé descanso, y aunque no sea el seno de Abraham, concédales cualquiera otro seno, donde se estén quietos y no hagan mohatras ni picardías.

(En Schaffhausen) Fui a una casa de baños: entré en una pieza donde había hasta seis u ocho; comencé a desnudarme; entraron dos mujeres, y empezaron a despojarse también; me metí en mi baño, y ellas en el suyo; ¡qué costumbres!

(Parma) ...la agricultura es buena; pero la agricultura, por sí sola, es incapaz de dar prosperidad a una nación: faltan artes, fábricas, industria, comercio...

(Bolonia) Buena ciudad, donde se vive como se quiere, sin riesgo de que nadie se escandalice.

...el afluente, pomposo y extravagante Calderón.

Un Rey no debe hacer platos, ni tejer terciopelos, ni vender salitre, ni pintar naipes, ni destilar aguardiente; debe reinar.

CIENFUEGOS. Nicasio Álvarez Cienfuegos nace en Madrid en 1764; estudia en Salamanca (1782 a 1787) y traba amistad con Meléndez Valdés, cuya influencia recibe en su primera época. Fue redactor de *La Gaceta* y del *Mercurio*. Amigo de Quintana, abraza la causa nacional en 1808. Fue condenado a muerte por Murat, y se le indultó. Habiendo sido llevado a Francia, muere en Orthez en 1809. En sus odas —la mejor *La primavera*— hay cierto hervor de sentimientos y un atropellamiento en la expresión enteramente románticos. *Un amante, al partir su amada*, característica por su viveza de emoción y sus arrebatadas exclamaciones, describe una escena que recuerda grabados y estampas

de la época. Humanitarios sentimientos expresa en *Alabanza de un carpintero llamado Alfonso*.

QUINTANA. Madrileño también fue don Manuel José Quintana (1772-1857). Estudia en Salamanca y tiene por maestros a Meléndez Valdés y al padre Estala. Aunque su formación intelectual era francesa y procedían de la Enciclopedia sus ideas filosóficas, en la Guerra de Independencia toma parte como secretario de la Junta Central. Liberal y partidario de la Constitución, se le encierra en la ciudadela de Pamplona desde 1814 hasta 1820. En el breve gobierno de los liberales, desempeña la dirección de Instrucción Pública y la secretaría de Interpretación de Lenguas hasta 1823. Muerto Fernando VII recupera su alta posición y se le nombra ayo instructor de Isabel II, que en 1855 le corona en el Senado, en solemnisísima fiesta. De sus obras poéticas sobresalen las odas *Al mar* y *A la invención de la imprenta* (1800), cuyo apóstrofe inicial evoca los primeros tercetos de la *Epístola*, de Quevedo:

¿Será que siempre la invención sangrienta
o del solio el poder pronuncie sólo,
cuando la trompa de la fama alienta
vuestro divino labio, hijos de Apolo?
¿No os da rubor? El don de la alabanza,
la hermosa luz de la brillante gloria,
¿Serán tal vez del nombre a quien daría
eterno oprobio o maldición la historia?

También a *España después de la revolución de marzo*, *A Cienfuegos*, convidándole a gozar del campo, *Al sueño* y *Al combate de Trafalgar*. Sus tragedias *El Duque de Viseo* y *Pelayo* reflejan al arte de Alfieri. De sus *Vidas de españoles célebres* (1807) sobresalen la de don Álvaro de Luna y la de Francisco Pizarro. Es excelente su *Colección de poesías castellanas*, a pesar de las incomprensiones y estrechez de criterio neoclásicas. Cantor del progreso y de la patria, su influencia perdura largamente en el siglo XIX.

El conde de Noroña, don Gaspar María de Nava Álvarez de Noroña (1760-1815) y don Juan Bautista Arriaza (1770-1837) son poetas estimables dentro del gusto neoclásico. La escuela sevillana, o mejor, andaluza, de fines del siglo XVIII cuenta a José Marchena y Ruiz (1768-1821), a don Manuel María de Arjona (1771-1820) y a don José María Blanco White (1775-1841). Este último, sacerdote sevillano amigo de Quintana, se desterró a Inglaterra, donde publica *El Español* (1810-1814) y *Variedades o Mensajero de Londres* (1823-1825). Escribió unas curiosas *Cartas desde España* (*Letters from Spain*) y un soneto en inglés, *Night and Death*, que han traducido varios. Es notable la versión española que hizo de uno de los soliloquios de *Hamlet*, “To be or not to be”. Arjona es autor de la bella poesía *La diosa del bosque*, cuya morbidez recuerda a Rioja y a Francisco de la Torre:

...Baja tú a oírme de la sacra esfera,
¡oh radiante deidad!

Y tu mirar más nítido y suave
he de cantar, que fúlgido lucero,
y el limpio encanto que infundimos sabe
tu dulce majestad.
De pureza jactándose Natura,
te ha formado del cándido rocío
que sobre el nardo al apuntar de estío
la aurora derramó...

ALBERTO LISTA (1775-1848), sevillano, es una de las figuras más respetables de la literatura al iniciarse el nuevo siglo. Profesor en el Colegio de San Telmo de Sevilla, y después de matemáticas, historia y humanidades en el de San Mateo, de Madrid, le tocó tener por discípulos a Espronceda, a Ventura de la Vega y a Eugenio de Ochoa. Este último dice:

Trece años de edad contaba D. A. L. cuando abrazó públicamente la honrosa carrera del magisterio... Cátedras eran para él cualesquiera sitios en que tuviese oyentes, pues su conversación, siempre instructiva y amena, florida y sustanciosa al mismo tiempo, rica de recuerdos clásicos y de sólida doctrina, era como un curso continuado, ya de alta moral, ya de filosofía, o de historia o de literatura. Era en verdad una escena hermosa, y en la que había algo de la sencillez patriarcal de otros tiempos, la que presentaba el sabio anciano, seguido en sus largas excursiones campestres de la inteligente y fiel falange de sus discípulos más queridos.

Elegantemente imitó algunas odas de Horacio. Cantó *A la amistad*, *A la tolerancia*, *Al sueño*, *A la muerte de D. Juan Meléndez Valdés* (“Tibulo español”), *A Dalmiro* (Cadalso), *A Meléndez Valdés, restaurador de la poesía española*, etc. En varias de estas composiciones se hallan disimuladas alusiones a la represión absolutista de 1824. Fue uno de los neoclásicos más doctos y menos intolerantes. Acomodó a la España de su tiempo *The Dunciad*, de Pope, con el nombre de “El Imperio de la Estupidez”. Fue antes que nada un maestro. En sus *Epigramas* muestra una sutileza no común en casuística amorosa.

DON JUAN NICASIO GALLEGO (1777-1853), gran poeta, nace en Zamora. Estudia filosofía y ambos derechos. En 1800, acabada su carrera en Salamanca, ingresa en el sacerdocio. Sus amigos fueron Meléndez Valdés, y en Madrid, Álvarez de Cienfuegos y Quintana. Se le nombró director de la casa de pajes. Cantó en 1807 *A la defensa de Buenos Aires*, donde el entusiasmo patriótico halla expresión perfecta:

Golpe terrible en el broquel sonante
da³ con el pomo, y al fragor de guerra
con que herido el metal gime y restalla,
retiembla la alta sierra,
y el ronco hervir de los volcanes calla.
...
Mas el valiente ibero
ni el ruido escucha ni al estrago atiende;
que en almas grandes, que el honor enciende,
más alto el grito de la patria suena.

Una de las elegías más bellas de la poesía española de todos los tiempos es *El dos de*

mayo:

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
del miserable que esquivando el sueño
en tu silencio pavoroso gime,
no desdeñes mi voz: letal beleño
presta a mis sienes, y en tu horror sublime
empapada la ardiente fantasía,
da a mi pincel fatídicos colores
con que el tremendo día
trace al fulgor de vengadora tea,
y el odio irrite de la patria mía,
y escándalo y terror al orbe sea...

También *A la muerte de la Duquesa de Frías* (1830) es otra de sus más admirables elegías. Este soneto es de una inspiración plenamente romántica:

A mi vuelta a Zamora, en 1807

Cargado de mortal melancolía,
de angustia el pecho y de memorias lleno,
otra vez torno a vuestro dulce seno,
campos alegres de la patria mía.

¡Cuán otros ¡ay! os vio mi fantasía
cuando, de pena y de temor ajeno,
en mí fijaba su mirar sereno
la infiel hermosa que me amaba un día!

Tú, que en tiempo mejor fuiste testigo
de mi ventura al rayo de la aurora,
sólo de mi dolor, césped amigo;

pues si en mi corazón, que sangre llora,
esperanzas y amor llevé conmigo,
desengaños y amor te traigo ahora.

Entre otros muchos sonetos memorables debe mencionarse el que dedicó *A don Ángel de Saavedra*, después duque de Rivas, cuyo segundo cuarteto dice así:

Vibrando el plectro y animando el lino,
logres, Saavedra, con certera mano
vencer las glorias del cantor troyano,
robar las gracias del pintor de Urbino.

Fue diputado de las primeras Cortes, y encarcelado dieciocho meses en 1814-1815, y luego confinado cuatro años en la Cartuja de Jerez y en el monasterio de La Luz, cerca de Moguer. Lo libertó la revolución de 1820. Desde 1839, secretario perpetuo de la Real Academia Española.

El malagueño Juan María Maury (1772-1845) compuso el poema *Esvero y Almedora*; residió muchos años en París, donde publicó una colección de poesías españolas, *L'Espagne Poétique*; gozó de autoridad entre los primeros románticos, y tradujo un

poema de Dryden y un pasaje célebre de la *Eneida*. Su romance *La timidez* posee cierta gracia.

Don Javier de Burgos (Motril, provincia de Granada, 1778-Madrid, 1848), más que por sus poesías originales es recordado por su traducción de las obras de Horacio.

FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA (1787-1862), inmediato precursor del romanticismo, y romántico en el espíritu de su teatro y en su tentativa de novela histórica a la Chateaubriand, poeta de transición, se distingue por su corrección elegante y por un suave sentimentalismo. Profesor de filosofía en la Universidad de Granada, lugar de su nacimiento, parece que se pronunció por el sensualismo de Condillac. Diputado a Cortes en 1814, Fernando VII lo mandó preso al Peñón de la Gomera, hasta que lo liberta la revolución de 1820. Jefe del Gabinete en 1822, tiene que huir a Francia al año siguiente. Al restablecerse el Gobierno liberal después de la muerte de Fernando *el Deseado*, es presidente del Gabinete que estableció el Estatuto Real. Desempeñó otros altos cargos, como el de embajador en París, donde conoció a lo más granado de la intelectualidad francesa, Balzac, Merimée y Hugo. Fue también embajador ante el Vaticano, ministro de Estado y presidente del Congreso, puesto que ocupaba al morir. Su liberalismo juvenil se fue templando con la edad y experiencia y se transformó en simpatía por la política moderada del justo medio. Llena de una elocuencia revolucionaria es su tragedia *La viuda de Padilla*. “Cuando emprendí la composición de esta tragedia, por los años de 1812, acababa de leer las de Alfieri”, dice en la Advertencia. Hay algunos convencionalismos históricos y su apasionada simpatía por los comuneros no es muy justificada. El drama histórico *Aben Humeya o La rebelión de los moriscos*, estrenado en francés en el teatro de la Porte de Saint-Martin, de París, por los mismos días de la revolución de 1830, es de pleno sabor romántico, y contiene escenas de gran teatralidad. Las poesías insertas en él son de lo mejor que escribió Martínez de la Rosa, y una de ellas, el romance morisco

Al dejar Aben Hamet
Por siempre a su amada patria...

es todavía popular. *La conjuración de Venecia* —representada por primera vez en Madrid el año 1834, pero escrita en Francia durante el destierro— se mantiene, como el *Aben Humeya*, dentro de la verdad histórica, logra positivos aciertos y manifiesta influjo shakespeariano.

Sin querer nosotros exaltar lo que se viene llamando con tono despectivo el “neoclasicismo”, creemos que ese lirismo apagado, lleno de pudor al par que de sensualismo, tan alejado de lo que será el erotismo pasional y vocinglero de los románticos —tanto que se podrá dudar de su sinceridad—; esa transposición perpetua de dos planos, el de la ficción y el de la realidad, todo esto no carece de encanto, delicadeza y arte verdadero. Condenarlo, sería desconocer la gracia eterna, frívola y elegante; la perfidia artística, el sutil veneno de un cuadro de Greuze, de Watteau o de Fragonard. [Jean Sarrailh en su excelente edición de las *Obras dramáticas* de M. de la R., Clás. Cast., t. 107.]

LA COMEDIA MORATINIANA. En los últimos lustros del reinado de Fernando VII,

comparte con Martínez de la Rosa el favor del público madrileño don Manuel Eduardo de Gorostiza (Veracruz, 1789-Tacubaya, 1851). Muerto su padre, el mariscal de campo Pedro Fernández de Gorostiza, pasa a España con su familia en 1794. Sigue la carrera de las armas y pelea con los franceses en 1808. Fue herido varias veces y obtuvo su baja con el grado de coronel. Se alista en el liberalismo y se distingue como orador en el café La Fontana de Oro. En 1821 parte al destierro en el cual opta por la nacionalidad mexicana. Como ministro plenipotenciario de México defiende los derechos de este país cuando ocurre la guerra de Texas. En la de 1847, entre México y los Estados Unidos del Norte, formó un batallón de voluntarios que se distinguió en Padierna y Churubusco. Fundó la primera casa de corrección para varones y sirvió útilmente a su país en diversos campos. Sus mejores comedias: *Indulgencia para todos*, *Las costumbres de antaño*, *Don Dieguito*, y *Contigo pan y cebolla*. Son notables por la pureza de la lengua, por la viveza del diálogo, por la atmósfera de tibia bondad humana en que se desenvuelve la acción, por la optimista eficacia de la lección moral.

2. SIGLO XIX: ROMANTICISMO Y REALISMO

EL ROMANTICISMO. El romanticismo es una reacción contra el imperio de las modas clásicas francesas; se origina en Alemania y se propaga a Inglaterra, Italia, Francia y a la América española. En cada uno de estos países asume caracteres específicos. Los románticos se complacen en los aspectos más grandiosos de la naturaleza, en una Edad Media mal conocida y, por consiguiente, convencional; en un Oriente de viñeta, en lo popular, en lo desmesurado, en lo nacional y típico, etc. Las grandes leyendas épicas españolas, el Romancero y el teatro de Calderón ejercieron poderoso atractivo en los románticos de toda Europa.

Podrá encontrarse allí [en el Romancero y en el teatro de Calderón] lirismo de la subjetividad, exaltación —hay de todo esto también en la literatura griega—, pero lo que se llama propiamente romanticismo es una metafísica sentimental, una concepción panteísta del universo cuyo centro es el yo y que, bajo forma sistemática o desordenada, intensiva o atenuada, anima a toda la civilización europea en los comienzos del siglo XIX [Américo Castro, *Les Romantiques Espagnols*, p. 13].

En varios poetas de fines del XVIII se descubre ya sensibilidad romántica: en algunas poesías de Manuel de Arjona; en las *Noches*, de Cadalso; en Arriaza, Somoza (1781-1852), en *Blanca Flor*; de don Bartolomé José Gallardo, y en don Francisco Martínez de la Rosa. Con todo, el romanticismo no penetra propiamente en España hasta la muerte de Fernando VII (1833), cuando regresan los emigrados liberales que en Francia e Inglaterra habían sentido el influjo de la nueva moda. Ésta triunfa principalmente en la lírica (duque de Rivas, Espronceda y Zorrilla) y en el teatro (Martínez de la Rosa, Rivas, García Gutiérrez, Hartzenbusch y Zorrilla).

RIVAS. Don Ángel de Saavedra, cordobés (1791-1865), pertenecía a ilustre familia. Sus primeros maestros fueron emigrados franceses, y más tarde estudió en el Seminario de Nobles. Peleó en la Guerra de Independencia y fue herido en Ocaña (1809). En el

periodo liberal de 1820 a 1823 salió elegido diputado y estuvo por la suspensión de Fernando como rey. Libertado éste por las tropas del duque d'Angoulême, fue Saavedra condenado a muerte. Huye a Inglaterra, y tras algunas peripecias, se establece en la isla de Malta, donde traba provechosa amistad con Sir John Hookham Frere, primer traductor al inglés del *Poema del Cid*. La Revolución de Julio le permite vivir en París algún tiempo. Vuelve a su patria, donde hereda el ducado el mismo año de su regreso (1834). Sus ideas políticas evolucionan, y como conservador le destierra por breve término el Gobierno liberal en 1838. Embajador en Nápoles y luego en París, fue también presidente del Consejo de Ministros, aunque solamente por veinticuatro horas. Es un poeta de primera fila que posee singular aliento épico, como se ve en su magnífico poema o leyenda histórica *El moro expósito*, en que trata con elegante libertad de romántico la historia de los siete Infantes de Lara. Con objetividad verdaderamente épica alterna escenas terribles con otras regocijadas, como la preparación de un banquete en el Romance VI. Concentró todo el interés de la leyenda en la figura del vengador y agregó el amor de Karima, que se prenda del matador de su padre. Es, en suma, el poema de gran belleza y de singular intuición histórica. *Don Álvaro o la fuerza del sino* (1835) es la obra dramática suprema del duque. El protagonista, don Álvaro, tiene la grandeza trágica de un Edipo o de un Orestes. Su asunto es el misterio del destino humano, asunto el más dramático que puede haber. Los *Romances históricos* (1841) evocan recuerdos heroicos de la España grande: *Un embajador español*, *La victoria de Pavía*, *La muerte de un caballero*, *Amor, honor y valor*, *Un castellano leal*, *El solemne desengaño*, *Una noche de Madrid en 1578*, *El Conde de Villamediana*, etc. Otros se refieren a la Edad Media: *Una antigualla de Sevilla*, *El Alcázar de Sevilla*, *El fratricidio*, *Don Álvaro de Luna*. *Recuerdos de un grande hombre* narra la dramática vida y pasión del descubridor de América. En todos hay gran pericia descriptiva, vivos sentimientos patrióticos, raro poder de evocación histórica.

De su teatro son también de no escaso mérito la comedia *Solaces de un Prisionero o Tres noches de Madrid* y el drama fantástico *El desengaño en un sueño*, que tiene influencias de Calderón y Shakespeare (*Macbeth*, *Hamlet* y *La tempestad*). *Don Álvaro* recuerda a veces el *Manfred* y el *Lara*, de Byron.

ESPRONCEDA. Es el mejor lírico romántico español, y con Bécquer y Darío, de los más altos poetas de su siglo. Tiene afinidades con Musset y sobre todo con Byron, a quien alguna vez imita. Su lengua es de gran pureza, y la musicalidad y dulzura de su verso no tienen rival en los tiempos modernos. Cantor del desengaño y del hastío, “sus versos — dice don Juan Valera—, cuando son de amores, o cuando la ambición o el orgullo le conmueven, están escritos con sangre del corazón; y nadie negará que este corazón era grande”. En *A Jarifa en una orgía* da cierta nota de ascetismo, como observa el mismo Valera; y en *El diablo mundo* hay pasajes en que halla magnífica expresión el amor más sensual. El *Canto II*, *A Teresa*, tan sostenidamente emotivo, es uno de los más altos logros de la poesía española.

José de Espronceda (1808-1842) nace en Almendralejo, cerca de Badajoz. Estudió

en el colegio de San Mateo, que dirigía don Alberto Lista. Muy niño, se le confina en un convento de Guadalajara, por haberse afiliado a una sociedad secreta, Los Numantinos. Poco después huye a Lisboa, vive algún tiempo en Inglaterra y después en Francia. Por estos años de emigración ocurren sus amores con Teresa Mancha. De regreso a España en 1833, se entrega a la política liberal y desempeña algunos cargos, como el de secretario de la legación española en La Haya, y el de diputado a Cortes por Almería. Cuando estaba a punto de casarse con su sobrina doña Bernarda de Beruete, murió de una afección en la garganta.

Como todo hombre de gran ser, que camina por el mundo sin la luz de una esperanza celeste, necesitaba Espronceda vivir, gozar y amar en el mundo; y los deseos no satisfechos pervirtieron y ulceraron su corazón que era bueno, y el abandono de su juventud y los extravíos consiguientes llenaron su alma de ideas falsas y sacrílegas. Mas a pesar de todo, la bondad nativa, la ternura delicada de su pecho y el culto y la devoción respetuosa con que se inclinaba Espronceda ante lo hermoso y lo justo, y con que adoraba y se confiaba en la amistad y en el amor, brillan en sus acciones como en sus versos (D. Juan Válera).

En el cuento *El estudiante de Salamanca* trata el mito tradicional de Don Juan, creando en don Félix de Montemar la más depurada versión española del héroe:

Que hasta en sus crímenes mismos,
en su impiedad y altiveza,
pone un sello de grandeza
don Félix de Montemar.

Doña Elvira tiene la levedad exquisita de las heroínas shakespearianas. En la parte tercera —Cuadro Dramático— Espronceda hereda las mejores tradiciones teatrales del siglo XVII, y hasta de los lances del juego hace materia poética. *El diablo mundo* sólo es débil en su plan y concepción general, pues encierra los mejores trozos que salieron de la pluma del cantor de Teresa. Inútil citar algunos de ellos, pues habría que transcribir todo el poema. Citemos, con todo, dos pasajes célebres:

Débil mortal, no te asuste
mi obscuridad ni mi nombre...

Salve, llama creadora del mundo,
lengua ardiente de eterno saber...

Espronceda tuvo cálida simpatía humana por los seres extrasociales, como el verdugo, el mendigo, el condenado a muerte. Proyectándose bajo el disfraz de pirata da vado a sus anhelos de libertad en la célebre *Canción*, cuyo estribillo magnífico no pierde su magia:

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.

Uno de los mejores sonetos de nuestra lengua es aquel conocidísimo:

Fresca, lozana, pura y olorosa,
gala y adorno del pensil florido,
gallarda puesta sobre el ramo erguido,
fragancia esparce la naciente rosa...

y el que dirige a una dama, dedicándole sus poesías:

Marchitas ya las juveniles flores,
nublado el sol de la esperanza mía,
hora tras hora cuento, y mi agonía
crece con mi ansiedad y mis dolores...

LARRA. Don Mariano José de Larra (1809-1837) es el más famoso prosista de su época. Espíritu más bien europeo que español, siente vivamente los defectos de su país, y con propósito de corregirlos, los consigna en sus admirables artículos de costumbres. Liberal de amplia visión, hizo sátira social y política. En su crítica literaria —sobre todo teatral— se perciben resabios neoclásicos. Fue madrileño; hijo de médico que sirvió al rey José, y que tuvo que emigrar a Francia; estudió primeras letras en Burdeos; y en 1818 retorna a España. Estudió en Corella, en el Colegio Imperial de los Jesuitas de Madrid, en la Universidad de Valladolid (lógica y matemáticas en el curso de 1824 a 1825) y se matriculó en la de Valencia. A los veinte años se casa contra el parecer de sus padres con doña Josefa Wetoret, de quien tuvo dos hijas y un hijo, Luis Mariano (1830-1901), dramaturgo de no escaso mérito que escribió entre muchas otras obras la letra de la popular zarzuela *Las campanas de Carrión*. No fue feliz el matrimonio y a los pocos años se separaron los cónyuges. Larra figuró brillantemente en las tertulias literarias de entonces, en especial en la del *Parnasillo*. En sus trabajos periodísticos usó varios seudónimos, como El Duende Satírico, El Pobrecito Hablador, Andrés Niporesas, e inmortalizó el de Fígaro. Su prosa “sabe expresar —como dice Azorín— el matiz de las cosas y las reconditeces espirituales”. Y don José R. Lomba y Pedraja, autoridad en Larra, opina que:

A nuestro parecer, de la pluma de este escritor y no de otra alguna salió la prosa española de más quilates, literariamente considerada, de cuantas se escribieron en la primera mitad del siglo XIX; la cual, por su transparencia, por su exactitud, por su gracia, por su agilidad, y por su fuerza tiene un puesto bien merecido entre los estilistas insignes de nuestra patria de todos los tiempos [Prólogo al Larra. *Artículos de crítica literaria y artística*, en Clás. Cast., t. 52].

Son admirables entre los artículos de costumbres *El casarse pronto y mal*, en que a la historia de su matrimonio agrega un truculento final en el gusto del tiempo; *El castellano viejo*, obra comparable con los mejores ensayos de Charles Lamb; *Los calaveras*, dos preciosos artículos que terminan con una página digna de Balzac, el calavera de buen tono. *La caza*, con bellos trozos descriptivos. En *Varios caracteres* se pintan diversos tipos humanos; atraen la atención y el cauterio de Larra las vidas inútiles. Las *Cartas del Pobrecito Hablador*, desde las Batuecas escritas a Andrés Niporesas, y las de éste, rebosan fina ironía. Sus artículos —algunos de los mejores datan de los veinte años— no sólo encierran una gracia ligera y alada, sino también una experiencia madura del mundo, un cosmopolitismo y un sentido de lo nuevo y moderno muy de notarse. Combate

fundamentalmente el provincialismo, la ruindad de ideas de campanario. *El doncel de don Enrique el Doliente, Historia caballeresca del siglo XV*, más que una novela histórica a lo Walter Scott o a lo Alejandro Dumas (padre) es una novela pasional de mucho mérito, injustamente olvidada un tanto hoy. En algunas escenas es fácil reconocer en Macías sentimientos de Larra por Dolores Armijo de Cambronero, por quien se suicidó en 1837. Tuvo singular atracción por la figura del trovador galaico, con quien se identificaba en vehemencia de amores desesperados. Lo sacó a las tablas, además, en el drama histórico *Macías* (1834).

ZORRILLA.

...Sólo español y cristiano,
fui siempre; buen castellano
el cantor de mi nación.
(*A Pedro Antonio de Alarcón.*)

y en otra composición, *Cuestión personal*,

...decir sin jactancia puedo,
que canté con fe y sin miedo
mi PATRIA y mi RELIGIÓN.

Sin gran lastre filosófico, la poesía de Zorrilla encanta por su sonoridad y por lo castizo de su lenguaje. Como Lope, tiene el instinto profundo de lo dramático. En él admiramos al poeta narrativo de las leyendas y de *Granada*, al lírico de la introducción a los *Cantos del trovador* y de muchas bellas composiciones dispersas en sus libros; al dramaturgo de *El zapatero y el Rey* (segunda parte), del *Tenorio* y de *Traidor, infanado y mártir*. Poeta andariego y bohemio —*Cuentos de un loco* se intitulan unos episodios de su vida—, nació en Valladolid en 1817, en la calle de la Ceniza. En su infancia pasó largas temporadas en pequeños lugares, como Torquemada y Quintanilla Somuño, “donde las mesnadas de los condes castellanos parecían galopar todavía” (Narciso Alonso Cortés). Este mismo biógrafo del vallisoletano dice:

Ningún poeta español ha conocido como Zorrilla los secretos y reconditeces de nuestro idioma en sus formas más puras, que no aprendió en libros ni lexicones, sino en el trato continuo con gañanes y labrantines.

El padre de Zorrilla —hombre duro y severo— fue superintendente general de la policía de Fernando VII en uno de los más negros periodos de la historia de España (1824 a 1832). En las universidades de Toledo y Valladolid estudia el futuro autor del *Tenorio* la carrera de leyes, que interrumpe en 1836, al huir de su familia —su terrible padre y un atrabiliario tío materno— cuando se lanza a la bohemia literaria madrileña. Halla hospitalidad en la humilde casa de un cestero, y una poesía magistralmente leída en el entierro de Larra lo saca de la oscuridad. Casó en 1839 con doña Florentina Matilde O'Reilly, dieciséis años mayor que él. Huye de su lado y permanece cuatro años en París y once en México. En 1866 retorna a España, con una comisión teatral del infortunado emperador Maximiliano. Casó en segundas nupcias con doña Juana Pacheco, en 1869.

Viaja por Italia y de nuevo por Francia. Ingresa en la Academia Española con un discurso en verso. Se le corona públicamente en Granada en 1889. Desde 1866 gozaba de una pensión que le habían asignado las Cortes. De 1880 a 1883 publica en *El Imparcial* los *Recuerdos del tiempo viejo*, inestimables memorias de su agitada vida. Murió en 1893.

Su drama *Don Juan Tenorio* es lo único que sobrevive de la escena romántica española, exceptuando, por supuesto, las obras, como *Don Álvaro* y *El trovador*, a que Verdi puso música. En sus versos briosos y rotundos acertó a dotar a su héroe de un poder de seducción sobrenatural. Este drama se representa por los primeros días de noviembre todos los años en los teatros españoles e hispanoamericanos. Antes de él se ponía en escena un arreglo de la comedia de Tirso, hecho por don Antonio de Zamora. Así que esta costumbre se conserva viva desde hace siglos. Zorrilla vendió al editor Manuel Delgado en cuatro mil doscientos reales de vellón “la propiedad absoluta y para siempre” de su *Don Juan Tenorio*, que enriqueció a otros. Explicaba después este lamentable trato, en su discurso de ingreso a la Academia Española, de este modo:

¡No me habléis de caudal hecho con cálculos,
números no metáis entre mis letras!
Yo le engendré y vendí a Don Juan Tenorio,
por no perder el tiempo en echar cuentas.

El *Tenorio* ha sido parodiado y vilipendiado mil veces. Su mismo autor lo criticó acerbamente. Con todo, el público lo ama y hay que reconocer que el pueblo es infalible. Los mejores críticos, como Clarín, le han dado la razón:

Don Juan Tenorio es grande, como lo son la mayor parte de las creaciones de Shakespeare: de un modo muy desigual, y a pesar de su desigualdad... En *Don Juan*, aunque no hay ciertas faltas de Gramática que han visto el autor y muchos gacetilleros, existen multitud de pecados capitales que condenan, no las reglas de Aristóteles, sino las reglas eternas del arte. En la segunda parte es mucho más lo malo que lo bueno, y aunque al público le interesan vivamente las escenas en que intervienen los difuntos, la belleza grande, la excepcional, queda atrás, en la primera parte. El que se precie de hombre de cierto buen gusto necesita ser capaz de admirar con inocencia y sin cansancio, y admirar la belleza dondequiera que esté, aunque la rodee lo absurdo. Una buena prueba de gusto fuerte, original, se puede dar entusiasmándose todos los años, la noche de ánimas, entre el vulgo bonachón, y nada crítico, al ver a Don Juan seducir a Doña Inés y burlarse de todas las leyes.

De las leyendas, cuya principal fuente es la tradición oral contemporánea y los libros del doctor Cristóbal Lozano, merecen los mayores elogios *A buen juez, mejor testigo*, tan admirable por su ejecución y por no tropezar en la escena en que interviene lo sobrenatural; *El capitán Montoya*, tan española y romántica; *Margarita la Tornera*, supervivencia de un viejo milagro mariano; *La pasionaria*, tan delicada y exquisita.

HARTZENBUSCH. En 1836 se estrena el drama *Los amantes de Teruel*, otra obra importante del romanticismo español. Su autor, Juan Eugenio Hartzenbusch (1806-1880), fue hijo de un carpintero alemán, oficio que practicó el poeta en sus mocedades. A su cuidado estuvo la edición, en la Biblioteca de Autores Españoles, de las comedias de Lope de Vega, Alarcón, Tirso y Calderón de la Barca. Cuidó también la publicación de las *Obras póstumas*, de Leandro F. de Moratín. Parece que se permitió ligeras enmiendas

con el texto de los dramaturgos del XVII. Sus dramas sobresalen por lo bien planteados, y por la energía y concisión del diálogo.

GARCÍA GUTIÉRREZ. Trató en algunos de sus dramas don Antonio García Gutiérrez (Chiclana, 1813-Madrid, 1884) temas épicos de la Edad Media que, perdidos los cantares de gesta respectivos, se conservan prosificados en crónicas latinas o en la General. Así en *Las bodas de doña Sancha* vuelve sobre la muerte del Infante Don García a manos de los Velas; en *El Bastardo*, renueva la leyenda de Don García, hijo de Sancho el Mayor de Navarra, acusador de su propia madre; y en *Zaida* se ocupa en los amores de esta princesa mora con Alfonso VI. Obra maestra del teatro pasional es *El trovador*, brote juvenil de su genio, no igualado después. En 1864 estrenó *Venganza catalana*, sobre la expedición de catalanes y aragoneses a Oriente, en los albores del siglo XIV. Fue uno de sus más ruidosos y merecidos triunfos. *Simón Bocanegra* y *Juan Lorenzo* son también notables dramas históricos, limpia y sonoramente versificados y trazadas sus escenas con mano muy firme. Es sin duda el primer dramaturgo de su generación. En *El trovador* hay un débil eco del *Macías*, que no advirtió el mismo Larra. Como datos biográficos recordaremos que García Gutiérrez huyó también de su familia, pues su padre no veía con buenos ojos las inclinaciones literarias de su hijo. Se alistó de soldado cuando Mendizábal reclutaba los cien mil voluntarios. Más tarde se embarcó para América, donde pasó cosa de cinco años, principalmente en México (Mérida, Yucatán). Fue cónsul español en Bayona y en Génova, y dirigió el Museo Arqueológico.

ENRIQUE GIL Y CARRASCO. Autor de la mejor novela histórica que inspiró en España la imitación de Walter Scott, *El señor de Bembibre*. Sus poesías *Una gota de rocío* y *La violeta* son delicadas y melancólicas. Publicó también interesantes artículos de costumbres y notas de un viaje a Berlín, así como un bosquejo de un viaje al Bierzo, su provincia natal. Murió en Berlín, en 1846, antes de cumplir los treinta y un años.

NICOMEDES PASTOR DÍAZ.

Ha sido el más romántico de todos nuestros modernos poetas, si como calidades principales y características del romanticismo consideramos la melancolía, las quejas contra la suerte, la lúgubre visión de cuanto hay en el mundo, el deseo de morir y el odio a la vida.

Y más adelante agrega Juan Valera:

La musa de don Nicomedes no es la desesperación, sino el ascetismo austero, aunque rico de esperanzas ultramundanas.

Se destacan en su producción poética las composiciones intituladas *A la luna*, *La mariposa negra* y *Mi inspiración*. Nació en 1811, en Vivero (provincia de Lugo), y murió en 1863. Fue periodista, político, diputado, miembro del Partido Liberal Conservador y de la Unión Liberal, ministro y académico.

Antonio Gil y Zárate (1796-1861) escribió, entre otras piezas dramáticas de tema

histórico, *Guzmán el Bueno* y *Carlos II el Hechizado*; y un *Manual de literatura*, muy leído y citado en su tiempo (1844).

Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), cubana, novelista (*Dos mujeres*, *Guatimozín*, *último emperador de Méjico*, etc.), autora de dramas sobre personajes españoles o bíblicos (*Alfonso Munio*, *El Príncipe de Viana*, *Saúl* y otros) y poetisa notable (*Poesías*, y el *Devocionario*), sobresalió en la lírica por su potente estro y rica emotividad.

El padre Juan Arolas (1805-1849), barcelonés, muy joven ingresó en las Escuelas Pías. Se distingue por la espontaneidad de su versificación y por su opulenta fantasía cuando se refiere a temas de Oriente, a los cuales se mostró particularmente aficionado. Vibra en su obra poética la cuerda erótica, sin que ello tuviera repercusión en su conducta. Murió loco. Una de sus mejores composiciones es la que comienza por esta estrofa:

Sobre pupila azul, con sueño leve,
tu párpado cayendo amortecido,
se parece a la pura y blanca nieve
que sobre las violetas reposó:
yo el sueño del placer nunca he dormido:
sé más feliz que yo.

Piferrer escribió el poema *Alina y el Genio* y sobre todo aquella deliciosa *Canción de la Primavera*

Ya vuelve la primavera:
suene la gaita — ruede la danza:
tiende sobre la pradera
el verde manto — de la esperanza.

y que tan melancólicamente termina:

La inocencia de la vida
(calle la gaita — pare la danza)
no torna una vez perdida:
¡perdí la mía! — ¡ay mi esperanza!

La sencillez candorosa de sus versos —dice don Juan Valera— acaso esté buscada y solicitada con cuidadoso esmero, pero no puede negarse que a veces está dichosamente conseguida.

Pablo Piferrer nació en 1818 en Barcelona y allí mismo murió poco antes de cumplir los treinta años. Fue músico y crítico de arte. Publicó en *Recuerdos y bellezas de España* dos volúmenes: uno sobre Mallorca y otro sobre Cataluña. Otras composiciones poéticas de Piferrer, de singular encanto, son *El ermitaño de Monserrat*, *Retorno a la feria*, y *La cascada y la campana*. Colaboró en una vieja revista, *El Vapor*.

Gabriel García Tassara (Sevilla, 1817-Madrid, 1875) profesó las doctrinas tradicionalistas de don Juan Donoso Cortés, que influyen en sus poesías de carácter filosófico social. Una de las más bellas, por la difícil concisión de conceptos que logra, es el *Himno al Mesías*. Otras, dignas de recordación: *A Laura* y *La primavera*.

Eulogio Florentino Sanz (Arévalo, 1825-Madrid, 1881). Compuso el drama *Don Francisco de Quevedo*, una de las probables influencias del *Cyrano*, de Rostand. La obra tiene marcado carácter satírico social. Sus tercetos de la *Epístola a Pedro* son un sentido tributo a Enrique Gil en su extranjera tumba.

Trece años menor que Espronceda, Carolina Coronado nace también en Almendralejo, en 1823. Se casó con un secretario de la Legación de los Estados Unidos, Mr. Horacio Perry, a quien sobrevivió. En Madrid y en Lisboa su casa fue siempre frecuentada por los mejores literatos. En *El amor de los amores* y en algún otro poema se aproxima a los temas místicos.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER (1836-1870). Estudia en la Escuela de San Telmo en su ciudad natal, Sevilla, donde lo educa un pariente, don Juan de Vargas, pues quedó huérfano desde temprano. A los catorce años fue recogido por su madrina, doña Manuela Monahay. A los dieciocho se escapa a Madrid, donde lleva una vida irregular. Logra empleos modestos en oficinas públicas, en los que dura poco. Con su hermano Valeriano, pintor, viaja por ciudades de gran importancia artística y monumental, como Toledo y Ávila. Colaboró en *La América* (1857), *El Museo Universal* (1857), *La Crónica de Ambos Mundos* y, sobre todo, en *El Contemporáneo* (1860), *La Gaceta Literaria* (diciembre de 1862 a mayo de 1863), *La Ilustración de Madrid* (1870), y en algunas otras revistas. Su vida bohemia, con alternativas de miseria, le produjo a la postre la tuberculosis de que murió. Se establece en el monasterio de Veruela, cerca del Moncayo, y se casa con una aldeana de la región, con quien tiene tres hijos. Su hermano Valeriano muere poco tiempo antes que él. Sus amigos, principalmente Rodríguez Correa, preparan la publicación póstuma de sus obras (1872). El manuscrito de las *Rimas*, que se conserva en la Biblioteca Nacional, contiene retoques de Narciso Campillo. (Véase J. Domínguez Bordona, *El autógrafo de las “Rimas” de Bécquer*, en *RFE*, tomo X, cuad. 2º.)

Es uno de los últimos y más grandes románticos de España. Hay en sus obras influencias de Byron y de Heine. En el periodo que va de Espronceda a Rubén Darío, nada se produce en español de calidad igual o superior a las *Rimas*, tan general y justamente admiradas. Las dirigidas a una mujer que dan cierta unidad a la colección se refieren a una pasión platónica que tuvo por la hija de un profesor del Conservatorio, doña Julia Guillén. Todas son de gran belleza, y la colección, aun por su brevedad, adquiere un valor singularísimo. En prosa lo mejor son sus leyendas y las nueve cartas *Desde mi celda* (en especial la primera de éstas y de aquéllas, *Maese Pérez el organista*, *La promesa*, *El Monte de las Ánimas* y, sobre todo, *El beso*). Es un escritor con sobresaliente poder descriptivo. Tras el narrador y el artista está siempre el crítico de arte, el arqueólogo que conoce técnicamente los monumentos del pasado y que los sabe evocar. A veces sus “leyendas” parecen una sucesión de temas para estampas y grabados. El sentido de la vista adquiere preponderancia en la elaboración de la obra becqueriana. Los juegos de luz y sombras aplacen en ocasiones a sus ojos penetrantes:

La luz, que en un vaso
ardía en el suelo,

al muro arrojaba
la sombra del lecho;
y entre aquella sombra
veíase, a intervalos,
dibujarse rígida
la forma del cuerpo.
[Rima LXXIII.]

A la luz del farolillo, cuya dudosa claridad se perdía entre las espesas sombras de las naves y dibujaba con gigantescas proporciones sobre el muro la fantástica sombra del sargento aposentador...

[*El beso*]

Algunas descripciones, como la de esta posada en Tarazona, pudieran ser asunto de una litografía:

En el fondo, y caracoleando, pegada a los muros o sujeta con puntales, subía a las habitaciones interiores una escalerilla empinada y estrecha, en cuyo hueco, y revolviendo un haz de paja, picoteaban los granos perdidos hasta una media docena de gallinas; la parte de la izquierda, a la que daba paso un arco apuntalado y ruinoso, dejaba ver un rincón de la cocina iluminado por el resplandor rojizo y alegre del hogar, en donde formaban un gracioso grupo la posadera, mujer frescota y de buen temple, aunque entrada en años; una muchacha vivaracha y despierta como de quince a dieciséis, y cuatro o cinco chicuelos rubios y tiznados, amén de un enorme gato rucio y dos o tres perros que se habían dormido al amor de la lumbre.

Su influencia alcanza a los maestros del modernismo en sus primeras producciones, a Darío y a Nervo.

ROSALÍA DE CASTRO (20 de febrero de 1837 en Santiago-muere el 15 de julio de 1885 en Padrón, la antigua Iria Flavia). Representa el romanticismo regional, como Víctor Balaguer, Manuel Curros Enríquez y tantos otros. Casó con Manuel Murguía, amigo de Bécquer y de Ruiz Aguilera. En uno de sus libros se halla este cantar:

Era apacible el día
y templado el ambiente,
y llovía, llovía,
callada y mansamente;
y mientras silenciosa
lloraba yo y gemía,
mi niño, tierna rosa,
durmiendo se moría.
Al huir de este mundo,
¡qué sosiego en su frente!
Al verle yo alejarse,
¡qué borrasca en la mía!

El *Algo*, de Joaquín María Bartrina y de Aixemús (Reus, abril de 1850-Barcelona, abril de 1880), encierra poesías impregnadas de amargo escepticismo. Su desencanto es epigramático. *De omni re scibili*, *Epístola*, *Ecce homo!* son de lo mejor del libro, con las lapidarias *Íntimas*.

DON MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS (1796-1873). Nació en Quel (Logroño) y

estudió en Madrid; peleó en la Guerra de Independencia y figuró en la tertulia de *El parnasillo*. Su producción es vasta y desigual en mérito. Compuso obras de varios géneros. Las mejores que escribió, de corte moratiniano, son *A Madrid me vuelvo*, *Marcela o ¿A cuál de los tres?* (imitada por el mexicano Fernando Calderón en *A ninguna de las tres*), *Todo es farsa en este mundo*, *El pelo de la dehesa* y su continuación, *Don Frutos en Belchite*; *Me voy de Madrid*, *La escuela de las casadas* (una de las mejor trazadas). En *La redacción de un periódico* hay ataques contra Larra, personificado en Joaquín. Bretón no pinta, como don Ramón de la Cruz, la plebe; pinta la clase media o la burguesía. No se mete en honduras filosóficas o psicológicas, sino que refleja solamente a la sociedad de su tiempo como él la vio y sintió. Su teatro rara vez es satírico; tiene más bien carácter jocoso y festivo. Bretón de los Herreros es un escritor profundamente nacional y castizo. Su originalidad radica en su interés exclusivo por el mundo contemporáneo que reproduce como lo percibe. Cultivó también con magnífico éxito la comedia de tipo sentimental, como *Muérete y verás*, y otras muchas.

El hombre de mundo se intitula la mejor comedia de Ventura de la Vega (1807-1865). Es un caso mencionado por Larra del calavera que contrae matrimonio. De la Vega nació en Buenos Aires; fue discípulo de Lista en la Academia del Mirto; se afilió a la sociedad secreta *Los Numantinos*; y acabó por enseñar literatura a Isabel II y por dirigir el Teatro Español. También son de tipo moratiniano las deliciosas comedias del gaditano Francisco Flores Arenas (1801-1877), *Coquetismo y presunción*, *Hacer cuentas sin la huéspeda*, y alguna otra.

COSTUMBRISTAS. Con Larra se suelen citar como costumbristas a Serafín Estébanez Calderón, autor de *Las escenas andaluzas*, y a don Ramón de Mesonero Romanos, que lo fue de *Panorama matritense*, *Escenas matritenses*, *Tipos y caracteres*, *El curioso parlante*, *El antiguo Madrid* y las *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*. Estébanez aspira a un estilo brillante y hoy nos semejan un tanto artificiosos sus artículos. Uno de los mejores se intitula “Gracias y donaires de la capa”. Mesonero diluye sus siempre interesantes noticias en una prosa castiza y algo tenue. Su mejor libro nos parece las *Memorias de un setentón*, donde hay artículos importantes, como “El parnasillo”, “Los pseudónimos”, “El romanticismo”, “La corte de Fernando y Cristina”, “Ojeada a la época Calomardina”, etc. Agreguemos los nombres y seudónimos de otros periodistas que demostraron interés por tipos y costumbres populares: don Antonio María Segovia (El Estudiante), “el que más se le aproximó [a Larra] por lo incisivo de la frase y la gracia del estilo, y aun le sobrepujo en la pureza del lenguaje y la cultura de los chistes” (Mesonero), y Santos López Pelegrín (Abenámar). Don Modesto Lafuente, autor de una historia de España, muy conocida, y que prosiguió don Juan Valera, escribió artículos satíricos con el seudónimo de Fray Gerundio.

LOS PRIMEROS NOVELISTAS DEL SIGLO XIX, Fernán Caballero (1796-1877) y Antonio de Trueba (1819-1889), hacen en sus obras gran acopio de elementos populares. Fernán Caballero fue el seudónimo que usó siempre Cecilia Böhl de Faber. Su padre publicó la

valiosa *Floresta de rimas antiguas castellanas* (1821-1825) y *Teatro español anterior a Lope de Vega* (1832) y divulgó en España las doctrinas románticas de los Schlegel. Fernán Caballero, de madre española, nació en Suiza; se educó en Alemania, y en España casó tres veces. En sus *Cuadros de costumbres populares andaluzas* recogió mucho del folclor de Andalucía. Su mejor novela, *La Gaviota*, es la historia de una hermosa lugareña inconstante y de laxos principios. Tiene algo de la novela española realista y de aventuras del siglo XVII. De las demás novelas de la autora, una de las más leídas es *La familia de Alameda*. Restauró el gusto por la novela de costumbres en España. Antonio de Trueba, vizcaíno de humilde extracción, empleado de una ferretería madrileña, compuso poemas de sabor popular en *El libro de los cantares* y *El libro de las montañas*; y sobre todo preciosas narraciones cortas recogidas en *Cuentos de color de rosa* y en *Cuentos campesinos*. Su novela de más empeño es *El gabán y la chaqueta* (1872). Contribuyó a implantar la boga del cuento en las letras españolas modernas. Aquí cabe situar a Miguel de los Santos Álvarez, más que por sus versos, célebre por su amistad con Espronceda y con Zorrilla, y por su novela *La protección de un sastre*, así como por las narraciones satíricas que se incluyen en *Tentativas literarias*. Más que un impío y un blasfemo fue Álvarez un epicúreo y un humorista. Don Antonio Ros de Olano, marqués de Guad-el-Jelú (Caracas, 1808-Madrid, 1886), compuso buenos versos y una extraña novela, *El doctor Lañuela*, “cuya prosa *sui generis* —califica Menéndez y Pelayo— retorcida y tenebrosa, llena por igual de arcaísmos y de neologismos, medio germánica y medio picaresca, extraña fusión de Juan Pablo Richter, Hoffmann y Quevedo”.

LA ERUDICIÓN Y LA HISTORIA. Con Estébanez y Gayangos contribuye don Bartolomé José Gallardo (1776-1852) a restaurar el amor por las letras castellanas. Por sus ideas liberales los absolutistas destruyeron la noche del 13 de junio de 1823 sus papeles y su biblioteca. Rehizo sus apuntaciones, que fueron publicadas, con el título de *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, por don Manuel Zarco del Valle, don José Sancho Rayón y Menéndez y Pelayo. Es obra utilísima para investigadores y bibliófilos. Don Agustín Durán, madrileño, nació en los últimos años del siglo XVIII y murió en 1862. Su *Romancero general*, la colección más rica de romances de todo género publicada hasta hoy, se incorporó a la Biblioteca de Autores Españoles (t. X y XVI). Don Pascual de Gayangos (Sevilla, 1809-Londres, 1897), distinguido bibliófilo y orientalista, estudió árabe en Francia, con Silvestre de Sacy. Fue maestro de una generación de orientistas, como Javier Simonet (*Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los mozárabes*); Leopoldo Eguílaz y Yanguas (*Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental*); Francisco Fernández y González (*Importancia de la cultura de los árabes españoles* y muchos otros trabajos más). Don Eduardo Saavedra, don Francisco Codera (*Biblioteca árabe-hispana*) y Emilio Lafuente Alcántara (*Historia de Granada*) fueron distinguidos arabistas. *La historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, del conde de Toreno; y la *Historia del reinado de Carlos III*, por Antonio Ferrer del Río, son de reconocido valor. Don Cesáreo

Fernández Duro (1830-1890) ha esclarecido innumerables cuestiones históricas en libros importantes, como *Estudios históricos del reinado de Felipe II* y *Tradiciones infundadas*.

En el campo de la Gramática sobresalen dos hispanoamericanos, Bello y Cuervo, don Andrés Bello (Caracas, 1781-Santiago de Chile, 1865) fue poeta, hombre público y escritor notable en diversos campos. Sus trabajos gramaticales culminan en la *Gramática de la lengua castellana*. Don Rufino José Cuervo (Bogotá, 1844-París, 1911) redactó las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*; *Notas* a la Gramática de Bello; y el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* (inconcluso), obras todas importantísimas.

De los eruditos que colaboraron en la Biblioteca Rivadeneyra han de citarse, además de los ya mencionados (Hartzenbusch, Ferrer del Río, Durán, Gayangos), a los siguientes, cuyos nombres son familiares a los lectores de libros españoles: José Joaquín de Mora, Eugenio de Ochoa (elegante traductor de Virgilio), Cayetano Rosell, Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, Enrique Vedía, Eustaquio Fernández de Navarrete, Cándido Nocedal, Vicente de la Fuente, Florencio Janer, Carlos María Aribau, Eduardo González Pedroso, Leopoldo Augusto de Cueto, etc. De este último es de elogiarse el *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII* y la introducción, notas y glosario en la magnífica edición académica de las *Cantigas*. A Vicente de la Fuente se debe una *Historia de la Iglesia de España*, y otra de las *Universidades de España*. De Manuel Milá y Fontanals (1818-1884), maestro de Menéndez y Pelayo en la Universidad de Barcelona, entre otros trabajos de historia literaria y de crítica, se cuentan *De los trovadores en España* (1861) y *De la poesía heroico-popular castellana* (1874). Cayetano Alberto de la Barrera redactó el *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español* y la biografía de Lope de Vega inserta en el primer tomo de las *Obras de L. de V.*, editadas por la Academia. José Amador de los Ríos (1818-1878) publicó ricamente las *Obras del Marqués de Santillana* (1852); y posteriormente *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos en España*, y la *Historia crítica de la literatura española* (1861-1865), que conserva alguna utilidad todavía para el estudioso. Los catalanes José Coll y Vehí, Joaquín Rubió y Ors, José Ixart y otros se señalaron por múltiples trabajos críticos. Los cervantistas constituyen un capítulo aparte en la erudición en el siglo XIX. Diego Clemencín, en las notas a su edición del *Quijote*, se distinguió por sus conocimientos profundos de la literatura caballeresca y por la severidad de sus observaciones gramaticales, no siempre justificadas. Los trabajos de José María Asensio, de León Máinez, del paremiólogo P. D. José Sbarbi y de Julián Apráiz son estimables.

3. EL TEATRO DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XIX

El teatro fue siempre de las más persistentes y hondas manifestaciones artísticas de España. Así que la serie de buenos escritores teatrales (Gorostiza, Rivas, Zorrilla, Hartzenbusch, Bretón de los Herreros, García Gutiérrez) se prosigue con López de

Ayala, Serra, Tamayo y Echegaray. Benavente y los Álvarez Quintero y más tarde García Lorca marcan nuevas orientaciones dramáticas. Algunos aspectos del teatro romántico perduran en todo el siglo. Tomás Rodríguez Rubí escribe varias piezas en el género histórico a la manera de Scribe; y otras de asunto contemporáneo y realista, como *El gran Filón*, *El arte de hacer fortuna*, *A la corte a pretender* (en un acto), y otras. Luis de Eguílaz sacó a escena a personajes famosos, como Cervantes y don Juan de Austria, en *Los dos camaradas*, a Alarcón, en la comedia de este nombre, a Rojas Villandrando, en *El caballero del milagro*, etc. Más importancia han tenido *Verdades amargas*, *El salto del pasiego* (zarzuela) y *La cruz del matrimonio*, a la que hizo reparos el crítico don Manuel Cañete. Narciso Serra (1830-1877) es también un dramaturgo de transición. *La calle de la Montera* y *El reloj de San Plácido* ocurren en el siglo XVII, así como *La boda de Quevedo*. Otras se sitúan en nuestro tiempo, como *El amor y la Gaceta* y *Nadie se muere hasta que Dios quiere*. Versifica con facilidad y se parece bastante a Bretón. Don Adelardo López de Ayala (1828-1879) logró merecido renombre con *El tanto por ciento* —en que el amor triunfa de la avaricia— y con *Consuelo*, obra concienzudamente elaborada que es un estudio de ética matrimonial y que tiene personajes de hondo interés psicológico, como la protagonista y Fernando. Llevó a las tablas situaciones de la sociedad burguesa sin olvidar la gran tradición clásica de Alarcón, con quien tiene cierta afinidad, y de Calderón, su ídolo. En *El nuevo Don Juan* se exalta al marido y se ridiculiza al burlador. Su teatro lleva, pues, implícita una moral constructiva. Ayala fue, además de escritor para la escena, sonetista sobre temas amorios. Nació en Guadalcanal y estudió en la Universidad de Sevilla. Figuró en política, llegando a ser ministro de Ultramar y presidente del Congreso. Siendo al principio conservador inclinóse con los años al partido liberal, evolución opuesta a la que ocurrió con Rivas, Alarcón y otros. *El tejado de vidrio*, alta comedia de ejecución exquisita, data de los primeros tiempos de su carrera (1857).

MANUEL TAMAYO Y BAUS (1829-1898), de un arte menos fino que Ayala, le supera en experiencia y dominio de los recursos teatrales, en conmovedora emotividad de las situaciones y personajes. *Virginia* —tragedia clásica como la notable *Raquel* (1778), de García de la Huerta, y el *Pelayo* (1805), de Quintana— trata un asunto ya dramatizado por Juan de la Cueva, por Montiano y por Alfieri, y no desmerece en la comparación con la obra del italiano. En la *Ricahembra* (escrita en colaboración con don Aureliano Fernández Guerra) hay un soplo heroico que viene de la comedia clásica del XVII, cuando doña Juana de Mendoza, sacrificando su amor por Vivaldo, se casa con don Alonso Enríquez para borrar la afrenta de haber sido abofeteada por otro que no sea su marido. Son comedias *de levita* o de costumbres contemporáneas *La bola de nieve* (1856), sobre las consecuencias lamentables que acarrearán los celos infundados; *Lo positivo* (1862), en que se presenta la triste situación de la mujer que eligió marido interesadamente; y *Lances de honor*, de honda dramaticidad, en que se defiende (como en *El escándalo*) la condenación del duelo por la Iglesia. El teatro de Tamayo es todo lo variado que podía ser en su tiempo. Así, por ejemplo, en *Locura de amor* maneja con extraña exactitud un

tema histórico. *Un drama nuevo* (1867) es la obra suprema de este autor, y una de las más perfectas de su siglo. Los celos son el gran resorte de la pieza, que es el juego de un drama dentro de otro.

JOSÉ ECHEGARAY (1832-1916), madrileño como Tamayo, fue, al decir de Maura, “el dramaturgo borrascoso y truculento que durante un cuarto de siglo subyugó, electrizó, desconcertó y revolvió al público dentro del teatro y fuera de él, con bravía vehemencia”. Cultivó las ciencias físico-matemáticas y aun hizo incursiones en el campo de la política y la administración. En 1904 recibió el Premio Nobel en Literatura. Su teatro se distingue por sus concepciones grandiosas, por los pensamientos elevados que lo esmaltan, pero es de una ejecución desigual que desorienta. En dieciocho años produjo cerca de setenta dramas, todos de tres o cuatro actos. Representan, en pleno triunfo del naturalismo, una violenta reacción romántica y espiritualista en que se impone la valoración cristiana del hombre y de la vida. Dio la nota histórica con *En el puño de la espada* (1875); y la ibseniana en *El loco Dios* (1900) y en *El hijo de Don Juan* (1892). *Mancha que limpia*, *Mariana*, *De mala raza*, con otras muchas, son obras de hondo efectismo. Entre sus dramas supremos se cuentan *El gran galeoto* (1881) y *O locura o santidad* (1877).

JACINTO BENAVENTE. Nació en Madrid en 1866. Fue un autor muy fecundo, pues sus piezas dramáticas pasan de ciento. En 1922 se le adjudicó el Premio Nobel en Literatura. Fuera del teatro, publicó libros que merecen recordarse, como *Cartas de mujeres* y *Palabras, palabras, palabras*. *El nido ajeno* (1894) fue su obra inicial. Citemos algunas famosas: *Gente conocida* y *La comida de las fieras*, en las que se creyó ver retratadas a algunas personas de la sociedad matritense; *La noche del sábado*, *Rosas de otoño*, *La malquerida* (hondamente pasional), *Lo cursi*, etc. *Los intereses creados* (1909) es su comedia más feliz y celebrada. Crispín es una afortunada resurrección del gracioso del teatro del XVII. Como en la comedia latina, la inteligencia del criado fragua las diversas situaciones y maneja y dirige a su amo. *La ciudad alegre y confiada* (1916), sátira, llena de patriotismo, contra la desorganización del país y el censurable descuido de sus directores. *La mariposa que voló sobre el mar*, *Pepa Doncel*, *Vidas cruzadas* y otras muchas obras han enriquecido el teatro de nuestro tiempo. Un pesimismo elegante alienta en todas ellas, así como una rara agudeza de ingenio. En todas también se hallan finos estudios psicológicos, principalmente de mujeres. En *La calle de la Montera*, de Narciso Serra, y en *La levita* y *Las personas decentes*, de don Enrique Gaspar (1842-1902), han de verse los antecedentes del teatro de don Jacinto. Octogenario, siguió estrenando piezas, como *La otra honra*, *Su amante esposa* (gustadísima) y *Mater imperatrix*, en las que muestra interés por los conflictos de familia. Murió en julio de 1954.

En América el teatro romántico había sido cultivado, entre otros, por el mexicano José Peón Contreras (1843-1907), cuyo mejor drama es *La hija del Rey*. El uruguayo Florencio Sánchez (1878-1910) refleja en su producción dramática la vida rural o la de las clases pobres en Sudamérica. A *La gringa* y *M'hijo el dotor* siguen *Barranca abajo*,

En familia, Nuestros hijos, Los muertos, Los derechos de la salud. Sánchez alcanza gran intensidad emotiva y una visión atterradoramente descarnada y del todo ibseniana.

El teatro de tema social está representado por *Juan José*, el drama más popular de don Joaquín Dicenta (1862-1917). La influencia de Echegaray se barrunta también en *Terra baixa* (1896), de don Ángel Guimerá (Santa Cruz de Tenerife, 1849-Barcelona, 1924). Este poeta y dramaturgo empleó en sus obras el catalán.

El notable lírico modernista don Eduardo Marquina (1879-1946), a quien dieron fama sus *Odas* (1900), sus *Églogas* y sus *Elegías*, llevó al teatro obras de alto valor poético, como *Las hijas del Cid*, *En Flandes se ha puesto el sol*, *Cuando florezcan los rosales*, *Don Luis Mejía* (en colaboración con el cubano Alfonso Hernández Catá). Su teatro histórico es felizmente más evocación poética que reconstrucción erudita. Así en este *lay* de *Doña María la Brava* (1910) se resume el valimiento del infortunado condestable:

Rey, en la collada,
bajo tu cayada,
por esas laderas,
pacía un ganado...
—Lo tendrás, Privado;
pide lo que quieras.
Rey, en la corona,
sobre tu persona,
vi las luces fieras
de un rubí granado:
—Lo tendrás, Privado;
pide lo que quieras.
Rey, en ese trono
se está en abandono,
bajo tus banderas,
tu cetro olvidado...
—Lo tendrás, Privado;
pide lo que quieras.
Rey, no tienes oro
para mi tesoro;
corre a las fronteras,
sé mi Adelantado...
—Lo seré, Privado;
pide lo que quieras.
Rey, dime que es falso:
yo he visto el cadalso,
los paños, las ceras
y el verdugo al lado...
—Lo tendrás, Privado;
pide lo que quieras.

Este pasaje de *En Flandes se ha puesto el sol* tiene vivo colorido:

Magdalena:

—Señor capitán,
el de la torcida espada,

de la capa colorada
y el buen caballo alazán:
si mi honor no se oponía,
si diera a mi fantasía
rienda suelta en este día,
ya que partes, capitán,
¡contigo me partiría,
y a la grupa montaría
de tu caballo alazán!
No me escuchaste, cuitada,
y allá va la cabalgada,
lanza en puño y rienda holgada
detrás de su capitán...
¡Clávame, dueño, tu espada
del revuelto gavilán,
y llévame amortajada
en tu capa colorada,
soberbiamente plegada
sobre el caballo alazán!...

A este teatro poético pertenecen también *El alcázar de las perlas*, de Francisco Villaespesa, y *Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel*, y *Don Juan de Mañara*, de Manuel y Antonio Machado. Mencionemos además *La dama del armiño*, de Luis Fernández Ardavín (nació en Madrid, en 1892); y *La reina silencio* y *La corte del cuervo blanco*, de Ramón Goy de Silva (nació en 1888). Valle-Inclán rindió tributo a esta moda.

LA ZARZUELA. Por todo el siglo XIX se cultivó la zarzuela y se compusieron algunas que alcanzaron largamente el favor popular, como *El duende*, *Los magyares* y *El postillón de la Rioja*, de Luis de Olona; *Jugar con fuego*, de don Ventura de la Vega; *El grumete*, de García Gutiérrez; *Pan y toros*, de José Picón; *Los diamantes de la corona*, de don Francisco Camprodón, etc. El humorista Carlos Frontaura, Miguel Ramos Carrión, Tomás Rodríguez Rubí, Joaquín Gaztambide, Luis Mariano de Larra (hijo de *Fígaro*), Eusebio Blasco (1844-1903), Vital Aza, etc., se distinguieron en el género. Blasco además fue costumbrista y ensayista delicioso. Uno de sus buenos libros se intitula *Recuerdos*. De Larra es el libreto de *Las campanas de Carrión*. Zarzuelas famosas son también *La tempestad* y *La gallina ciega*, de Miguel Ramos Carrión; y de éste y Vital Aza, *El rey que rabió*; y *El anillo de hierro*, de Marcos Zapata.

EL GÉNERO CHICO. Una vez más, en el “género chico” —como en la picaresca y en los sainetes de don Ramón de la Cruz— se pinta, llena de colorido y de sana alegría, la vida de las clases pobres, preferentemente de los barrios madrileños. Su origen se pierde en los cafés conciertos y cafés teatros de los tiempos de la Gloriosa (1869). Son piezas jocosas en un acto. Ricardo de la Vega (1839-1910), hijo de Ventura, compuso *La verbena de la paloma*, con música de don Tomás Bretón. Otras obras maestras son *Los valientes*, de Javier de Burgos; *La Gran Vía*, de Felipe Pérez; *La revoltosa*, de José López Silva (1860-1925) y Carlos Fernández Shaw y música de Chapí. López Silva y

Arniches, por el gracejo y fecundidad, son los genios de este florecimiento del teatro español moderno. El alicantino Carlos Arniches (1866-1943) fue, en efecto, autor de innumerables sainetes, como *El cabo primero*, *El santo de la Isidra*, *El puñado de rosas*, *El pobre Valbuena*, *Don Quintín el amargao*, *El señor Pepe el templao* y otros más. Con él colaboraron Celso Lucio, Enrique García Álvarez y algunos otros. Joyas del “género chico” son *La marcha de Cádiz*; *El dúo de la Africana*, *La viejecita*, *Gigantes y cabezudos* (de don Miguel Echegaray); *Los niños llorones*, *San Juan de Luz*, *La alegría de la huerta*, *Los granujas*, *El bateo*, *El terrible Pérez*, etc. Otros dramaturgos que se distinguieron, además de los mencionados ya, fueron Ramos Carrión, Vital Aza, Jackson Veyan, Ceferino Palencia, Pérez Zúñiga. No contribuyó poco a la buena aceptación de estas deliciosas zarzuelas la música de los maestros Chueca, los Valverdes (padre e hijo), Bretón, Chapí, don Ramón Estellés, etcétera.

Los hermanos Serafín (1871-1938) y Joaquín Álvarez Quintero (1873-1944), ambos naturales de Utrera, han producido innumerables sainetes y comedias, en su mayor parte de ambiente andaluz, notables por la vivacidad del diálogo, por su alegría y optimismo, por la invención de las situaciones y por la exactitud de los tipos populares. Sus primeros triunfos fueron *El ojito derecho* y *La buena sombra*, a que siguieron *Los galeotes*, *El patio*, *El genio alegre*, *La mala sombra*, *Amores y amoríos*, *Las de Caín* (verdadera obra maestra), *Malvaloca* (drama), *Puebla de las Mujeres*, *Mañana de sol*, *Morritos* y *Solico en el mundo* (los tres, sainetes deliciosos), *Cabrita que tira al monte* y otras muchas piezas, todas rebosantes de ingenio y gracia.

Manuel Linares Rivas muestra cierto influjo de Benavente. Sus mejores obras son *El abolengo*, *La garra*, *Doña Desdenes*, etc. Gregorio Martínez Sierra, madrileño, se impone al público con *Canción de cuna* (1911). Otras piezas suyas son *Mamá*, *Las golondrinas*, *La llama* (estas dos con música de Usandizaga), *Rosina es frágil*, etc. En la novela cosecha lauros con *Tú eres la paz* y con *El amor catedrático*. María Lejárraga de Martínez Sierra indudablemente colaboró por lo menos en la obra publicada bajo el nombre de su marido. Hasta dónde llegó esta colaboración es problema difícil que no nos toca elucidar. Si el autor es exclusivamente la señora Lejárraga se explicaría cierta factura delicada y un sentimentalismo un poco femenino. *Hacia la dicha*, *Esclavitud*, *La red*, *El caudal de los hijos* y algunas más, del sevillano José López Pinillos, son piezas de mérito con alguna influencia de Echegaray. López Pinillos fue también novelista.

Jacinto Grau, a quien no alentó el aplauso del público, y que arrastró una existencia poco menos que miserable, manifiesta en su teatro cierta influencia de Maeterlinck. Su mejor pieza dramática es *El conde Alarcos*, sobre el tema del romance juglaresco, tema que había tentado ya a Federico Schlegel, entre otros.

Del teatro superrealista de Federico García Lorca (*Así que pasen cinco años*, las dos escenas de *El público*, etc.) cabe decir que es obra de un gran lírico, obra de una audacia inconcebible. El poeta se arroja en las modas más peligrosas que le ofrece su época y sale triunfante en virtud de su genio magnífico. *La zapatera prodigiosa* es una

amanerada evocación del siglo XVIII (Goldoni y don Ramón de la Cruz). *Mariana Pineda* tiene ya calidad semejante a la del *Romancero gitano*. Las farsas *Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín* y *Retablillo de don Cristóbal* poseen la alegría, la fuerza de invención y el poder sobre los sentidos de una sonata de Mozart. La madurez dramática de Lorca la constituyen *Bodas de sangre*, *Yerma*, y *Doña Rosita la soltera o El lenguaje de las flores*. Las bodas son de una emoción sostenida, de un sentimiento de catástrofe inminente, que le prestan gran unidad. En ellas triunfa la Muerte como *leitmotiv* dominante. Esta gran unidad en la emoción trae a la memoria *El mejor alcalde, el rey*, *El caballero de Olmedo* y otras piezas de Lope de tan singular fuerza trágica. *Yerma* condensa el dolor de la mujer infecunda. Es un tema tan hondamente humano que casi llega a lindar con lo zoológico. *Doña Rosita la soltera* puede considerarse como la sombría tragedia de la espera, de la vida esterilizada por la espera inútil, de la fidelidad irrazonable que labra la soledad y la ruina.

Del teatro de Lorca ha escrito Pedro Salinas:

En pocas obras podrá saludarse en nuestros días un grado de unidad tan acertadamente conseguido entre el profundo aliento popular, rodado por los siglos, forjador de un concepto de la vida, y su fijación, su sublimación en las líneas perfectas y en las alas pujantes de una creación artística.

En el teatro de Max Aub los personajes están hábilmente esbozados en unos cuantos trazos. Principales obras: *Espejo de avaricia*, *San Juan*, *La vida conyugal*, *El rapto de Europa*. Ha cultivado la novela en *Campo de sangre*, *Campo abierto*, *Campo cerrado*, la narración corta en *No son cuentos (cuentos)*, y diversos géneros menores en la serie *Sala de espera*. La mayor parte de su obra tiene intención política. Episodios de la revolución española de 1936 y angustiosas crisis de nuestros tiempos hallan eco en este escritor de épica vena. Citemos, además, *La prosa española del siglo XIX*, magnífica antología de suma utilidad para los estudiosos.

Alejandro Casona es el seudónimo de un celebrado autor de aplaudidas comedias, *Nuestra Natacha*, *La sirena varada*, *Otra vez el diablo*, *La sinfonía inacabada*. Asturiano, nació en 1900; publicó un libro de versos, *La flauta del sapo*. (Para estos dos últimos dramaturgos, consúltese el excelente libro de Juan Chabás, *Literatura española contemporánea*, 1952.)

El divino impaciente (san Francisco Javier) es de José María Pemán, que más tarde ha producido teatro histórico: *Cuando las Cortes de Cádiz y Cisneros*.

4. ERUDICIÓN, CRÍTICA, HISTORIA

A mediados del siglo, Julián Sanz del Río introduce el krausismo, no por cierto de las mejores doctrinas filosóficas posteriores a Kant. Concede preeminencia a lo ético. El krausismo tuvo consecuencias plausibles, como la modernización de la pedagogía, el incremento del liberalismo en política y la buena disposición para las nuevas corrientes de ideas. Don Francisco Giner de los Ríos funda la Institución Libre de Enseñanza. Fue Giner literalmente un santo laico. Su influencia personal se deja sentir provechosamente en múltiples campos de la moderna España. Don Joaquín Costa es otro de los grandes

españoles de la época; entre sus escritos sobresale *Poesía popular española y Mitología y literatura celto-hispana*.

En la oratoria política del siglo descuella don Emilio Castelar (1832-1899). Fue presidente del Poder Ejecutivo en 1873. Lo mejor de su obra son probablemente sus *Discursos parlamentarios y políticos*, su novela *Fra Filippo Lippi*, sus *Recuerdos de Italia* y *Un año en París*. Aunque la reacción fue muy violenta contra el estilo deslumbrador y vacuo del máximo orador, en las obras citadas es fácil hallar páginas o por lo menos párrafos admirables.

Un pensador que contribuye a la revisión de valores espirituales que se opera a fines del siglo fue el granadino Ángel Ganivet (1862-1898). Estudió en la universidad de su ciudad natal y fue cónsul en Amberes, Helsingfors y Riga. Se ahogó (parece que voluntariamente) en las aguas del Dwina. Sus obras más notables son las *Cartas finlandesas*, *Idearium español* y *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*. Su vasta lectura, sus andanzas por Europa prestan originalidad a su visión de los problemas de España. Amigo de Ganivet fue el brillante periodista Francisco Navarro Ledesma, que publicó una *Vida y hechos del ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes y Saavedra* (1905), en que abundan las páginas evocadoras llenas de colorido.

MENÉNDEZ Y PELAYO. Es uno de los mayores críticos europeos de su siglo, de la talla de Sainte-Beuve, Brandes, Saintsbury, De Sanctis o Pío Rajna. Ha renovado casi totalmente y con extraordinario vigor los estudios de crítica histórica y emprendido obras de gran alcance en que supera en la ejecución el plan primitivo. Así la *Historia de las ideas estéticas en España*, una historia de la filosofía occidental; y los prólogos a su *Antología de los poetas líricos castellanos*, en realidad la mejor obra crítica sobre la poesía castellana medieval, y la más completa. No es exagerado afirmar que toda investigación moderna en el campo de la erudición literaria en España arranca de algún trabajo de don Marcelino, a cuya labor, de proporciones tan extensas, apenas si se le han hecho mínimas rectificaciones. Casi no hay rincón de las letras castellanas e hispanoamericanas que no haya iluminado con su certera crítica. Nació en Santander, en 1856. De 1871 a 1874 estudia en la Universidad de Barcelona, donde tuvo entre otros reputados maestros al provenzalista y medievalista don Manuel Milá y Fontanals, a quien se debe principalmente “la implantación en España de los modernos métodos de investigación crítica”. En Valladolid obtiene la licenciatura, en cuyas oposiciones figura entre sus jueces don Gumersindo Laverde, que influyó tanto en los comienzos de su carrera. En 1875 se doctora en Madrid con una tesis sobre la novela entre los latinos. Pensionado por el Ayuntamiento santanderino y por la Diputación provincial, viaja por Portugal, Italia (Roma, Nápoles, Florencia, Bolonia, Venecia y Milán), Francia, Bélgica y Holanda. En 1878 gana por oposición una cátedra de la Universidad Central. Fue varias veces diputado a Cortes; de 1893 a 1895, senador por la Universidad de Oviedo; y hasta el fin de su vida, en 1912, senador elegido por la Real Academia Española. Desempeñó la Dirección de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia; y, a partir de 1898, de la Biblioteca Nacional. Sus obras principales son: *La ciencia española*, *Horacio en*

España, Estudios poéticos (traducciones del griego, latín, italiano, etc.), *Historia de los heterodoxos españoles*, *Calderón y su teatro*, *Historia de las ideas estéticas en España*, *Estudios de crítica literaria*, las Introducciones a trece volúmenes de las *Obras de Lope de Vega* de la edición académica en quince volúmenes (son los trabajos monográficos sobre Lope más eruditos); *Antología de poetas líricos castellanos, desde la formación del idioma hasta nuestros días* (los tomos XI y XII contienen el Tratado de los Romances viejos, el estudio de conjunto más importante sobre el Romancero); *Antología de poetas hispanoamericanos*; *Bibliografía hispanolatina clásica*, *Biblioteca de traductores españoles*, y *Orígenes de la novela*. Sus artículos, prefacios y discursos son en gran número. Sobresalen de estos últimos los que tratan de las *Interpretaciones del Quijote*, *La cultura literaria de Miguel de Cervantes* (obras definitivas en la crítica cervantina); *La poesía mística en España*, *De los historiadores de Colón*, etc. Don Marcelino fue un maestro en el más alto sentido del vocablo. Entre sus discípulos cabe citar a Menéndez Pidal, Bonilla, Asín Palacios, Rodríguez Marín, etcétera.

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL. Nació en La Coruña en 1869. Ha sido catedrático de la universidad matritense, director de la Academia Española, del Centro de Estudios Históricos, de la *Revista de Filología Española*, etc. Su primera obra importante fue *La leyenda de los Infantes de Lara*, a la que sucedieron sus trabajos sobre el *Poema del Cid* (*El Cantar de Mio Cid, texto, gramática y vocabulario*; el tomo 24 de los Clás. Cast.; *La España del Cid*, etc.). Ha publicado la edición crítica de la *Primera crónica general*; y ha clasificado las diversas crónicas generales señalando la relación que guardan entre sí. Su interés por las leyendas épicas se hace patente (aparte de los ya mencionados) en trabajos como *Notas para el Romancero del Conde Fernán González*, *La leyenda del abad don Juan de Montemayor*, *L'Épopée Castellane à Travers la Littérature Espagnole*, “*Roncesvalles*”, *Un nuevo cantar de gesta español del siglo XIII*, *Floresta de leyendas históricas españolas* y otros más. El *Manual de gramática histórica española* (refundido en cada nueva edición) y la *Antología de prosistas castellanos* son libros imprescindibles en nuestras escuelas y universidades. *Estudios literarios*, *Poesía popular y poesía tradicional en la literatura española*, *Poesía juglaresca y juglares*, *Poesía popular y romancero* (en la *Revista de Filología Española*) son de capital importancia para los estudiosos, así como *Documentos lingüísticos de España* y *Orígenes del español*. Mencionemos todavía *Elena y María*, *Poesía leonesa inédita del siglo XIII*, *La historia troyana en prosa y verso*, admirablemente estudiada y anotada, y *Un aspecto en la elaboración del Quijote*. Agréguese *Reliquias de la poesía épica española* y *Romancero hispánico*. Las reseñas y artículos menores son innumerables y todos de valor sustantivo. En Menéndez y Pelayo hay una brillantez y vívida elocuencia de gran humanista; en Menéndez Pidal, una precisión y estilo severo que se acomoda con el rigor de sus investigaciones.

Francisco Rodríguez Marín (Osuna, 1855-Madrid, 1943) editó las *Flores de poetas ilustres*, de Pedro de Espinosa, así como las *Obras* del mismo, las de Baltasar del

Alcázar y las de Barahona de Soto. Publicó tres ediciones del *Quijote*, anotadas cada vez con mayor erudición: la de La Lectura, 1911 a 1913; la del tricentenario de la muerte de Cervantes, 1915 a 1917; y la última, de 1927 a 1928. Son notables sus ediciones críticas y copiosamente anotadas de *Rinconete y Cortadillo* (1905), y del *Viaje del Parnaso* (1933). Importantes sus *Nuevos documentos cervantinos* (1914). Mencionemos, en otros campos, *Los cantos populares españoles*, *Dos mil quinientas voces castizas y bien autorizadas que piden lugar en nuestro léxico* (1922), *Los 6666 refranes de mi última rebusca* (1934); y entre las obras menores, *El divino Herrera y la Condesa de Gelves*, *Lope de Vega y Camila Lucinda*, *Luis Vélez de Guevara* (conferencias) y sus libros *Burla burlando...*, sus discursos académicos, etcétera.

Don Adolfo Bonilla y San Martín (1875-1926), uno de los discípulos predilectos de Menéndez y Pelayo, redactó sustanciosos trabajos sobre Vives, sobre Libros de Caballerías (en la Nueva Biblioteca de Autores Españoles), sobre su maestro Menéndez y Pelayo (tomo IV de *Orígenes de la novela*, en la misma Biblioteca), sobre el *Pamphilus* (en el *Boletín de la Academia de la historia*), etc. Con el profesor Rodolfo Schevill, de la Universidad de California (Berkeley), ha editado las obras de Cervantes, con valiosas anotaciones. Publicó *Clásicos de la Literatura Española* con jugosos prólogos y notas.

Emilio Cotarelo y Mori escribió libros muy apreciados sobre Villamediana (1886), don Ramón de la Cruz, *Iriarte y su Época*, sobre Tirso de Molina, cuyas comedias editó; *Ensayo histórico sobre la zarzuela, o sea el drama lírico español desde sus orígenes a fines del siglo XIX* y *Ensayo sobre la vida y obras de don Pedro Calderón de la Barca*. Publicó el *Cancionero de Antón de Montoro* (1900). Estas obras están llenas de valiosos datos que permiten formarse una visión de conjunto. Don Antonio Paz y Melia (1842-1927) ha editado *Sales españolas o agudezas del ingenio nacional* (1890-1902), *Obras de Juan Rodríguez del Padrón*, *Opúsculos literarios de los siglos XIV al XVI*, el *Cancionero de Gómez Manrique*, el *General de Hernando del Castillo*, una versión castellana de la *Crónica de Enrique IV* escrita en latín por Alonso de Palencia (1904), etc. El sacerdote Cristóbal Pérez Pastor ha llevado a cabo importantes trabajos de bibliografía referentes a Medina, Toledo y Madrid; y ha sacado a luz *Documentos cervantinos hasta ahora inéditos* (1897-1902), y otros más referentes a Lope de Vega y a Calderón. Agustín G. de Amezúa, fallecido el 10 de junio de 1956 en Madrid, donde había nacido el 30 de agosto de 1881, a quien ya hemos citado por su monografía *Un enigma descifrado: el raptor de la hija de Lope de Vega*, hizo la edición crítica de *El casamiento engañoso* y *El coloquio de los perros* (1912), el *Epistolario de Lope de Vega Carpio* (1941-1943) al que precedió *Lope de Vega en sus cartas* (1935-1940). Hagamos mención de los arabistas Julián Ribera Tarragó (1858-1934) y don Miguel Asín Palacios (nació en Zaragoza en 1871). Del primero son *La música de las cantigas* (1922) y *Disertaciones y opúsculos* (1928, 2 volúmenes), con datos nuevos sobre el origen de la épica y de la lírica, así como sobre la fortuna del *zéjel* en la métrica provenzal, etc. Del segundo citemos *La escatología musulmana en la Divina Comedia* (1919), que ha tenido gran resonancia entre los estudiosos del Alighieri; y otros trabajos

acerca de filósofos y teólogos musulmanes. Don Emilio García Gómez ha publicado, además de importantes ensayos, *Poemas arabigoandaluces* (1930).

Don Américo Castro nace en 1885. Ha dado a la estampa entre otros muchos trabajos los siguientes: *La enseñanza del español en España* (1922), *Lengua, enseñanza y literatura* (Esbozos) (1924); en colaboración con el profesor Alberto Hugo Rennert, una excelente *Vida de Lope de Vega*; *El pensamiento de Cervantes* (1925), obra de valor fundamental en estudios cervantinos; *Les Romantiques Espagnols* (La Renaissance du Livre); *Santa Teresa y otros ensayos* (1929); *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*; y *España en su historia: cristianos, moros y judíos* (1948), en que explica luminosamente la actuación de lo español en la historia como una convivencia con lo indoeuropeo de preponderantes valores semíticos, árabes y judíos. Ha editado *La Dorotea*, *Tirso*, *El Buscón*, etc. En Castro se realiza la rara conjunción del saber filosófico con la consumada pericia en filología y en historia. Tomás Navarro Tomás ha publicado bellas ediciones en Clásicos Castellanos de *Las moradas* teresianas y de *Garcilaso*, y el utilísimo *Manual de pronunciación española*. Don Francisco A. de Icaza, mexicano (1863-1927), publicó *Examen de críticos*; *Las novelas ejemplares: sus críticos, sus modelos literarios y sus modelos vivos*; *De cómo y por qué la Tía Fingida no es de Cervantes*; *Supercherías y errores cervantinos*; *El Quijote durante tres siglos*; *Sucesos reales que parecen imaginarios* (Gutierre de Cetina, Juan de la Cueva y Mateo Alemán); *Lope de Vega, sus amores y sus odios*; y multitud de otros trabajos, como traducciones del alemán, ediciones de clásicos españoles, etc. Fue además buen poeta y hombre doctísimo en letras. Federico de Onís ha colectado una *Antología de la poesía española e hispanoamericana* (1882-1932), de certera crítica y copiosas bibliografías. El malogrado medievalista Antonio García Solalinde, que inició la publicación de la *Grande e general estoria*, de Alfonso el Sabio, dio a las prensas una linda *Antología* de este rey; y ediciones del *Sacrificio de la misa* y de *Los milagros*, de Berceo, amén de otros varios trabajos. El latinista Vicente García de Diego ha sacado a luz libros de su especialidad, así como bellas ediciones del *Epistolario espiritual*, del beato de Ávila, las *Poesías*, de Fernando de Herrera, y de la *República literaria*, de Saavedra Fajardo, precedidas de doctos prólogos. De la abundante producción del erudito vallisoletano don Narciso Alonso Cortés contentémonos por lo menos con mencionar su libro sobre Zorrilla. Del jesuita Zacarías García Villada (Palencia, 1879), bien conocido de los lectores de *Razón y Fe* y de la *Revista de Filología Española*, se destacan el *Catálogo de los códices de la catedral de León*, *Paleografía española* e *Historia eclesiástica de España*. El paleógrafo, latinista y bibliógrafo don Agustín Millares Carlo es autor de importantes trabajos en sus múltiples especialidades y merece alabanzas por su edición de Feijoo en *La Lectura*. Don Ángel González Palencia, que pereció en un accidente de viaje, a los sesenta años, en octubre de 1949, produjo estudios encomiables sobre literatura árabe y española; prologó *El cancionero*, de Jorge de Montemayor, y colaboró con don Juan Hurtado y J. de la Serna en una útil *Historia de la literatura española*. Don José F. Montesinos es un distinguido especialista en Lope de Vega, acaso el de más autoridad; ha editado a Alfonso de Valdés, con una brillante introducción. Don Amado

Alonso (1896-1952) fue uno de los más acatados maestros en Filología; dirigió la *Nueva Revista de Filología Hispánica*. El erudito dominicano Pedro Henríquez Ureña escribió notables estudios sobre el maestro Hernán Pérez de Oliva, sobre Alarcón, sobre el verso endecasílabo y sobre otros puntos de métrica o de crítica literaria, en la cual poseía singular clarividencia. Los de métrica culminan en *La versificación irregular en la poesía castellana*. Con todo, su principal aportación crítica estriba en estos tres libros, fundamentales respecto de la intelectualidad hispanoamericana: *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928); *Historia de la cultura en la América hispánica* (1947), y *Literary Currents in Hispanic America* (1945), que con el nombre de *Las corrientes literarias en la América hispánica* ha trasladado a nuestra lengua, con fidelidad, Joaquín Díez-Canedo. De don Manuel Serrano y Sanz citemos su edición de *Historiadores de Indias* (en la Nueva Biblioteca de Autores Españoles); de don Miguel Artigas, su *Biografía y estudio crítico de don Luis de Góngora y Argote* (1925); de don Luis Astrana Marín, su traducción de las obras completas de Shakespeare, su edición de Quevedo y su discutida biografía de Cervantes. El mexicano don Alfonso Reyes ha recogido en *Capítulos de literatura española* (dos series) jugosos prólogos a lindas ediciones de clásicos. En *Simpatías y diferencias* se hallan preciosas notas sobre Valle-Inclán, Baroja, Azorín, Gómez de la Serna, etc., con una comprensión crítica cabal. Sus múltiples trabajos sobre Góngora —señalemos sólo *Cuestiones gongorinas*— le sitúan en uno de los primeros lugares de esta rama de la erudición. *Las vísperas de España* retienen frescas impresiones de una primera visión de la península; y *Cartones de Madrid* es una colección de amenos artículos; en tanto que *Calendario* incluye notas que por su gracia y elaborado contenido tienen valor poemático. Los libros capitales de Reyes sobre temas clásicos son *La antigua retórica*, *La crítica en la edad ateniense* y *Junta de sombras*; y sobre asunto americano, *Última Tule*. En otra dirección —los estudios filosófico-literarios—, recordemos *El deslinde*. Citemos también a Samuel Gili Gaya, gramático que ha publicado clásicos (Mateo Alemán, Francisco de Moncada, Diego de San Pedro, Espinel); Federico Ruiz Morcuende; Carmen de Burgos “Colombine”, autora de un valioso libro sobre *Fígaro*; Jesús Domínguez Bordona (además de la edición de Castillejo recordemos su *Catálogo de códices miniados*); Cipriano Rivas Cherif; José Manuel Blecuá; Guillermo Díaz Plaja (estudios sobre el romanticismo, *El arte de quedarse solo*, *Visiones contemporáneas de España*); José Lomba y Pedraja: notables trabajos sobre Larra; Ángel Valbuena Prat, autor de una bella *Historia de la literatura española* y de importantes trabajos sobre Calderón y la dramática del XVII; Joaquín de Entrambasaguas (estudios sobre Lope principalmente, *Una guerra literaria del Siglo de Oro: Lope de Vega y los preceptistas aristotélicos*); Dámaso Alonso, *La lengua poética de Góngora*, *Vida y obra de Medrano*, ensayos sobre Gil Vicente, san Juan de la Cruz, etc. Nació en Madrid en 1898, y es autor también de *Poemas puros*, *Poemillas de la ciudad y del campo* (1921) y de *El viento y el verso*. Entre los eruditos jóvenes se distinguen Alonso Zamora Vicente y la argentina María Rosa Lida de Malkiel, que ha escrito imprescindibles estudios sobre el Arcipreste de Hita, Imperial, *La Celestina* y, últimamente, el admirable *Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español*.

He aquí algunos libros de mérito en que se ha ejercido la crítica literaria: *Novelas y novelistas* y *El renacimiento de la novela en el siglo XIX* por Eduardo Gómez de Baquero (Andrenio); *Historia de la novela en el siglo XIX* y *Los dramaturgos españoles contemporáneos*, por Andrés González Blanco; y *Crítica efímera* y *Crítica profana*, del atildado secretario perpetuo de la Real Academia Española, don Julio Casares. También en el campo de la crítica sobresalió Enrique Díez-Canedo con sustanciales artículos, algunos de ellos recogidos en *Conversaciones literarias* (1915-1920). Publicó un precioso tomo de *Páginas escogidas de Heine*, vertidas del alemán por el mismo Díez-Canedo. Fue un hábil traductor de poetas extranjeros; trasladó al español *La Bonne Chanson* y *Sagesse*, de Verlaine, y varios poemas alemanes, italianos, ingleses, etc. Sus conocimientos profundos de la literatura francesa y de la hispanoamericana se aunaban a una rara probidad de crítico. Aun en la lengua francesa no existe una antología tan completa y tan libre de prejuicios como su *Poesía francesa, del romanticismo al surrealismo*. *Juan Ramón Jiménez en su obra* es libro póstumo de sutiles análisis y de vasta experiencia en cosas de poesía. Hagamos además mención, entre los críticos, de José María de Cossío, que en *Notas y estudios de crítica literaria* ha logrado excelentes estudios de exégesis poética.

Rafael Altamira (Alicante, 1866-México, 1951) y Antonio Ballesteros han escrito, el primero, *Historia de la civilización española*, y el segundo, *Historia de España y su influencia en la civilización*. Ambas son de mérito. De Benito Sánchez Alonso son las útiles *Fuentes de la historia española e hispanoamericana* (Publicaciones de la RFE). De las historias particulares a un periodo mencionaremos *Carlos II y su corte. Ensayo de reconstrucción biográfica*, por don Gabriel Maura Gamazo, a quien se debe también una *Historia crítica del reinado de don Alfonso XIII durante su minoridad*.

Entre los historiadores del arte se cuentan: Manuel Gómez Moreno (*Diego de Siloe, El palacio de Carlos V, Iglesias mozárabes, Alonso Cano*, y otros estudios); Elías Tormo y Monzo, murió de ochenta y ocho años en diciembre de 1957 (monografías sobre Velázquez, Goya, Vicente López, Morales, Ribera), Francisco J. Sánchez Cantón (*Los pintores de cámara de los Reyes Católicos, Retratos del Museo del Prado* —en colaboración con Allende Salazar—, *Los tapices de la casa del Rey Nuestro Señor* —con Tormo—). José Francés, a principios del siglo, ejerció en el periodismo la crítica de arte. Don José Pijoán es autor de una *Historia del arte*. El crítico Juan de la Encina ha dado a las prensas *Los maestros del arte moderno, Goya, El paisajista José María Velasco* y otras sustanciosas monografías. Murió en México el 22 de noviembre de 1963. Se llamaba Ricardo Gutiérrez Abascal. Era bilbaíno. Citemos además los trabajos de M. B. Cossío sobre el Greco, y los libros de arte de José Moreno Villa: *Velázquez, Dibujos del Instituto de Gijón* (catálogo), *Lo mexicano*, etc., y su versión de *Los conceptos fundamentales en la Historia del Arte*, de H. Wölfflin.

Entre los principales musicólogos cabe mencionar al mismo don Felipe Pedrell; a Francisco Asenjo Barbieri (Madrid, 1823-1894), que contribuye a dotar a su país de una música popular y castiza en multitud de zarzuelas, de las cuales recordemos *Jugar con fuego, Don Simplicio Bobadilla, Los diamantes de la corona* y el *Marqués de*

Caravaca; publicó con anagrama *Los últimos amores de Lope de Vega* (1874); y bajo su nombre, las *Obras de Juan del Enzina*, y el *Cancionero musical de los siglos XV y XVI*. Antonio Peña y Goñi redacta *La ópera española y la música dramática en el siglo XIX*. De la producción de Rafael Mitjana hagamos mención de *Discantes y Contrapuntos*; y de Adolfo Salazar (Madrid, 1890-México, 1959), de *Música y músicos de hoy*, *Sinfonía y ballet*, *La música contemporánea en España*, *La historia de la música* (en colaboración con Guido Adler), *La rosa de los vientos en la música europea*, entre otras. Fuera de su especialidad es autor de *Hazlitt el egoísta y otros papeles* (sobre literatura inglesa) y *Delicioso el hereje* (sobre letras francesas), ambos de fina crítica.

5. NOVELISTAS Y ENSAYISTAS

La novela tiene un extraordinario florecimiento en la segunda mitad del siglo. Fernán Caballero lo inicia con sus libros en que pinta con sencillez la vida cotidiana y en que muestra interés por las costumbres populares andaluzas. Por los años sesenta sobreviene la boga de la novela por entregas, género en el que descolló el pintoresco don Manuel Fernández y González. Esta novela difunde el gusto por la lectura.

ALARCÓN. Don Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891) nace en Guadix. Estudia leyes y teología en Granada, donde ingresó en la Cuerda Granadina, sociedad de artistas, bohemios, estudiantes, etc., en que figuraron muchos que después alcanzaron nombradía. Se afilia en el periodismo anticlerical en *El Látigo*, del que fue director. Culmina esta campaña periodística en un desafío sin consecuencias con Heriberto García de Quevedo. En la guerra de África se alista como voluntario en el Batallón de Cazadores de Ciudad Rodrigo. Fruto de las experiencias de esta campaña es el *Diario de un testigo de la guerra de África* (1859). En el año 1860 hace un viaje a Nápoles que relata en *De Madrid a Nápoles*. *La Alpujarra* (1873) es también un libro de viaje, con evocaciones de la rebelión de los moriscos bajo Felipe II. En sus novelas cortas, particularmente en *Historias nacionales*, se hallan los mejores cuentos de Alarcón y tal vez de su siglo: *La buenaventura*, *El extranjero*, *El libro talonario*. Son inimitables modelos de narraciones hábilmente dispuestas. En ellos y en el *Sombrero de tres picos* (1874) radica lo más valioso de Alarcón. La viveza del diálogo, la evocación de la Andalucía neoclásica, la prosa henchida de elementos vitales hacen de este libro un perenne deleite para lectores de buen gusto. Las opiniones sociales y políticas cambiaron con los años en el escritor, que se convirtió en un tradicionalista, según puede apreciarse en *El escándalo*, su discutidísima y admirable novela (1875). Menos lograda y más endeble en su contextura y concepción, *El niño de la bola* (1880) encierra algún pasaje delicioso como la escena de la ermita, elogiada por Leopoldo Alas en uno de sus finos análisis de los *Solos de Clarín*. *El capitán Veneno* (1881) y *La pródiga* (1882) son de los muy buenos libros del escritor granadino. El último de ellos, al encuadrar en una aldehuela un tipo de mujer superior, aprovecha una situación semejante a la de varias novelas de Valera, como *Pepita Jiménez* y *Doña Luz*. En resumen, Alarcón, que flaquea

un poco cuando quiere utilizar símbolos morales y exponer consideraciones filosóficas, no tiene par por su alegría inagotable y sano optimismo, y por su cabal pintura de personajes del pueblo, que hablan su verdadero y castizo lenguaje, salpicado de expresiones felices y jocosas.

JUAN VALERA, que se distingue en la novela y en la crítica principalmente, nace en Cabra en 1824. Su padre era marino; se retiró con el grado de brigadier, y fue alguna vez gobernador de la provincia de Córdoba. Su madre ostentaba el título de marquesa de Paniega. Sus primicias poéticas aparecieron en *El Guadalhorce*, de Málaga. Estudia derecho en Granada y Madrid. Agregado sin sueldo en la embajada de Nápoles que desempeñaba el duque de Rivas, estudia griego guiado por la marquesa de Bedmar (la Muerta de las Cartas) y se inicia en filosofía con la ayuda de sus amigos Gatti y Baracco. Pasa después algún tiempo en Lisboa y luego en Rio de Janeiro. Desempeña la secretaría de la Legación en Dresde durante diez meses, que aprovecha en aprender alemán. También como secretario acompañó en una embajada especial a Rusia al duque de Osuna, famoso despilfarrador. Sus cartas desde Brasil y desde Rusia son notables por el ingenio y la observación. Liberal en política, colabora con Antonio María Segovia, “El Estudiante”, en una revista satírico política, *El Cócora*, y escribe innumerables artículos en *El Contemporáneo*. Fue uno de los miembros de la Comisión que ofreció la corona a don Amadeo de Saboya. Todavía desempeñó la embajada en Lisboa, la legación en Washington y el puesto de embajador en Bruselas. De atractivo trato y amplia cultura inspiró, ya sesentón, una pasión en Washington a la hija del secretario de Estado, señorita Catalina Bayard, que se suicidó por él. Poco después pierde la vista. No cesó de producir hasta su muerte, ocurrida en 1905. Debe su notoriedad a *Pepita Jiménez*, novela que se juzgó revolucionaria en los días de su aparición (1874), y en la que un seminarista rectifica la dirección de su vida por obra de una viuda joven en un pueblo andaluz. A este tema se agrega la rivalidad entre padre e hijo, muy débilmente esbozado. La extraordinaria calidad de la prosa y el análisis psicológico de los principales personajes constituyen su mayor mérito. *Doña Luz* (1879) presenta en un ambiente rústico andaluz a una dama semejante a Pepita, y hay también disquisiciones y sutilezas místicas. *El doctor Faustino* (1875) es ciertamente una autobiografía desfigurada, pero además el malogro de una generación personificada en el protagonista, generación que arriba con grandes bríos y hace concebir fundadas esperanzas y que a la postre se agota en la conquista de dinero, amores y posición social. *Pasarse de listo* y *El comendador Mendoza* ofrecen también interés por los curiosos casos psicológicos que presentan. En *Juanita la Larga* (1896), don Paco, de edad proveya y habilidoso como el mismo Valera, sabe ganarse el corazón de la más bella moza del pueblo. Por cierto que cuando este personaje se cree preterido se echa a campo traviesa como Cardenio o la Dorotea cervantina, buscando olvido en el seno de la Naturaleza. *Genio y figura...* (1897) y *Morsamor* (1899) cierran su carrera de novelista. Aquélla posee marcado sabor cosmopolita, mundano y picante. La segunda tiene mucho en común con los cuentos fantásticos y filosóficos, como *Parsondes*, *El bermejino prehistórico*, *Garuda* o *La*

cigüeña blanca, y otros más, en los que hay evidente influencia de Voltaire. *El caballero del Halcón* es una obra maestra. En las *Cartas americanas*, en los dos discursos sobre el *Quijote*, en las notas de *La poesía lírica y épica de la España del siglo XIX*, y en innumerables artículos brillan sus extraordinarias facultades críticas. Extremadamente benévolo con los escritores noveles fue, sin embargo, incomprensivo con las nuevas tendencias artísticas, como el naturalismo en la novela y el simbolismo en la poesía. En Valera confluyen su ingenio andaluz, requintado en las cortes europeas y en las capitales americanas, y un saber muy vasto de literaturas clásicas y modernas, con el que sólo rivalizaba en su tiempo la portentosa erudición de Menéndez y Pelayo. Por su sentido de modernidad y por su influencia renovadora en España y América sólo le es comparable *Clarín*. Don Juan, a quien importaron poco las ideas de sus personajes —lo que da a sus novelas cierto espíritu de mundano diletantismo—, se preocupó mucho por las de sus contemporáneos y sostuvo polémicas con Castelar, con doña Emilia Pardo Bazán, con Campoamor (*La metafísica y la poesía*). Tradujo del griego *Dafnis y Cloe*, y del alemán, del conde de Schack, *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*. Sus graciosas cartas a su madre, a don Leopoldo A. de Cueto y a otros contienen la pintura más íntima y sincera del gran escritor.

GALDÓS. La novela realista española alcanza con Galdós su madurez y sus frutos más sazonados. Por su extensión, alcance social, honda significación humana y por la pintura general de su época, su obra puede parangonarse sólo con la de Balzac, Dickens, Tolstoi o Dostoyevski. Las cinco series de *Episodios nacionales* historian —más o menos novelescamente— los sucesos de España a partir de Carlos IV. Reflejan las vicisitudes de la sociedad española en cerca de cien años, las ideas que imperaron y los conflictos que se debatieron en ese lapso. Además de innúmeros personajes históricos hay otros muchos creados por el novelista, vigorosamente perfilados e inconfundibles. Las dos primeras series, cuya intriga novelesca gira en torno de Araceli y Monsalud, son las más acabadas y leídas. De las novelas de tendencia social, *Doña Perfecta*, *Gloria* (de gran mérito, por cierto) y *La familia de León Roch* combaten el fanatismo religioso, los prejuicios de esta índole y ofrecen cuadros sombríos y pesimistas no exentos de grandeza. *Marianela* encierra un estudio profundo de la psicología de un ciego, y una tragedia oscura de un ser tierno y humilde. *El amigo Manso*, una de las novelas supremas con una dosis mayor de ironía de la que suele hallarse en la producción galdosiana, en la que filosofa más que actúa el profesor Máximo Manso, tal vez el personaje más inteligente del autor y más próximo a él. Sáinz del Bardal, Pez, José María, doña Cándida son de una pasmosa virtud cómica; y la velada de la *Sociedad general para socorro de los inválidos de la industria* es sólo comparable por su fuerza satírica a otra fiesta de la misma calaña en uno de los mejores libros de Eça de Queiroz. El asunto de *El amigo Manso* puede sintetizarse en cómo va rebajándose y ostentando su triste vulgaridad Irene, a medida que el libro progresa. *El doctor Centeno* narra las andanzas en Madrid de un niño pobre —que aparece en *Marianela*— y que topa con un estudiante tronera de aficiones teatrales, cuya agonía de tuberculoso se prolonga

horriblemente. *Tormento* ofrece en el indiano Agustín Caballero un ejemplar de hombre moderno, práctico e industrial; y en Amparo, el de una muchacha sencilla que ha sido deshonrada por un mal cura y que es víctima de envidias femeniles y chantajes. *La de Bringas*, “ninfa de Rubens, carnosa y redonda”, mujer de un oficinista cominero, es cortejada y seducida por un político, don Manuel Pez (quien ya figura en *El amigo Manso*), “espiritual San José de levita y sin vara de azucenas”. Termina con el destronamiento de Isabel II, y se desarrolla en el Palacio Real, en las habitaciones destinadas a modestos empleados o a protegidos de la caritativa reina. Está elaborada con poca materia novelesca, o en otros términos, con poquísimos sucesos. La suerte trágica de una mujer vulgar es el asunto de *La desheredada*, en que se da vista a los más sórdidos aspectos de la pobreza madrileña. Son notables los consejos del tío Canónigo, al final de la primera parte. La Benigna de *Misericordia* tiene algo de tolstoiano con su bondad en grado heroico. Las cuatro novelas, *Torquemada en la hoguera*, *Torquemada en la cruz*, *Torquemada en el purgatorio* y *Torquemada y San Pedro* tratan el tema balzaciano por excelencia de la avaricia. *Lo prohibido*, *Miau* y la extensa *Fortunata y Jacinta*, así como *El abuelo*, son también de lo mejor que salió de la pluma de don Benito. Tienen mucho de ibseniano las adaptaciones de sus novelas al teatro, como *Realidad*, *El abuelo*, *La loca de la casa*, *Electra*, *La de San Quintín*, etc. Es, en resumen, el genial pintor de la vida española en el siglo XIX, especialmente en las clases media y baja. En buena parte de su obra, toda de tintes apagados y sombríos, latén anhelos de reformas sociales. Nació en Las Palmas, Islas Canarias, en 1843. Estudió derecho en Madrid de los veinte a los veintiséis años. Madrid ocupa gran lugar en la obra galdosiana. Con inclinación por la pintura, se inicia en las letras como periodista. Su primera novela, *La fontana de oro*, data de 1870. Fue un escritor laborioso y metódico. En sus últimos años perdió la vista. Murió en Madrid en 1920.

PEREDA. Es el más alto representante de la novela regional, y el descriptor por excelencia de las bellezas naturales de Cantabria. De ideas opuestas a las de Galdós, su tradicionalismo se revela siempre intransigente. Más que por sus creencias interesa por sus tipos populares, por las descripciones de su región natal y por la casticidad y pureza de su lengua. De ésta ha dicho Pérez Galdós: “Es nuestra lengua, viva, coetánea, vigente; la lengua que hablaríamos si habláramos bien”. Don José María de Pereda (1833-1906) nació en Polanco y vivió allí y en Santander buena parte de su vida. Estudió la carrera de artillero en Madrid. Fue diputado carlista bajo don Amadeo de Saboya. En 1864 publicó *Escenas montañosas*, que incluyen algunas de sus mejores narraciones cortas, como *La leva*, *Suum Cuique*, *Arroz y gallo muerto*. *El día 4 de octubre* es una verdadera joya de los más subidos quilates, así como *El fin de una raza*, en que figura Tremontorio, de los más vigorosos personajes delineados por Pereda. Otros libros de relatos breves son *Tipos y paisajes*, *Esbozos y rasguños* y *Tipos trashumantes*. Más que las novelas de tesis, como *Don Gonzalo González de la Gonzalera* y *De tal palo tal astilla*, interesan *El sabor de la tierruca* y *Sotileza*, y sobre todo *Peñas arriba*. Estos dos últimos libros son las obras supremas del arte del escritor montañés. *Sotileza* es la novela por excelencia de

los pescadores santanderinos. *Peñas arriba*, como *A Cidade e as Serras*, de Eça de Queiroz, y como *Camino de perfección*, de Pío Baroja, desarrolla el tema del hombre de la gran ciudad trasplantado al campo y rescatado por éste en provecho de sí mismo, del hogar que forma y aun de sus mismos coterráneos. Los paisajes de la montaña, la cacería de osos, Tablanca perdida entre las nieblas están trazados con mano maestra. En el señor de Provedaño hay mucho de retrato de don Ángel de los Ríos y Ríos⁴ y también de pintura ideal del gran señor rural moderno. Es además el personaje más inteligente que creó Pereda y recuerda bastante al inmortal caballero del verde gabán y a su émulo Sir Roger de Coverley.⁵

EMILIA PARDO BAZÁN (1851-1921) nació en La Coruña, de noble familia. En el año 1868 casó con don José Quiroga. Viajó por Francia y Alemania. Fue catedrática de literaturas neolatinas en la Universidad Central. De vastas lecturas, bien informada de las principales literaturas europeas, y muy sabia y hábil en el manejo de la lengua castellana, sus libros atraen por el espíritu amplio y cosmopolita de su autora. Sus descripciones —al revés de las de Pereda— rara vez son extensas. Se complace en presentar hombres activos e inteligentes, como el doctor Irazo de *La quimera*, y mujeres distinguidas, como la vizcondesa de Ayamonte y la cosmopolita Porcel, de la misma obra. Defendió el feminismo y, en arte, el naturalismo, este último adaptado a las condiciones peculiares de la vida española. Hay en sus libros el objetivismo de la escuela de Medán, aunque en casi todos brillen destellos cristianos. Es la condesa de Pardo Bazán la novelista regional de Galicia en *Morriña* y en *Los pazos de Ulloa* (1886) y su continuación *La madre naturaleza*. Sus obras más notables son *La quimera* (1905) y, por sobre todas, *La sirena negra* (1908). Fuera de la novela, su *San Francisco de Asís* revela el completo dominio de los recursos de su estilo. Doña Emilia es de los escritores españoles que merecen ser más leídos por el público de hoy.

OTROS NOVELISTAS. El crítico Eduardo Gómez de Baquero se expresa así de Armando Palacio Valdés:

...tiene más universalidad, es más lírico, hay más sentimiento en sus obras y más ternura, porque puso más de sí mismo. Como los extremos se tocan, lo lírico, que es lo individual, es lo más universal. Tiene además Armando Palacio Valdés una cualidad no frecuente en los autores españoles: el humorismo. En el mapa espiritual de España, parece que habría de situar el humorismo en Asturias. Palacio Valdés, Clarín y Ramón Pérez de Ayala, asturianos de nacimiento o de adopción, son, entre los novelistas, los que mejor han tocado esta cuerda.

Sus mejores novelas son *Marta y María*, *Riverita* y su continuación *Maximina*, *La hermana San Sulpicio* —una de las más populares—, *La alegría del capitán Ribot* y *Tristán o El pesimismo*. “El andalucismo de *La hermana San Sulpicio* —ha apuntado Valbuena Prat— no es más hondo que el de los Quintero.” Y *Los majos de Cádiz*, pudiéramos agregar, tiene un ambiente de zarzuela. Sus cuentos son superiores a sus narraciones largas. Cuadros de género algunos de ellos; otros, como *Polifemo*, *¡Solo!*, *El pájaro de la nieve*, *Seducción*, tienen positivo mérito. En *Los papeles del doctor*

Angélico, donde hay capítulos y cuentos deliciosos, se encuentran páginas de valor autobiográfico. Palacio Valdés nació en Entralgo, Asturias, en 1853 y murió en 1938.

Ricardo León —malagueño— es autor, entre otras, de las siguientes novelas: *Casta de hidalgos*, *Alcalá de los Zegries* y *El amor de los amores*. Sus maestros inmediatos son Alarcón y Pereda, y su lenguaje y estilo se remontan al siglo XVII.

Concha Espina (nacida como León el año 1877, murió el 19 de mayo de 1955), santanderina, escribió *La esfinge maragata*, *El metal de los muertos*, *Altar mayor* y algunas más. Personajes y paisajes se describen con amenidad en estos libros inspirados por el arte regionalista de Pereda. Sin dejarse abatir por la ceguera en que vivió algún tiempo, siguió cultivando las letras. Uno de sus últimos libros es *Una novela de amor*; páginas llenas de color acerca de un idilio de Menéndez y Pelayo. El regionalismo gallego se cultiva por Alejandro Pérez Lugín en *La Casa de la Troya* y en *Currito de la Cruz*.

Leopoldo Alas, más conocido por su seudónimo de *Clarín*, nació en Zamora, aunque de oriundez asturiana, en 1852. Enseñó derecho en la universidad ovetense. Fue uno de los hombres más inteligentes y de los espíritus más abiertos de la España de su tiempo, y el penetrante crítico de los novelistas de la segunda mitad del siglo. Los *Solos de Clarín* recogen los análisis más profundos que se han escrito sobre obras de Galdós (*Marianela*, *La familia de León Roch*, *Gloria*); de Pereda (*El buey suelto*, *De tal palo...*, *Don Gonzalo González de la Gonzalera*); de Valera (*El comendador Mendoza*, *Doña Luz*); de Alarcón (*El niño de la bola*). Fueron célebres por su gracia e ingenio los *Paliques*, así como sus ataques a los krausistas, discípulos de Sanz del Río. Defendió la enseñanza de las lenguas clásicas. *La regenta* y *Su único hijo* son sus novelas extensas.

¡Qué maravilla *Su único hijo*! —ha apuntado Azorín en unas *Páginas escogidas*—. Se pueden gustar en *La regenta* excelentes cosas (tipos, escenas, situaciones); pero en *Su único hijo*, estupendo libro, el ambiente es el de todo un período de la vida española expresado, pintado, por modo insuperable. Una vieja ciudad española, con tipos rezagados del romanticismo: eso es el libro.

De sus cuentos, uno de ellos es insuperable, *¡Adiós, cordera!* En otro, *Cuervo*, hay tipos notables, como el médico higienista don Torcuato Resma, y como el propio Cuervo, especialista en mortuorios, “parásito de la muerte, bufón de la Funeraria”. En otros el plan es inconsistente, como en *Doña Berta*.

Jacinto Octavio Picón (1851-1923), madrileño, se educó en Francia y cursó derecho en la Universidad de Madrid. Fue crítico de arte (*Apuntes para la historia de la caricatura*); novelista anticlerical en *Lázaro* y más aún en *El enemigo*. Propugnó los derechos del amor ilegítimo en otras novelas naturalistas, como *La hijastra del amor*, *La honrada*, *Dulce y sabrosa* (considerada como la mejor), *Juanita Tenorio* y *Sacramento*. Todas están escritas en lenguaje castizo y limpio, por lo cual el crítico *Andrenio* se pregunta si la infracción de las reglas del buen hablar retórico le parecerá mucho más grave que el quebrantamiento de los preceptos morales tradicionales. De madre francesa, “amaba la dulce tranquilidad en que se sumergen las almas enamoradas del bien” (Francos Rodríguez). Republicano, “generoso en sus amistades, aferrado a sus opiniones” sin ser discutiador, y “distinguido en sus preferencias” (Enrique Díez-Canedo). Otros libros famosos de este atildado estilista son *Cuentos de mi tiempo* (1895) y

Mujeres (1911).

Coloma. El padre Luis Coloma (1851-1914) procedía de vieja familia de Jerez de la Frontera. Estudió en Sevilla, donde frecuentó a Fernán Caballero y a la excelsa poetisa cubana doña Gertrudis Gómez de Avellaneda. Ingresó en la Compañía de Jesús el año 1874. *Pequeñeces* le dio gran celebridad. Es un enconado ataque a la aristocracia española, y varios personajes proceden de la realidad. No repitió en *Boy* el sonado éxito de *Pequeñeces*. En diversos trabajos de otro orden evocó personajes y épocas históricos.

Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928). Valenciano; figuró en política como republicano. Fue encarcelado una vez, y varias diputado. Sus novelas de más calidad artística son *La barraca* (1898) y *Cañas y barro*. Influyen en esta primera época los naturalistas franceses y Zola antes que otro. *Entre naranjos* (1900) revela cierta influencia de D'Annunzio. *Sónnica la cortesana* (1901) evoca la antigua Sagunto. En *La catedral* (1903) y en *El intruso* —novelas compactas, de densa textura— hace patentes sus sentimientos anticlericales. *La bodega*, *La horda* y *Los muertos mandan* ocurren, respectivamente, en Jerez, los alrededores de Madrid y en las Baleares. *Sangre y arena* trata de toreros y bandidos; y *La maja desnuda*, de la obsesión de un pintor. *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1916) tiene por asunto la primera Guerra Mundial. Esta novela enriqueció al levantino. *Mare nostrum* (1918) se refiere a la guerra submarina en el Mediterráneo. Nos parece muy acertada la siguiente opinión de *Andrenio*:

A mi parecer Blasco Ibáñez es un gran novelista, aunque no sea el primer novelista español de su tiempo. Tiene un enérgico temperamento de creador, una robusta naturaleza artística algo plebeya; no es un delicado, ni un exquisito, pero posee como pocos el arte del colorido y de la composición. Es pintor de grandes lienzos murales; sabe mover multitudes en sus novelas. Ahora bien, en este estilo, unas veces se pintan cuadros de historia y otras se pintan telones de teatro. Mas el hombre que ha escrito *La barraca* y *Cañas y barro* es un artista y un maestro de la novela.

Mariano de Cavia (1855-1919), periodista aragonés, es autor de artículos de alta calidad literaria. Han sido colectados en *Platos del día*, *Azotes y galeras*, *Salpicón*, *Chácharas*, etc. En ellos hay sutileza, espíritu cosmopolita, agilidad de ideas, sagacidad.

Consultar los libros de César Barja, Chabás, Díaz-Plaja, Fernández Almagro, entre otros.

LA GENERACIÓN DEL 98. Al finalizar el siglo XIX España pasa por aguda crisis. Derrotada su flota en Cavite y en Santiago de Cuba, pierde los restos de su imperio colonial. Esta catástrofe tiene resonancias graves en la intelectualidad, principalmente en la nueva generación de escritores —justamente llamada del 98— que inicia sus actividades con el nuevo siglo y que promueve una renovación de valores en la literatura española. De estos escritores, los más famosos son Unamuno, Valle-Inclán, Azorín, Baroja, Benavente, Juan Ramón Jiménez, los Machados y Ramiro de Maeztu. Cultivan la novela, el cuento, el ensayo y el artículo, la lírica y el teatro.

UNAMUNO. Don Miguel de Unamuno nace en Bilbao en 1864 y muere el 31 de diciembre de 1936. En su variada obra trata —y lo logra— de hacer vitales en su época los

problemas de la filosofía. En especial la preocupación de la muerte, o sea, el sentido trágico de la vida. Por los años de 1880 a 1884 sigue los estudios de filosofía y letras en la Universidad de Madrid. En la de Salamanca ingresa como profesor de lengua y literatura griegas en 1891. Desempeña la Rectoría desde 1900 hasta 1914, en que se le destituye por actividades políticas. Éstas culminan con una campaña contra la instituciones monárquicas y el rey, por los años de 1919 a 1921. Por sus ataques a Alfonso XIII se le condena a dieciséis años de prisión en 1921, pero se le amnistía en seguida. Por intervención personal de Romanones, el rey le concede una entrevista el 6 de abril de 1922. En 1924 Primo de Rivera le destituye y destierra: “Debido a su reiterada negligencia en el cumplimiento de sus deberes profesionales y a la activa campaña instituida contra el Directorio Militar y contra el Rey, quien recientemente tuvo con él la cortesía de recibirlo en Palacio...” En Cádiz, mientras llega el barco que ha de conducirlo a Fuerteventura, el gobernador civil le ofrece la libertad bajo palabra de caballero. Responde: —No puedo dar palabra de caballero porque soy un hombre honrado de a pie. Don Miguel solía definirse como “un destripador de palabras”, por su afición a buscarles su más hondo sentido. También dijo alguna vez: —Prefiero escribir en lengua hablada a hablar en lengua escrita.

En 1930, cuando cayó la dictadura, Unamuno, que después de corta permanencia en Fuerteventura había pasado a Francia, regresa a España y reasume la Rectoría de la universidad salmanticense.

Miguel de Unamuno —ha escrito Salvador de Madariaga, en la versión inglesa de J. E. Crawford Flitch de *El sentimiento trágico de la vida*— es hoy la personalidad literaria más grande de España. Es posible que Baroja le supere en amplitud de experiencia externa; Azorín, en arte refinado, exquisito; Ortega y Gasset, en sutileza filosófica; Ayala, en elegancia intelectual; Valle-Inclán, en eurítmica gracia. Hasta en vitalidad tiene que cederle el primer lugar a ese abrumador atleta de la literatura, Blasco Ibáñez. Pero Unamuno descuella sobre todos en la altura de su propósito y en la lealtad y en la seriedad con que, como don Quijote, ha servido durante toda la vida a su inasequible Dulcinea.

Reclamó y obtuvo siempre su libertad “hasta de contradecirse”. En uno de sus libros, *Mi religión y otros ensayos*, escribe estas palabras que pueden servir de clave a toda su obra: “...que los que me lean piensen y mediten en las cosas fundamentales, y no ha sido nunca [mi propósito] el de darles pensamientos hechos”. Sus escritos son incitaciones y estímulos para que el espíritu de los lectores despierte a la realidad y descubra sus propias verdades. A sus novelas largas, como *Paz en la guerra* y *Amor y pedagogía*, anteponemos *Tres novelas ejemplares y un prólogo* (donde hay uno de sus mejores relatos, *Nada menos que todo un hombre*), *El espejo de la muerte* y *San Manuel Bueno mártir y tres historias más*. En *San Manuel Bueno mártir* se trata de un fingimiento de fe justificadísimo; en la *Novela de Don Sandalio*, Unamuno crea un tipo de cuento, en que el autor huye de los datos vulgares que le tratan de proporcionar las gentes acerca de su héroe, de quien se ha formado una noble idea. En *Un pobre hombre rico* señala la cadena de matrimonios desiguales y desproporcionados que se siguen al casamiento de moza pobre con viejo rico. Ante todo Unamuno es un ensayista, y sus obras maestras en este campo son *En torno al casticismo*, los ensayos del libro *Contra esto y aquello* y

Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos. Sus *Ensayos* han sido publicados en diez volúmenes, ricos en ideas originales y en conceptos nuevos sobre las cosas. La razón —opina— no puede sanar nuestra angustia ante la muerte; contentémonos con la suerte de inmortalidad que nos da la descendencia. *El Cristo de Velázquez*, el *Rosario de sonetos líricos*, un volumen intitulado *Poesías* y el *Romancero del destierro* integran casi todo su bagaje lírico. Es una poesía de motivos profundos, fruto de hondo meditar. Algún poema —*Aldebarán*— confina con la poesía estelar de la *Noche serena*. España es una de sus preocupaciones líricas. He aquí una nota sobre el encanto de Salamanca:

Salamanca, Salamanca,
renaciente maravilla,
académica palanca
de mi visión de Castilla.

Oro en sillares de soto
de las riberas de Tormes;
de viejo saber remoto
guardas recuerdos conformes.

Hechizo salmanticense
de pedantesca dulzura;
gramática del Brocense,
florón de literatura.

¡Ay mi Castilla latina
con raíz gramatical,
ay tierra que se declina
por luz sobrenatural!

En un cementerio de lugar castellano, que empieza:

Corral de muertos, entre pobres tapias...,

trata el tema de la famosa Elegía de Gray, con la cual no tiene nada en común. Menos interesante es su teatro.

RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN nació en la Puebla del Caramiñal (Pontevedra) en 1869. Murió en 1936. Inicia su carrera después de un viaje a México, donde trabajó como periodista. De sus primeras obras, lo más notable son las *Sonatas*, cuyo protagonista, Bradomín, es un donjuan sin las características usuales del tipo, pues es católico, feo y sentimental. Hay influencias y aun imitaciones de Barbey d'Aurevilly, de D'Annunzio y de las célebres *Memorias* de Casanova. La estimada generalmente como la mejor es la *de otoño* (1902), en que hasta el paje Florisel, maestro de los mirlos, es admirable. En la *Sonata de estío* se recogen impresiones de la tierra caliente mexicana, vivas y pintorescas. La *Sonata de primavera* (1904) ocurre en el ambiente dieciochesco de la ciudad de Liguria, en que encuadra el delicado perfil de María Rosario. La dedicatoria a don José Ortega Munilla contiene alguna nota personal. La *de invierno* guarda escenas magníficas en la corte del pretendiente Carlos VII, como ésta:

En el fondo oscuro de la cocina resonaban dos voces: don Antonio Lizárraga y don Antonio Dorregaray discurrían sobre arte militar: Recordaban las batallas ganadas, y forjaban esperanzas de nuevos triunfos: Dorregaray hablando de los soldados se enternecía: Ponderaba el valor sereno de los castellanos y el coraje de los catalanes, y la acometida de los navarros. De pronto una voz autoritaria interrumpe:

—¡Ésos son los mejores soldados del mundo!

Y al otro lado del fuego, se alza lentamente la encorvada figura del viejo general Aguirre. El resplandor rojizo de las llamas temblaba en su rostro arrugado, y los ojos brillaban con fuego juvenil bajo la fosca nieve de las cejas.

Águila de blasón (1907), *Cara de plata* (1922) y *Romance de lobos* (1908) —de lo mejor de Valle-Inclán con *Voces de gesta* (1912)— giran en torno a la épica figura de don Juan Manuel Montenegro. La guerra carlista le da pie para redactar tres de sus mejores libros: *Los cruzados de la causa* (1908), *El resplandor de la hoguera* (1909) y *Gerifaltes de antaño* (1909).

La guerra carlista es asunto que ha tentado a grandes novelistas españoles: Galdós en sus *Episodios*, Baroja en sus *Memorias de un hombre de acción*, que son episodios nacionales también; Unamuno en *Paz en la guerra*, han evocado escenas y personajes de aquella contienda, en la cual, debajo de la disputa dinástica, que era la superficie, había tantas cosas en pugna, lucha del campo con la ciudad, del localismo con una concepción más amplia del Estado, del individualismo contra la abstracción de un gobierno de leyes, que eso presume ser el régimen moderno, aunque a veces sea hartamente personal; de la tradición contra la novedad, de la aristocracia vieja contra los nuevos señores de la clase media [E. Gómez de Baquero].

Divinas palabras (1920), que evoca la Galicia de los caminos y de las romerías, es el paso para los libros dramáticos, en que se distinguen los “esperpentos”. *Luces de bohemia* (1924) es sin disputa la mejor. Estos esperpentos enraizan en la más castiza tradición realista, la celestinesca, la picaresca y la del teatro de Lope de Rueda. Valle, preocupado por dar variedad a su obra, pasa de las sonatas a las comedias bárbaras, y de éstas a los esperpentos. *Tirano Banderas* es una de sus últimas obras maestras.

Lugar distinguido en la lírica del siglo actual ocupan *Cuento de abril* (1910), *La pipa de kif* (1919) y *El pasajero* (1920).

Valle-Inclán no es sólo el más brillante estilista español de su generación, sino también de los tiempos nuevos. Su prosa está plasmada con las palabras de mayor poder evocador, con los giros más nobles de la lengua y con las esencias más puras del habla del pueblo. Este escritor es naturalmente arcaizante, de modo espontáneo y sin que sus páginas sean paciente labor de taracea. Fue estupendo conversador y ejerció desde el café Regina una suerte de dictadura literaria, que acató con deleite la aristocracia intelectual de la época. Vid. Melchor Fernández Almagro, *Vida y literatura de V.-I.*; Amado Alonso, *Estructura de las “Sonatas” de V.-I.*, en *Verbum*, Buenos Aires, 1928; W. L. Fichter, *Primicias estilísticas de V.-I.*, en *Rev. Hisp. Moder.*, 1943, y *Publicaciones periodísticas de don R. del V.-I. anteriores a 1895* (El Colegio de México, 1952); *La elaboración artística en Tirano Banderas* por Emma Susana Speratti Piñero (El Colegio de México, 1957).

PÍO BAROJA (nace en San Sebastián en 1872, muere en Madrid el 30 de octubre de 1956) fue un novelista de extraordinario vigor que se formó en la lectura de Balzac, Dickens, Dostoyevski y Gorki. Como Stendhal, desdeña los primores del estilo. Sorprende antes que nada por la variedad y riqueza de vida humana que atesoran sus libros (cerca de sesenta).

El protagonista y el asunto de una novela de Baroja —ha escrito Pedro Salinas en su *Literatura española. Siglo XX*— se diría que son tales por casualidad, que les ha tocado a ellos, como podría haberles correspondido a otros cualesquiera, ese papel. De ahí la sensación de veracidad, de humildad realista que late siempre en la novela de Baroja... En medios aristocráticos y burgueses, en las clases bajas, Baroja capta existencias y fisonomías extrañas, pintorescas y singulares.

Mencionemos algunos de los excelentes libros del escritor vasco: *Vidas sombrías*, *La casa de Aizgorri*, *Camino de perfección*, *El mayorazgo de Labraz*, *El tablado de Arlequín*, *La feria de los discretos*, *Paradox, rey*; *Las tragedias grotescas*, *La ciudad de la niebla*, *Zalacaín el aventurero*, *César o nada*, *El mundo es así*; *Juventud, egolatría*; *La sensualidad pervertida*, *Las noches del Buen Retiro*. *Memorias de un hombre de acción* es una serie de novelas históricas a la manera de los *Episodios galdosianos*, en torno a un conspirador vasco de la época romántica, Aviraneta, cuya biografía ha publicado también (1931). La acción es el fin a que tiende el hombre fuerte y sano según este escritor, cuya ideología está impregnada de Nietzsche. Sus héroes favoritos son audaces, enérgicos y duros. Su visión de la vida es pesimista. Esta acerbidad se acentúa en *Desde la última vuelta del camino*, amarga y fuerte autobiografía con admirables páginas como las que describen, en los primeros volúmenes, el Marais parisiense y los barrios folletinescos de Londres.

AZORÍN. José Martínez Ruiz, más conocido por su nombre literario de Azorín, nació en Monóvar (provincia de Alicante) en 1873. Es uno de los maestros supremos de la prosa contemporánea. Es la suya sencilla, limpia; da impresión de diafanidad y sirve para vestir un pensamiento rico en matices y de gran sutileza.

El mundo que Azorín suscita con el rumor cristalino de sus palabras —ha escrito Ortega y Gasset— tiene un aroma de quietud patética y asombrada. La inactividad le salva de la corrupción como a los yogas de la India.

Azorín mismo nos descubre el secreto de su estilo: “¡Cuántos cuadernitos he llenado de notas antaño! De notas para la pintura de los paisajes, de los tipos. ¿Será esto un exceso? Un buen aprendizaje sí que es”. Y en el mismo libro (Azorín, *Páginas escogidas*, 1917) opina: “No se podrá conocer la técnica literaria si no se estudia a los grandes maestros”.

Sus libros más famosos son *Los pueblos*, *La ruta de Don Quijote*, *Lecturas españolas*, *Castilla*, *Clásicos y modernos*, *Los valores literarios*, *Al margen de los clásicos*, *Rivas y Larra*, *El paisaje de España visto por los españoles*, etc. Ha escrito novelas y teatro. En una de ellas —*Don Juan*— en que pinta al héroe en un ambiente de provincia, ya olvidadas con los años las aventuras galantes que le dieron celebridad,

termina con este epílogo:

- Hermano Juan: ¿por qué es usted tan pobrecito? ¿Es verdad que ha sido usted muy rico?
- Todos hemos sido ricos en el mundo; todos lo somos. Las riquezas las llevamos en el corazón. ¡Ay del que no lleve en el corazón las riquezas!
- Hermano Juan: si ha sido usted rico, ¿cómo se puede acostumbrar a vivir tan pobre?
- Yo no soy pobre, hija mía. Es pobre el que lo necesita todo, y no tiene nada. Yo no necesito nada de los bienes del mundo.
- Pero sus riquezas, hermano Juan, ¿las perdió usted por azares de la fortuna, o las abandonó usted de grado?
- Mi pensamiento está en lo futuro, y no en el pasado; mi pensamiento está en la bondad de los hombres, y no en sus maldades.
- Hermano Juan: dicen que usted vivía en un palacio. ¿Es verdad?
- Mis palacios son los vientos, y el agua, las montañas, y los árboles.
- Hermano Juan: ¿cuántos criados tenía usted?
- Los criados que tengo son las avecicas del cielo y las florecillas de los caminos.
- Hermano Juan: su mesa de usted era espléndida; había en ella de los más exquisitos manjares.
- Mis manjares son ahora el pan de los buenos corazones.
- Hermano Juan: usted ha visitado todos los países del mundo. ¿Habrà visto todas las maravillas?
- Las maravillas que yo veo ahora son la fe de las almas ingenuas y la esperanza que nunca acaba.
- Hermano Juan: no me atrevo a decirlo; pero he oído contar que usted ha amado mucho y que todas las mujeres se le rendían.
- El amor que conozco ahora es el amor más alto. Es la piedad por todo.
- (Una palomita blanca volaba por el azul.)

Recomendamos a los inteligentes *La voluntad* y *Con permiso de los cervantistas* (1948).

GABRIEL MIRÓ nació en Alicante en 1879 y murió en Madrid en 1930. Es también un fino prosista y un estilista de mucho mérito. Habiéndose tratado de llevarle a la Academia, se desató contra él una campaña de ataques. Entre otros, don Antonio Maura, jefe del Partido Conservador, le defendió noblemente. *Del huerto provinciano*, *Dentro del cercado*, *El libro de Sigüenza*, *Figuras de la Pasión del Señor* datan de 1908 a 1917. Sus últimos libros son *El humo dormido*, *El ángel*, *el molino y el caracol del faro*, *Nuestro Padre San Daniel* y su continuación *El obispo leproso*. Fue el suyo un espíritu cristiano lleno de comprensión, y sus libros, un vivo deleite para los entendidos.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA (Oviedo, 1880) es lírico y novelista. Como poeta ha sacado a luz *La paz del sendero* (1903), con reminiscencias de Berceo, F. Jammes, y algún otro; *El sendero innumerable*, poemas sobre el mar (1916); y *El sendero andante* (1921), sobre el río; acaso es el último su mejor obra lírica. De sus primeras novelas, *A. M. D. G.* pinta la vida de colegio de los jesuitas, con retratos magníficos de éstos. *La pata de la raposa*, novela autobiográfica y lírica, versa sobre el viejo tema de la antítesis del amor puro y del amor sensual. *Troteras y danzaderas* (1913) refleja la bohemia literaria de Madrid en los primeros años del siglo; son fácilmente reconocibles Valle-Inclán,

Villaespesa, Ortega y Gasset. *Belarmino y Apolonio* (1919) marca una nueva etapa. Los tipos populares se apuran hasta hacer de ellos símbolos. En *Tigre Juan* con las ideas del doctor Gregorio Marañón (*Biología de don Juan*), se representa en el personaje que da título a la novela (personaje, por otra parte, real, según entendemos) la hombría; y en Vespasiano Cebón, el don Juan almibarado y embustero. En *El curandero de su honra* se trata del honor, desde un punto de vista superior y humano.

JOSÉ ORTECA Y GASSET (madrileño, 1883-1955) es, después de Unamuno, el primer pensador español. Educado en Alemania, expone y maneja ideas no sólo con habilidad, sino con brillantez inusitada. *El espectador* (1916-1917), *España invertebrada* (1923), *La deshumanización del arte* (1925), *La rebelión de las masas* (1929) son sus libros más notables. En ellos campea una prosa llena de color y de resonancias de arte y alusiones a las grandes épocas históricas.

Otros prosistas notables han sido: José María Salaverría, *A lo lejos (España vista desde América)*, *Sevilla y el andalucismo*, *Instantes (literatura, política, costumbres)*, *Nuevos retratos*, *Páginas novelescas*, *Alma vasca*, *Santa Teresa de Jesús*, *Loyola*, *El poema de la pampa*, *Martín Fierro y el criollismo español*, *Los conquistadores*, *Bolívar el Libertador*, etc.; Eugenio d'Ors, barcelonés, nace en 1882 y muere en 1954 (*Glosario*, *El nuevo glosario*, *Flos Sophorum*, *De la amistad y el diálogo*, *estudio de ética española*, *La bien plantada*, *Oceanografía del tedio*, *Tres horas en el Museo del Prado: Itinerario estético*); el doctor Gregorio Marañón, amenísimo divulgador científico (libros sobre don Juan, Amiel, Enrique IV, el conde duque de Olivares, Quevedo, *Las ideas biológicas del Padre Feijoo*); Salvador de Madariaga nace en La Coruña en 1886 y reside habitualmente en Inglaterra cuyo ambiente intelectual influye en sus opiniones: *Ingleses, franceses y españoles*, *España (Ensayo de historia contemporánea)*, *Anarquía o jerarquía*, *Guía del lector del Quijote*, *Vida del magnífico Señor don Cristóbal Colón*, *Hernán Cortés*, *El corazón de Jade* —relato novelesco de ambiente español y mexicano—; Ramiro de Maeztu, vasco, nace en 1874 y perece en 1937, una de las víctimas de la guerra civil. De la generación del 98, sus opiniones evolucionaron hacia el tradicionalismo hispánico. Su prosa es vigorosa y elegante (*La crisis del humanismo*, *Hacia otra España*, *Don Quijote*, *Don Juan y La Celestina*, *Defensa de la hispanidad*).

Centauros del Pirineo y Toledo: Piedad son importantes libros de Félix Urabayen. Benjamín Jarnés se distinguió como prosista en la *Revista de Occidente*. Nació en 1888, y pasó en México sus últimos años. Hay en él como un eco de la exquisitez de Giraudoux. Algunas de sus mejores obras: *El profesor inútil*, *Locura y muerte de nadie*, *El convidado de papel*, *Doble agonía de Bécquer*, *Cartas al Ebro*, *La novia del viento*, *Orlando el pacífico*, *Venus dinámica* y la *Enciclopedia de la literatura* (seis volúmenes). En la misma revista colaboraron dos excelentes escritores de la nueva generación, Antonio Marichalar y Antonio Espina, autor de *Pájara pinta...* Ramón Gómez de la Serna, “poeta del circo y de los muertos”, inventor de “greguerías” como Moreno Villa de las “carambas”, penetrante crítico en su libro *Azorín*, de producción

exquisita y abrumadora. Notable su *Valle-Inclán*, al que han seguido otras biografías críticas (*Poe*, *Quevedo*). Sus *Cartas a mí mismo* poseen la hondura y agilidad de pensamiento, bien reconocidas.

Excesivo, arbitrario, fatal, diríase que para descubrir el inundo cierra los ojos —como Susana, la del *Pacífico* de Giraudoux— y siente resonar, estremecido, la vida dentro de su propio temperamento... Valle-Inclán es naturalmente afectado. Baroja es afectadamente natural. Ramón (Gómez de la Serna) es naturaleza viva, espontánea, tupida (Marichalar).

José Bergamín, director de *Cruz y Raya*, otra gran revista moderna, y de la Editorial Séneca (en México), es un ensayista de extraordinaria agilidad de ideas, que muestra a veces, como signo de elegancia, cierta propensión hacia la paradoja. Nació en Madrid, en 1895, de oriundez malagueña. De sus libros preferimos *El arle de birlibirloque*, *Cabeza a pájaros*, *Disparadero español*, y sobre todo *El pozo de la angustia*, que enfoca tan luminosamente la crisis religiosa de nuestra edad.

Claudio de la Torre obtuvo en 1924 el Premio Nacional de Literatura con su fino estudio psicológico *En la vida del señor Alegre*. Espíritus ingeniosos y sutiles, Julio Camba, Wenceslao Fernández Flórez, Jardiel Poncela (Madrid, 1901-febrero de 1952) y Edgar Neville practican el humorismo en novelas, cuentos y ensayos de alto valor imaginativo.

Entre los nuevos valores de la novela se destacan Camilo José Cela con *La familia de Pascual Duarte* (1943), con *La colmena* y con *Timoteo, el incomprendido*; Carmen Laforet, de acentuada personalidad, con *Nada* (1945) y con *La isla y los demonios* (1952); Juan Antonio de Zunzunegui con *La quiebra*, *La úlcera*, *Las ratas del barco*, *Esta oscura desbandada*; y Darío Fernández Flórez con *Lola, espejo oscuro* (1950), crónica sin pornografía de la aporreada vida de una moza del partido.

6. POESÍA POSTERIOR A BÉCQUER

Entre Bécquer y el modernismo hay una época de transición en la lírica, que representan Núñez de Arce y Campoamor, época que coincide con el apogeo del naturalismo en la novela.

DON RAMÓN DE CAMPOAMOR era asturiano (de la villa de Navia). Nació en 1817 como Zorrilla y Tassara. Al igual que Stendhal, padeció bajo el poder de un terrible dómene. A los dieciocho años intentó hacerse jesuita, pero le desencantaron las primeras pruebas. Cursó un año medicina y colgó los hábitos. Tras algún estudio de matemáticas, ciencias naturales y astronomía, se lanza a la política con unos versos a la reina doña Cristina. Triunfante el partido moderado al que pertenecía, fue nombrado gobernador de Castellón, y después de Alicante, donde se casó con doña Guillermina O’Gorman, dama virtuosísima a quien alude don Alejandro Pidal al llamar al poeta “pagano rezagado, que no tiene de cristiano más que su mujer”. Un pronunciamiento militar le hace perder su cargo. Esperó en un banquete a las turbas, que le respetaron. Otro de los pocos

incidentes de su vida fue el desafío a sable que tuvo con el capitán de navío Juan Bautista Topete, en que éste resultó herido en la frente. Fiel en política a doña Isabel II y a la dinastía borbónica, se le premió con la Dirección de Beneficencia y Sanidad. Murió en 1901. Ciertamente su estética está muy alejada de la que hoy priva, y tiene más engarce con la del siglo XVIII. Con todo, son popularísimas muchas composiciones suyas. Así, las agrídulces “humoradas”:

Todo en amor es triste;
mas, triste y todo, es lo mejor que existe.

Hay quien pasa la vida
en ese eterno juego
de hacer caer a la mujer, y luego
rehabilitar a la mujer caída.

Las hijas de las madres que amé tanto
me besan ya como se besa a un santo.

Los *Cantares* tienen fuerte sabor popular:

Ni te tengo que pagar,
ni me quedas a deber;
si yo te enseñé a querer,
tú me enseñaste a olvidar.

Fui un día a la ciudad
y me volví al otro día,
pues mi mejor compañía
es la mayor soledad.

Cosas de la edad, Propósitos vanos, La opinión, ¡Quién supiera escribir!, El beso, Cosas del tiempo (popularísima), *Todo es uno y lo mismo, Las dos linternas* (“...Y es que en el mundo traidor / nada hay verdad ni mentira: / todo es según el color / del cristal con que se mira”), *Hastío* y otras muchas más atesoran experiencia humana y fina ironía. En los “pequeños poemas” se cifra lo más personal y distintivo de la poesía de Campoamor: en *El tren expreso*, en *Los grandes problemas*, en *Cómo rezan las solteras*, en *El licenciado Torralba*.

Ventura Ruiz Aguilera (Salamanca, 1820-1881) es un delicado poeta de la época. Sus *Cantares* son de lo mejor logrado de su producción, así como sus *Elegías* y *Harmonías*.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE (Valladolid, 1834-1903), de los poetas más elocuentes y notables del siglo XIX. Cantor del progreso, de la Patria, de la fe perdida y de la duda, ha sido felizmente definido como un poeta civil. Toda una generación se deleitó con las sonoras décimas del *Miserere* (cuyo antecedente es *El panteón del Escorial*, de Quintana) y de *El vértigo*, con las estrofas del *Idilio*, y sobre todo con *Raimundo Lulio*. Del *Idilio* ha opinado Menéndez y Pelayo que es “composición llena de rasgos semipopulares, y de descripciones de las labores agrícolas, hechas en la lengua de los labradores de Castilla”.

Además de las antes citadas, *Tristezas* es una de las más acabadas y características

del vate vallisoletano, cuyos más viriles acentos hay que buscarlos en las octavas *A Emilio Castelar*, en que, para pintar los horrores de las turbas desenfrenadas, anhela el nervio de Suetonio:

¡Oh! ¡Quién tuviese la robusta vena
de aquel ilustre historiador romano,
que en libros inmortales encadena
los fieros monstruos del linaje humano!

La visión de Fray Martín, La selva oscura y Última lamentación de Lord Byron son también composiciones de gran mérito.

Manuel del Palacio es de festiva vena. Basten como muestras este soneto y estos cantares que ha acogido el pueblo como suyos:

A una dama que, sin conocerme, me pidió versos

Si acaso un trovador habéis soñado,
blando, sentimental y zalamero,
la capa recogida en el acero,
y a la cintura el bandolín dorado,
ese tal no soy yo; vate cansado,
a quien el mismo abril parece enero,
canto ya con permiso del casero,
y dejo estar las flores en el prado.

Si alguna vez al cielo me remonto,
nunca de mis esfuerzos hago alarde,
prefiriendo ser tímido a ser tonto.

Y con esto, señora, Dios os guarde,
que o yo me he muerto demasiado pronto
o vos nacisteis demasiado tarde.

El hombre cuando se embarca
debe rezar una vez;
cuando va a la guerra, dos,
y cuando se casa, tres.

Para querer, una fea;
para perderse, una hermosa;
para casarse, una rica;
para aburrirse, una tonta.

Una mujer y una gata
domestico yo a la vez;
los arañazos que tengo
todos son de la mujer.

Federico Balart compuso *Dolores* (1889) con poesías dedicadas a la memoria de su esposa. Manuel Reina (1856-1905) pertenece también a la generación que precedió al modernismo, generación en que puede considerarse a José Selgas y Carrasco, que publicó *Flores y abrojos*, y dejó inconcluso un libro, *Las estaciones*.

José María Gabriel y Galán (1870-1905), maestro de escuela y después labrador en un pueblecito de la provincia de Cáceres, canta los campos de Castilla y las faenas agrícolas, con inspiración cristiana y clásica, y sin influencias visibles de los grandes bucólicos. *El ama*, poema con que se dio a conocer, es una bella elegía por la esposa difunta. La paternidad halla en él acentos humanos y graves, en *El Cristu benditu* (del libro *Extremeñas*). *Amor*, *Las sementeras*, *El regreso* y la *Canción*, compuesta poco antes de morir, figuran entre sus más notables poemas. Su emoción ante el paisaje es profunda y su voz es la de los labriegos de Extremadura y Castilla.

EL MODERNISMO Y RUBÉN DARÍO. La transición del romanticismo al modernismo (1882-1896) se había señalado en la América española por la aparición de grandes poetas, como los mexicanos Manuel Gutiérrez Nájera (*Pax Animae*, *Odas breves*), Manuel José Othón (*El himno de los bosques*, *En el desierto*), Salvador Díaz Mirón (*A Gloria*, *El fantasma*, *Idilio*); el peruano Manuel González Prada (*Triolets*, *Vivir y morir*); los cubanos José Martí (*Amor de Ciudad Grande*) y Julián del Casal (*Nostalgias*, *Crepuscular*); el colombiano José Asunción Silva (*Los maderos de San Juan*, *Nocturnos*), los argentinos Leopoldo Díaz (sonetos) y “Almafuerte”. El nicaragüense Rubén Darío, poder verbal sin precedente, remoja la poesía en nuestra lengua con su libro *Prosas profanas* (con admirable prólogo de José Enrique Rodó), *Cantos de vida y esperanza*, *El canto errante*, *el Poema del otoño*, etc. Poeta de la angustia en los *Nocturnos*, en *Melancolía*, en *Lo fatal*, supo expresar también el profundo sentir del español y del hispanoamericano en *Salutación del optimista*, en *A Roosevelt* y en otros poemas. El modernismo debe mucho a Victor Hugo, a Baudelaire, a los parnasianos (como José María de Heredia); a los simbolistas (como Paul Verlaine), a los norteamericanos Edgar Allan Poe y Whitman.

Desde el modernismo —ha escrito Federico de Onís— los escritores americanos han empezado a caminar por rumbos propios, y con los españoles, a ser un factor en la creación de la literatura universal del presente y del porvenir.

La segunda generación de modernistas hispanoamericanos comprende, entre otros, a los insignes poetas Guillermo Valencia, Leopoldo Lugones, Amado Nervo, Herrera y Reissig, y Enrique González Martínez. El modernismo sólo pasajera y momentáneamente influye en los principales líricos de la generación del 98.

MANUEL MACHADO nació en Sevilla en 1874. Se definió donairosamente.

Medio gitano y medio parisién —dice el vulgo—
con Montmartre y con la Macarena comulgo...

Y también

Yo soy como las gentes que a mi tierra vinieron:
soy de la raza mora, vieja amiga del Sol...
que todo lo ganaron y todo lo perdieron.
Tengo el alma de nardo del árabe español.

Su predilección por el poeta de las *Fiestas galantes* se muestra en *Pierrot y Arlequín* (*Caprichos*); *Castilla, Felipe IV, Oliveretto da Fermo, Un hidalgo* (de *Alma, Museo, Los cantares*) y *Carlos V* (de *Apolo*) son elegantes poemas parnasianos. La nota de andalucismo la da en innúmeras composiciones de sabor popular en que vierte impresiones y estados de ánimo no exentos de tristeza.

ANTONIO MACHADO, hermano de Manuel, nació en 1875 en el Palacio de las Dueñas en Sevilla. A los ocho años pasa a Madrid y se educa en la Institución Libre de Enseñanza. Viaja por España y Francia, y durante cinco años enseña francés en Soria, donde se casa y después pierde a su esposa. Vive algún tiempo en Baeza, en Segovia y finalmente en Madrid hasta la Guerra Civil de 1936, en que pasa primero por Valencia y luego por Barcelona; y por último en Collioure (Francia) expira en 1939. Es uno de los mayores líricos de la época. Sus poemas están impregnados de la melancolía y monotonía del paisaje castellano. Pocos como él han sentido el hastío de las viejas ciudades.

En la desesperanza y en la melancolía
de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreve.

Verdadero poeta del 98, desdeñó el modernismo:

...mas no amo los afeites de la actual cosmética,
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.

César Barja, en *Libros y autores contemporáneos*, ha precisado que la producción poética de Machado está penetrada “de este mismo espíritu de interioridad, de silencio, de abandono, de soledad”.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ. Nace en Moguer, Andalucía baja, en 1881; muere el 29 de mayo de 1958, a las 4 a. m., en San Juan de Puerto Rico. Estudió con los jesuitas y más tarde en la Universidad de Sevilla. Hasta 1936 vivió casi siempre en Madrid. En 1916 casó en Nueva York con Zenobia Camprubí Aymar, traductora fiel de Tagore. A partir de 1936, su voluntario destierro lo pasó en Puerto Rico, en Cuba, en la Florida, en Washington, y otra vez en Puerto Rico. En una dirección —la poesía pura— es el poeta más grande de nuestros tiempos, el más consciente, el que con más tesón ha buscado la poesía sustantiva y esencial. En su poema de *Eternidades* (1916) que comienza

Vino, primero, pura
vestida de inocencia;
y la amé como un niño;

expone figuradamente su evolución en que alude a sus pasajeras veleidades modernistas (*Ninfeas, Almas de violeta*). Los libros definitivos comienzan con *Arias tristes, Pastorales, Elegías, La soledad sonora, Poemas mágicos y dolientes, Melancolía y Laberinto*. Una nueva etapa se marca con *Estío* (1915), *Sonetos espirituales* (1917), *El diario de un poeta recién casado* (en el que el sentimiento del mar predomina, 1917), *Eternidades* (1917) y *Piedra y cielo* (1918). *El diario* es un libro clave. Por estos años

se publican *Poesías Escogidas* (1899-1917) de la Sociedad Hispánica y *La segunda antología poética 1898-1918* (1920).

Esta palabra, desnudez, o sus adjetivos, vienen constantemente a la pluma de Juan Ramón; y en una poesía que va trazando su trayectoria poética, desde las ingenuas rimas iniciales, tan olvidadas hoy como sus exageraciones modernistas, hasta su exaltación del único rasgo, su destaque de la palabra precisa, su fidelidad al pensamiento escueto, que caracterizan su madurez, nos ha dado la más cabal autobiografía poética que concretó jamás poeta alguno. (E. Díez-Canedo en su excelente libro *Juan Ramón Jiménez en su obra*, México, 1944.)

En *Platero y yo*, libro en prosa, ésta sirve de vehículo a la materia poética. *Españoles de tres mundos* (Buenos Aires, 1942) es una colección de caricaturas en prosa “tratadas de diverso modo, sencillo, barroco, realista, alto, oblicuo, ladeado, caído, según el modelo”. Juan Ramón ha padecido el horror del propio nombre, y entre las denominaciones que se ha adjudicado temporalmente está la del “andaluz solitario que anhela ser universal”, o sea, “el andaluz universal”. En él ha sido severísima la autocrítica; “ningún día... sin romper un papel”, ha escrito como una de sus prácticas. Su acerada crítica se ejerce por doquier: “Como lo fueron Zorrilla y Rueda y lo es García Lorca, Villaespesa fue siempre un alhambrista...” “Sin dominio de la forma no hay poesía posible, nueva o vieja.” “España... país católico más que cristiano, eclesiástico más que espiritual, país de raíces y pies más que de alas...”

JOSÉ MORENO VILLA, malagueño, nacido en 1887, falleció en México, en 1955. Estudió química en Alemania y la carrera de historia en la Universidad de Madrid. En 1927 viaja por Estados Unidos, y en los últimos años se radicó en México, donde sus actividades literarias y artísticas se intensificaron. Ha escrito estas palabras que pueden servir de epígrafe a sus poemas: “Quisiera establecer mi línea poética, no seguida premeditadamente, ni a base de estudio, sino por inclinación de mi carácter”. Es un poeta fecundo, de calidad exquisita (*Garba, El pasajero, Luchas de pena y alegría, Evoluciones*, etc.). Ha publicado, con sustanciosos prólogos, a Juan de Valdés, a Lope de Rueda, a Espronceda; y una curiosa monografía intitulada *Locos, enanos, negros y niños palaciegos de los siglos XVI y XVII*.

Poeta del mar y de los recuerdos íntimos de la distante infancia es Tomás Morales (1885-1921), nacido en la Gran Canaria. Siguió la carrera de medicina en Madrid, y ejerció su profesión en la tierra natal. Tiene, al decir de Federico de Onís, “una visión poética y mitológica del mar, en la que brillan sus grandes cualidades retóricas de filiación más directamente modernista”. Es uno de los más altos valores poéticos del modernismo español. Sus libros son *Poemas de la gloria, del amor y del mar* y *Las rosas de Hércules*.

GENERACIÓN DE 1927. PEDRO SALINAS, madrileño (1892-1951), doctor en letras y catedrático en Sevilla y Murcia y en universidades extranjeras famosas. Gran crítico en un prólogo a Meléndez Valdés, y en *Literatura española: Siglo XX* (2ª ed. aumentada, México, 1949). Es, como Jorge Guillén, un fino hombre de letras. “...la poesía de Salinas

—dice Federico de Onís— llega a su segura sencillez por un proceso de rigurosa selección y por modos de creación poética nuevos, sutiles y complejos”. *Presagios, Seguro azar, Fábula y signo, Vispera del gozo* (en prosa), *La voz a ti debida, Razón de amor* constituyen su bagaje poético.

JORGE GUILLÉN nace en Valladolid en 1893. Viaja por Europa. Se doctora en letras y enseña en varias universidades, primero en la de Murcia, y ahora en el colegio norteamericano de Wellesley. Es poeta de un solo libro —*Cántico*—, aumentado a cada nueva edición.

No hay más poesía que la realizada en el poema —y de ningún modo puede oponerse al poema un “estado” inefable que se corrompe al realizarse... Como a lo puro lo llamo simple, me decido resueltamente por la poesía compuesta, compleja, por el poema con poesía y otras cosas humanas (J. G.).

Ha traducido poesías de Valéry —una de sus posibles influencias— y de Jules Supervielle.

El bilbaíno Juan Larrea (n. en 1895) se licenció en letras en Salamanca. Ha vivido en Francia, en el Perú, en México, y ahora en los Estados Unidos. Sus poemas sorprenden por su extraordinaria libertad y agilidad de pensamiento.

Gerardo Diego (1896), santanderino. Estudios en Deusto, Salamanca y Madrid. Fue ultraísta, creacionista (con Huidobro) y neogongorista; en otra etapa “padeció” la influencia de Antonio Machado y de los clásicos. Ha vivido las dramáticas peripecias de la nueva poesía, de la cual es uno de los valores menos discutidos.

FEDERICO GARCÍA LORCA —con Guillén y Alberti— es el más indiscutible posjuanrramoniano. Lorca, como es sabido, fue una de las primeras víctimas de la Guerra Civil del año 36. De estos poetas es el más popular aun en los países hispanoamericanos. A ello ha contribuido su teatro. En lo más hondo de Lorca predomina la preocupación de la muerte:

...Por el llano, por el viento,
jaca negra, luna roja,
la muerte me está mirando
desde las torres de Córdoba.

La poesía de Lorca logra esta síntesis: con ser la más personal y libre tiene raíces en lo más tradicional y popular. Ha restaurado el romance y ha empleado libérrimas combinaciones métricas en su libro póstumo *Poeta en Nueva York*. Es un poeta de marfil y ébano, y como Lope, para el vulgo y para la minoría selecta. Como en Lope también, hay en él una fusión completa de lo lírico y lo dramático.

RAFAEL ALBERTI nace en 1903 en el Puerto de Santa María (Cádiz) y estudia con los jesuitas el bachillerato, que no concluye. Obtuvo el Premio Nacional de Literatura en

1924 con *Marinero en tierra*. Ha vivido en México y ahora en Argentina. Lo popular en su arte procede de lecturas clásicas del Romancero y de Gil Vicente con especialidad. Es un poeta de calidad como Guillén y Lorca, con quien tiene semejanzas esporádicas. No resistimos a la tentación de citar alguno de sus poemas:

Con él

Si Garcilaso volviera,
yo sería su escudero;
que buen caballero era.

Mi traje de marinero
se trocaría en guerrera
ante el brillar de su acero,
que buen caballero era.

¡Qué dulce oírle, guerrero
al borde de su estribera!
En la mano, mi sombrero;
que buen caballero era.

Otros buenos poetas son: Fernando Villalón (*Andalucía la Baja, La toriada, Romances del ochocientos*); el malagueño Emilio Prados (muerto en la ciudad de México, en 1962) (*Tiempo, Canciones del farero, Vuelta*); Vicente Aleixandre (*Ámbito, Espadas como labios, La destrucción o el amor*); el malagueño Luis Cernuda (n. 1902; † México, noviembre de 1963) (*Perfil del aire, Tres poemas, Los placeres prohibidos, La realidad y el deseo, La invitación a la poesía*, etc.); Juan José Domenchina, que al triunfo de Franco se expatria a México († octubre de 1959), donde agrega a la lista de sus bellos libros *El tacto fervoroso* y *La corporeidad de lo abstracto*, otros nuevos como *Destierro, Tercera elegía jubilar* y *Pasión de sombra*; Manuel Altolaguirre († 1959) (*Las islas invitadas, Soledades juntas*, etc.); León Felipe Camino tiene algún entronque con Unamuno y Antonio Machado. Hay cierta bravía rudeza, muy generación del 98, en este poeta, inquieto y andariego.

La poesía de la última generación parece retornar a los motivos tradicionales, buscando inspiración no sólo en los maestros del XVI, como Garcilaso y fray Luis, sino también en el Romancero y en la lírica popular de la Edad Media. Nuestra época, con sus densas preocupaciones, le impone gravedad y cierto menosprecio de las licencias y conquistas logradas en el pasado reciente, y de las cuales no prescinde todavía por completo.

¹ Señora.

² Sin ser irreligioso, se había expresado con gran libertad de los monjes:

llorando duelos,
con su vida ermitaña,
poseen todo el reino de los cielos
y dos terceras partes del de España.

³ La América del Sur.

⁴ Traductor de los *Eddas* y autor del *Ensayo sobre los apellidos castellanos*.

⁵ Vid. Boris de Tannenberg, *L'Espagne littéraire*, 1903.

ÍNDICE DE AUTORES Y OBRAS

Abbat, Per, 20, 51
Abenabderrábihi, 13
Abenaljatib, 12
Abenámar, 13
Abenbassam, 12
Abencuzmán, 14
Abenhayán, 12
Abenházam, 13
Abenjafacha, 13
Abenjaldún, 12
Abensaíd el Magrebí, 14
Abentofail, 12, 296
Abenzeidún, 13
Abravanel, Judá, 137
Abul-Beka, 15
Abulafia, Todros, 17
Acosta, José de, 157, 191
Acuña, Hernando de, 137
Adler, Guido, 370
Aguado, Pedro, 191
Aguilar, Gaspar de, 255
Agustín, Antonio, 207
Ajbar Machmúa, 12
Alarcón, Pedro Antonio de, 370, 371, 379, 380
Alas, Leopoldo, 335, 371, 373, 378, 379, 380
Alberti, Rafael, 403, 404
Alberto el Magno, 11, 212
Albión, Gabriel Leonardo de, 273
Alcalá Yáñez y Rivera, Jerónimo de, 290, 291
Alcázar, Baltasar del, 150, 151, 153, 362
Alciato, Andrés, 293
Aldana, Francisco de, 155, 156
Aleixandre, Vicente, 405
Alemán, Mateo, 221-223, 240, 365, 367
Alexandre (Juan Lorenzo), 27, 32-35, 42
Alfieri, Victor, conde de, 320, 325, 350
Alfonso, Pedro (Rabbi Moseh Sefardí), 83
Alfonso V de Aragón, 65, 70

Alfonso X el Sabio, 14, 17, 31, 40-43, 51, 54, 57, 365
Alhadits de Yusuf, 66
 Aljoxaní, 12
 “Almafuerte” (Pedro B. Palacios), 398
 Almotámid, 13
 Alonso, Amado, 366, 387
 Alonso, Dámaso, 17, 18, 158, 173, 268, 367
 Alonso Cortés, Narciso, 139 n, 334, 365
 Altamira, Rafael de, 131, 209, 368
 Altolaquirre, Manuel, 405
 Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de, 191
 Alvarado Tezozómoc, Hernando de, 191
 Álvarez de Cienfuegos, Nicasio, 319, 320, 322
 Álvarez de Toledo, Gabriel, 300
 Álvarez de Villasandino, 72
 Álvarez Gato, Juan, 88, 89
 Álvarez Quintero, Serafín, 348, 355, 356, 378
 Álvarez Quintero, Joaquín, 348, 355, 356, 378
 Allard, Roger, 116
 Allende Salazar, 369
Amadís de Gaula, 97, 101-103, 132, 183
Amadís de Grecia, 162
 Amador de los Ríos, José, 348
 Ambrosio, san, 212
 Amezúa, Agustín G. de, 363
 Amiel, Enrique Federico, 392
Aminta, 161
 Anacreonte, 60, 271, 274, 285, 306, 315
Anales Toledanos, Los, 44
 Andrade, Alonso de, 219
 Andrés, Juan, 312
 Ángeles, fray Juan de los, 218
 Anglería o Anghiera, Pedro M. de, 84, 85
 Antonio, Nicolás, 289, 293
 Apraiz, Julián, 348
 Apuleyo, 229
 Aragonés, Juan, 166
 Arce Blanco, M., 137
 Arcipreste de Hita (Juan Ruiz), 34, 57-65, 107, 159, 264, 367
 Arcipreste de Talavera (Alfonso Martínez de Toledo), 70, 78, 80, 81, 115
 Aretino, Pietro, 139, 168
 Argensola, Bartolomé, 240, 263, 272-274, 276, 279

Argensola, Lupercio, 240, 263, 272-274, 276, 279
 Argote de Molina, Gonzalo, 153, 181, 196
 Arguijo, Juan de, 168, 240, 260, 261
 Arias Barbosa, 86
 Arias Montano, Benito, 148, 155, 207, 208
 Aribau, Carlos María, 347
 Ariosto, Ludovico, 60, 152, 229, 306
 Aristófanes, 317
 Aristóteles, 12, 87, 126, 212, 289, 336
 Arjona, Manuel María de, 321, 327
 Arniches, Carlos, 355
 Arolas, Juan, 338, 339
 Arquíloco, 42
 Arriaza, Juan Bautista, 321, 327
 Arteaga, Esteban, 311, 312
 Artigas, Miguel, 366
 Asenjo Barbieri, Francisco, 95, 369
 Asensio, José María, 348
 Asín Palacios, Miguel, 361, 363, 364
 Astrana Marín, Luis, 366
 Aub, Max, 357
 Ausonio, 156
Auto de los Reyes Magos, 25, 73
Auto del emperador Iuveniano, 174
 Avempace, 12
 Averroes (Abulgualid Mohámed ben Roxd), 12, 13
 Avicebrón (Salomón ben Jehudá ben Gabirol), 11
 Ávila, Juan de, 210, 212, 213
 Ávila y Zúñiga, Luis de, 196
 Ayala, contemporáneo de Moratín, 305, 306
 Aza, Vital, 354, 355
 Azorín (José Martínez Ruiz), 232, 255, 332, 366, 380, 382, 383, 388-390

Baena, Juan Alfonso de, 71, 82
 Balaguer, Víctor, 342
 Balart, Federico, 397
 Balbuena, Bernardo de, 275, 376
 Balzac, Honoré de, 239, 290, 325, 333, 374, 387
 Ballesteros, Antonio, 368
 Bances Candamo, Francisco A. de, 258, 259
 Bandello, Mateo, 162
 Báñez, Domingo, 207, 246, 254

Baracco, 372
 Barahona de Soto, Luis, 151, 362
 Barbey d'Aurévilly, Jules, 247, 385
 Barja, César, 382, 400
Barlaam y Josafat, 55
 Baroja, Pío, 366, 377, 382, 383, 386-388, 393
 Barrera, Carlos Alberto de la, 348
 Barrientos, Lope, 82
 Bartrina y de Aixemús, Joaquín M., 343
 Basilio, san, 212
 Bataillon, Marcel, 131 n
 Batllori, Miguel, 312
 Baudelaire, Charles, 247, 398
 Beaumarchais, Caron de, 313, 315
 Beauvais, Vicente de (Bellovacense), 31, 103
 Bécquer, Gustavo Adolfo, 329, 340-342, 394
 Bécquer, Valeriano, 340, 341
 Bell, Aubrey F. G., 146, 147, 148
 Bellay, Joachim du, 200
 Belleforest, François de, 160
 Bello, Andrés, 347
 Bembo, Pietro, 135, 200
 Benalcutía, 12
 Benavente, Jacinto, 348, 351, 352, 382
 Benet, José, 253
 Berague, Pedro de, 66
 Berceo, Gonzalo de, 27-31, 42, 61, 255, 365, 390
 Bergadam, Guillem de, 41
 Bergamín, José, 393
 Bernáldez, Andrés, 101
Bernardo del Carpio, 50
 Bernascone, 305
 Bernes, Lord (John Bourchier), 160
 Berzebuey, 45
 Besarion, cardenal, 140
 Bianco, Baccio del, 253
 Biblia, 11, 65, 84, 92, 145, 146, 207, 212, 214, 277, 290
 Blanco White, José María, 321
 Blasco, Eusebio, 354
 Blasco Ibáñez, Vicente, 381-383
 Blecua, José Manuel, 76, 139 n, 284, 367
 Boccaccio, Giovanni, 70, 78, 83, 103, 132, 228, 292

Bodel, Jean, 125, 126
 Boecio, Héctor, 68, 197, 275
 Boileau-Despréaux, Nicolas, 298, 306
 Bonilla, Adolfo, 361, 362
Bonium o Bocados de oro, 44
 Born, Bertran de, 42
 Bornelh, Giraut de, 19
 Boscán, Juan, 131, 133, 134, 136, 143
 Bracciolini, Poggio, 150, 163
 Brandes, Jorge, 359
 Brantôme, Pedro de Bourdeilles, señor de, 160
 Bretón, Tomás, 354, 355
 Bretón de los Herreros, Manuel, 343, 344, 349
 Brocense (Francisco Sánchez), 76, 137, 148
 Budeo, Francés, 203
 Burgos, Carmen de, 367
 Burgos, Javier de, 324, 355
 Burtenbach, de, 183
 Byron, Lord, 7, 247, 329, 341

 Caballero, Fernán (Cecilia Böhl de Faber), 345, 370, 381
Caballero Cifar, El, 101, 102
 Cabarrús, François, conde de, 317
 Cadalso, José de, 67, 296, 305, 306-308, 314, 315, 327
 Calderón, Fernando, 343
 Calderón de la Barca, Pedro, 8, 133, 235, 238, 241, 243, 251-255, 258, 293, 327, 329, 336, 349, 363, 367
Calila e Dimna, 44-46
 Calvete de Estrella, Juan Cristóbal, 196
 Camba, Julio, 393
 Camino, León Felipe, 405
 Camoens, Luis de, 131, 141, 287
 Campillo, Narciso, 341
 Campoamor, Ramón de, 374, 394, 395
 Camprodón, Francisco, 354
 Camprubí Aymar, Zenobia, 400
Canción de Roldán, 23, 24
Cancionero Colocci-Brancuti, 41
Cancionero de Ajuda, 41
Cancionero de Baena, 66, 70, 71, 73, 115
Cancionero de la Vaticana, 41
Cancionero de Lope de Stúñiga, 78, 79, 115

Cancionero general, 92
Cancionero musical, 95
Canciones de Antioquía y de Jerusalén, 53
Candi, José, 253
Cano, Melchor, 145, 207, 210
Cantera, Francisco, 16
Canto de los Nibelungos, 23
Cañete, Manuel, 349
Capitán Montoya, El, 28
Caporali, Cesare, 244
Capote, Higinio, 305
Carayon, Marcel, 250
Carbajal y Saavedra, Mariana de, 292
Cardona, María de, 135
Caro y Cejudo, Rodrigo, 153, 157, 207, 240, 260, 261
Carranza, fray Bartolomé, 210
Carreño de Miranda, Juan 250
Carrillo de Huete, Pero, 82, 83
Carrillo de Sotomayor, Luis, 268, 287
Cartagena, Alonso de, 98, 101
Cartagena, Pedro de, 93, 94
Carvajal, Juan y Pedro Alonso de, 78
Carvajal, Micael de, 175
Casal, Julián del, 398
Casalduero, Joaquín, 230 n
Casanova, Jacobo, 385
Casares, Julio, 368
Casas, fray Bartolomé de las, 182, 184, 185
Cascales, Francisco, 289
Casona, Alejandro, 358
Castelar, Emilio, 358, 374
Castellanos, Juan de, 191
Castiglione, Baltasar, 134
Castillejo, Cristóbal de, 97, 142-145, 367
Castillo, Hernando del, 92
Castillo Solózano, Alonso de, 291, 292
Castro, Adolfo de, 262
Castro, Américo, 7, 60, 115, 215, 231, 259, 299, 327, 364
Castro, Guillén de, 25, 119, 133, 231, 238, 256
Castro, León de, 146
Castro, Rosalía de, 342, 343
Catalán Menéndez Pidal, Diego, 65

Catulo, 143, 303, 312
Cautivos, 53
 Cavia, Mariano de, 382
 Cela, Camilo José, 393
Çendubete o Sendebat, 46
 Cepeda, Rodrigo, 213
 Cepeda y Ahumada, Teresa de, *véase* Teresa, santa
Cerco de Zamora, 25, 50, 122
 Cerdá y Rico, Francisco, 163, 299, 305, 311
 Cernuda, Luis, 405
 Cervantes, Miguel de, 9, 76, 103, 105, 112, 114, 130-132, 151, 154, 162, 163, 165 n, 177, 178, 180, 219, 223-235, 239, 240-242, 244, 248, 256, 257, 258, 273, 285, 292, 304, 314, 316, 349, 362, 363, 366
 Cervantes de Salazar, Francisco, 190, 199
 César, Julio, 182
 Céspedes, Pablo de, 156, 157
 Céspedes y Meneses, Gonzalo de, 292
 Cetina, Gutierre de, 137-139, 150, 162, 365
 Chabás, Juan, 358, 382
 Chacón, Juan, 150
 Chapí, Ruperto, 355
 Chateaubriand, Francisco Renato, vizconde de, 220, 325
 Châtillon, Gualterio de, 33
 Chaucer, Godofredo, 83
 Cheriton, Odo de, 83
 Chiabrera, Gabriel, 306
 Chueca, Federico, 355
 Cicerón, 212
 Cieza de León, Pedro de, 188
 Cirot, G., 31 n
 Ciruelo, Pedro, 207
 Cisneros, Jiménez de, 86
 Clairvaux, Bernardo de, 209
 “Clarín”; *véase* Alas, Leopoldo
 Clemencín, Diego, 348
 Codera, Francisco, 346
Códices de autos viejos, 174
Códice Ramírez, 191
 Coinci, Gautier de, 31
 Coll y Vehí, José, 348
 Coloma, Carlos, 196, 197
 Coloma, Luis, 381

“Colombine”; véase Burgos, Carmen de
 Colón, Cristóbal, 181, 182, 185
 Colonna, Guido de, 52
 Comella, Luciano F., 300
 “Comendador griego”, véase Núñez, Hernán
 Condillac, Esteban Bonnot de, 325
 Conti, Joaquín, 305
 Contreras, Alonso de, 286
 Contreras, Jerónimo de, 160
Coplas de la panadera, 86
Coplas de Mingo Revulgo, 87
Coplas del Provincial, 87
 Corneille, Pierre, 25, 235, 251, 256, 298
 Corneille, Tomás, 259
 Coronado, Carolina, 340
 Corral, Pedro del, 12, 120, 132
 Correas, Gonzalo, 207
 Cortés, Hernán, 180, 182-184, 185
 Cossío, José María de, 270, 368
 Cossío, M. B., 369
 Costa, Joaquín, 358
 Cota, Rodrigo de, 94, 95, 109, 114
 Cotarelo, Emilio, 207, 231, 254, 309, 363
 Covarrubias y Orozco, Sebastián de, 207
 Crawford Flitch, J. E., 383
 Croce, Benedetto, 104
Crónica abreviada de España, 100
Crónica de Castilla, 51
Crónica de don Juan II, 82
Crónica de don Pero Niño o Victorial, 81, 82
Crónica de los Reyes Católicos, 100
Crónica de Veinte Reyes, 51
Crónica del condestable don Álvaro de Luna, 99
Crónica del condestable Miguel Lucas de Iranzo, 99
Crónica del Halconero, 82, 83
Crónica del rey don Enrique IV de este nombre, 99
Crónica general de 1344, 51, 121
Crónica manuscrita del Gran Capitán, 196
Crónica najerense, 36
Crónicas de los reyes de Castilla, 57
Cróton, 131, 160
 Cruz, Ramón de la, 313, 314, 343, 354, 357, 363

Cruz, san Juan de la, 130, 209, 210, 215-217, 281, 367
 Cruz, sor Juana Inés de la (Juana de Asbaje), 278-281
Cuentos de Garibay, 167-168
 Cuervo, Rufino José, 347
Cuestión de amor, 104
 Cueto, Leopoldo Augusto de, 347
 Cueva, Juan de la, 105, 133, 153, 180, 181, 350, 365
 Curros Enríquez, Manuel, 342
 Custodio, Álvaro, 116

 D'Annunzio, Gabrielle, 381, 385
 Dante Alighieri, 11, 60, 61, 70, 72, 91, 135, 364
Danza española de la muerte, 74, 75
 Darío, Rubén, 93 n, 238, 329, 341, 342, 398
 De Sanctis, Francisco, 359
Decretales, 48
 Delgado, Manuel, 335
 Delicado, Francisco, 168, 169
 Des Brosses, Charles, 316
 Diamante, Juan Bautista, 313
 Díaz, Leopoldo, 398
 Díaz del Castillo, Bernal, 130, 182, 186-188
 Díaz Mirón, Salvador, 398
 Díaz-Plaja, Guillermo, 15 n, 367, 382
Diccionario de autoridades, 298
 Dicenta, Joaquín, 352
 Dickens, Charles, 374, 387
 Diderot, Dennis, 315
 Diego, Gerardo, 403
 Díez-Canedo, Enrique, 368, 380, 401
 Díez-Canedo, Joaquín, 366
 Díez de Games, Gutierre, 81, 82
Diez mandamientos, 44
Disputa del agua y el vino, 73
Disputa del alma y el cuerpo, 27, 73
Dolopathos, 46
 Domenchina, Juan José, 405
 Domínguez Bordona, J., 341, 367
 Donoso Cortés, Juan, 339, 340
 Dostoyevski, Fedor, 374, 387
 Dryden, John, 324
 Dueñas, Juan de, 78

Dumas, Alejandro, padre, 220, 333
 Durán, Agustín, 116, 245, 246, 346, 347
 Durán, fray Diego, 190, 191

 Eckhart, Johann G., 209
 Echegaray, José, 348, 350-352, 356
 Echegaray, Miguel, 355
 Eguílaz, Luis de, 349
 Eguílaz y Languas, Leopoldo, 346
Elena y María, 38-40, 73
 Eliano, 212
 Elyot, Thomas, 160
 Encina, Juan de la, 369
 Encina, Juan del, 84, 89, 90, 105-112, 115, 132, 170, 171, 176
 Enciso, Diego de, 248
 Enríquez del Castillo, Diego, 99
 Enríquez Gómez, Antonio, 291
 Entrambasaguas, Joaquín de, 367
Epístola moral, 262, 263
 Erasmo de Rotterdam, 84, 130, 193, 198, 199, 229
Erasto, 46
 Ercilla, Alonso de, 152, 153, 288
 Escavias, Pedro de, 99
 Escobar del Corro, Juan, 254
 Eslava, Antonio de, 292
 Espina, Antonio, 392
 Espina, Concha, 379
 Espinel, Vicente, 222, 241, 288, 289, 308, 367
 Espinosa, Pedro de, 271, 272 281, 362
 Espronceda, José, 113, 238, 292, 322, 328, 329-331, 340, 341, 345, 402
 Esquilache, príncipe de (Francisco de Borja y Aragón), 276
 Estala, Pedro, 317, 320
 Estébanez Calderón, Serafín, 344, 346
 Estella, Diego de, 218
 Estellés, Ramón, 355
 Estete, Miguel, 188
 Eurípides, 201
 Eximeno, Antonio, 312
 'Ezra, Abraham ben, 17
 Ezra, Moisés ben, 11

 Farreras, Juan, 304

Fazzio, Bartolomé, 86
 Fedro, 62, 311
 Feijoo, Benito Jerónimo, 67, 299, 303, 304, 312, 365
Fernán González, 36, 37, 50
 Fernández, Lucas, 176, 177
 Fernández Almagro, Melchor, 382, 387
 Fernández Ardavín, Luis, 354
 Fernández de Alarcón, Cristobalina, 272
 Fernández de Andrade, Andrés, 240, 262-265
 Fernández de Avellaneda, Alonso, 231
 Fernández de Navarrete, Eustaquio, 347
 Fernández de Navarrete, Martín, 182, 311
 Fernández de Oviedo, Gonzalo, 50, 184, 188
 Fernández de Velasco, Juan, conde de Haro, 137
 Fernández Duro, Cesáreo, 347
 Fernández Flórez, Darío, 393-394
 Fernández Flórez, Wenceslao, 393
 Fernández y González, Francisco, 346
 Fernández y González, M., 370
 Fernández Guerra y Orbe, Aureliano, 347, 350
 Fernández Shaw, Carlos, 355
 Ferrandes de Jerena, Garcí, 72
 Ferrer del Río, Antonio, 347
 Ferrús, Pero, 72
 Fichter, William L., 243, 387
Fierabrás, 103
 Figueiredo, Fidelino de, 171
 Figueroa, Francisco de, 141, 142, 195, 226
 Filicaja, Vicente de, 306
 Fleuret, Fernando, 116
 Floranes, Rafael de, 311
 Flores Arenas, Francisco, 344
Flores de filosofía, 44
Flores y Blancaflor, 103
 Flórez, Enrique, 298, 305
 Focílides, 285
 Forner, Juan Pablo, 305, 308, 309, 313, 314, 316, 317
 Fortunato, 176
 Foulché-Delbose, R., 94
 Fragonard, Jean Honoré, 326
 Francés, José, 369
 Francos Rodríguez, José, 380

Frontaura, Carlos, 354
 Frugoni, Carlos Inocencio, 306
 Fuensanta del Valle, marqués de la, 196 n
 Fuente, Vicente de la, 347
Fuero juzgo, 44, 48

 Gabriel y Galán, José María, 397
 Gálvez de Montalvo, Luis, 225, 226
 Gallardo, Bartolomé José, 161, 327, 346
 Gallego, Juan Nicasio, 322-324
 Gallo, Juan, 146
 Ganivet, Ángel, 359
 García, Carlos, 290
 García, Jenaro, 187
 García Álvarez, Enrique, 355
 García de Castrojériz, 52
 García de Diego, Vicente, 153, 365
 García de la Huerta, Vicente, 305, 309, 311, 313, 316, 350
 García de Quevedo, Heriberto, 370
 García de Santa María, Alvar, 82
 García Gómez, Emilio, 13, 14, 18, 364
 García Gutiérrez, Antonio, 292, 328, 337, 348, 354
 García Lorca, Federico, 348, 356, 357, 401, 403, 404
 García Matamoros, Alfonso, 207
 García Tassara, Gabriel, 339, 340, 394
 García Villada, Zacarías, 365
 Garcilaso de la Vega, 8, 133-137, 141, 143, 153, 154, 156, 287, 315, 405
 Garcilaso de la Vega, el Inca, 191
 Garzoni, Tomás, 286
 Gaspar, Enrique, 352
 Gatti, 372
 Gautier, Théophile, 237
 Gay, John, 311
 Gayangos, Pascual de, 54, 57, 346, 347
 Gaztambide, Joaquín, 354
General e grand estoria, 51
 Gerson, Jean Le Charlier de, 74
 Gessner, Salomón, 316
 Gil y Carrasco, Enrique, 337, 338
 Gil y Zarate, Antonio, 338
 Gili y Gaya, Samuel, 197, 367
 Giménez Soler, Andrés, 192

Giner de los Ríos, Francisco, 358
 Giraudoux, Jean, 392, 393
 Girón de Rebollo, Ana, 136
Glosas al sermón de Aljubarrota, 164
 Goethe, Johann W., 226, 238, 255, 314
 Gogol, Nicolás, 235
 Goldoni, Carlo, 251, 317, 318, 357
 Gómara, véase López de Gómara
 Gómez de Avellaneda, Gertrudis, 338, 381
 Gómez de Baquero, Eduardo, 368, 378, 386
 Gómez de la Serna, Ramón, 366, 392, 393
 Gómez Moreno, Manuel, 369
 Góngora, Luis de, 8, 128, 150, 153, 238, 239, 241, 249, 265-270, 279, 284, 294, 300, 302, 316, 366
 González, fray Diego, 305, 314
 González Blanco, Andrés, 368
 González de Amezúa, Agustín, 242
 González de Salas, Jusepe Antonio, 289
 González Martínez, Enrique, 398
 González Palencia, Ángel, 163, 365
 González Pedroso, Eduardo, 347
 González Prada, Manuel, 398
 Gorki, Máximo, 387
 Gorostiza, Manuel Eduardo de, 326, 348
 Goy de Silva, Ramón, 354
 Goya, Francisco de, 286, 369
 Gozzi, Carlo, 260
 Gracián, Baltasar, 12, 219, 294-297
 Grajal, Gaspar de, 145, 146
gran conquista de Ultramar; La, 53-54
Gran crónica de Alfonso XI, 65
 Granada, fray Luis de, 180, 210-212
 Grau, Jacinto, 356
 Gray, Thomas, 385
 Greco, el (Domenico Theotocopuli), 369
 Grécourt, Juan B. José Willart de, 277
 Gregorio, san, 68
 Greuze, Jean Baptiste, 326
 Guad-el-Jelú, véase Ros de Olano, Antonio
 Guarini, Battista, 225
 Guevara, poeta del *Cancionero*, 94
 Guevara, fray Antonio de, 131, 136, 160, 201-203, 205

Guevara, José, 305
 Guillén, Jorge, 402, 403, 404
 Guillén de Segovia, Pero, 92
 Guimerá, Ángel, 352
 Gutiérrez Nájera, Manuel, 398

 Haleví, Jehudá, 11, 16, 17
 Hartzenbusch, Juan Eugenio, 328, 336, 347, 348
 Haydn, Franz J., 309
 Hazlitt, William, 234
 Hebreo, León, 229
 Hegel, J. G. F., 117
 Heine, Heinrich, 31, 60, 235, 341
Helías, 53
 Helinando de Froidmont, 62
 Henríquez Ureña, Pedro, 250, 251, 271, 366
 Herberay des Essarts, Nicolás d', 97
 Herder, Johann Gottfried, 117
 Heredia, José María de, 398
 Hernández, Pero, 189
 Hernández Catá, Alfonso, 353
 Herph, E. de, 209
 Herrera, Antonio de, 192
 Herrera, Fernando de, 8, 137, 153-156, 268, 365
 Herrera y Reissig, Julio, 398
 Hervás, José Gerardo de, 304
 Hidalgo, Juan, 253
Historia de Abindarráez y Jarifa, 160, 161
Historia de los siete sabios de Roma, 46
Historia troyana o Crónica troyana, 37, 38, 68, 127
 Hoffmann, Ernst Theodor Wilhelm, 346
 Homero, 33, 70, 206
 Hookham Frere, John, 328
 Horacio, 11, 42, 150, 157, 265, 273, 275, 306, 308, 312, 322, 324
 Horozco, Sebastián de, 97, 98, 159, 207
 Howe, P. P., 234, 235 n
 Huerga, Cipriano de la, 145
 Hugo, Victor, 325, 398
 Huidobro, Vicente, 403
 Hurtado, Juan, 365
 Hurtado de Mendoza, Diego, 137-140, 159, 163, 164, 196, 226
 Hurtado de Toledo, Luis, 175

Icaza, Francisco A. de, 138, 181, 222, 232, 364, 365
Iglesias de la Casa, José, 315, 316
Imperial, Francisco, 70, 72, 133, 367
Infancia de Godofredo de Bullon, 53
Infantes de Salas, Los, 50
Inocencio III, 66
Iriarte, Juan de, 308, 316
Iriarte, Tomás de, 305, 308-311, 313, 316
Isidoro de Sevilla, san, 11, 50
Isla, José Francisco de, 312, 313
Ixart, José, 348

Jackson Veyan, José, 355
Jammes, Francis, 390
Janer, Florencio, 347
Jardiel Poncela, Enrique, 393
Jarnés, Benjamín, 392
Jáuregui, Juan Martínez de, 200, 261
Jeremías, 285
Jerez, Francisco de, 188
Jiménez, Juan Ramón, 382, 400, 401
Jiménez Patón, Bartolomé, 269
Jonson, Ben, 251
Jovellanos, Gaspar M. de, 305, 313-315
Juan II, 77, 78, 82, 83
Juan Manuel, Infante, 54-57, 81, 84, 153, 196, 246
Justiniano, 48
Juvenal, 138, 168
Juvencio, 10

Kant, Immanuel, 358
Kleist, Heinrich, 234

La Fayette, Marie Madeleine, condesa de, 131
La Fontaine, Jean de, 45, 62, 160, 298, 311
Laforet, Carmen, 393
Lafuente, Modesto, 345
Lafuente y Alcántara, Emilio, 12, 346
Laguna, Andrés, 131 n, 207
Laínez, Pedro, 141
Lalita Vistara, 55
Lamb, Charles, 333

Laredo, fray Bernardino de, 212
 Larra, Luis Mariano de, 332, 354
 Larra, Mariano José de, 67, 235, 332-334, 337, 343, 344
 Larrea, Juan, 403
 Lasso de la Vega, Gabriel, 128
 Laverde, Gumersindo, 360
Lazarillo de Tormes, 80, 130, 158-161, 221, 223, 285
 Lecoy, Félix, 63
 Leiningen, conde de, 183
 León, fray Luis de, 130, 136, 145-149, 206-210, 217, 218, 238, 281, 282, 314, 315, 405
 León, Ricardo, 379
 León Felipe, *véase* Camino, León Felipe
 León X, 106
 Leopardi, Giacomo, 7
 Lesage, Alain R., 290, 312
 Leyva, Luis de, 138
Liber facetiarum et similitudinum Ludovici di Pinedo et amicorum, 163
Libro de Apolonio, 27, 31, 32
Libro de los castigos e documentos, 51-53
Libro de los doce sabios, 44
Libro de los engaños, 40, 44-48
Libro de los gatos o de los cuentos, 83
Libro de los tres Reyes de Oriente, 25, 32
Libro de miseria de omne, 66
 Lida de Malkiel, María Rosa, 37 n, 76, 367
 Lily, John, 131, 160
 Linares Rivas, Manuel, 356
 Liñán de Riaza, Pedro, 128
 Liñán y Verdugo, Antonio de, 289
 Lista, Alberto, 321, 322, 330, 344
 Llaguno y Amírola, Eugenio de, 299
 Lobo, Eugenio G., 300
 Lobón de Salazar, Francisco, *véase* Isla, Francisco de
 Lockart, 186
 Lomba y Pedraja, J. R., 332, 367
 López, Vicente, 369
 López de Ayala, Adelardo, 348-350
 López de Ayala, Ignacio, 316
 López de Ayala, Pero, 58, 67-69, 71, 75, 77, 81, 101, 124
 López de Gómara, Francisco, 130, 185, 186, 188
 López de Hoyos, Juan, 223, 224

López de Sedano, Juan Joseph, 299, 308, 309
 López de Úbeda, Francisco, 223
 López el Pinciano, Alonso, 207
 López Pelegrín, Santos, 344
 López Pinillos, José, 356
 López Silva, José, 355
 Lorenzo, Juan, *véase Alexandre*
 Lotti, Cosme, 253
 Loyola, san Ignacio de, 209, 218
 Lozano, Cristóbal, 292, 293, 336
 Lucano, 10, 261
 Lucas Hidalgo, Gaspar, 292
 Lucena, Juan de, 86
 Luciano, 229
 Lucio, Celso, 355
 Lugones, Leopoldo, 398
 Luján de Sayavedra, Mateo, 222
 Lulio, Raimundo (Ramón Llull), 55, 56
 Luna, Álvaro de, 77, 78, 222
 Luna, Juan de, 160
 Luna, Miguel de, 120
 Luzán, Ignacio, 299, 302

Macías el Enamorado, 72, 79
 Machado, Antonio, 353, 354, 382, 399, 400, 403, 405
 Machado, Manuel, 353, 354, 382, 399
 Madariaga, Salvador de, 383, 392
 Maeterlinck, Maurice, 356
 Maeztu, Ramiro de, 382, 392
Mahabharata, 246
 Maimónides (Moisés ben Maimón), 11
 Máinez, León, 348
 Mal Lara, Juan de, 153, 207
 Maldonado, fray Pedro, 157
 Malón de Chaide, fray Pedro, 217, 218
 Manrique, Alonso, 175, 176
 Manrique, Gómez, 89, 90, 92
 Manrique, Jorge, 15, 72, 74, 91-92
 Mantuano, Dionisio, 253
 Mañer, Salvador José, 304
 Maquiavelo, Niccolò, 285, 293
 Marañón, Gregorio, 391, 392

Marcabré, 19
 Marcial, 10, 138, 150, 151, 284, 294
 March, Ausias, 162
 Marche, Olivier de la, 137
 Marchena y Ruiz, José, 321
Margarita la Tornera, 28
 María de Francia, 126
 Mariana, Juan de, 193-195
 Marichalar, Antonio, 392, 393
 Marineo Siculo, Lucio, 85
 Marini, Giovanni A., 130
 Marlowe, Cristopher, 204, 255
 Marquina, Eduardo, 352, 353
 Martí, José, 398
 Martí, Juan, 222
 Martínez Cantalapiedra, 146
 Martínez de la Rosa, Francisco, 290, 324-328
 Martínez Sierra, Gregorio, 356
 Martínez Sierra, María Lejárraga de, 356
 Martorell, Johannot, 103
 Masdeu, Juan Francisco, 312
 Mata Carriazo, Juan de, 83, 99, 100, 101, 193
 Maura, Gabriel, 350, 368
 Maury, Juan María, 324
 Mayans, Gregorio, 163, 299, 304
 Mayans, Juan Antonio, 163
 Medina, Bartolomé, 146
 Medina, Francisco de, 156
 Medina, León, 274 n
 Medinilla, Baltasar Eliseo de, 276
 Medrano, Sebastián Francisco de, 157, 158, 245, 263
 Mela, Pomponio, 289
 Meléndez Valdés, Juan, 305, 307, 309, 314, 315, 319, 320, 322, 402
 Melo, Francisco Manuel de, 198
Memorial de diversas hazañas, 100
Memorias, de la Academia de la Historia, 299
 Mena, Juan de, 70, 75, 76, 78, 82, 87, 89, 91, 99, 114, 136, 206
 Mendieta, Jerónimo de, 192
 Mendoza, Andrés de, 317
 Mendoza, fray Íñigo de, 90
 Menéndez y Pelayo, Marcelino, 10, 11, 28, 41, 55, 60, 61, 64, 70, 74, 76, 78, 84, 85, 94, 101, 102, 109, 112, 114, 129 n, 156, 160-162, 166, 181, 218, 223, 229, 230,

247, 248, 251, 281, 287, 346, 347, 359-362, 373, 379, 396
 Menéndez Pidal, Juan, 143
 Menéndez Pidal, Ramón, 18, 19 n, 20, 25, 37, 38, 42, 49, 50, 64, 123, 128, 129 n, 139, 148, 246, 361, 362
 Mérimée, Prosper, 31, 67, 325
 Mesonero Romanos, Ramón de, 344
 Metastasio, 313
 Mexía, Hernán, 89
 Mexía, Pero, 131, 192, 193, 199, 203-205
Mil y una noches, 46
 Milá y Fontanals, Manuel, 347, 348, 360
 Milton, John, 162
 Millares Carlo, Agustín, 304, 365
 Mira de Amescua, Antonio, 258, 313
 Miranda, Sá de, 131, 141, 162
 Miró, Gabriel, 390
Misterio de Elche, 73
 Mitjana, Rafael, 369
 Mocádem, 14
 Molière, 231, 235, 243, 247, 251, 260, 298, 318
 Molina, Luis de, 147, 207
 Molina, Tirso de, 133, 162, 228, 232, 235, 238, 243, 244-248, 259, 335, 336, 363
 Molinos, Miguel de, 289
 Moncada, Francisco de, 197, 367
 Mondéjar, Gaspar Ibáñez, marqués de, 293
 Monmouth, Godofredo de, 126
 Montaigne, Michel Eyquem de, 251
 Montemayor, Jorge de, 131, 132, 143, 145, 160-163, 365
 Montesinos, fray Ambrosio, 90
 Montesinos, José F., 198, 200, 243, 365, 366
 Montesquieu, Charles de Sécondat, barón de, 296, 308
 Montiano, Agustín, 305, 350
 Montoro, Antón de, 87, 88
 Mora, José Joaquín de, 347
 Moraes, Francisco de, 158
 Morales, Ambrosio de, 131, 195
 Morales, Luis de, 369
 Morales, Tomás, 402
 Moratín, Leandro Fernández de, 231, 299, 305, 306, 314, 316-319, 336
 Moratín, Nicolás Fernández de, 305-308, 313, 317
 Morel-Fatio, A., 159, 235 n
 Moreno Villa, José, 178, 369, 392, 401, 402

Moreto, Agustín de, 238, 243, 258, 260
 Mosquera de Figueroa, Cristóbal, 153
 Motolinía (fray Toribio de Benavente), 190
 Mozart, Wolfgang A., 247, 357
 Muntaner, Ramón, 197
 Muñón, Sancho, 116
 Muñoz, contemporáneo de Moratín, 305
 Muñoz Cortés, Manuel, 37 n, 257
 Musset, Alfred de, 329

Nasarre, Blas Antonio, 304
 Navagero, Andrés, 133
 Navarrete, padre, 317
 Navarro Ledesma, Francisco, 359
 Navarro Tomás, Tomás, 135, 136, 364
 Nebrija, Antonio de, 76, 85, 86, 100, 105
 Nennio, 126
 Nervo, Amado, 93 n, 342, 398
 Neville, Edgar, 393
 Nieremberg, Juan Eusebio, 219
 Nietzsche, Friedrich, 388
 Niseno, fray Diego, 293
 Nosedal, Cándido, 347
 Nola, Ruperto de, 82
 Noroña, Gaspar M. de Nava Álvarez de, 321
 Nucio, Martín, 120 n
 Núñez, Alvar, 189, 190
 Núñez, Hernán, 76, 86, 206, 207
 Núñez, Pedro Juan, 207
 Núñez de Arce, Gaspar, 394, 395, 396
 Núñez de Reynoso, Alonso, 160
 Nykl, A. R., 14

Ocampo, Florián de, 51, 195
 Ochoa, Eugenio de, 206, 322, 347
 Olid, Juan de, 99
 Olona, Luis de, 354
 Onís, Federico de, 8, 365, 398, 402
 Onkeles, 84
 Ordóñez de Montalvo, García, 102
 Orozco, Sebastián de, *véase* Horozco
 Ors, Eugenio d', 391

Ortega, contemporáneo de Moratín, 305
 Ortega, fray Juan de, 159
 Ortega y Gasset, José, 383, 389, 391
 Osma, Pedro de, 85
 Osorio, Paulo, 50
 Osuna, Francisco de, 212
 Othón, Manuel José, 398
 Ovidio, 33, 50, 60, 61, 138, 228

 Pacheco, Francisco, 150, 153
 Padilla, Juan de, 91
 Páez de Castro, Juan, 206
 Páez de Ribera, Ruy, 70, 72
 Palacio, Manuel del, 396, 397
 Palacio Valdés, Armando, 378, 379
 Palencia, Alonso de, 85, 98-100, 363
 Palencia, Ceferino, 355
Palmerín, 102
Palmerín de Oliva, 158
Pamphilus o Liber Pamphili, 61, 362
Pandectas, 48
 Pardo Bazán, Emilia, 374, 377, 378
 Pastor Díaz, Nicomedes, 338
 Paz y Melia, Antonio, 99, 261, 363
 Pedraza, Juan de, 175
 Pedrell, Felipe, 369
 Pemán, José María, 358
 Peña y Goñi, Antonio, 369
 Peón Contreras, José, 352
 Perálvarez de Ayllón, 175
 Pereda, José María de, 376-379
 Pérez, Antonio, 205, 206
 Pérez, Felipe, 355
 Pérez, Gonzalo, 206
 Pérez de Ayala, Ramón, 378, 383, 390, 391
 Pérez de Guzmán, Fernán, 68, 70, 75-77, 81, 100, 134
 Pérez de Hita, Ginés, 219-221
 Pérez de Montalván, Juan, 256, 282, 293
 Pérez de Oliva, Fernán, 131, 195, 201, 366
 Pérez Galdós, Benito, 235, 374-376, 379, 386
 Pérez Lugín, Alejandro, 379
 Pérez Pastor, Cristóbal, 81, 363

Pérez Zúñiga, Juan, 355
 Petrarca, Francesco, 60, 70, 72, 137, 306
 Petronio, 289
Phyllis et Flora, 39
 Pi y Margall, Francisco, 194
 Piamonte, Nicolás de, 103
pícaro Justina, La, 223
 Piccolomini, Eneas Silvio (Pío II), 86
 Picón, Jacinto Octavio, 380
 Picón, José, 354
 Pidal, Alejandro, 394
Pierres y Magalona, 103
 Piferrer, Pablo, 339
 Pijoán, José, 369
 Pineda, contemporáneo de Moratín, 305
 Pineda, Juan de, 218-9
 Pinedo, Luis de, 163
 Pirandello, Luigi, 318
 Piron, Alexis, 277
 Pizzi, contemporáneo de Moratín, 305
 Pla y Aponte, 312
 Plauto, 201
 Plinio, el Viejo, 212, 289
 Poe, Edgar Allan, 398
Poema de Alfonso XI, 65
Poema del Cid, 20-24, 50, 51, 123
 Poitiers, Guillermo IX, conde de, 14
 Polo, Gil, 132, 162, 163, 311
 Polo de Medina, Salvador J., 270
 Ponce, fray Bartolomé, 162
 Pontano, Giovanni, 199
 Ponte, Lorenzo de, 247
 Pope, Alexander, 315, 322
 Porcel, José Antonio, 302, 303
Poridat de poridades, 44
 Prados, Emilio, 405
Primaleón, 102, 158
Primera crónica general de España, 25, 36, 48-51, 120, 125
 Propertio, 156, 312
 Proust, Marcel, 238
 Prudencio, Aurelio, 10, 11
 Puente, Luis de la, 219

Pulgar, Fernando del, 87, 100, 101, 161
 Puyol y Alonso, Julio, 223

 Queiroz, Eça de, 375, 377
 Quevedo, Francisco de, 67, 107, 128, 130, 139, 149, 150, 217, 219, 249-250, 257, 265, 268, 270, 272, 281-286, 289, 320, 346, 366, 392
 Quintana, Manuel José, 319, 320-322, 350, 396
 Quintiliano, 10
 Quiñones de Benavente, Luis, 237, 258, 314

 Rabelais, François, 284
 Racine, Jean, 235, 298
 Rajna, Pío, 359
 Ramos Carrión, Miguel, 354, 355
 Rasis (Ahmed Arrazí), 12
Razón de amor, 26
 Rebolledo, Bernardino de, 277, 278
 Reina, Casiodoro de, 208
 Reina, Manuel, 397
 Remón, fray Alonso, 289
 Renan, Ernest, 12
 Rennert, Alberto Hugo, 364
 Rey, Agapito, 52
 Reyes, Alfonso, 268, 269, 366, 367
 Ribera, Julián, 12, 14, 369
 Ribera, Francisco de, 214
 Ribero, Suero de, 79
 Ribera Tarragó, Julián, 363, 364
 Richter, Juan Pablo, 346
 Rioja, Francisco de, 240, 260, 262, 321
 Ríos y Ríos, Ángel de los, 377
 Rivadeneyra, Pedro de, 218
 Rivas, duque de (Ángel de Saavedra), 306, 324, 328, 329, 348, 349, 372
 Rivas Cherif, Cipriano, 367
 Rivers, Elías L., 156
 Roa, Martín de, 193
 Rodó, José Enrique, 398
Rodrigo o Las mocedades del Cid, 25, 120, 256
 Rodríguez Correa, Ramón, 341
 Rodríguez de Almella, Diego, 101
 Rodríguez del Padrón, Juan, 79, 103, 104
 Rodríguez Marín, Francisco, 361, 362

Rodríguez-Moñino, Antonio, 92 n, 128 n
 Rodríguez Rubí, Tomás, 349, 354
 Rodríguez Villa, Antonio, 196
 Rojas, Fernando de, 9, 112-116, 159
 Rojas Villandrando, Agustín de, 236, 349
 Rojas Zorrilla, Francisco, 238, 258-260
Rollans, véase Canción de Roldán
 Romaiquía, 13
Roman de la Rose, 64
Romances, 116-129
Roncesvalles, 24, 125
 Ros de Olano, Antonio, 346
 Rosell, Cayetano, 198, 258, 347
 Rostand, Edmond, 247, 340
 Rousseau, Jean-Jacques, 306, 315
 Rúa o Rhúa, Pedro de, 131, 201
 Rubió y Ors, Joaquín, 348
 Rueda, Lope de, 105, 116, 177-180, 228, 258, 387, 401, 402
 Rufo, Juan, 151
 Ruiz Aguilera, Ventura, 395
 Ruiz de Alarcón, Juan, 133, 235, 238, 242, 245, 248-251, 318, 336, 349, 366
 Ruiz Morcuende, Federico, 367
 Ruysbroeck, Jean de, 209

 Saavedra, Ángel de, *véase* Rivas, duque de
 Saavedra, Eduardo, 346
 Saavedra Fajardo, Diego de, 168, 293, 294, 365
 Sacy, Silvestre de, 346
 Sahagún, fray Bernardino de, 190, 191
 St. Pourçain, Durand de, 146
 Saint-Simon, Louis de Rouvroy, 70, 77
 Sainte-Beuve, Charles François de, 359
 Sainte-Maure, Benoit de, 37, 127
 Saintsbury, George Eduard, 359
 Sajonia, Ludolfo de, 209
 Salado Álvarez, Victoriano, 275 n
 Salas Barbadillo, Alonso Jerónimo de, 291
 Salaverría, José María, 391
 Salazar, Adolfo, 370
 Salazar y Castro, Luis de, 196
 Salinas, Juan de, 128
 Salinas, Pedro, 315, 357, 388, 402

Salustio, 67, 140
 Samaniego, F. M. de, 45, 62, 308-311
 San José, María de, 214
 San Pedro, Diego de, 103-105, 367
 San Víctor, Hugo de, 212
 Sancha, Antonio de, 163
 Sánchez, Diego, 175, 176
 Sánchez, Florencio, 352
 Sánchez, Francisco, 207
 Sánchez, Tomás Antonio, 299
 Sánchez Alonso, Benito, 368
 Sánchez Cantón, Francisco Javier, 54, 369
 Sánchez de Badajoz, Garcí, 92, 93, 106, 165 n, 166
 Sánchez de las Brozas, Francisco, *véase* Brocense
 Sánchez de Valladolid, Fernán, 57
 Sánchez de Vercial, Clemente, 83
 Sánchez Rayón, José, 196 n, 346
 Sánchez Talavera, Ferrant, 70, 72, 74, 92
 Sancho IV, 51-53, 57
 Sannazaro, Giacomo, 130, 133, 162, 229
 Santa Cruz, Melchor de, 166, 167
 Santillana, marqués de (Íñigo López de Mendoza), 65, 70, 72, 75, 77, 78, 89, 133, 134
 Santos, Francisco, 290
 Santos Álvarez, Miguel de los, 345, 346
 Sanz, Eulogio Florentino, 340
 Sanz del Río, Julián, 358, 380
 Sarmiento, fray Martín, 304
 Sarrailh, Jean, 289 n, 326
 Sarria, Luis de, *véase* Granada fray Luis de
 Sastrow, Bartolomé, 183
 Sbarbi, José, 348
 Scarron, Paul, 237, 259
 Scott, Walter, 220, 333, 337
 Scribe, Augustin Eugène, 349
 Schack, Adolf Frederich, 15, 374
 Schevill, Rodolfo, 362
 Schlegel, Friedrich, 345, 356
 Schopenhauer, Arthur, 114, 294
 Segovia, Antonio María, 344, 372
 Selgas y Carrasco, José, 397
 Sem Tob, rabí, 65, 66
 Séneca, L. A., 10, 293

Séneca, M. A., 10
 Sepúlveda, Juan Ginés de, 148
 Serna, J. de la, 365
 Serra, Narciso, 348, 349, 352
 Serrano y Sanz, Manuel, 366
 Sevigné, Marie de Rabutin Chantal, Mme. de, 298
 Shakespeare, William, 31, 60, 131, 161, 162, 228, 231, 239, 319, 329, 336, 366
 Shaw, George Bernard, 247
siete partidas, Las, 48-9
 Signorelli, contemporáneo de Moratín, 305
 Silva, Feliciano de, 162
 Silva, José Asunción, 398
 Silvela, Manuel, 317, 318
 Silvestre, Gregorio, 145
 Simón, fray Pedro, 191
 Simonet, Javier, 346
 Sófocles, 201, 317
 Solalinde, Antonio G., 51, 365
 Solís, Antonio de, 192
 Somoza y Muñoz, José, 327
 Soto, fray Domingo de, 145, 212
 Speratti Piñero, Emma Susana, 387
 Stendhal (Henri Marie Beyle), 387, 394
 Stúñiga, Lope de, 78
 Suárez, Francisco, 207, 254
 Suárez de Figueroa, Cristóbal, 241, 250, 286, 287
 Suetonio, 50, 396
 Supervielle, Jules, 403
Syntipas, 46

 Tacio, Aquiles, 160
 Tácito, 77, 140, 293
 Tagore, Rabindranath, 393
 Talassi, improvisador italiano, 306
 Tamayo y Baus, Manuel, 348, 350
 Tannenberg, Boris de, 377 n
 Tansillo, Luigi, 135
 Tapia, Johan de, 78
 Tárrega, Francisco, 255
 Tasso, Bernardo, 135
 Tasso, Torquato, 225, 306
 Tauler, Johann, 209

Tebaida y Serafina, 116
 Téllez, fray Gabriel, véase Molina, Tirso de
 Teócrito, 315
 Teofrasto, 290
Tercera crónica general, 51, 121
 Terencio, 251, 318
 Teresa, santa, 130, 147, 158, 209, 210, 212-216
 Terreros y Pando, Esteban, 298
 Tibulo, 312
 Timoneda, Juan de, 164-166, 177, 178
 Tiraboschi, Gerolamo, 312
 Tito Livio, 67, 68, 186
 Todí, Jacopone de, 90
 Toledano, Pedro, 50
 Tolstoi, León, 374
 Tomás, santo, 11, 12, 145
 Toreno, José María Queipo del Llano, conde de, 347
 Tormo y Monzo, Elías, 369
 Torquemada, Juan de, 192
 Torre, Alfonso de la, 83, 84
 Torre, Claudio de la, 393
 Torre, Francisco de la, 149, 150, 282, 321
 Torre, Br. Francisco de la, 149
 Torrellas, Pedro, 78, 79, 89
 Torres Naharro, Bartolomé de, 105, 169, 170
 Torres Rámila, Pedro de, 241
 Torres Villarroel, Diego de, 300-302
 Tors, Lambert le, 33
 Toussaint, Manuel, 263
 Trapezuncio, Jorge, 99
 Tribaldos de Toledo, Luis, 269
 Trigueros, Cándido María, 316
 Trillo y Figueroa, Francisco de, 270, 271
 Tristán, 102
 Trueba, Antonio de, 345
 Turguéniev, Alejandro Ivanovich, 235
 Turner, Ph. A., 204
 Túy, Lucas de, 50

 Unamuno, Miguel de, 382-386, 391, 405
 Urabayen, Félix, 392
 Urbina, Diego de, 239

Urfé, Honorato d', 162
 Urrea, Jerónimo de, 138
 Usandizaga, José María, 356
 Usoz, crítico, 103
 Ustarroz, Francisco Andrés de, 294

Vaca de Guzmán, José María, 311
 Valbuena Prat, Ángel, 63, 177, 250, 254, 258, 367, 378
 Valdés, Alfonso de, 198-9, 366
 Valdés, Juan de, 102, 109, 114, 135, 158, 160, 199, 200, 304, 402
 Valdivielso, José de, 258, 276
 Valencia, Guillermo, 398
 Valencia, Pedro de, 207
 Valera, Cipriano de, 208
 Valera, Diego de, 78, 99, 100
 Valera, Juan, 15, 116, 329, 330, 338, 339, 345, 371-374, 379
 Valéry, Paul, 403
 Valverde, los, 355
 Valla, Lorenzo, 85
 Valle-Inclán, Ramón de, 247, 354, 366, 382, 383, 385-387, 391, 393
 Valle Lersundi, F. del, 113 n
 Vallés, Francisco, 207
 Vallés, Pedro, 207
 Van der Weyden, Rogerio, 177
 Van Horne, historiador, 275
 Vargas Ponce, José de, 316
 Varrón, Marco, 293
 Vasto, marqués del, 135
 Vatablo, Francisco, 146
 Vázquez, Gabriel, 207
 Vedía, Enrique, 347
 Vega, Alonso de la, 180
 Vega, Lope de, 7, 60, 95, 98, 116, 117, 119, 128, 130, 132, 133, 140, 150, 154, 160, 162, 174, 180, 223, 227, 229, 235, 237-245, 249, 253, 255-258, 265, 276, 286, 311, 313, 334, 336, 348, 357, 360, 363, 366, 367, 404
 Vega, Ricardo de la, 354
 Vega, Ventura de la, 322, 344, 354
 Velázquez, Diego, 150, 369
 Velázquez, Jerónimo, 239
 Velázquez de Velasco, Alfonso, 116
 Vélez de Guevara, Luis, 238, 256-258
 Verdi, Giuseppe, 335

Verdugo, Alfonso, 302
 Verdugo, Francisco, 196
 Vergara, Juan, 86
 Verlaine, Paul, 60, 242, 368, 398
Viaje de Turquía, 131
 Vicente, Gil, 64, 95, 97, 105, 130, 131, 141, 170-174, 176, 367, 404
 Vicente, Luis, 171
 Vicente, Paula, 171
 Vico, Giovanni Battista, 302
Vida de Santa María Egipciaca, 25, 32, 40
vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor, La, 292
 Vidal, Peire, 19
 Villaespesa, Francisco, 353, 391, 401
 Villalón, Cristóbal de, 131
 Villalón, Fernando, 405
 Villamediana, conde de (Juan de Tassis y Peralta), 268, 269, 270, 363
 Villanueva, santo Tomás de, 217
 Villegas, Antonio de, 145, 160, 161
 Villegas, Esteban Manuel de, 274, 275, 315
 Villena, Enrique de, 70, 82, 115
 Villon, François, 74, 126, 242
 Virgilio, 70, 76, 112, 126, 133, 137, 141, 228, 315, 347
 Virués, Cristóbal de, 151
 Vives, Juan Luis, 199, 362
 Voltaire (François Marie Arouet), 152, 313, 373
 Vossler, Karl, 269

 Watteau, François Louis Joseph, 326
Werthers Leiden, 103
 Whitman, Walt, 398
 Wickersham Crawford, J. P., 288 n
 Wölfflin, H., 369

 Yáñez, Rodrigo, 65
 Yepes y Álvarez, Juan de, *véase* Cruz, san Juan de la
 Young, Eduard, 315

 Zabaleta, Juan de, 89-90
 Zamora, Antonio de, 335
 Zamora Vicente, A., 37 n, 367
 Zapata, Marcos, 354
 Zapata de Chávez, Luis, 151, 204, 205,
 Zaragoza (s. XVI), 120 n

Zárate, Agustín de, 188
Zarco Cuevas, Julián, 289
Zarco del Valle, Manuel, 346
Zayas Sotomayor, María de, 292
Zola, Émile, 381
Zorrilla, José, 247, 292, 328, 333-336, 345, 348, 365, 394, 401
Zorro, Juan, 42
Zunzunegui, Juan Antonio de, 393
Zúñiga, Francesillo de, 195, 196
Zurita, Jerónimo de, 192, 197

ÍNDICE GENERAL

Advertencias previas

Abreviaturas

Introducción

I. La Edad Media

1. Lírica primitiva, juglares y epopeyas
2. La poesía en el siglo XIII
3. La prosa en el siglo XIII
4. La prosa en el siglo XIV
5. Las letras bajo don Juan II
6. La época de Enrique IV y de los Reyes Católicos
7. Los romances

II. Los Siglos de Oro

1. Carácter general del siglo XVI
2. La poesía, de Garcilaso a Herrera
3. La novela al promediar el siglo XVI
4. Torres Naharro, Gil Vicente y Lope de Rueda
5. El descubrimiento y conquista de América
6. Historiadores de España en los siglos XVI y XVII
7. Géneros diversos en prosa (siglo XVI)
8. Principales escritores religiosos
9. Cervantes y la novela de su tiempo
10. Teatro nacional de España
11. La poesía, de Góngora a sor Juana
12. Quevedo, Gracián y su época

III. Los tiempos modernos

1. El siglo XVIII y los primeros decenios del XIX
2. Siglo XIX: romanticismo y realismo
3. El teatro desde mediados del siglo XIX
4. Erudición, crítica, historia
5. Novelistas y ensayistas
6. Poesía posterior a Bécquer

Índice de autores y obras

Julio Torri escribió este manual a lo largo de los años en que fue maestro de varias generaciones. *La literatura española* apareció en 1952 por vez primera; las sucesivas ediciones han ilustrado a los lectores en la historia de la expresión literaria del orbe hispánico y en los episodios más destacados de su devenir: al tiempo que Torri explica, describe, define y —con los pormenores que le permite el aliento panorámico de la obra— da cuenta de los trabajos más significativos, va agrupando fragmentos seleccionados con exquisito gusto de lector sabio, avezado. *La literatura española* es una revisión del tema desde los orígenes; los rasgos fundamentales, decisivos, como el sello popular y los perfiles míticos, son destacados por Julio Torri con delicadeza y hondura. El autor se ha preocupado, asimismo, por incluir en este libro la presencia de la literatura hispanoamericana. Como guía textual en el ancho mapa de la literatura de España, el libro de Torri es inmejorable. Su lectura nos depara los frutos más acabados de un saber verdaderamente enciclopédico, adunado a la sagacidad y el ingenio organizativo de uno de los mejores escritores del siglo xx.

JULIO TORRI nació en Saltillo, Coahuila, en 1889. Estudió derecho en la Escuela Nacional de Jurisprudencia e hizo el doctorado en letras en la UNAM. Junto con Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Antonio Caso, Alfonso Reyes y otros escritores integró el Ateneo de la Juventud. Al ocupar José Vasconcelos la Secretaría de Educación Pública, Torri, como director del Departamento Editorial, publicó la bien conocida colección de autores clásicos universales. Fue profesor en la Escuela Nacional Preparatoria durante 36 años y en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM hasta 1964. Perteneció desde 1952 a la Academia Mexicana de la Lengua. Murió en la Ciudad de México en 1970.

Índice

Advertencias previas	6
Abreviaturas	7
Introducción	8
I. La edad media	14
1. Lírica primitiva, juglares y epopeyas	14
2. La poesía en el siglo XIII	19
3. La prosa en el siglo XIII	32
4. La prosa en el siglo XIV	37
5. Las letras bajo don Juan II	47
6. La época de Enrique IV y de los Reyes Católicos	56
7. Los romances	76
II. Los Siglos de Oro	89
1. Carácter general del siglo XVI	89
2. La poesía, de Garcilaso a Herrera	90
3. La novela al promediar el siglo XVI	106
4. Torres Naharro, Gil Vicente y Lope de Rueda	113
5. El descubrimiento y conquista de América	120
6. Historiadores de España en los siglos XVI y XVII	126
7. Géneros diversos en prosa (siglo XVI)	130
8. Principales escritores religiosos	136
9. Cervantes y la novela de su tiempo	142
10. Teatro nacional de España	151
11. La poesía, de Góngora a Sor Juana	166
12. Quevedo, Gracián y su época	179
III. Los tiempos modernos	191
1. El siglo XVIII y los primeros decenios del XIX	191
2. Siglo XIX: Romanticismo y realismo	208
3. El teatro desde mediados del siglo XIX	220
4. Erudición, crítica, historia	226
5. Novelistas y ensayistas	233
6. Poesía posterior a Bécquer	246
Índice de autores y obras	255

